CUÉNTASELO A M



Ella está jugando
con fuego.

Y todos se van
a quemar.

EVE KELLMAN

Harper+

Portadilla



EVE KELLMAN

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Cuéntaselo a M
Título original: The Forgotten Child
© 2024, Eve Hall
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK
© De la traducción del inglés, Harpercollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Sarah Foster
Imagen de cubierta: Shutterstock.com

ISBN: 9788410643222

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos

Dedicatoria

A mis compinches, Rita y Roxy

Cita

He cometido mil atrocidades con la misma disposición con que uno mataría una mosca, y nada me apena de veras salvo no poder cometer diez mil más.

Tito Andrónico, Acto 5, escena 1, WILLIAM SHAKESPEARE

Prólogo

El primer hombre al que maté fue mi padre.

Pero todavía no hemos llegado a eso. Ni siquiera forma parte de esta historia, en realidad. Lo único que necesitas saber es que a) fue casi un accidente y b) se lo merecía. Si quieres saber más sobre ese lamentable asunto, tendré que contártelo en otra ocasión. Porque, en el fondo, esto no va de él, sino de mí. Y de unas cuantas cosas que he hecho últimamente y que podrían considerarse equivocadas, ilegales y demás.

Siempre he pensado que la moralidad es una zona gris y que la ley está abierta a interpretaciones. Aun así, las cosas que he hecho no son de las que vas pregonando a los cuatro vientos. Entonces, ¿por qué te lo cuento? Primero, porque no eres más que una grabación que nadie oirá jamás. O eso espero. Al menos hasta que me muera. La idea de que salga a la luz una cinta con mi confesión días después de mi muerte, que deje a todo el mundo boquiabierto en su gris existencia de clase media, me resulta atractiva. Ordinaria, lo sé, pero la fama, la notoriedad y un cierto glamur de «que os den a todos» me van como anillo al dedo, aunque no esté aquí para verlo. Sin embargo, por ahora esto está lejos de acabar. Misión incompleta. Así que no debería hacer planes para lo que pase después del final, cuando sigo metida de lleno en el meollo.

Otra razón por la que te lo cuento es para aclararme las ideas. No quiero menospreciarme, ya tengo la cabeza bastante en su sitio, dadas las circunstancias. Pero soy lo bastante madura para admitir que anoche las cosas se me fueron un pelín de las manos, y hacer balance no es mala idea.

Y, por último, si todo sale a la luz, hay gente ahí fuera que merece saber la verdad. Así que hola, yo del futuro, mi querida amiga, mi hermanita, o quienquiera que esté escuchando esto.

Es una fría noche de noviembre y estoy sentada en mi cocina, bebiendo una copa de un vino tinto caro mientras cuento mis pecados. O mis victorias, según cómo lo mires.

Ya he dicho que no empezó con mi padre. Probablemente empezó con Karl. O quizá con Katie. Pero cuando cierro los ojos y pienso, la imagen que me viene a la mente es la de dos chicas en el asiento trasero de mi coche. Faldas cortas sacudidas por la risa nerviosa. Solía haber chicas en el asiento trasero de mi coche (calma, no es lo que parece). Pero esas dos en particular se me han quedado grabadas. También el pelo de Rose sobre la almohada blanca, el brazo de Katie asomando por encima de las sábanas, la bufanda del Liverpool en la barra de la cortina.

Pero, para mí, supongo que empieza con esas chicas en mi coche.

Y ahí es donde va a empezar para ti también.

Ya llegaremos al resto.

Capítulo 1

Nunca tuve un aspecto tan inocente. Ni siquiera de pequeña, estoy segura. Las chicas charlan en el asiento trasero, pero yo solo puedo fijarme en sus faldas demasiado cortas y baratas, y en sus piernas desnudas con piel de gallina bronceada artificialmente. La rubia lleva purpurina en los párpados.

Me molesta que se hayan arreglado claramente para la noche y, en vez de bailar con desenfreno y luego comer patatas con queso en el autobús nocturno, las lleve a casa a las diez de la noche una justiciera de metro setenta y cinco en un Nissan Micra. No me molesta, me enfurece.

—Seguro que podíamos con él, Rach —dice la morena, dándole un codazo a su amiga—. ¡Podría haberlo apuñalado con el tacón!

Simula un ataque violento con un zapato imaginario hasta que su amiga sonríe. No tardan en temblar de risa las dos, pero luego las lágrimas empiezan a rodarles por la cara. Es el alivio lo que lo provoca. El momento de seguridad, cuando cualquier bromita da permiso al cuerpo para liberar la adrenalina acumulada en forma de risa histérica. Siguen sentadas más juntas de lo que supongo que harían normalmente, aferradas la una a la otra.

Rachel es la que me ha mandado el mensaje. No debe de pesar más de cincuenta kilos, y parece un pajarillo herido acurrucado en el asiento trasero de camino al veterinario. Un tinte casero le ha dejado el pelo quebradizo y seco como la paja, sin rastro de hidratación, formando una melena leonina alrededor del rostro menudo.

Su amiga, sin nombre, es más robusta, tanto en complexión como en gestos, y asume el papel de animadora con entusiasmo. ¿Siempre se encarga de levantar el ánimo a los demás? ¿De soltar chistes en situaciones chungas? ¿De arreglar los líos de sus amigas con una sonrisa? La gente elige su rol en el grupo mucho antes de hacerse

adulta, y es difícil reinventarse después. Si estas dos se separan algún día, la morena encontrará a otra amiga a la que consolar.

Un Audi pita detrás y me doy cuenta de que mi velocidad ha bajado al mínimo porque he estado pendiente de las chicas. «Vale. Vale, cabrón». Acelero un poco, pero me mantengo estrictamente en el límite en estas carreteras vacías, mientras el conductor acelera enfadado a mi espalda, ansioso por llegar a su destino unos minutos antes.

Tuve un gato que fue atropellado por un Audi. Suena casi como si el coche lo hubiera hecho por su cuenta, así que déjame empezar de nuevo. Tuve un gato que fue atropellado por un tipo con su Audi. Y luego el tipo siguió conduciendo, a pesar de que mi atigrado y precioso Kevin Bacon se retorcía en el asfalto.

Nunca olvidaré la imagen del pobre Kevin allí tirado. Lo vi desde la ventana de mi dormitorio cuando tenía trece años.

Después, me paseé por el barrio con mi navaja, rayando el lateral de todos los Audi que encontré. Apuesto a que el tipo del bar donde estaban las chicas esta noche conducía un puto Audi.

El móvil, encajado en un soporte de plástico pegado al salpicadero, me indica que, al girar a la izquierda, habré llegado al destino. Al parar, las chicas se deshacen en agradecimientos; la morena me da un abrazo torpe de un solo brazo por encima del asiento antes de bajar. Cuando ya están a salvo tras la puerta de la casa, inspiro hondo y apoyo la frente en el volante.

Menudos capullos son estos tíos. Andan por ahí como tú y como yo, pero por dentro son crueles, unos cabrones sedientos de poder que se ceban con mujeres que en realidad son demasiado jóvenes para andar por ahí a estas horas. Con las vulnerables. Con gente como esas chicas de ojos brillantes, o como mi hermana Katie.

Contengo mi rabia, porque aprender a hacerlo forma parte de crecer en esta sociedad, sobre todo si eres mujer. Me lleva un momento antes de agarrar el teléfono del salpicadero. Cierro Google Maps y veo la pantalla llena de notificaciones.

Mierda.

Seis llamadas perdidas y nueve mensajes de WhatsApp, casi todos de Nina. Son más de las nueve y se suponía que tenía que

encontrarme con ella hace más de media hora. El tiempo vuela cuando estás en una misión de rescate.

Mientras miro la pantalla, esta se ilumina con su nombre y su foto. Contesto porque no soy una cobarde, pero también porque Nina es la persona más comprensiva que podrías conocer.

—¡Oh! ¡Es la maravillosa Millie desaparecida! ¡Qué amable por tu parte contestar! —me suelta con voz ronca al teléfono, cargada de sarcasmo.

Oigo el viento azotando el micrófono mientras camina.

—Nina, estaba a punto de salir y entonces…

—No me lo digas. ¿Has recibido otro mensaje de Cuéntaselo a M? —Suspira. Nina nunca se enfada mucho tiempo. Tal vez por eso sigue siendo mi amiga. Es una buena persona. Alguien que perdona y olvida con una rapidez alarmante. Un cúmulo de contradicciones: abogada terroríficamente eficiente y un encanto total con un punto inesperado de ingenuidad—. Sé que es importante. Sé que intentas ayudar. Pero me has dejado plantada. Otra vez.

—Lo sé. Lo siento. Estoy en el coche y puedo llegar en un santiamén. ¡Ni siquiera sé dónde estoy, pero probablemente no esté muy lejos!

—No te preocupes, ya voy de camino a casa. —Oigo la inhalación ruidosa de su vapeador y casi huelo el dulce aroma a sandía a través del teléfono—. Hablamos mañana. En serio, está bien.

La línea se corta y me quedo mirando mi reflejo en el parabrisas, sintiéndome de repente exhausta. Para mantener cierto anonimato, llevo la capucha puesta y medio rostro oculto tras unas gafas de sol que no necesito a estas horas. Nina no está enfadada, está decepcionada. Ay.

Pero si hay que elegir entre herir los sentimientos de alguien o que le hagan daño físico, los sentimientos tienen que pasar a un segundo plano. Créeme, lo sé bien.

El móvil parpadea de nuevo. El deber llama.

Los sábados por la mañana son ideales para muchas cosas: dormir hasta tarde, cafés cortos, sexo lento y carreras rápidas. Como estoy

soltera, cumplo con todo menos con lo tercero antes de ver a mi hermana.

Reclinada en el pequeño sofá del jardín, doy un sorbo al expreso —fuerte, negro, caliente— y cierro los ojos. La cafeína hace su parte para sacarme del sopor apagado que siento cada mañana. Anoche se hizo tarde. Cuando recibí otro mensaje —alguien pensaba que la seguían—, di media vuelta para encontrar a la chica y recogerla.

La línea de teléfono de Cuéntaselo a M no es mi trabajo real. O, más exactamente, no es el trabajo por el que me pagan. Pero es mi trabajo real en el sentido de que es el que me define.

Empezó a pequeña escala hace poco menos de un año, nacido de la rabia, y fue creciendo como una bola de nieve. Ahora tengo carteles en los baños de todos los bares y *pubs* de la zona, que dicen:

¿Estás en una cita que no pinta bien?
¿No puedes quitártelo de encima al tipo siniestro del bar?
¿Te preocupa que te sigan a casa?
Cuéntaselo a M.

Y si alguien me necesita, ¿qué puedo hacer sino estar ahí? Si una chica asustada me manda un mensaje pidiendo ayuda, ¿qué se supone que le tengo que decir: «Lo siento, estoy tomando cócteles con Nina, ¡suerte!»? No. No puedo. Tengo responsabilidades con esta gente. No puedo dejar que acaben como Katie.

Pero en una mañana de sábado, cuando todos los fiesteros duermen la mona de la noche anterior, reina un dulce silencio. Si no fuera por ese cretino de Sean, que vive al lado. Estoy abriendo mi libro favorito —*Misery,* de Stephen King— y llevándome el café a los labios cuando oigo el temido sonido de su carraspeo.

—Vaya, hola, jovencita Millie.

«Dios. Por favor. Por favor, no».

—Sean. Hola.

—Parece que te has montado un plan relajante esta mañana.

Con mucho gusto, eliminaría del mundo a toda esa parte de la población que dice «parece que». Y me aseguraría de hacerlo de

forma violenta.

—Sí. Paz y tranquilidad en una mañana de sábado. —Es un milagro que no note el sarcasmo, pero como nunca me hace gracia hablar con él, debe de pensar que así es como sueno siempre.

—Ah, disfrútalo mientras puedas. ¡En cuanto tengas unos cuantos renacuajos correteando, despídete de la paz y la tranquilidad!

También eliminaría gustosamente a quienes dicen «renacuajos», y a los que hablan de manera irrespetuosa sobre la fertilidad ajena. Sean es como el centro de mi diagrama de Venn de deseos de muerte. Con la cabeza reluciente y la parte superior de la cara regordeta asomando por encima de la valla, parece exactamente uno de esos gnomos de piedra sonrientes que a veces venden en los centros de jardinería, comprados por Dios sabe quién. La nariz bulbosa y los ojos porcinos, supongo que amigables. Pero esa amabilidad desesperada me saca de quicio. Está solo, lo entiendo. Pero, en serio, eso es problema suyo.

Mientras decido si es posible quitármelo de encima o si debería rendirme y entrar, el móvil parpadea con un mensaje de Nina. Aparte de mi hermana, Nina Lee es la única persona en la Tierra que me importa y cuya opinión significa algo. Así que antes le envié un mensaje disculpándome de nuevo por lo de ayer por la noche.

¡Eh, compi! No pasa nada. Estaba bastante cansada, así que me ha venido bien acostarme temprano.

La buena de Nina.

El ruido vago del parloteo de Sean sigue flotando por encima de la valla. Ahora habla de sus nietos, a los que dice adorar, pero que claramente no le corresponden, o si no pasarían a verlo de vez en cuando.

—Callie nadaba mucho mejor, te lo aseguro. Pero esa niñita india regordeta hizo trampa, la vi moverse antes de que sonara el silbato. Le dije a Callie, no dejes que…

Pero vendrás a comer mañana, ¿verdad?

Mierda. Los domingos suelo comer con Nina y nuestras dos amigas del último año de instituto, Angela e Izzy, a las que hoy en día encuentro un tanto irritantes. Esperaba escaquearme esta semana, pero no puedo decir que no ahora que me ha perdonado.

¡Claro!

Porque ya va siendo hora de que conozcas a Hugh por fin.

Doble mierda. He estado posponiendo conocer al último novio de Nina porque, francamente, parece un idiota.

—… pero esa maldita profesora suya —sigue Sean— no entraba en razón. No lo iba a consentir. Así que fui directo y le dije…

Reservaré mesa en ese pub *cerca de tu casa. The Spotted Cow a las dos.*

—… ¡qué descaro el suyo! ¡Oye, que yo pago su sueldo! Así que le solté…

Se oye un estruendo de porcelana al levantarme de un salto. Mi cuerpo, claramente harto de las tonterías de Sean, ha provocado que la taza de café —una bonita que me regaló Katie— se rompa en dos contra el suelo. La añado a la lista de crímenes de Sean que he estado compilando mentalmente desde que me mudé a esta casa hace once años.

—Lo siento, Sean —lo interrumpo—. Tengo que irme. —Entro a toda prisa antes de que pueda preguntarme nada.

Sin aminorar la marcha, me calzo las zapatillas y acaricio a Shirley Bassey, mi gata de raza bosque de Noruega. Luego salgo al mundo exterior, deteniéndome en el umbral para iniciar una nueva carrera en la aplicación Strava.

Al acelerar el paso, el aire contra la piel barre los restos de modorra y la irritación que Sean ha encendido en mí. Me exijo más.

Pero las chicas con purpurina de anoche siguen firmes en mis pensamientos. Un tipo las había estado siguiendo de bar en bar, sin aceptar un no por respuesta. En el último —un All Bar One de suelo

pegajoso, con camareros de mirada vacía y clientes borrachos— se había puesto a manosearlas, y Rachel, la rubia, había visto indicios de una posible agresión en sus ojos.

—Daba miedo —había dicho—. Como si pudiera hacer lo que le diera la gana, ¿sabes?

Sí, lo sabía. Lo he visto de primera mano, y he oído descripciones similares una y otra vez. Cuando llegué, él seguía en la barra, con sus dedos regordetes acariciando una copa. Llevaba una camisa azul brillante y vaqueros demasiado ajustados, y la cabeza calva reflejaba las luces rojas del bar. Parecía una patata con vida, pero sin la vida. Derramarle una copa rosa grande en el regazo y luego meter a las chicas en mi Micra mientras él agitaba los brazos buscando un pañuelo fue rápido y fácil, pero la fragilidad de ellas se me ha quedado grabada.

Al doblar la esquina de la carretera, el sendero se abre ante mí y dejo atrás el asfalto. La pendiente se eleva de manera constante, y el sonido suave de mis pisadas sobre la tierra regula el latido de mi corazón, mientras la imagen de las chicas, con sus ojos desorbitados y extremidades delgadas, se desvanece poco a poco de mi mente.

Cuando llego a la cima de la colina, los árboles se abren a un lado para revelar el puente colgante de Clifton extendiéndose sobre el río Avon, magnífico y grandioso. Me permito parar, pongo las manos en las rodillas y me inclino para recuperar el aliento. Un hombre con barba espesa y camiseta demasiado ajustada que corre en dirección contraria me adelanta y me aparto al borde del camino. Sonríe al pasar y levanta la mano en un saludo de dos dedos que me revuelve el estómago. Es la seña de identidad de un pijo tecnológico.

Por suerte, no se detiene a hablar, pero me ha dado mal rollo, así que doy media vuelta y corro de nuevo en la dirección de la que vengo, acelerando otra vez para intentar acallar la mente. A veces necesito silencio, necesito procesar todo lo que bulle bajo el ruido. El ruido constante e insoportable de los demás.

Pero, por mucho que corra hoy, con el sudor goteando por la nariz y por la espalda, no puedo dejar de pensar en la chica de mi coche a las dos de la madrugada, soltando agradecimientos mientras nos alejábamos de un tipo borracho con traje. En las adolescentes

larguiruchas riendo aliviadas al dejar atrás al hombre patata. En los muchísimos mensajes y llamadas pidiendo consejo y consuelo que he recibido esta semana, este mes.

Y detrás de todo, siempre detrás de todo, está Katie. Mi querida hermana.

Capítulo 2

Conduzco despacio hacia la casa de mi madre; ya pasa del mediodía y reduzco aún más la velocidad conforme me acerco. Si sigo así, jamás llegaré. Eso es matemáticas básicas. O al menos eso pensaba, porque resulta que ya estoy viendo la maldita calle y, sin darme cuenta, estoy aparcando frente al 112 de Ladbroke Drive. En fin, la próxima vez cambiaré de táctica.

No he venido a ver a mi madre, pero es difícil evitarla del todo si quiero ver a Katie. Aparte de Nina, mi hermana pequeña es la única persona a la que quiero de verdad, y por la que haría cualquier cosa. Diez años menor que yo, mi misión en la vida es protegerla del daño, aunque últimamente no lo he hecho demasiado bien.

Katie siempre ha sido la guapa de la familia, y también la lista. Cualquiera pensaría que le guardo rencor por haberse llevado el premio gordo de la lotería genética, mientras yo me quedé con el de consolación, pero nunca ha sido así. Cuando Katie entró en Durham, me sentí tan orgullosa. Mi hermana pequeña, salida de mi agujero de mierda de hogar, entrando en una de las mejores universidades del mundo. Su cara al abrir esa carta fue inolvidable. Se puso blanca, luego roja de la impresión. Las chicas Masters somos inteligentes. Pero a diferencia de mí, ella tomó ese cerebro suyo y lo utilizó como es debido. Iba a triunfar. Pero él se lo arrebató.

La puerta principal de la casa de mi madre es de plástico, y siempre la he odiado. Barata incluso en sus buenos tiempos, ahora es gris en vez de blanca. El 112 es el mismo 112 que ha estado ahí desde que tengo memoria, y el número 2 está oxidado. Entro con mi llave, llamando al cruzar el umbral.

—¿Hola? ¡Soy Millie! ¿Katie?

Mi madre sale de la cocina a mi derecha. No es a quien he llamado, pero vale.

—Hola. ¿Cómo está?

—Ah, está bien. Ya sabes, un poco cansada. ¿Y tú, cielo?

«Un poco cansada». Mi madre tiene un talento especial para minimizarlo todo, así que su opinión no me inspira mucha confianza.

—¿Ha comido hoy?

—¿Eh? No estoy segura, cielo. He puesto la tetera si quieres té.

—Voy arriba a saludar.

La decoración de esta casa no ha cambiado en años. No desde que mi padre murió y mi madre se volvió loca con una pintura amarilla en un intento inútil de «alegrar las cosas». La pintura era barata, así que las paredes acabaron pareciendo la piel de un limón encerado. Refleja en la piel y te hace parecer que tienes ictericia. Al menos está limpia. Mi madre siempre ha sido limpia. Se fija en motas de polvo para ignorar las tormentas de arena.

Mi habitación es diferente. Nadie entra ya, ni siquiera yo. Mientras mi madre bañaba todo lo demás en amarillo, yo pinté las paredes de un blanco brillante y reluciente, colgué cortinas rojo rubí nuevas en la ventana y compré ropa de cama nueva. Pero no funcionó, sigo sin soportar ese sitio.

Me quedo un momento frente a la puerta de Katie, respirando hondo para armarme de valor. Después, golpeo con delicadeza, como si quisiera llamar la atención de un gatito. Miro las botas en la alfombra limpia y desgastada mientras espero señales de vida.

Nada. Lo intento de nuevo.

—¿Katie? Soy Mill. ¿Puedo pasar?

Tras lo que parece una eternidad, oigo un murmullo dentro que tomo por un sí, así que giro el pomo y abro la puerta con suavidad. Mi dulce hermana está en la cama, asomando por encima de las sábanas como un erizo hibernando al que acaban de molestar a mediados de enero. Si no fuera tan desgarrador, sería gracioso.

Katie hace un esfuerzo, aparta las sábanas, parpadea con fuerza y se incorpora sobre los codos. Está arraigado en las mujeres, esa necesidad de «esforzarse», no importa las circunstancias. Podrías estar desangrándote en el asfalto, recién atropellada por un camión de dieciocho ruedas, y aun así te preocuparía la ropa interior que

llevas puesta. «Debería haberme esforzado más hoy» debe de ser el último pensamiento de tantas mujeres.

Las sonrisas de mi hermana escasean, así que me siento honrada al ver una ligera curva en su boca cuando me ve.

—Hola, Mills. Estás fabulosa. —Se incorpora hasta sentarse y se apoya en el cabecero—. ¿Qué hora es? No me creo que me haya quedado dormida otra vez. —Mira el reloj y las mejillas pálidas se le colorean—. Mierda, casi la una. Lo siento. Soy un desastre.

Sé que es un desastre, y ella sabe que lo sé. Y las dos sabemos que no es solo porque hoy se haya quedado dormida hasta tarde. Pero pongo los ojos en blanco y chasqueo la lengua con fuerza, y ella se encoge de hombros a modo de disculpa, y fingimos que es algo puntual. Porque fingir es más bonito, y hace que las cosas parezcan normales. Aunque lo más normal para nosotras es precisamente esta situación.

Me siento en el borde de la cama y charlamos sobre mi vida, evitando la suya. Como mi vida es monumentalmente anodina —excluyendo mi trabajo nocturno del que no sabe nada—, no es la conversación más fascinante. Aun así, atesoro estos momentos con ella. Cada vez que dice algo sobre el futuro —«Me gustaría», «Ya veré»— o suelta un chiste, el corazón me da un vuelco de, no exactamente alegría, sino esperanza.

—¿Quieres que te lo enmarque en lo de Rick? —digo, señalando con la cabeza una foto sobre la mesita de noche que no había visto antes.

Las mejillas de Katie se sonrojan de nuevo.

—No. Pero gracias.

La foto está bocabajo, pero veo que es ella con sus dos mejores amigas del instituto. Me pregunto si siguen intentando visitarla, o si ellas también han tirado la toalla. En la foto, Katie tiene el pelo brillante y rizado, las mejillas rellenas, y sonríe a la cámara con un brazo alrededor de la cintura de su amiga. Intento dejar de mirarla, pero no puedo apartar los ojos.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta.

—Uf, ya sabes. Rick está obsesionado con un nuevo tipo de cristal que hemos recibido, que es exactamente igual que el anterior. El

cristal es cristal, ¿no? Es transparente. Es la nada. De eso se trata. Pero bueno, es trabajo. Paga las facturas.

El cliché me hace poner una mueca, sobre todo porque recuerdo que se me ha olvidado pagar la factura del gas otra vez. Por suerte, la casa es mía —mi tío Dale me ayudó a comprarla con parte del dinero del seguro de vida de papá—, así que mi escaso sueldo cubre los gastos dejando algo de sobra para ahorrar. Aun así, tengo la mala costumbre de olvidar pagar las facturas porque, honestamente, es tan jodidamente aburrido.

—No toda la nada es igual —dice Katie, y el peso inesperado de sus palabras nos hace callar a las dos—. En fin —sigue con una sonrisa—, ¿no estabas pensando en hacer un curso? ¿En… en Navidad? No querrás pasar toda tu vida en Picture This, ¿verdad? ¿Trabajando para Rick?

De día, soy enmarcadora. Enmarco cuadros. No es glamuroso, lo sé. Saqué el bachillerato y todo, pero nunca fui a la universidad. Quería centrarme en mi hermana hasta que fuera lo bastante mayor para valerse por sí misma en el mundo. Así que me compré una casa cerca cuando cumplí dieciocho años y trabajé en una tienda de marcos a la vuelta de la esquina. Después, ya nunca me fui.

Parte de mí ama lo que hago. A pesar de todas las horribles sesiones de fotos de maternidad en el campo y las patéticas fotos de graduación, a veces, solo a veces, mi trabajo puede consistir en hacer que la belleza sea aún más bella.

Muy de vez en cuando, me entregan un cuadro que me deja sin aliento, o una foto que toca algo en mi frío corazón, y aún más de vez en cuando, el cliente que lo entrega no dice «con eso vale» al marco de pino barato y endeble, sino que elige algo sólido y duradero. Caoba, dorado tallado, roble pulido. Esos días merecen la pena.

—Estoy contenta allí por ahora, Kate. En serio, está bien.

—No es por… No tienes que…

—Katie. Me gusta. Para.

Katie se encoge ante mi tono brusco, así que fuerzo una sonrisa y añado:

—Y no te he contado el último cotilleo de Gina.

Tras cuarenta minutos hablando de los dramas de mi irritante compañera de trabajo, los párpados de Katie empiezan a caer. Pero eso es bueno. Aunque se sentiría culpable si supiera que me he dado cuenta de que está cansada. La culpa es otra cosa que las mujeres sienten mucho, incluso por estar cansadas. Una vez di un codazo a Nina mientras dormía y automáticamente murmuró: «Lo siento».

—Bien, tengo que irme. Me veré con Nina. —Es una mentirijilla. En realidad, necesito relajarme unas horas antes de que empiece el alboroto del sábado noche en la línea telefónica.

Katie tose, y el cuerpo le tiembla como si fuera a derrumbarse. Cuando me inclino para abrazarla, siento sus huesos quebradizos y se me encoge el pecho al separarme. Parece que ya se está quedando dormida, esperando a que me vaya para desaparecer de nuevo. Retrocedo hasta la puerta con una sonrisa apretada y los ojos húmedos.

—Adiós. Te llamo luego, ¿vale? Te quiero.

Cierro la puerta y me quedo en el pasillo, con los ojos cerrados para contener las lágrimas. Al abrirlos, ahí está el amarillo, resplandeciente. Indecentemente alegre. Y de repente, la tristeza da paso a la rabia.

Katie lleva nueve meses en esa habitación, saliendo solo cuando es estrictamente necesario. Volvió a casa después del primer trimestre en Durham y nunca regresó. No soy idiota, sé que está gravemente deprimida y peligrosamente delgada; pero no sé qué hacer al respecto.

Sin embargo, sí sé por qué empezó.

Ocurrió justo después de una de las mejores Navidades que habíamos pasado. Katie rebosaba anécdotas: sobre sus estudios, su piso estudiantil mugriento y sus nuevos amigos. Parecía más alta, rebosante de todas las novedades que le brindaba la vida. Hubo un momento, en Nochebuena, en que pensé que era hora de que yo hiciera algo más con mi vida, ahora que ella había empezado un nuevo capítulo. Tal vez hacer ese curso de redacción publicitaria del que Nina siempre me habla.

Pero ella salió en Nochevieja, mientras yo pasaba la noche en el *pub* con Nina, Angela e Izzy, brindando con alegría por el nuevo año, y fue entonces cuando todo se torció. ¿Qué estaba bebiendo cuando pasó? ¿Habíamos pasado ya al tequila? ¿Ocurrió mientras le sujetaba el pelo a Angela en el baño? ¿Mientras arreglaba el mundo con Nina en la zona de fumadores? ¿Acababa de pedir la botella de champán caro que luego derramé por el suelo?

Ya te lo imaginas. Mientras todo eso pasaba, Katie fue atacada. Bueno, para llamarlo por su nombre, la violaron. La gente huye de esa palabra, asustada por su violencia. Atacada, agredida, herida: todo eso es mucho más fácil de decir que la realidad. Katie, mi hermana pequeña, fue violada en Nochevieja, y ahora es prisionera en su propio dormitorio.

De la noche a la mañana, se encogió en todos los sentidos. De ser una joven efervescente, lista y alegre, pasó a convertirse en un ratoncillo de rostro grisáceo que salta al menor movimiento brusco. De una talla cuarenta a solo piel y huesos.

No fue culpa mía. Desde luego, tampoco fue suya. A veces culpo a sus amigas por no cuidarse mutuamente esa noche, pero sé que tampoco tuvieron culpa. Fue culpa de él. Sin embargo, eso no evita la culpa que siento día tras día por no haber estado allí, por no haber protegido a mi hermana, la única cosa que realmente he intentado hacer en la vida.

Desde entonces, también he intentado proteger a otras mujeres. Tal vez sea una forma de penitencia, pero no soy psicóloga y no me interesa descubrir por qué hago lo que hago. Solo sé que fallé al proteger a Katie, pero mientras ella languidece en su habitación, he logrado proteger a un sinfín de otras mujeres.

Esperaba que empezara a revivir semana a semana. Pero, en cambio, parece replegarse más y más en sí misma. Temo que un día desaparezca por completo.

Consigo evitar a mi madre al salir de la casa, aunque veo su rostro decepcionado asomarse a la ventana cuando arranco el motor del coche.

Lo que Katie necesita es justicia. Pero la justicia ha sido imposible de conseguir.

Capítulo 3

Nina tiene un gusto pésimo para los hombres. La última vez que conocí a uno de sus novios, no paró de hablar de su nuevo BMW durante casi toda la noche y ni siquiera se ofreció a pagar una ronda. Me costó contenerme para no apretarle la corbata hasta cortarle el aire.

Vi el BMW, mal aparcado, fuera del *pub* cuando salí con una excusa. Le rayé la reluciente puerta azul del coche con la llave de casa: las viejas costumbres son difíciles de cambiar.

Pero se lo debía a Nina, así que acepté estar en The Spotted Cow a las dos para la comida del domingo. Anoche, Cuéntaselo a M estuvo extrañamente tranquilo para ser sábado, pero aun así no me metí en la cama hasta casi las tres. Esta mañana me obligué a salir a correr, pero no dejaba de mirar el móvil con la esperanza de un cambio de planes. Qué no daría por comer a solas con mi mejor amiga, en vez de pasar mi precioso tiempo libre sonriendo falsamente a Hugh Chapman.

Estoy de un humor de perros cuando entro en Picture This —tu tienda de enmarcados de confianza— para recoger mi último cheque antes de ir al *pub*. Apoyada en el mostrador, espero a que Rick vuelva con el botín y veo un montón de marcos cubiertos de polvo que debe de haber sacado del trastero. Incapaz de contenerme, agarro un trapo y empiezo a limpiarlos.

Rick sale del fondo con sendas tazas de café. Es un tipo decente, aunque incurablemente aburrido. Una vez escribió una novela que nadie compró y nunca se ha recuperado. La menciona al menos una vez al día.

—Bien hecho, Millie. Estaban hechos un desastre. —Me tiende una taza y caigo en que Rick es la persona con la que paso la mayor

parte de mi vida, lo cual es deprimente de cojones—. ¿Qué tal el fin de semana?

A menudo intento odiar a Rick, pero no puedo. No del todo. Sí, me paga una mierda, pero no es que no lo supiera al entrar. No es un pervertido, ni un misógino, ni un cabrón del montón. Hasta me hace café de vez en cuando.

Me arrepiento de aceptar el café al darme cuenta de que viene acompañado de una charla insustancial, así que sigo limpiando los marcos para atenuar la intensidad de la interacción.

—Bien, nada especial. ¿Estos marcos son nuevos? —Saco el más chillón para quitarle el polvo.

Es grande y grueso, plateado con cientos de cristales de Swarovski incrustados por todo el borde. ¿Qué obra de arte pondrías en algo así? Solo se me ocurre que el tipo de persona que lo compraría metería ahí fotos de su propia sesión *boudoir*. Cuesta doscientas veinticinco libras.

La tienda es pequeña, lo que no impide que tenga la mayor variedad de marcos del suroeste. Están apilados en montones en el suelo, dejando un estrecho pasillo de la puerta al mostrador. Cada semana llegan más de algún sitio. Ocupan cada centímetro de pared, lo cual es especialmente alarmante porque la mayoría contienen un hombre sonriente o una mujer aduladora. Y siento mil ojos juzgadores observándome durante toda mi jornada de trabajo.

Mientras Rick parlotea sobre el nuevo *stock*, me quemo la garganta al tragar el café de golpe, me despido y salgo hacia el *pub*.

No quiero llegar pronto, así que voy sin prisa y acabo comprando una bufanda fabulosa en la tienda de Oxfam: negra y fina, con bordes de cuentas. Lo que me hace llegar tarde.

Me miro la bufanda nueva en el reflejo de un escaparate, echándomela sobre el hombro. Soy alta y delgada, pero de una forma que me hace parecer un conjunto de ángulos afilados más que una gacela grácil. Tengo la piel pálida como el papel y el pelo rubio rojizo que me cae en suaves rizos sobre los hombros me hace —a primera vista— convencionalmente atractiva, pero, si te fijas, notas que el rostro es aguileño: cruel, con líneas duras. Lo cual no es justo, porque no diría que soy cruel en absoluto. No si me caes

bien, claro. La nariz afilada con un bulto donde me la rompí una vez, la mandíbula cuadrada y los ojos demasiado pequeños para suavizar el conjunto.

No me molesta demasiado, es más una observación. La gente no es lo mío, así que, ¿me importa si les gusta mi nariz? Los hombres suelen mirar lo justo para ver a una mujer delgada y rubia con un par de tetas decentes, así que nunca ha perjudicado mis posibilidades de ligar.

Nina es lo opuesto a mí en casi todo. Baja, con curvas suaves, melena oscura exuberante y mofletes regordetes y monos con unas gafas cuadradas de montura gruesa encaramadas encima; se vuelve más guapa cuanto más la miras. Sus padres son chinos y ella nació en Londres antes de mudarse a Bristol en la adolescencia, así que tiene un acento precioso imposible de describir. Yo me ciño al blanco y negro y líneas limpias, mientras que ella opta por colores brillantes y escotes bajos para lucir su fabuloso pecho. Puede, literalmente, iluminar una habitación.

Al entrar en The Spotted Cow, la veo sentada a una mesa en la esquina, riendo de manera algo fingida por algo que ha dicho su nuevo hombre, Hugh. Ay, Nina. Está tan ansiosa por vivir su propia historia de amor que se lanza sin pensar. Angela está en la barra pidiendo una botella de vino tinto y copas.

—¡Millie! —Nina agita la mano, sonriente, y luego intenta contener el entusiasmo para parecer guay delante de Hugh—. Te presento a Hugh. —Nina fumaba como una chimenea y tiene una voz grave y rasposa como un coche caro. Cambió al vapeo a principios de año, aunque probablemente ahora consuma más nicotina que antes.

El hombre sentado a su lado me echa un vistazo de arriba abajo que me da escalofríos, pero luego se pone en pie con una especie de medio saludo que yo imito con torpeza. El amor es el talón de Aquiles de Nina, su sola posibilidad basta para nublar su mente afilada. Por eso, mi tarea es arrancar las malas hierbas que crecen a su alrededor, dejando espacio para que brote algo mejor.

Abrazo a Nina y saco una silla mientras Angela aparece en una nube de caos y vierte la botella entera de vino en cinco copas enormes.

—Millie, cielo, ¡hace semanas que no te veo! ¡No desde hace un par de domingos por lo menos, y estaba achispada, así que apenas lo recuerdo! ¡Ja, ja! —Da un trago al vino aún de pie—. ¡Salud! ¡Chinchín! Vale, vuelvo en un segundo. Necesito hacer pis. Luego tengo tanto que contarte.

Angela es alguien con quien Nina y yo fuimos al colegio y que, lo juro, no solía ser tan irritante. Habla sin parar, deteniéndose solo para tragar bebida como si fuera un antídoto vital contra un veneno recién ingerido. Todo lo que dice le parece hilarante, aunque solo a ella. Pero Nina, Angela, Izzy y yo nos conocemos desde hace mucho, y a pesar de sus defectos obvios, es mi amiga. A veces me preocupa que Angela tenga muchas cosas en la cabeza. Es de inteligencia media, con el cabello encrespado como una bola, ojos inmensos del tamaño de huevos de pato que desentonan con su pequeño rostro, y una barbilla ausente. Puede que la abundancia de parloteo y alcohol en cada reunión social sea un intento de encontrar un lugar en un mundo que de otro modo la pasaría por alto. Pero eso no la hace menos irritante.

La marcha de Angela al baño deja un breve vacío de silencio en el que Hugh y yo intercambiamos cortesías, con Nina intentando mediar. Está nerviosa, y me hace sentir culpable, así que suelto una carcajada sonora a algún comentario de Hugh y arqueo las cejas hacia ella para mostrar que estoy impresionada. Intenta ocultar la sonrisa tomando la carta y sugiriendo que elijamos la comida. Aunque hace un día luminoso, el *pub* es oscuro y hay una vela en el centro de la mesa que crea una ilusión de romanticismo nocturno a pesar de que los chicos de la barra están bebiendo Jägerbombs. Las paredes tienen una pintura negra y lúgubre, dando la impresión de que el lugar se ha recuperado recientemente de un incendio, aunque probablemente les costó una fortuna lograr ese efecto.

—¿Y tú qué haces, Millie? —pregunta Hugh mientras da un sorbo a la copa rebosante, torciendo ligeramente el gesto ante el sabor.

Está claro que él es más de cerveza. De hecho, me sorprende que me haya preguntado algo, aunque sea una pregunta tremendamente poco original. En el pasado, los novios de Nina me han parecido todos egocéntricos.

—Enmarco. Cuadros. Trabajo en una tienda de marcos.

—Ah. Vale.

Sí, supongo que no hay mucho que añadir.

—¿Y tú? Fontanero, ¿verdad?

—De todo un poco. No le hago ascos a ningún trabajo. —Hugh se esfuerza, así que le doy un punto por eso.

Y tiene músculos grandes bajo la camiseta y el pelo rubio revuelto en ángulos extraños de forma despreocupada que sé que a Nina le parecerá entrañable. Intento no mirarlo fijamente mientras catalogo a este nuevo hombre en la vida de mi mejor amiga; me fijo en que su rostro ancho es perfectamente simétrico. Me dedica una sonrisa autodespectiva.

—Está siendo modesto. ¡Es tan talentoso! ¡Hizo su propia mesa de centro, compi! ¡En serio! —Nina echa hacia atrás su pelo liso y brillante de forma teatral.

Gracias a una combinación de productos caros y algún capricho genético extraño, siempre huele increíble, y no duda en usarlo para encandilar. Cambio el rostro de forma que espero transmita que estoy impresionada, aunque clavar cinco trozos de madera no es que sea ciencia espacial. Quiero decir, sé que los marcos solo tienen cuatro, pero estoy segura de que el tablón extra no me daría mucho dolor de cabeza.

Angela vuelve a la mesa, tirando su copa de vino al sentarse, aunque, por suerte, ya casi se la había acabado.

—¿Alguien sabe de Izzy? ¿Le dijiste la hora real, Nina? Íbamos a empezar a decirle media hora antes, ¿no?

—Llegará cuando llegue —responde Nina con tono ligero, agitando la mano con despreocupación, como si fuera de esas personas a las que no les importa la puntualidad.

Sé que, si Hugh no estuviera aquí, pondría los ojos en blanco por la predecible tardanza de Izzy. Saca un vapeador del bolsillo de la manga y aspira con disimulo.

Los platos llegan rebosando salsa, acompañados por Izzy envuelta en una nube de perfume caro y excusas previsibles. Comemos nuestros asados mientras Angela charla sin cesar. Nina se esfuerza por crear un ambiente divertido y relajado, aunque está visiblemente

tensa. Aun así, Hugh mantiene una conversación fluida, hace preguntas, ríe con nuestras bromas y, cuando el tenedor de Nina termina en el suelo mientras cuenta una historia, se levanta de inmediato a buscar otro.

Aunque me cueste admitirlo, tiene cierto encanto. El perfume de Izzy y la voz alta de Angela me están dando dolor de cabeza, que intento ahogar bebiendo. Izzy empieza a quejarse de su niñera, un lamento habitual, y Nina y yo nos miramos y apartamos la vista para no reírnos.

—¿Vienes al treinta cumpleaños de Jackie la semana que viene, Mills? —exige saber Izzy mientras la camarera mal pagada, y aparentemente menor de edad, retira nuestra torre de platos chorreantes.

—Eh, no. ¿Por qué iba a ir al treinta cumpleaños de Jackie?

—¿Porque es nuestra amiga?

—Es tu amiga. No hablo con Jackie desde hace como un año.

Nina suspira y pone los ojos en blanco de forma dramática, y Hugh se inclina hacia delante en una pose fingida de «cuéntame el cotilleo», con la barbilla apoyada en el dorso de la mano extendida.

—Oh, ¿qué pasó entonces? ¿Qué hizo esa «Jackie»?

—Jackie es una imbécil —le informo—. Lo siento, Izzy. Pero es verdad. Era una imbécil en el colegio y lo sigue siendo ahora.

—Tuvieron una discusión tonta de borrachas —interviene Nina, girándose hacia Hugh con expresión de disculpa—. Jackie llamó a Millie perra estirada porque dijo que no come en furgonetas de kebabs. Millie no lo supera.

—¿Por qué debería?

—Porque no puedes guardar rencor eternamente. Siempre digo que necesitas encontrar una forma adecuada de lidiar con la ira. ¡A veces hay que soltar el pasado y seguir adelante!

—No estoy de acuerdo. En fin. Hugh, cuéntame más de esa mesa de centro. ¿Cuántas patas? ¿Cuatro?

Por fin, Izzy anuncia que tiene que volver con los niños, le da a Hugh un beso extravagante al aire y le dice con demasiada sinceridad que le ha encantado conocerlo, antes de llamar a la camarera de aspecto aburrido. Angela parece hecha polvo, así que

Izzy paga las partes de las dos y luego la saca a rastras del *pub* para llevarla a casa.

La camarera nos recomienda el pastel de nueces pecanas, y Hugh explica educadamente que es alérgico mortal a todos los frutos secos, pero que Nina y yo podemos pedir uno si queremos. Realmente se esfuerza. O tal vez sea un tipo majo. Nina declina el ofrecimiento, lo que me alegra, y me excuso para ir al baño. Se me ha acabado la charla insustancial y la conversación sobre Jackie me ha alterado.

En los aseos, me encierro en un cubículo y respiro hondo despacio como premio. Me siento en la tapa cerrada y leo la poesía de la puerta.

Sam estuvo aquí 2019
Caz 4 Jack
Rachel L es una guarra
Los derechos trans son Derechos Humanos
CREE A LAS MUJERES
Apunta a la luna y quizá aterrices entre las estrellas :D
Odio a los putos hombres
Mandy adora las pollas

En un momento de inspiración, encuentro un boli en el bolso y añado: Jackie es una imbécil. Me siento mejor.

De vuelta a la mesa, todo parece más tranquilo. Nunca he sido muy sociable, pero con los años me estoy volviendo cada vez más introvertida, encerrándome en mi caparazón con mi gata, mis remordimientos y mi ira. Parte de mí quiere a mis viejas amigas del colegio, pero, aparte de Nina, tengo cada vez menos paciencia para sus chorradas en general.

—Hugh nos ha invitado a comer —dice Nina, rebosante de orgullo.

Mira, tal vez no sea yo quien deba juzgar. Nunca he conocido a un hombre digno de esta mujer. Nunca he encontrado a alguien con quien Nina —lista, divertida, amable— deba querer pasar grandes cantidades de tiempo, y eso me incluye. Pero parece feliz, y Hugh no

ha hecho nada malo, de momento. Aun así, no me siento preparada para estar en deuda con este hombre.

—Gracias, Hugh, pero prefiero pagar lo mío. En serio. —Sonrío para que no suene a reproche y garabateo mi número de teléfono en el recibo con el delineador que aún tengo en la mano—. Mándame tus datos y te transfiero mi parte. —Accede tras una mínima resistencia, lo que me dice que no tiene dinero para andar pagando comidas copiosas y alcohólicas a todo el mundo, pero quiere impresionar. Me ablanda un poco más. Es un encanto.

Sin embargo, mientras camino a casa para dar de comer a Shirley Bassey, decido que tendré que vigilar a Hugh Chapman. El encanto es un arma peligrosa, y no puedo relajarme hasta saber si el hombre que la empuña tiene buenas intenciones.

Capítulo 4

No tengo ningún deseo de tener hijos. A veces, cuando la vida es realmente aburrida o tengo una resaca de campeonato, echo un vistazo a los perfiles de Facebook de mujeres con las que fui al colegio. ¡Algunas tienen varios niños! ¡Y ni siquiera hemos cumplido los treinta! Comparten imágenes de críos mofletudos mirando embobados a la cámara con notas a pie de foto del tipo: «No puedo creer que hayan pasado cuatro años de alegría con mi familia perfecta», seguidos de treinta y seis publicaciones en un grupo local de madres sobre los cambios de horario del club Canciones para Mamás.

No, gracias. Prefiero la cerveza a los bodis de bebé; los masajes a la mastitis.

No es solo que sea demasiado egoísta para soportar el tedio de organizar mi vida en función de los caprichos ajenos, aunque reconozco que lo soy. Es que no tengo ni la menor idea de cómo ser madre.

La mía… dejó mucho que desear. Por decirlo suave. Crecí con un padre del que es mejor no hablar, una madre peor que inútil y mi tío Dale, quien, aparte de Katie, es el único miembro de la familia por el que no siento verdadero odio.

Sé exactamente el daño que puede hacer un padre de mierda, y no quiero dañar a alguien que no lo merece y no lo ha pedido.

Son las dos de la madrugada de un viernes por la noche —la hora en que se cruza la frontera entre la diversión vespertina y los terrores nocturnos— y estoy sentada en mi Micra, tiritando bajo el abrigo, mientras la lluvia salpica el parabrisas. Esta noche llevo una peluca oscura bajo la capucha. He cabreado a muchos hombres con este trabajo, así que intento mantenerme irreconocible cuando atiendo Cuéntaselo a M.

Ha sido una semana de mierda. No ha pasado gran cosa: he trabajado, he jugado con Shirley Bassey, he cocinado, he evitado responder mensajes de amigos. Se suponía que había quedado con Nina para unas copas esta noche, pero ella lo ha cancelado por Hugh. Intento no culparla, comprendo que esa euforia inicial de un nuevo romance puede sacar de quicio a las personas. Pero eso hizo que estuviera de mal humor antes de que mi madre llamara.

Si por mí fuera, Katie viviría conmigo. Pero dice que está a gusto donde está y que no quiere dejar su habitación de la infancia. Así que le toca a nuestra madre intentar que coma algo, que salga de la habitación y que se lave el pelo de vez en cuando. No fue una buena madre conmigo, pero hay que reconocer que siempre quiso más a Katie, así que al menos con ella se esfuerza.

Que quede claro: mi madre no es alguien que intente ser cruel. No es maltratadora —o habría sacado a Katie de esa casa hace años—. Pero es pasiva. Nunca fue una verdadera madre. Nunca tomó el control ni las decisiones difíciles, ni siquiera nos regañaba. Solo existía, y la pasividad es un rasgo que me saca de quicio. Delante de Katie, me guardo mis opiniones sobre nuestra madre. Tienen una relación mejor, y ahora mismo es donde Katie quiere vivir. Algún día la convenceré de que se mude conmigo.

Apoyada en el reposacabezas, cierro los ojos con fuerza e intento calmar mi mente acelerada. Es más fácil enfadarme con mi madre que aceptar que yo también tengo la culpa. Mi trabajo es proteger a mi hermana, y estoy fallando.

Fui a verla de nuevo el miércoles. La moto de tío Dale estaba en la entrada, y lo encontré con su característica camiseta del Newcastle United bebiendo cerveza con mi madre en la cocina. Katie estaba arriba, en un agujero negro de depresión, más delgada que nunca. ¿Me sorprendió que mi madre me llamara esta tarde para decirme que se había desmayado y que la habían llevado al hospital? No. La mandaron a casa bastante rápido, con instrucciones firmes de que ganara peso. Mi instinto fue dejar Cuéntaselo a M por esta noche e ir corriendo, pero mi madre me dijo que Katie ya estaba dormida y no quería despertarla cuando necesita descanso.

Así que, aquí estoy, en mitad de una noche de octubre, tiritando en el coche, deseando que el teléfono de trabajo me dé vidas que salvar. Es lo único que se me ocurre. Si no puedo ayudar a mi propia hermana, puedo ayudar a otra.

Me abrazo a mí misma y luego me subo la capucha del abrigo; me pregunto si debería encender el motor para tener algo de calor, pero el indicador de gasolina está bajo y me parece un desperdicio. De todos modos, el frío es un castigo casi agradable. Mi madre me dijo que Katie solo se desmayó por una bajada de azúcar. Pero hablamos de alguien que sería capaz de curar una herida de bala con una tirita. La marcada forma de los omóplatos de Katie parece tatuada en mis brazos y, al cerrar los ojos, veo sus pómulos sobresaliendo entre sus ojeras. Supongo que me engaño pensando que mejora cuando en realidad se consume ante mis ojos.

Apoyo de nuevo la nuca en el reposacabezas y respiro hondo para calmarme. En la oscuridad, tras los párpados cerrados, no puedo evitar que los recuerdos me inunden. Me concentro en la respiración con una técnica que aprendí en yoga. Nunca se me dio bien. Me tumbaba en el suelo del estudio, intentando «respirar hondo» y «vaciar la mente», pero en realidad solo me concentraba en fortalecer los muslos lo suficiente para matar a un hombre.

Inspiro.

Katie y yo riendo histéricamente en una noche de fiesta.

Espiro.

Yo acurrucada en su cama cuando éramos niñas.

Inspiro.

Katie entrando en la Universidad de Durham, pálida de asombro y orgullo.

Espiro.

Yo abrazándola el día que traje todas sus cosas en una furgoneta después de que dejara los estudios.

Inspiro.

La pequeña Katie rodando por la colina de hierba cerca de casa.

Espiro.

La pequeña yo diciéndole que no se preocupara por papá.

DING.

Gracias a Dios. Ha estado lloviendo y hace frío, así que la noche ha sido bastante tranquila, pero, por suerte, alguien quiere mi ayuda. Alguien me necesita. Leo el mensaje por encima y luego lo releo despacio. Es difícil de entender, como si la autora estuviera borracha.

Ha cerrdao la pureta.

¿Qué?

Ha parecio muy raro pero ya. Me siento mal.
Creo qe hay alg en mmi vino.

¿Algo en su copa? Dios, no está borracha, la han drogado. Empiezo a teclear de manera frenética, con la necesidad de saber dónde está antes de que sea tarde. El teléfono suena de nuevo: ha tenido el sentido común de compartir su ubicación. Le sigue otro mensaje.

32

Pongo el coche en marcha antes de saber qué voy a hacer, con un torbellino en la cabeza de drogas y chicas, sangre y vino, Katie y yo.

Llego a una casa adosada victoriana diez minutos después. Cuando estoy en la ubicación que la chica compartió en WhatsApp, miro alrededor, exaltada, y veo una puerta azul con el número 32 grabado. Cuéntaselo a M suele llevarme a los mismos bares y clubes de siempre, o de vez en cuando me contactan mujeres que caminan solas a casa. Pero, de tanto en tanto, me llaman a casas privadas como esta. Estas son las que me dan escalofríos de verdad, donde acecha el peligro real.

Pero un simple golpe en la puerta y una petición de recoger a mi amiga suele funcionar: la sorpresa aturde el cerebro del tipo lo suficiente para sacarla en segundos. Una vez tuve que llamar a la

policía. De cualquier modo, suelo tomarme un momento para evaluar la situación y no empeorarla, o meterme en un sitio donde salga herida.

Esta noche, sin embargo, la mente me da vueltas con pensamientos de mi hermana y su agresor, mi madre y mi propio fracaso. Así que no me doy tiempo para pensar en un plan. Tal vez parte de mí quiera un enfrentamiento. La ira necesita ir a algún sitio, o te come por dentro.

Bajo del coche alterada y corro hacia la puerta principal. Ese mensaje anónimo se ha convertido en mi hermana, y está en el piso superior del número 32 de Northumberland Road, a merced de alguien que parecía inofensivo pero que luego le echó algo en la bebida.

Tres golpes fuertes en la puerta. Inmediatamente, tres más y una patada a la madera. Oigo pasos y por fin la puerta se abre una rendija.

Por suerte, me contengo. Necesito calmarme. Las cosas no funcionan así. Respiro hondo e intento sonreír, aunque estoy segura de que me sale más bien una mueca.

La rendija se ensancha y veo a un hombre, de unos treinta y tantos. Es escandalosamente guapo, alto con pelo oscuro ligeramente rizado alrededor de un rostro anguloso. Tiene piel castaña clara, una barba incipiente negra y ojos grandes y oscuros. Ojos que podrían atraer a muchas chicas a su casa, a su cama.

El tiempo es horrible y me he subido la capucha alrededor de la cara, así que tiene que inclinarse para distinguir si soy hombre o mujer. Amenaza o golosina.

—¡Hola! ¡Soy Jessica! —Lo digo con un tonillo alegre y ascendente. Solo me faltan pompones y una falda corta—. Busco a mi amiga. Dijo que estaba aquí. —Sonrío de oreja a oreja para aparentar dulzura, pero procuro ocultar la mayor parte del rostro con la capucha del abrigo.

—Te has equivocado de dirección. —Me sonríe para suavizar el golpe.

—Mmm, ¡creo que no! ¡Estoy segura de que era aquí! —Ensancho la sonrisa, ahora roza lo maniaco. Necesito entrar. Su rostro

anguloso me recuerda a Katie, el tono enfermizo de su piel y el leve amarillo de sus dientes. Concéntrate—. ¿Te importa si paso?

Su sonrisa suave se desvanece y frunce el ceño. Ya está perdiendo la paciencia.

—¿Por qué quieres entrar? Tu amiga no está aquí, lo siento. —Intenta cerrar la puerta, pero meto el pie. El cabrón no se va a librar tan fácilmente, pero mantendré el tono suave por un momento.

—Es que su padre está esperando. —Señalo hacia unos coches—. Se supone que está en casa de nuestra amiga Jade, pero si sube aquí y ve que ha estado con un tío, se va a cabrear. Así que, en serio, es mejor que la recoja ahora. —Suelto una risita estrangulada que pretende ser conspiradora, pero sale más como un cortacésped fallando al arrancar.

—He dicho que no está aquí —repite despacio, como si yo fuera idiota, apartándome el pie con el suyo y cerrando la puerta con firmeza. Mierda.

El cristal cuadrado de la puerta cerrada refleja mi pelo revuelto y el delineador corrido rodeado de una enorme capucha hinchada. Parecer una loca probablemente no ha sido de ayuda. Este trabajo requiere cabeza fría, y contener las emociones es algo de lo que me he enorgullecido en el pasado. Apretando las suelas de los zapatos contra el suelo, empujo la rabia hacia abajo, a través del cuerpo, de los pies, hasta lo más profundo de la tierra.

El número 32 está a solo tres casas del final de la calle. Sé que debería llamar a la policía, pero tardarían demasiado en llegar. ¿Y qué les diría? Pienso en Katie, temblando en mis brazos el día de Año Nuevo, y sé que tengo que actuar rápido.

Corro hasta el final de la calle, encuentro un muro fácil de escalar y, antes de acobardarme, trepo por él. Está oscuro, y cruzo los dedos para que los habitantes de esta casa estén cómodamente tumbados en el salón viendo Strictly Come Dancing o Celebrities Go Fishing o cualquier otra basura que vea la gente hoy en día. Me alegra llevar botas de combate negras y pantalones, pero siento que mi jersey de cuello alto blanco brilla en la oscuridad.

Aterrizo con un fuerte ruido en el parterre del jardín del número dos. Silencio, ningún movimiento. Un gato blanco y negro observa

desde el alféizar de una ventana de arriba. Nos miramos y maúlla; se me ocurre que, con su pecho blanco y cuerpo negro, nos parecemos. Me pregunto si se ríe de mí.

Tumbada en el barro, contemplando todas mis decisiones vitales, ocurre lo impensable. Suena el teléfono. Revuelvo para sacarlo del bolsillo y lo pongo en silencio; el nombre de Nina parpadea enfadado. Dios la bendiga, probablemente quiere contarme algo más que ha hecho Hugh, el de «No le hago ascos a ningún trabajo», pero no es el momento.

El regreso del silencio parece ensordecedor, y me quedo inmóvil, con el teléfono en la mano, sentada en el barro y encima de una planta de lavanda parcialmente aplastada. No pasa nada. Gracias a Dios. Me sacudo la ropa y sigo adelante; en poco tiempo, estoy en el jardín del número 32.

Las puertas son las típicas plegables que ahora tiene todo el mundo, incluida yo, pero su jardín no tiene nada de especial. ¿Qué sentido tiene poner una pared de cristal para mirar simplemente un montón de cemento? Bueno, lo que importa es que están abiertas. Cruzo el umbral y contengo el aliento, dejando la puerta entreabierta para evitar el posible clic al cerrarse. La casa está en silencio, excepto por el suave sonido de la música en el piso de arriba. Mi corazón late al mismo ritmo. El teléfono vibra con un mensaje. Ahora no, Nina.

Encontrarme en una cocina desconocida —limpia, salvo por una *pizza* junto al fregadero— me trae de vuelta a la tierra, y caigo en que sigo sin plan, y que lo que hago es estúpido y peligroso. Pero esa chica necesita ayuda, así que improvisaré. Saco el teléfono y marco tres nueves, lista para llamar si hace falta.

Salgo de la cocina y empiezo a subir las escaleras con sigilo. Es una casa elegante, con paredes azul pálido y suelos de madera. Algo inesperado. Toda esta noche es inesperada. Al llegar a la puerta que encierra la música, me detengo. Estoy sin aliento, a pesar de haberme movido tan despacio. Tengo miedo, me doy cuenta. Y con la adrenalina a tope.

De repente, se oyen pasos al otro lado de la puerta. Mierda, mierda, mieeeerda. No hay dónde ir y, por instinto, estampo el

cuerpo contra la pared junto a la puerta. Por alguna fortuna mística, la puerta se abre hacia fuera en vez de hacia dentro, casi dándome en la cara, pero deteniéndose a un milímetro. Una ráfaga de risa sale de la habitación.

Contengo la respiración. Puede que mi mente haya reaccionado más rápido de lo que creía, o tal vez sea solo un golpe de suerte, pero estoy oculta detrás de la puerta abierta. Veo la figura alta del hombre guapo que conocí antes por la rendija. Está tan cerca que huelo su loción, Tom Ford.

—¡No, Jay! ¡Pídelo por favor o no tendrás nada! —Risas. Insultos desenfadados—. Vale, vale. ¿Guinness? —El trocito del hombre guapo desaparece y oigo sus pies bajar las escaleras a pisotones.

El cuerpo se me congela, el teléfono húmedo en la mano caliente y sudada. Por un momento pienso en lo absurdo de la escena. Imagina que tira de la puerta hacia atrás y me encuentra ahí como una armadura cómica. ¿Qué coño estoy haciendo?

Recobrando el sentido poco a poco, recuerdo por qué estoy aquí, y caigo en que he oído dos voces masculinas. Dos. ¿Qué le están haciendo? Oigo ruido abajo. Ahora es el momento, mientras uno no está en la habitación. Me preparo, compruebo que el teléfono está listo para llamar si hace falta, y echo un vistazo por la rendija de la puerta.

La chica no está dentro. Es un hombre el que está tumbado en la cama, aunque no puedo verle el rostro. Hay tres latas de Guinness tiradas en el suelo, y uno de sus pies se mueve al ritmo de la música. También veo una partida de ajedrez abandonada, apartada por una caja de *pizza*. Mi mente lucha por encontrarle sentido a todo cuando el inconfundible sonido de pasos subiendo las escaleras comienza a resonar.

— ¡Dejaste la puerta de abajo abierta de par en par! ¡Tenemos una pequeña crisis, colega! —La figura oscurece la puerta por la rendija, yo aún sigo escondida tras la madera y conteniendo el aliento—. ¡La última Guinness! Y la *pizza* que juramos guardar para el desayuno… Nos hemos quedado sin cerveza, así que voy corriendo a la tienda, porque soy un buen hermano.

—¡Imran! ¡Eres un ángel! —grita la otra voz.

El hombre guapo sale de nuevo al pasillo, cerrando la puerta de golpe tras él. Me quedo completamente expuesta a una espalda que, por suerte, se aleja mientras baja las escaleras trotando. Permanezco paralizada, con los ojos muy abiertos. El teléfono vibra en mi mano de nuevo y, sin saber qué más hacer, lo miro.

Es Nina llamando otra vez, pero también veo otra notificación en la pantalla. Es un mensaje de la chica. Enviado hace diez minutos.

Quería dcir 34.

Por el amor de Dios. No dejo rastro al salir por las puertas plegables.

Capítulo 5

Al entrar en el número 34 desde el jardín, echo un vistazo a una cocina-comedor sucia y deprimente. La distribución es la misma que la de al lado, pero los armarios de vinilo marrón y la encimera de formica desconchada gritan falta de imaginación y de fondos, y el montón de platos, cazuelas, tazas graciosas y cuencos con costras de leche me revuelven el estómago. O quizá se deba al hecho de que esta es la segunda casa que he allanado esta noche. Nunca lo sabremos.

La casa está en silencio. Huele a rancio, como cabría esperar en una casa habitada por chicos tristes, que estoy bastante segura de que es el caso. Tanto las paredes vacías como el frutero de la mesa con solo una lima marchita lo confirman. Tres horarios y un folleto del sindicato de estudiantes pegados a la nevera me indican que estoy en una casa compartida.

Tal vez debería haber dado la vuelta y llamado a la puerta principal, pero esto parecía más rápido después de todo el tiempo perdido tonteando en el 32. O quizá simplemente no pienso con claridad. El ambiente me pone la piel de gallina, como si pudiera sentir el peligro. Esta vez, agarro un cuchillo sucio del montón de platos junto al fregadero y lo limpio con un paño de cocina. Nunca he herido gravemente a nadie en una de mis misiones de rescate y no pretendo empezar ahora, pero la experiencia de al lado me ha recordado lo indefensa que estoy, y soy lo bastante lista para saber que me encuentro en una situación peligrosa. Por suerte, la mayoría de las personas es tremendamente estúpida y, por lo tanto, fácil de engañar. Si es necesario, el cuchillo debería darme el tiempo suficiente para sacarnos de aquí.

El pasillo es oscuro, de un color crema mugriento, cubierto de ese papel pintado texturizado que se ve en pisos de alquiler viejos.

Como la piel de un pavo recién desplumado. Coloco un pie delante del otro con cuidado sobre el linóleo gris, diseñado para imitar (sin mucho éxito) tablas de madera. Hay puertas a mi izquierda y derecha, pero no oigo nada.

Al avanzar hacia las escaleras, coloco un pie en silencio sobre la alfombra gris y áspera, pero algo me detiene. Oigo ruido, y no viene de arriba. Inmóvil, aguzo el oído. Ahí está, el golpeteo suave de un bajo procedente de algún sitio. ¿Abajo?

Me acerco a la puerta de la izquierda, pego la oreja y…, sí, es esta. La abro una rendija y veo un haz de luz; además de la música, oigo un leve roce procedente de unas escaleras de hormigón abajo. Un sótano. Qué apropiado para este gusano que vive bajo tierra. Me cuelo por la puerta y bajo unos cuantos escalones con sigilo. Oigo a alguien, pero no veo nada. ¿Estará ahí? Y si es así, ¿qué estará pasando?

Esta no es una situación en la que haya estado antes. Dejar que la rabia supere mis sentidos significa que me he puesto en el centro del peligro, pero ya es tarde para echarme atrás.

Al bajar unos escalones más, veo la espalda de un hombre. Estoy en tensión, como lista para saltar, y apenas respiro. Unos pasos más, y la veo.

Está tumbada en una cama. Tiene los ojos cerrados y el vestido bajado dejando a la vista sus pequeños pechos. El pelo, rosa claro y seco por el exceso de tinte, está extendido artísticamente alrededor como un halo, y las piernas desnudas y pálidas abiertas.

Es una escena extraña. Bella a su manera, si quitas todo el contexto. El contexto es que está inconsciente y ha sido colocada por un hombre que está de pie sobre ella con una cámara.

Con un pie a cada lado de la chica en la cama, enfoca la lente, pone el dedo en el botón. Clic. Se acerca más. Clic.

Dejo de respirar por completo, mis extremidades quedan inmóviles. El hombre, más o menos de mi edad, es delgado, pálido, y observa la pantalla de la cámara frunciendo el ceño. Alarga la mano hacia un cigarrillo posado en el borde de un cenicero medio lleno, da una calada antes de volver a dejarlo y se pasa la mano por el pelo lacio y rubio ceniza. Parece un hípster sucio: alguien que

presentarías a tus amigos, pero no llevarías a casa de tus padres. Se inclina hacia delante y extiende un poco más el pelo rosa, luego baja la mano por el cuello hasta los pechos. La bautizo Rose. Veo una sonrisa de suficiencia en su cara de rata y la bilis me sube a la garganta. Veo a Katie en ella. Tan pequeña y vulnerable.

Se gira de golpe y me doy cuenta, demasiado tarde, de que un ruido estrangulado ha salido de mi garganta. Adiós al elemento sorpresa. La sangre vuelve a correr por mi cabeza y extremidades, como si volviera de entre los muertos. Nos miramos a los ojos.

—¿Qué coño? ¿Quién…? ¿Quién coño eres? —Elocuente como esperaba, aunque me pilla por sorpresa oír un acento escandinavo.

Un audiolibro que Izzy me obligó a escuchar, titulado algo así como Sé la jefa que debes ser, me enseñó que, sea cual sea la situación, debes liderar con confianza. Aprovechando su impresión, recupero la compostura y bajo las escaleras con paso firme. «Lidera con confianza», me digo.

—Creo que debería ser yo quien preguntara eso. —Apunto el cuchillo de cocina hacia él, intentando parecer intimidante, pero veo cómo la hoja tiembla.

Necesito acabar con esto rápido antes de que se dé cuenta de que podría darme un puñetazo en la cara y listo. No me apetece acabar siendo el mes de marzo en el calendario anual del pervertido.

Sigue de pie en la cama sobre Rose, con la cámara colgando al lado y la boca abierta. Los ojos le parpadean de forma salvaje y frenética mientras procesa la situación. Después, se llenan de furia. No de miedo. Ni rastro de miedo. Ah, mierda.

—¿Qué coño haces en mi habitación? —Su tono de voz es alto, llegando a sonar como un bramido. La chica en la cama se remueve.

—He venido a por mi amiga. —La voz me tiembla, pero espero que no lo note. «Contrólate».

Alzo el cuchillo un poco más y señalo la cama con la cabeza de manera despreocupada, como si estuviera acostumbrada a recoger así a mis amigas.

Él salta de la cama, apaga la música y empieza a avanzar hacia mí mientras yo retrocedo por la habitación. Es el dormitorio de sótano estudiantil clásico. Huele a semen y a humedad, y una hilera de

libros pretenciosos se acumulan sin leer en una estantería. La chica drogada, colocada de forma angelical en la cama, es quizá menos común en el dormitorio estudiantil medio.

El hombre empieza a gritarme, y yo le grito de vuelta para llenar el tiempo y el aire. Esto no está saliendo ni de lejos como pensaba. Pero supongo que en realidad no había pensado en cómo saldría. Ese es el problema.

Ambos giramos la cabeza cuando la chica se incorpora, con los ojos desenfocados y el vestido aún en la cintura. Nos mira a los dos, boquiabierta. Ojos grandes y azules miran desde un rostro redondo y angelical y caigo en lo guapa que es. No guapa como una modelo, sino guapa de las que te darían envidia en la oficina. El pelo rosa seco se le eriza en todas direcciones, con las raíces marrones naturales asomando. Un parche de acné mal cubierto en la barbilla la hace parecer más joven de lo que creí al principio.

—¿Qué…? —dice.

El pervertido de la cámara y yo nos miramos de nuevo, ambos sintiendo claramente el mismo arrebato de pánico. No sé por qué, siento que me han pillado en el acto. Yo soy la heroína de la historia. Necesito aprovechar la ventaja repentina. Está despierta. Puede que esté débil y aturdida, pero, aun así, somos dos contra uno.

—Levántate. Coge tus cosas. Ahora.

Su confusión se desvanece, dando paso al miedo. Veo que fija los ojos en el cuchillo que sostengo.

—¡Ahora!

—¡No muevas ni un puto dedo!

—¿Karl? —gime Rose. ¿Karl?

—¡AHORA!

Balancea las piernas fuera de la cama y se pone en pie tambaleante, subiéndose por fin los tirantes del vestido. El pervertido se lanza, agarrándola de la muñeca y tirando de ella hacia él. Aún inestable, Rose cae hacia atrás, perdiendo el equilibrio.

Zas. El sonido que cruza el aire recuerda al obturador de la cámara, pero esta vez es su preciosa cabeza rosa contra el marco metálico de la cama. Se oye un gemido, y luego silencio.

—Vamos a calmarnos. —Karl esboza una sonrisa, extendiendo las manos como si yo fuera una histérica.

Es una sonrisa sorprendentemente agradable que transforma su rostro huesudo de siniestro a atractivamente juvenil como por arte de magia. Por un segundo, me imagino sentada frente a él en una mesa con velas en un bar. Yo también podría haberme ido a casa con él.

—Te estás equivocando —continúa—. Cálmate. Ssshh. —¡¿Me está chistando como a un bebé?! Un mechón de su pelo rubio sucio le cae sobre el ojo derecho y lo aparta al exhalar, dándose un aire de estrella de cine—. Vale. Bien. Vale.

Karl está pensando sus opciones. Intentando ver si puede suavizar esto. Miro a Rose, que está desplomada al pie de la cama a mi derecha. Tiene los ojos abiertos y mira fijamente a Karl al otro lado de la habitación. Al menos ahora parece despierta, bien despierta. Seguro que desearía no estarlo. Los tres estamos repartidos en un triángulo por la habitación, inmóviles. Rose y yo tenemos que actuar antes de que a Karl se le ocurra algo.

Salto a mi derecha para ponerme delante de ella y apunto el cuchillo hacia Karl.

—Vete ahora. —Rose sabe que le hablo a ella y gatea a toda prisa hacia las escaleras.

A cuatro patas, parece un juguete infantil retorcido. Karl se abalanza hacia delante y yo hago un movimiento salvaje de corte en su dirección, obligándolo a retroceder. Con la mano libre, agarro un ejemplar enorme de *La broma infinita*[1] y se lo lanzo a la cabeza. Lo esquiva y le roza la oreja.

—¡Estás loca!

Por el rabillo del ojo, veo que Rose ha empezado a subir las escaleras. Sigue agachada, palpando el camino con las manos. Al escuchar los gritos de Karl, se pone de pie mientras desaparece por los escalones. Su cuerpo sigue torpe, pero logra controlarlo. Él mantiene los ojos muy abiertos por el pánico, alternando la mirada entre las escaleras y yo. La sangre me late con fuerza por el cuerpo. He estado en situaciones emocionantes antes, pero nunca como esta. Nunca he tenido a un hombre a punta de cuchillo mientras

estoy atrapada sola en su sótano, te sorprenderá oírlo. Es un equilibrio de poder tan delicado que una ráfaga de aire podría inclinarlo hacia cualquier lado. Oigo un ruido de pasos apresurados y un estallido de sollozos desgarradores desde el piso superior: la realidad la ha alcanzado. «Sal de aquí antes de derrumbarte, chica». La puerta principal se cierra de golpe. Ha salido. Está a salvo. Yo, en cambio, puede que no tenga tanta suerte.

Karl corre hacia las escaleras y yo tiro la precaución por la borda, saltando hacia él agitando el cuchillo y gritando. El espacio parece pequeño, y me planto de nuevo delante de las escaleras, cortando el aire con el cuchillo mientras él retrocede. Le rozo la manga del jersey con la punta. El agujero en la lana se expande y él tropieza hacia atrás, las corvas de sus piernas chocando contra la cama. Cae sobre las tristes sábanas de rayas azules que probablemente le compró su madre cuando se fue de casa, y aprovecho la oportunidad.

Subo las escaleras corriendo y lo oigo saltar y seguirme. Llego a la puerta y la vista del papel pintado moteado me detiene en seco, calmándome y enfureciéndome a la vez. Este hombre. Este Karl. Trayendo a chicas jóvenes y guapas, de pelo rosa, a este lugar repulsivo que al principio parece inofensivo. Tomando fotos y guardándolas para su colección privada, tal vez incluso compartiéndolas con sus amigos. Quizá ellos también son extraños que viven en sótanos, o quizá no. Quizá son agentes inmobiliarios, banqueros o dependientes de tiendas. Hombres normales, hombres insospechados con sonrisas agradables. Hombres como Karl, haciendo lo que les da la gana. Incluso cuando los detengo, son capaces de repetirlo la puta noche siguiente. Estoy tan cansada. Estoy tan furiosa. Estoy tan triste. Soy tan poderosa.

En vez de cerrar de golpe la puerta del sótano en su cara, me giro y me agarro al marco. Levanto el pie derecho bien alto y, cuando sube a mi encuentro, lo pateo con fuerza en el pecho. Lo bastante fuerte para que el impacto lo haga retroceder y salir volando hacia atrás. Esa parte de lo que pasa es lenta, como si todo ocurriera bajo el agua. Lo bastante lenta para ver el momento en que su mente registra lo que ha pasado y lo que pasará después, y sus ojos azul

pálido se abren de miedo, la boca abierta en un *shock* cómico, el pelo lacio levantándose. Pero en realidad, la caída debe de haber sido tan rápida como un parpadeo, porque al segundo siguiente oigo un chasquido agudo, claro, espantoso. Crac.

[1] Novela de David Foster Wallace publicada en 1996, considerada una obra maestra de la literatura contemporánea y una de las mejores novelas en inglés del siglo XX. Su edición original supera las mil páginas. *(Todas las notas son del editor).*

Capítulo 6

Son las seis y media de la mañana del lunes. Se supone que tengo que levantarme para ir a trabajar en unas horas, pero no he pegado ojo. El sapo del póster de El viento en los sauces me mira desde la pared de mi dormitorio, demostrando que estoy a salvo en mi propia casa, pero, cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ese sótano. Veo el despliegue de pelo rosa, los pechos pequeños, el destello del cuchillo. Y luego lo oigo, ese crac.

En cuanto Karl se cayó —o fue empujado o lo que sea—, no sé cuánto tiempo me quedé allí. Al menos lo suficiente para saber que no se levantaría en un buen rato. Cuando por fin bajé las escaleras, el aire estaba cargado de ese tufo metálico inconfundible. Al menos tapaba el olor rancio a sudor masculino. Una de cal y otra de arena.

Karl yacía en el suelo, perfectamente inmóvil, con los ojos cerrados y un charco de sangre que crecía despacio a su alrededor, con una gota en la comisura de la boca. Cuidando de no pisarla, me acerqué despacio. Me incliné lo más cerca posible de su rostro, hasta que apenas quedaba un centímetro de aire entre el mío y el suyo. En una película, este sería el momento en que él abriría los ojos de golpe, pero no lo hizo. Nada se movió. Ningún aliento me rozó la piel. Nada.

Me sentí poderosa, de pie sobre él de esa forma, igual que él se erguía sobre Rose. Le rocé la mejilla fría con un dedo. Me vino a la mente un verso de una obra que leí en el colegio.

—Un río carmesí de sangre caliente —susurré en el silencio del sótano— sube y baja entre tus labios rosados.

Me estremecí con mis propias palabras. Esa obra siempre me hacía pensar en mi padre. Me erguí y me puse manos a la obra.

Me senté en la cama mullida y le mandé un mensaje a Rose, queriendo asegurarme de que estaba bien. Respondió que casi había

llegado a casa, que había corrido todo el camino. Me envió una ristra de gracias por salvarla y perdones por dejarme atrás. Lo único que me importaba era que no le contara a nadie que habíamos estado allí. Accedió, porque en ese momento haría cualquier cosa por mí, pero luego preguntó por qué, y apagué el teléfono.

Necesitaba pensar.

Clasificar mis pensamientos en compartimentos es un talento que siempre he tenido. ¿Necesitas derrumbarte? Guárdalo para después. Arregla tus asuntos y llora cuando llegues a casa. En ese momento, desde luego había asuntos que necesitaba arreglar.

Repasé una lista mental:

PROS
No había apuñalado a nadie.
No había testigos (al menos de la parte final de lo que pasó).
En realidad, lo único que había ocurrido era que un hombre se había caído por sus propias escaleras.

CONTRAS
Había matado a un hombre, de eso no había duda.
Rose podría contarle a alguien lo que le pasó, rastreando este lío hasta mí.
Podría haber pruebas de que estuve allí.

Las cosas no estaban tan mal, entonces. Solo necesitaba eliminar todos mis rastros, y lo único que quedaría sería un hombre que se cayó por las escaleras después de unas cervezas de más. Una tragedia. Subí de nuevo, agarré un paño de cocina con olor a moho, limpié el mango del cuchillo que aún sostenía y lo devolví a su lugar, con el resto de los platos. Gracias a Dios que no lo había usado, porque las cosas habrían sido mucho peores si le hubiera clavado esa mierda en la yugular.

Regocijándome de que la casa estuviera vacía, limpié corriendo cualquier superficie que pudiera haber tocado. Volví abajo con Karl y

no pude evitar andar de puntillas, como si fuera a molestarlo. Va contra natura hacer ruido alrededor de los muertos.

Esquivando la sangre, recogí el ejemplar de *La broma infinita* del suelo, lo limpié y lo coloqué con el resto de su colección, probablemente no leída pero a menudo transportada. Con eso, ya no quedaría rastro de mí en ese agujero. Ahora, Rose. Arranqué unos cuantos pelos rosas de la almohada, conteniendo las ganas de vomitar. Coloqué en las escaleras una copa de vino con el borde manchado de pintalabios para llevármela al irme. La sangre seguía extendiéndose por el suelo y yo empezaba a ponerme nerviosa, así que respiré hondo unas cuantas veces para calmarme, reuní mis cosas y salí.

Cuando por fin llegué a casa esa noche, vomité en el fregadero, aferrándome a los bordes mientras convulsionaba. El fregadero estaba lleno de sangre espesa y roja, goteando de mi boca mientras el rímel me emborronaba los ojos. Parpadeé, y la sangre desapareció. «Un río carmesí de sangre caliente». Mierda. Mierda, mierda, mierda. He matado a un hombre. He matado a un puto hombre. Ah, sí, genial, había devuelto *La broma infinita* a su sitio, eso despistaría a Sherlock. No se puede superar eso. Dios mío. Recordé otro verso de la misma obra: «Qué fácilmente se descubre un asesinato».

Limpiándome la boca, entré en la cocina. La copa de vino reposaba inocentemente en el alféizar, con el pintalabios rosa manchando los bordes, haciendo juego a la perfección con los mechones de pelo rosa enrollados dentro. Al sacar una taza del armario para llenarla de agua, la porcelana fría me recordó su piel enfriándose.

Antes de dejar su sótano, encontré su teléfono. Maniobrar su dedo muerto y larguirucho hasta el escáner para desbloquearlo fue uno de los momentos más surrealistas de mi vida, que ha tenido múltiples momentos surrealistas. Una vez dentro, revisé rápidamente sus mensajes en varias aplicaciones para ver si había alguna comunicación entre Rose y él. Nada. Debió de conocerla en un bar. Perfecto. Lo limpié y lo metí en el bolsillo de sus vaqueros demasiado ajustados. Y, finalmente, salí por la puerta trasera.

Junto a la copa de vino reposaba la única otra cosa que me llevé de la casa de Karl. Una cámara. Elegante, negra e inofensiva, con el logotipo de Canon grabado arriba y un objetivo largo que se extiende como un telescopio. No podía dejarla allí, no con Rose dentro. Aunque podría haber borrado las fotos de ella allí mismo. No sé muy bien por qué no lo hice.

Luego solo pude esperar. A ser pillada, o no. Esa era la cuestión. De cualquier modo, la espera es un infierno en sí misma. Cancelé la comida del domingo con las chicas y pasé el resto del fin de semana en casa con las cortinas cerradas, el teléfono en silencio. Cada coche que pasaba por la calle me hacía sudar.

Apenas he dormido. El teléfono de Cuéntaselo a M ha estado apagado, y los mensajes se responden automáticamente con números de taxi y consejos prácticos en lugar de mi intervención directa.

Pero ya es lunes por la mañana. El sol se cuela y la calle despierta. Cuantos más coches oigo arrancar y voces flotando en el aire, más calmada me siento. Ha llegado otra mañana. Y no me han pillado.

No es solo mi deseo de salvarme lo que me atormenta, no quiero que pienses que soy un monstruo. También tengo pensamientos sobre Karl. Por un lado, era un desperdicio de oxígeno. Un abusador, una bestia. Por el otro, ¿qué sabía yo realmente de este hombre? ¿Tenía una madre enferma a la que visitaba a diario? ¿Planes de enderezar su vida? Probablemente no, y vi de primera mano el tipo de persona que era. Pero, aun así, ¿tenía yo autoridad para acabar con su vida? Al fin y al cabo, podría haber llamado a la policía y dejar que ellos se hicieran cargo.

Pero ¿qué habrían hecho? Admito que soy una cínica, pero hasta el optimista más crédulo sabe que la tasa de condenas por delitos sexuales es alarmantemente baja.

Son las doce cuando despierto de pesadillas de sangre y algodón de azúcar. Me incorporo sudando y me giro como si acabara de ver a un equipo SWAT saliendo del armario.

Es el primer sueño real que he tenido en días, y aunque sigo exhausta, me siento mejor. El teléfono muestra cuatro mensajes. Tres de Nina preguntando cómo estoy, y uno de mi jefe Rick sobre haber faltado al trabajo hoy; les dije a ambos que tenía una intoxicación alimentaria para explicar mi silencio y aislamiento. Los buenos deseos de Rick podrían haberme hecho sentir culpable por no ir al trabajo, si no fuera porque el recuerdo del asesinato del viernes ocupa un lugar mucho más alarmante en mi memoria. Hundo mi cabeza en la almohada.

Enciendo la televisión y busco hasta encontrar las noticias locales, que terminan con una historia sobre una tubería de agua reventada. Probablemente mostrarían un asesinato antes que problemas de fontanería, así que eso no me aclara mucho. En el teléfono, reviso BBC News, la página del Bristol Post, Bristol 24/7 y cualquier otra web de noticias locales que se me cruce. Nada, igual que los últimos días. No he parado de comprobar esas páginas de manera obsesiva. ¿Quizá aún no hayan encontrado a Karl?

En mi mente, recorro esa casa de nuevo, paso las manos por ese papel pintado moteado. Había tres horarios de estudiantes en la nevera y la casa era grande. No vivía solo. Los otros podrían estar visitando a sus padres o de vacaciones. Los estudiantes siempre están de vacaciones de algún tipo. Tal vez ni siquiera sus compañeros de casa se aventuran a entrar en su guarida.

No puedo ir a prisión. Imagina la ropa que me obligarían a llevar. No me malinterpretes, me gustan los monos, como a cualquier *millennial* amante de la moda, pero solo si son negros y de buena calidad. Preferiblemente, uno con un escote pronunciado como el famoso de Fleabag. Me visualizo entrando en una prisión con ese atuendo, tacones y pintalabios rojo oscuro. Pero la realidad es otra. El juego se acabó: la individualidad extinguida, el futuro arrancado de raíz. Huevos fríos para el desayuno, orgías para la cena. Adiós a salir con Nina. Adiós a las copas de vino en silencio en el jardín. Se acabaron las conversaciones con mi hermana y el cordero asado a la perfección. Incluso creo que llegaría a extrañar el eterno parloteo, casi racista, de mi vecino Sean. Aunque quizá eso ya sea exagerar. Mis uñas se hunden en la piel y, al apartarlas con esfuerzo, descubro

pequeños semicírculos rojos marcados en mi brazo. ¿Katie podría seguir adelante sin mí?

Además de mi miedo, está la otra emoción que estoy reprimiendo. La culpa. No importa lo malo que fuera Karl, asesiné a un hombre y la sangre y la vergüenza y el sonido del chasquido de su cabeza reverberan siempre en mi mente. En un intento de silenciarlo, salgo a correr para calmar la adrenalina que aún pulsa en mis venas y aclarar la cabeza. Cerca de la cima del camino en mi ruta habitual, veo al mismo hombre barbudo con el que me crucé la semana pasada, que me hace el mismo saludo con una sonrisa que me recuerda a la de Karl. Me da escalofríos.

En casa, llamo a Katie solo para oír su voz, pero responde mi madre y me dice que está en la ducha. Me invita a hacerles una visita, pero no creo que esté lista para hablar con nadie cara a cara. Aunque no llego a charlar con mi hermana, el simple hecho de que esté levantada y en la ducha me da un atisbo de esperanza. Es como si el universo validara mis elecciones, recompensándome por mis acciones con Katie saliendo de su habitación.

Son las ocho y ya ha oscurecido, lo cual me produce cierta calma. Ha pasado otro día, y no ha ocurrido nada. Por un momento fugaz y dulce, me dejo llevar por la idea de que todo podría salir bien. Que podría burlar al destino. Voy a la cocina, agarro la cámara del alféizar y la llevo de vuelta a la cama. He pensado en ella todo el fin de semana, pero es la primera vez que me siento lo bastante fuerte para mirar.

La enciendo y me alegra ver que aún tiene un sesenta y ocho por ciento de batería. En modo galería, una foto en la pantalla me deja sin aliento. Rose, en toda su gloria. Medio desnuda, con el pelo extendido, los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Como un ángel caído. La siguiente es un primer plano de su rostro. Podría estar durmiendo inocentemente. O muerta. Paso despacio por más de treinta fotos de ella, desde artísticas hasta pornográficas. Una de la mano de Karl —la mano que toqué cuando estaba sin vida — bajo su falda casi me hace vomitar en la taza.

Pero de repente, el pelo de Rose ya no es rosa. Es rubio. Y me lleva un momento, demasiado tiempo en realidad, darme cuenta de

que esta no es Rose en absoluto. Es otra persona. Es otra chica, inconsciente, sobre la misma colcha, en la misma habitación. Está en una pose diferente. Su pelo es menos llamativo, supongo. Esta vez sí vomito.

A la mañana siguiente, voy a trabajar. Fue estúpido no ir ayer. Si he aprendido algo de las series de crímenes, es que debes actuar con normalidad. Porque cuando alguien mira atrás y se da cuenta de que los días siguientes al asesinato llamaste diciendo que estabas enferma, no queda bien. No puedo hacer nada al respecto ahora, salvo seguir adelante y actuar mejor. Ser más lista.

Rick está abriendo la puerta principal cuando llego, puntual.

—¡Millie! Eres increíble. Pasa, te prepararé un té. —El corazón se me hincha por Rick. Es un buen hombre.

He elegido el atuendo con especial cuidado. Quiero estar guapa, arreglada. En parte por si me fotografían metiéndome en la parte trasera de un coche de policía, en parte porque quiero dar la imagen de alguien que no acaba de asesinar accidentalmente a propósito a un hombre y que luego ha pasado tres días enteros vomitando de culpa y miedo. He optado por un vestido negro recto con pendientes de aro dorados y botines blancos: clásico pero sorprendente. Al mirarme en el espejo, pensé por un momento en una de las chicas de la cámara de Karl con un vestidito negro de tirantes desatados. Chica número seis de trece.

Rick me hace un té de hierbas e insiste en que me siente, no importa cuánto insista en que estoy perfectamente bien ahora.

—Probablemente fue la comida cutre del *pub* que comí el domingo. O un virus de veinticuatro horas o algo así. En cualquier caso, no te preocupes. Estoy bien para trabajar.

—Aquí tienes. Siéntate y bébete el té.

Me siento en un taburete polvoriento junto al mostrador y sorbo la infusión caliente e insípida mientras él trajina abriendo la tienda.

—Supongo que ayer estuviste durmiendo todo el día, pero ¿viste las noticias?

La sangre se me hiela y respiro hondo, aferrando la taza con el logotipo de Picture This.

—¿Me he perdido algo interesante? —Doy otro sorbo para ocultar el rostro.

—¡Hay una tubería de agua reventada en Lydstep Terrace! —Dejo escapar un aliento que no sabía que retenía y me digo que me controle.

Actúa normal. Me encojo de hombros. La yo normal no se preocuparía por agua inundando una carretera que no conozco.

—Es la tercera este mes. Este Ayuntamiento… En fin —sigue Rick —. No es el fin del mundo, supongo. ¿Sabías que, cuando estaba escribiendo mi novela, reventó una tubería y toda la calle se quedó sin agua tres días? Estaba en racha, así que me quedé allí tecleando todo el tiempo. ¡Los escritores tienen que aprender a sufrir! —Fuerzo una expresión de asombro, aunque quizá no sea del todo fingida; hay algo fascinante en cómo logra que cualquier detalle se convierta en una oportunidad para revivir su momento de gloria literaria.

—En fin, Mills, si te sientes lo bastante bien hoy, tenemos unas cuantas cosas que hacer. Estoy terminando ese tríptico horroroso que trajo el italiano, luego pensé que podrías ocuparte del nuevo de la señora Baker. —La señora Baker tiene unos ochocientos nietos, y siempre hay uno que se gradúa, se casa o da inicio a la siguiente generación de Bakers.

Cada ocasión viene acompañada de una nueva foto y, por supuesto, un nuevo marco. La señora Baker paga nuestras facturas.

—Claro, Rick. Estoy en ello. Yo me encargo del frente mientras trabajas atrás esta mañana. ¿Luego cambiamos?

Sonríe de acuerdo y se retira a donde es más feliz, el cuarto trasero. Y yo respiro. Puedo hacerlo. Pensando en las fotos de esa cámara —no solo Rose sino las trece chicas sin nombre tendidas como juguetes—, siento una culpa incierta revuelta en el estómago. Si solo quedara un asiento en el infierno, ¿se lo darían a Karl o a mí, una asesina?

Esa noche, sin embargo, duermo como un muerto.

Capítulo 7

Los días pasan y cada mañana la tensión en el pecho se afloja un poco más. El viernes salto de la cama tarareando *Claro de luna* mientras muelo granos de café y los vierto en la cafetera. He dejado de lado Cuéntaselo a M esta semana, he salido a correr casi todos los días y he dormido como nunca, así que me veo y me siento genial. Mientras espero a que se haga el café, el teléfono suena en la encimera. Nina. La he estado evitando y me siento culpable. He podido mantener la farsa de que todo es normal en la tienda —es fácil perderme en el trabajo—, pero me asusta ver a Nina. Me conoce tan bien, y parte de mí teme que vea algo en mi cara y sepa que he hecho algo malo.

Pero esto no puede durar eternamente, así que hundo el émbolo de la cafetera y sirvo una taza mientras contesto.

—Lo siento mucho, compi. He estado fatal con el teléfono.

—¡Mills! ¡Por fin! Llevo días intentando hablar contigo —me regaña con una aspereza encantadora, como si en su garganta danzaran avispas coquetas y misteriosas.

—Lo sé. Lo siento. He estado pachucha toda la semana. Pero ya estoy mucho mejor.

Nina es optimista. Es una persona feliz. Perdonadora. Tras asegurarse de que estoy en forma de nuevo, se enreda en un parloteo delicioso sobre Hugh, interrumpiéndose solo para dar una calada al vapeador que, a las ocho de la mañana, no será el primero del día. La tensión en mí se alivia aún más, como si hubiera superado una barrera.

—Nina, amor, tengo que ir a trabajar. Pero ¿tomamos algo luego?

—¿No estarás de guardia? ¿Es idea mía o hay un énfasis oculto, como si arquease una ceja? Es lo más cerca que Nina estará de

mostrar que le molesta el tiempo que la línea de teléfono me ha tenido ocupada este año.

—Me tomaré la noche libre. Esta vez en serio. Hasta… hasta dejaré el teléfono en casa. —El teléfono ha estado apagado toda la semana, enterrado en un cajón con nada más que el mensaje de voz de consejos útiles y otros números para llamar y ayudar a la gente.

Parecía sensato distanciarme de Cuéntaselo a M unos días mientras esperaba a ver si salía la noticia sobre Karl y si se relacionaba conmigo. Ahora, sin embargo, la idea de volver a Cuéntaselo a M me asusta, y puedo admitir que ha sido bueno tener un respiro, aunque la culpa por ignorar llamadas de ayuda me esté comiendo por dentro.

—¡Oh! ¿En serio? ¡Genial! —La alegría obvia en su voz me rompe el corazón.

He sido una pésima amiga últimamente. También una pésima hermana, no he visitado a Katie desde El Incidente.

—Tengo que pasar a ver a mi hermana después del trabajo, luego te veo en The Golden Guinea.

Nos despedimos y me siento en el sofá para beber un café, comer un cruasán y pensar. Han pasado siete días desde el asesinato. La vida empieza a enderezarse. ¿Quién dijo que las acciones siempre tienen consecuencias?

Rick trabaja en el cuarto trasero y yo holgazaneo en el mostrador delantero, pasando mentalmente las fotos que encontré en la cámara de Karl. He bautizado a cada una de las chicas. A las trece. Cada una tiene una historia. Espero que estén bien y no recuerden nada de lo que pasó con Karl. Me pregunto cómo sería con ellas por las mañanas. ¿Les haría café y soltaría una risita cuando se disculparan por desmayarse?

—No te preocupes. Les pasa a los mejores —podría decir con esa sonrisa agradable suya, sentado en las escaleras que le rompieron el cráneo.

El timbre sobre la puerta suena al abrirse, y casi me caigo de la silla. Me enderezo y me quedo perpleja por segunda vez. Ojos oscuros y un rostro anguloso, un cuerpo alto. Empiezo a temblar, sintiendo que el sudor me brota por todo el cuerpo. Pero entonces el

hombre me mira preocupado, y el pavor se va tan rápido como vino, igual que con cada sirena de policía que ha pasado en los últimos siete días. Por un segundo pensé que era el vecino de Karl, pero nunca he visto a este hombre antes. Paranoia: creo que es un efecto secundario común del asesinato.

Sonrío para disimular el horror que debe de haber sido claro en mi rostro, me apoyo en el mostrador y siento que el pulso vuelve a la normalidad. Ahora que mi momento de pánico ha desaparecido, la vista se agudiza y caigo en que es asombrosamente atractivo, incluso más que su doble. Y yo estoy aquí con la boca abierta como un organismo unicelular. «Contrólate».

—Hola.

Vaya, lo he clavado. Intento parecer misteriosa, pero ¿cuán misteriosa puedes ser tras un mostrador polvoriento con una placa con tu nombre?

—Hola. Estoy buscando un marco.

Todos dicen lo mismo cuando entran en lo que es, muy claramente, una tienda de marcos. Es esa patética cortesía británica que todos llevamos dentro: no debemos parecer demasiado seguros o confiados en absolutamente nada.

—Pues estás de suerte. —Señalo los cientos de marcos que nos rodean en la abarrotada sala delantera de la tienda, pilas de ellos a mis codos y a sus pies.

Es alto y delgado, pero fuerte. Cuerpo de nadador. Sus facciones son demasiado grandes para su rostro delgado y anguloso, y su amplia sonrisa refleja la incomodidad de simplemente existir.

—Sí, perdón. Obvio. Pero quizá necesite uno a medida. Y es un poco urgente, me temo… Debería haberlo arreglado hace días. —Se encoge de hombros y exhala suave, soplando un mechón de su pelo oscuro y lacio hacia los ojos.

—Dime qué necesitas.

Hay una pausa en la que sus ojos bajan por mi cuerpo y vuelven a mi rostro.

—Algo… hermoso.

¿Estamos flirteando? ¿Está bien flirtear días después de matar a alguien?

Pronto sale a la luz que es el cuadragésimo aniversario de boda de sus padres, y quiere enmarcar unos billetes de avión. Mientras habla, revoloteo con cuadernos y muestras para evitar mirarlo directamente a la cara. Cuando tengo que mirarlo, me fijo en sus dedos largos, tamborileando rítmicamente en el mostrador.

—Son sus billetes de avión de cuando se mudaron al Reino Unido, desde Bangladés. Hace treinta y cinco años ya. Se conocieron en el vuelo. —Vuelve a encogerse de hombros. Adorable, igual que el regalo.

No quiero que pienses que odio a todo el género masculino. No. Solo a la mayoría. Intento reprimir el pensamiento de que este tipo podría ser realmente majo. Probablemente tiene un armario lleno de sujetadores robados en los que se masturba a diario.

—Pero lo necesito para el jueves que viene. Es cuando es su fiesta. ¿Hay alguna posibilidad?

—Puedo hacerlo. —Rick no estará contento.

Solo retrasaré el trabajo de la señora Baker, y el de la camiseta de fútbol. De todos modos, nadie debería tener una camiseta de fútbol enmarcada.

—Genial. Mi hermano me mataría si lo estropeara. Mi único trabajo era encargarme del regalo. —Sonríe de nuevo y luego vacila —. Me llamo James, por cierto.

—Millie.

—Lo sé. —Asiente hacia mi placa y me sonrojo, recordando la desigualdad de nuestra situación. Servidora y servido—. James Khan. —Mira el mostrador y caigo en que me ha dado su nombre para el formulario que tengo delante, no porque le importara saber el mío.

Nos apresuramos con los detalles, eligiendo colores y grosores de madera, calidad del cristal y tamaño del paspartú. Apartando monstruosidades plateadas con cristales incrustados, le muestro un ejemplo de madera negra elegante con paspartú crema. Pasa su dedo larguirucho por una esquina dorada mientras hablo. Al darse la vuelta para irse, vacila de nuevo y se acerca al mostrador.

—Sé que normalmente tarda más. Te debo una. ¿Puedo… puedo invitarte a una copa? Para darte las gracias. —Sonríe y se encoge de

hombros. Empiezo a entender que el encogimiento es su señal de vergüenza.

Cada vez que considero salir con alguien, pienso en las mujeres a las que he ayudado, y en mi hermana pequeña y triste, y la ira suele apartar cualquier lujuria o romance. Pero por alguna razón, cuando James me sonríe, la ira no llega. En cambio, siento, ¿podría ser, excitación? Pero han pasado meses desde mi última cita. Siete días después de haber matado a un hombre no parece el momento más adecuado para empezar.

Imito su encogimiento y niego con la cabeza.

—Lo siento. Política de la empresa.

Llego a The Golden Guinea a las ocho en punto. Nina ya está aquí. No creo que haya habido una ocasión en que Nina no haya llegado primero. Estoy segura de que llega a los sitios una hora antes solo para asegurarse. Ya me ha pedido una copa de tinto y ha conseguido la mejor mesa. Hay un banco de aspecto cómodo contra la ventana de celosía que da a la calle, con una mesa delante. El fuego está encendido para dar calidez a la fría y lluviosa noche de octubre, y un hombre de pelo gris se sienta delante en un sillón, con su perro dormido en el suelo.

The Guinea es pequeño y oscuro, y me encanta porque es la esencia misma de un *pub*. Nina agita la mano, a pesar de estar a solo un metro y pico y de que el *pub* es minúsculo.

—Te he pedido un rioja. —Nos abrazamos y aspiro su aroma maravilloso a nicotina y Penhaligon's Empressa. Mi princesa ahumada.

La he echado de menos mientras me escondía del mundo, y ha pasado un tiempo embarazosamente largo desde que le dediqué una noche entera de viernes sin tener el teléfono en la mesa. Me esfuerzo por alejar los pensamientos de chicas jóvenes apartando manos intrusas y de adolescentes aterradas escondidas en los baños, y fijo mi atención en el verde guisante del traje pantalón que se ha puesto para ir a trabajar.

Estuve con Katie antes de pasar por The Guinea, y hago todo lo posible por separar eso para enfocarme completamente en Nina. Pero fue otra visita insatisfactoria. Entré y subí directamente arriba, evitando a mi madre, que pasaba la aspiradora en el salón y quitaba el polvo a los adornos que ha estado coleccionando desde que murió papá. Horribles figuritas de mujeres bailando con vestidos supuestamente bonitos (pero horrendos), madres abrazando a sus hijos (qué ironía) y perros pequeños con cara de tonto (ella odia a los animales). Me dan escalofríos. Dios, odio esa casa.

Katie estaba despierta, pero menos energética aún que la última vez que la vi. Tras media hora de charla trivial, le pregunté si había comido ese día y se encogió como si la hubiera golpeado. Es un equilibrio difícil: quiero ser el refugio en el que pueda acurrucarse, pero también quiero empujarla a mejorar. A veces lo segundo parece diametralmente opuesto a lo primero.

Ahora, mientras Nina habla, asiento y río en los momentos adecuados, intentando estar presente para mi mejor amiga. Pero cuando va a la barra, pensamientos errantes inundan mi mente. El aspecto fantasmal de Katie y sus respuestas monosilábicas, los huesos asomando a través de la piel. Las chicas en la cámara de Karl. El chasquido de su cabeza contra el suelo. Aunque mi miedo a ser arrestada ha disminuido, la pregunta de si lo que hice estuvo bien o mal me ha atormentado veinticuatro horas al día.

Nina vuelve y planta una tercera copa de rioja delante de mí. Vuelvo a la realidad de golpe.

—Este podría ser el bueno, Mills. Podría ser él. —Tiene un vapeador escondido en la manga del que da una larga calada, exhalando la niebla perfumada hacia su regazo—. Sé que piensas que exagero, pero alguno tiene que serlo. ¿Y por qué no Hugh? Es guapo, talentoso, ambicioso. Tiene un negocio en mente, quiere crear muebles elegantes para gente rica. Solo necesita algo de capital para arrancar.

Apenas estaba atenta, pero de pronto algo me pone en máxima alerta.

—No le des dinero, Nina Lee.

—Dar. ¿Quién ha dicho nada de…?

—No le prestes dinero, Nina Lee.

—Pensé que te caía bien.

—¿Ya lo has hecho? ¿Cuánto?

—Todo el mundo necesita un empujoncito si quiere tener éxito. Sabes que así funciona el mundo. Haría lo mismo por ti si encontraras algo que quisieras hacer.

¿Eso es todo, entonces? El señor Mesa de Centro va tras el sueldo gordo de abogada de Nina. El corazón se me encoge rápido. Ay, Nina, Nina, Nina.

—¿Cuánto… le…. has dado?

—Solo lo suficiente para empezar. Para montar una web y ponerla en marcha. —Me quedo callada. Sé cómo hacerla hablar—. Y para costear algunos materiales, porque ahora usa algunas herramientas de su jefe, ¿sabes? Que obviamente no podrá utilizar cuando trabaje por su cuenta. —Doy un sorbo a la copa—. Y a largo plazo, cuando nos casemos…

Vale, ya basta.

—¿Más o menos de dos mil libras?

Mira su *gin-tonic*.

—Más.

Al final logro sacarle a Nina que le ha «prestado» a Hugh la increíble suma de diez mil libras. Ese puto parásito cabrón. Esa comadreja avariciosa. Ese saco de mierda. Mi queridísima amiga no solo está a punto de sufrir un desengaño amoroso, sino que también tendrá que pagar caro por ello. Intento no enfadarme con ella, pero ¿quién es tan lista y autosuficiente en todas las áreas de la vida menos en una? Apretando las manos en puños, respiro por la nariz.

En el baño, me apoyo en el lavabo y respiro hondo. Un halcón me devuelve la mirada en el espejo. Fijo los ojos en mi nariz aguileña e intento calmarme. Hombres. Malditos hombres. Me pregunto cuántas otras mujeres exitosas y hambrientas de amor ha atraído Hugh a sus brazos musculosos y se ha aprovechado de ellas. Pienso en las fotos de las chicas en la cámara de Karl. Una tras otra, tras otra.

Pero Karl no volverá a hacer eso de nuevo. Porque Karl fue detenido. Karl fue castigado. Me miro a los ojos y, por primera vez

desde que empujé a ese cabrón por sus propias escaleras, sonrío, y lo digo en serio. Porque, de repente, estoy orgullosa de lo que he hecho. Es una de las pocas cosas que he hecho en mi vida de las que estar orgullosa. Ese hombre no merecía vivir. No merecía respirar mi aire ni compartir mis atardeceres, disfrutar un libro o sacarse un título.

No solo he salvado a una mujer; he salvado a incontables mujeres en los años venideros. Porque, en realidad, ¿de qué sirve interrumpir solo una noche de un pervertido? Alguien tiene que cortar a estos hombres de hacer lo que hacen.

Vuelvo a pensar en Katie, no he hecho lo suficiente para ayudarla. Pienso en los huesos asomando a través de la piel y su rostro pálido sobre el edredón. Es hora de que Millie Masters dé un paso al frente. Castigaré al hombre que le hizo eso a mi hermana, solo necesito encontrarlo primero. Katie conseguirá cerrar la herida y empezará a sanar, y él no podrá hacerle a nadie más lo que le hizo a ella.

¿Y Hugh? También castigaré al hombre que se aprovecha de mi amiga.

Capítulo 8

Es una verdad universalmente reconocida que los corredores son unos capullos. ¿Cómo puede alguien disfrutar de algo en lo que no pasa nada salvo que el cuerpo se cubre de sudor y los pulmones parecen haber sido acuchillados con un cuchillo de pan? Además, resulta aburrido, y está lejos de ser el momento adecuado para conversaciones brillantes o situaciones divertidas.

Pero estos días, me temo que tengo que decir que soy una de ellos.

Hay un partido de fútbol en unas horas y las carreteras están atestadas, coches avanzando a paso de tortuga llenos de hombres con bufandas rojas. El camino se aparta de ellos, convirtiéndose en un sendero de tierra rodeado de árboles, zarzas y latas viejas de cerveza Carling. Mis pies golpean el barro y aspiro el aire más rápido, más fuerte.

La imagen de Karl cayendo por esas escaleras se repite en mi cabeza como un GIF desquiciado, o como esas odiosas cosas tipo *boomerang* que los más básicos se envían brindando con cócteles. Una y otra vez, lo veo caer. Crac. Crac. Crac. Correr me ayuda a calmarme, así que he corrido todos los días la semana pasada. Pero ahora, el hombre en mi mente se convierte en Hugh, con dinero saliendo de sus bolsillos mientras cae, y en alguien sin rostro que hirió a mi hermana.

El camino gira a la izquierda, adentrándose en el bosque, y el ruido de la carretera se desvanece. Nada más que yo y el ruido en mi cabeza que aplasto con cada pisada. Me encanta esta parte de la ruta, y sé que pronto los campos se abrirán a mi izquierda y estarán llenos de ovejas. Las ovejas tienen fama de ser estúpidas, pero también de ser deliciosas. Aunque no soporto a la gente idiota, adoro a los animales tontos. Qué vida tan maravillosa.

Si voy a lograr algo, necesito control. Necesito pensar las cosas con cuidado. Por primera vez en mucho tiempo, quizá nunca, siento que conozco mis objetivos y mi plan. Es simple, en realidad.

Encontrar y matar al hombre que hirió a mi hermana.

Ese es mi objetivo. Pero mientras organizo los detalles de ese plan, también tendré que hacer algo con Hugh.

No quiero que te lleves una impresión equivocada. Solo porque maté a Karl, y tengo otras ambiciones asesinas, no significa que sea una completa psicópata. Hugh no es la persona adecuada para mi amiga, y debo pensar en algo que pueda ocurrirle, aunque no voy a matarlo. No, primero necesito que él y Nina rompan, y luego asegurarme de que reciba su merecido.

Los árboles a mi izquierda empiezan a ralear y un campo lleno de bolas blancas y esponjosas parpadea entre las ramas. Una de ellas suelta un balido bajo y torpe.

Llevo ocho kilómetros cuando el teléfono empieza a vibrar contra el brazo. Sí, soy una de esas imbéciles con equipación de *running* especializada, y mi iPhone está en una cartuchera transparente atada a mi bíceps. Aminoro el ritmo y luego me paro, apoyando las manos en las rodillas. Mientras recupero el aliento, el hombre barbudo pasa trotando a mi lado y me hace su saludo habitual.

—¡Buen ritmo! —grita por encima del hombro, desapareciendo por la curva.

No me había dado cuenta de que iba tan rápido. Debe de ser el asesinato lo que me impulsa.

Para cuando recupero el aliento lo suficiente para mantener una conversación, el teléfono ha dejado de sonar, pero veo que era Nina. También tengo un mensaje de WhatsApp de Izzy de hace media hora.

> *¿Podemos quedar a las 2 para la comida del* pub *mañana en vez de a la 1? Problemas con la niñera. Hagámoslo en The Albion xx*

Si Izzy organiza la comida del domingo, se asegura de que sea en un *pub* pijo cerca de ella y a menudo intento escaquearme. Estoy

pensando una excusa cuando llega otro mensaje, de Nina esta vez:

Ya les he dicho que vienes seguro.
Te saltaste la de la semana pasada.

Maldita sea. Tal vez sea así en el trabajo. La Nina abogada difícilmente puede ir por ahí disculpándose y siendo amable todo el tiempo. Dado que es quien más dinero amasa en su firma —algo que me confesó entre excusas y frases autodespreciativas, arrancadas sílaba a sílaba—, sospecho que debe de tener un lado tan duro como el granito bajo esa colorida capa exterior.

Supongo que será bueno asegurarme de que no ha hecho nada más tonto como donarle a Hugh uno de sus órganos vitales. Tecleo una respuesta:

Tú mandas.

No tengo nada planeado esta noche. Ya estoy pensando en comprar una botella de tinto caro, pero en todo el drama de la semana pasada, durante el cual me he preocupado sobre todo por mí y a veces por Katie y Nina, no he dedicado suficiente tiempo a preocuparme por las demás mujeres que andan por ahí fuera. Una punzada de culpa se mezcla con el flato que se forma en mi costado al pensar en el teléfono de Cuéntaselo a M en mi cajón. Una mala experiencia con Rose no debería significar que otras sufran. ¿Y fue siquiera una mala experiencia? ¿No fue, en cierto modo, un éxito?

Tras una semana de silencio, ya va siendo hora de que reabra Cuéntaselo a M.

El domingo entro en The Albion a las 14:01 y veo a Nina en un reservado de la esquina, con Angela a su lado, claramente ya soltando algo aburrido. Miran hacia mí y Nina agita la mano mientras Angela alza su copa y abre la boca de par en par en un fingido júbilo. Izzy estará de camino y, toma nota: irrumpirá en la conversación en quince minutos para aburrirnos con la pesadilla que

ha tenido con la niñera y el trauma de dormir al bebé y el horror de encontrar un taxi.

Angela alza una botella de tinto para mostrar que ya me han atendido. Me propongo ser amable.

—Hola, compi. —Angela se medio levanta y me abraza por encima de la mesa—. Estás espectacular, como siempre. Resplandeces. —Angela dice este tipo de cosas independientemente de cómo se vea una, aunque debo admitir que hoy sí estoy bien.

Llevo una blusa nueva: una camisa negra de seda con demasiados botones desabrochados, vaqueros negros y mis botas de tacón favoritas con una estrella de cuero blanco cosida delante. Pero es más que la ropa. Probablemente resplandezca. No solo corrí once kilómetros a un ritmo francamente loco esta mañana, sino que estoy emocionada por primera vez en años. Me siento viva.

Ayer tuve una noche bastante tranquila en la línea telefónica. Bueno, tranquila comparada con el último turno que hice, pero admito que ese fue particularmente impactante. Ayudé a una mujer en una cita chunga en un bar de vinos que no se sentía capaz de irse, rescaté a una adolescente a la que seguía un hombre de cuarenta y tantos, y aparté a un baboso borracho de un grupo de estudiantes. Nadie murió.

Cuando llegué a casa, me senté a la mesa de la cocina con un cuaderno nuevo. Toda mujer sabe que los buenos planes empiezan con un cuaderno nuevo. Este en cuestión, una preciosidad con bordes marmolados, fue el obsequio que Katie me hizo por mi cumpleaños. Al abrir el lomo del cuaderno, un escalofrío de satisfacción me recorrió la espalda. Crac.

Nina me sirve vino cuando Angela menciona el tema de Hugh, arrancándome de los recuerdos y haciendo que apriete las manos de rabia.

—¿Qué tal anoche, Nina? ¿No iba a llevarte a cenar? —pregunta Angela.

—Ah, eso… Al final no.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir? —pregunto. ¿No habrá tomado su dinero y la habrá dejado tirada unos días después?

—Está bien. Solo que no pudo venir. —Nina me lanza una mirada que me dice que lo deje, y usa el arma de distracción definitiva, preguntando a Angela por su novio.

Angela puede hablar de por qué no se casa con ella durante días.

—Llevamos como seis años, ¿no? ¿Es normal? Quiero decir, ¡no lo entiendo! ¿Cuánto espero?

Doy un trago grande de vino y me uno.

—¿Por qué no se lo preguntas? —Con mi plan en el fondo de la mente, encuentro a Angela menos irritante. Tal vez porque la rabia que suele derramarse de mí y golpear a todos en su camino se está canalizando en algo productivo.

—¿Eh? ¡Por supuesto que no! —Angela ríe como una loca sin una gota de humor. Vacía el resto de su *gin-tonic*, echa la lima y el hielo en un vaso de pinta medio vacío de la mesa de al lado y llena su copa casi hasta el borde con malbec—. Sería muy incómodo, ¿no? —dice, con sus enormes ojos pálidos abriéndose de horror hasta casi ocupar todo su rostro—. Quiero decir, probablemente diría que sí, pero ¿querría decir sí? O sea, tal vez se sentiría obligado a decir sí, pero no querría decir sí de verdad y luego más adelante podría arrepentirse de haber dicho sí y cambiar de idea y sería horrible.

Angela no tiene los pulmones de una persona normal. Puede hablar el doble del tiempo típico sin tomar aliento. Le doy una patada a Nina bajo la mesa para que sepa que la culpo por hacerme venir. Tose en su manga, en la que estaba soplando humo de vapeador.

—Vale, no se lo preguntes. Tal vez no necesites casarte. —Actuar como si nada es sencillo porque esta conversación no es nueva.

La hemos tenido muchas muchas veces. Todas conocemos las opciones: preguntárselo (¡no!); renunciar a la idea (¡Dios mío, no!); decirle que quieres que te lo pida (¡ya lo he hecho!); o, por último, dejarlo (¡venga ya!). Hoy, de alguna manera, lo agradezco, especialmente cuando Nina se encarga de la siguiente fase (renunciar a la idea). Me permite caer mentalmente de nuevo en el recuerdo de anoche en mi cocina, pasando el dedo por la página de mi cuaderno y escribiendo despacio mi lista. La página está casi

vacía, pero eso no importa. Es un punto de partida. Mi plan ha empezado.

—Mierda, ¡lo siento, Nina! —Angela ha salpicado vino en la mesa porque está, predeciblemente, ya borracha, y ha salpicado la chaqueta de Nina.

Salto hacia atrás, protegiendo mi blusa nueva.

—Nos hemos quedado sin bebida, voy a por otra botella. ¿Todas queréis tinto?

—¡Yo la traigo! —grita Nina, secando su chaqueta.

—No, está bien. Yo me encargo. —Agito el teléfono para mostrar que estoy lista para pagar y le sonrío mientras retrocedo.

Angela empuja ineficazmente el líquido por la mesa.

Nina me mira de verdad por primera vez esa noche y arquea una ceja ante la blusa nueva. Abre la boca como si fuera a mencionarlo, pero la interrumpe la puerta abriéndose de golpe y una voz estruendosa llenando el espacio.

—¡Chicas!

Miro el teléfono: 14:24.

—Lo siento, ¡llego tarde! ¡Lo siento! Uf, ¡todo ha ido mal! Hola, Mills. —Izzy me besa en la mejilla y me da un abrazo de un solo brazo, luego tira el bolso de manera teatral y se gira hacia las demás, sentadas a la mesa.

Izzy es impresionantemente alta y delgada. Incluso en su uniforme casual de vaqueros rectos y camiseta de rayas, parece una mujer exitosa. Debe de ser el pelo.

—Estaba a punto de ir a por más bebida —murmuro y me escabullo, avergonzada, como siempre, por el volumen exagerado de la voz de mi amiga. Puedo oír con claridad su monólogo mientras pido otra botella de malbec.

—En serio, ya no existen taxis, ¡lo juro! Esperé una eternidad y simplemente no vino. Y luego está lo de la niñera. ¡Oh, Millie! —Sube el volumen a nivel de comentarista de fútbol sin micrófono. Me giro y sonrío—. ¡Para mí un *gin-tonic* doble!

—¡Demasiado tarde, compi! ¡Ya he pagado! —Le sonrío al camarero de forma conspiradora mientras toco el lector de tarjetas con el teléfono discretamente.

Puede que sea una de mis amigas más antiguas, pero que le den a Izzy y su copa tres veces más cara que la de las demás.

Ya en la mesa, sirvo una copa a todas —Angela mira la suya de reojo para mostrar que piensa que soy tacaña al servir— y me acomodo en la esquina. La llegada ruidosa de Izzy ha interrumpido a Angela y, aunque no puedo decir que lo estuviera disfrutando, ahora tendremos que escuchar las múltiples razones por las que Izzy no puede, nunca, llegar a tiempo. Una grande será su marido Josh.

Izzy es la única de nosotras que se ha casado, y no es el mejor reclamo para la institución del matrimonio. Por lo que veo, Josh parece más un estorbo que una ayuda en cualquier parte de la vida de Izzy, que ella dice odiar. Sin embargo, a veces pone los ojos en blanco de una forma que sugiere que su incompetencia y desconsideración es, de alguna manera, adorable. Tal vez sea un mecanismo de supervivencia: si reconoces que te has casado y has tenido un hijo con un completo imbécil, ¿qué ocurre después?

—Mills, ¡les estaba contando a las chicas que mi niñera me dejó tirada otra vez! —Sí, Izzy, lo habría oído aunque estuviera en París—. Y luego tuve que pedirle a Josh que cuidara al niño, pero no le hizo mucha gracia porque estaba a punto de mandarle un mensaje a Aaron para ir al *pub*, pero le dije que yo ya había hecho planes, y básicamente salí pitando.

Mentalmente, añado a mi diagrama de Venn del odio: «Hombres que piensan que cuidar de su propia prole es «hacer de niñera». Mi vecino Sean parece de los que «hacían de niñera» con sus hijos.

Pero aunque Izzy sea insoportablemente ruidosa y Angela una borracha aburrida, sonrío para mis adentros. En la mesa de al lado hay una pareja jugando al *Scrabble* y tienen un perro tumbado a sus pies. Es una especie de pug mutante enorme, y lleva un jersey de rayas multicolor. La lengua le cuelga y parece absoluta y adorablemente idiota. No todo es tan malo.

Cuando vamos por la tercera botella, Angela farfulla e Izzy se queja de la gente con poca ética de trabajo.

Es organizadora de eventos y suele presumir de regalos, canapés y famosillos de tercera que ha conocido. Esta semana ha estado a cargo de un evento de moda y no para de repetir lo duro que ha trabajado.

—Porque yo tengo una buena ética de trabajo, ¿sabéis? —Sopla con arte un mechón de pelo rubio teñido para apartarlo de los ojos y tamborilea con las uñas pintadas sobre la mesa pegajosa.

—¡Sí! —interviene Angela, como una corista en una pelea callejera. Pobrecita, parece cansada y desaliñada, pero al menos feliz.

—Y los demás siempre de descanso. En serio. Pausas para fumar, para ir al baño, para comer, llamadas de emergencia. Son tan vagos… ¿Para qué les pago?

—¡Sí!

—Me sentiría mal si obligara a alguien a cubrir sus huecos, pero está claro que a ellos les da igual.

—Es porque eres tan trabajadora, Iz —dice Nina con voz arrastrada, entre una nube de vapor de su vapeador.

Se ha olvidado de la manga, pero el camarero aún no se ha dado cuenta. Izzy inclina la cabeza para aceptar con gracia el cumplido que obviamente se ha buscado ella misma.

—¡Eres lo contrario de vaga! —No he abierto la boca en un rato, así que lanzo este comentario absurdo para unirme. Gran error.

—¿Y qué tal tu trabajo, Mills? ¿Sigues en el sitio de los cuadros?

Me enderezo. Sabe que sí. Hay un tono condescendiente en su voz que la nueva yo posasesinato no soporta. Hoy no.

—Sí. Pero… —me oigo continuar con interés, como si viera una película en vez de controlar mi propia lengua— ¡no por mucho tiempo!

—¡Oh! —Las cejas tan expresivas de Nina se disparan hacia arriba —. ¡No lo habías dicho! ¿Qué ha pasado?

Guiño un ojo y me río contra la copa de vino. «Dios, cómo me arrepiento de esto».

—No puedo decirlo aún. No está… confirmado. —Todas protestan a la vez y me levanto de manera brusca—. ¡Bebidas!

Todas vitorean. Sé cómo manejar a un grupo. Con suerte, mañana lo habrán olvidado.

No son ni las siete cuando llego a casa, pero el vino ha corrido con la comida y me siento mareada y contenta. Me siento a la isla de la cocina, golpeando el travesaño del taburete con el pie. La cabeza me pesa y me da vueltas, pero me sirvo una copa de barolo de todos modos y me quedo un rato, empapándome del silencio. El cuaderno está delante de mí; su bonita tapa marmolada brilla, arremolinándose con mi mente achispada. Lo abro por la primera página y encuentro la lista que hice anoche.

Pom Pom's
Calvo
Alto
De mediana edad
Cortinas rojas
Tatuaje de urraca

Todo lo que logré sacarle a Katie sobre la noche de su agresión. No es un nombre y una dirección, pero es un comienzo. En los primeros días después del incidente que descarriló por completo su vida, se pasó la mayor parte del tiempo llorando. No hablaba. Solo hemos hablado de lo que pasó de verdad una vez. Fue cuatro días después, tras cuatro días y noches que pasé en su cama, acariciándole el pelo, pasándole pañuelos. Se negó a ir a la policía. Yo quería que fuera, pero lo entendí cuando dijo que no. Las dos sabíamos que las probabilidades de que hicieran algo más que empeorar la situación eran casi nulas. Sí quería que hablara de lo ocurrido, con un profesional, conmigo o con quien fuera. Pero cada vez que le pedía detalles, se cerraba en banda.

En la cuarta noche, me desperté. Era tarde, estaba oscuro y en silencio absoluto. Sabía que estaba despierta —esas cosas se notan con tu hermana—, así que busqué su mano bajo la almohada y se la apreté.

—Un tatuaje. Un pájaro.

—¿Qué quieres decir? —Recuerdo que contuve el aliento.

Deseosa de saber, pero aterrorizada al mismo tiempo de entender de verdad lo que había pasado. Nunca sabes qué es peor, los hechos o la imaginación, hasta que es demasiado tarde.

—No recuerdo mucho, pero sí ese tatuaje. Se movía mientras… mientras pasaba. Esa maldita urraca tatuada, justo aquí —se puso la mano sobre el corazón—, en el pecho. —La voz se le quebró y la abracé fuerte—. Y las cortinas rojas en la ventana. Me quedé mirando esas cortinas rojas como si pudiera volar a través de ellas. —La abracé con fuerza, susurrándole al pelo.

—¿Qué más, Katie? ¿Qué más recuerdas?

¿Qué quería yo en ese momento? No iba a ir a la policía. ¿Para qué necesitaba detalles? ¿Para animarla a abrirse y sanar? Hablar no quita el dolor, lo extiende. Tal vez ya entonces sabía que llegaría a esto. Sé que entonces también sentía ese odio asesino dentro. Quería ver arder a ese hombre. Solo que nunca creí en mí misma lo suficiente para hacerlo. Hasta Karl.

El hombre era alto, calvo y de mediana edad, dijo ella, pero entonces empezó a llorar y la respiración se le entrecortó en jadeos, sollozos y temblores. Toda la cama se sacudía. Crujía y gemía con nuestra pena.

—Las cortinas rojas. Y esa maldita… urraca. Tengo pesadillas con esa urraca.

Dejé de entender sus palabras entre los sollozos y la mecí con suavidad hasta que se durmió. Yo me quedé despierta, pensando en urracas volando a través de cortinas rojas, perros y hombres a caballo persiguiéndolas.

A la mañana siguiente, intenté volver a sacarle el tema, pero se limitó a mirar al suelo. Cuando seguí insistiendo por un detalle más, al final murmuró que había estado en un club llamado Pom Pom’s. El tipo de sitio donde se reúnen hombres babosos para cazar a chicas jóvenes guapas con baja autoestima y grandes expectativas en la vida. Después de eso, me hizo jurar que no le volvería a preguntar, y su expresión era tan firme que dije que sí y cumplí la promesa.

Subrayo cada palabra en la página.

Pom Pom's
Calvo
Alto
De mediana edad
Cortinas rojas
Tatuaje de urraca

Este es el comienzo.

Capítulo 9

Nadie tiene que ser puntual un lunes, ¿verdad? La cabeza y el cuerpo siguen en el fin de semana, aunque el calendario haya pasado página. Es indecente esperar que alguien llegue a tiempo. Y el martes es un día que no cuenta, en realidad. Probablemente deberías esforzarte el miércoles, eso ha sido fallo mío. Pero ya es jueves…, bueno, eso es casi fin de semana otra vez, ¿no?

Eso me repito mientras troto despacio hacia la tienda. Suelo ser bastante puntual, pero esta semana he llegado tarde todos los días. Desde lo de Karl y mi promesa de encontrar al agresor de Katie, mi mente no está en el negocio de los marcos tanto como debería. He estado trazando un plan de acción, que incluye colarme en Pom Pom's mañana por la noche para empezar a husmear. Me molesta tener que malgastar mi valioso tiempo sentada en la tienda de Rick. Nunca había pensado que la vida fuera demasiado corta. Al contrario, es excesivamente larga y aburrida. Pero ahora cada minuto me parece valioso.

Aminoro el paso y decido que da igual llegar cuarenta o cincuenta minutos tarde. Esta mañana ya me he tomado un rato extra para llamar a Katie y charlar, y para pagar las facturas que llevaba ignorando por pura pereza. La compañía eléctrica aceptó mi pago atrasado, aunque la mujer al teléfono no perdió la oportunidad de darme un sermón tan cargado de superioridad que podría haber hecho temblar paredes. Cada «cielo» que salía de su boca parecía un latigazo disfrazado.

—Suenas joven, cielo, así que espero que hayas aprendido algo de esto.

—Eh… ¿A no ser pobre?

Reaccionó soltando una de esas risas empalagosas que a algunos les parecen adorables.

—Ay, qué graciosa eres. La planificación financiera es importante y hay un montón de recursos por ahí, cielo. No quiero volver a ver tu nombre en la lista, ¿vale? Sé que no es agradable que te…

Colgué y arrugué la carta en un puño, apretándola tan fuerte que me dolieron los nudillos.

—Escucha, preciosa —le dije a Shirley Bassey, que estaba sentada en la *chaise longue*, observándome con curiosidad—. Haz un esfuerzo por controlarte, ¿entendido, mi cielo, mi amor, mi vida? Por favor, evita ser tan insaciable con tu hambre, ¿de acuerdo? ¡Hay lecciones valiosas que debes aprender!

Cuando el tintineo de la puerta delata mi retraso, Rick dirige su mirada hacia mí.

—Otra vez tarde, Millie. ¿Todo bien?

—Lo siento, Rick. Lo siento. Me he quedado dormida. No volverá a pasar.

Me mira y arquea una ceja, un talento que yo no tengo y que Rick usa con envidiable frecuencia. Rodeo una pila de marcos que estoy segura de que ayer no estaba ahí y llego al mostrador sin provocar un alud.

—¿Té? Lo preparo yo. ¿O café? —Paso a su lado hacia la trastienda y la minicocina.

En la angosta habitación con olor a moho, una tetera manchada de pintura se encuentra al lado de tazas desportilladas y cucharillas antiguas, tan pesadas que podrían costar miles de libras, aunque su estado deplorable las vuelve completamente inservibles.

Aparto un montón de papeles y un trozo de madera perdido, dejo el té de Rick —servido en la única taza sin desperfectos como gesto de disculpa— en el mostrador y le sonrío con dulzura.

—Lo siento otra vez, Rick. Si te parece bien, voy a terminar lo que empecé ayer. Ya casi lo tengo.

—Vale, Millie. —Suspira, ablandándose como siempre—. Llámame la próxima vez, si puedes. Y avísame si tengo que preocuparme por ti o si necesitas unos días libres.

Me retiro a la trastienda y cierro la puerta, sintiéndome culpable, aunque no dura mucho. El guapo de James vendrá en unas horas a recoger los billetes para la fiesta de sus padres, y todavía tengo que

terminar de montarlas y pulir el marco. Reconozco que parte de la razón de mi tardanza es esa: por si resulta ser el último hombre decente del mundo, quiero estar guapa.

Gina, que ha aparecido a las doce y media —lo cual, al parecer, está bien porque trabaja con «horario flexible»—, me está dando la tabarra sobre la posibilidad de pedirle el divorcio a su marido. A veces pienso que viene a trabajar solo para aburrirme hasta la muerte. No conozco a nadie más que se haya divorciado, pero seguro que ninguno es tan monótono como ella. Es restauradora de cuadros y se cree un regalo de Dios, si no para el mundo, al menos para esta mierda de rincón de Bristol donde vivimos.

No me malinterpretes, normalmente soy toda oídos cuando las mujeres se quejan de los hombres y los ponen contra las cuerdas en los tribunales. Pero Gina nunca ha tenido suficiente conciencia de sí misma para darse cuenta de que una conversación requiere dos personas. Y eso cansa.

—Simplemente no puedo creer que esto esté pasando de verdad —suspira por, no exagero, cuarta vez esta tarde—. En serio, Mills, no te imaginas lo horrible que es. Crees que lo tienes todo resuelto y, de pronto —levanta las manos y hace un ruido de explosión—, se desvanece. Tienes suerte de no haberte comprometido con nadie todavía. ¡No lo hagas, ese es mi consejo! O al menos no elijas a un cabrón infiel como Daniel. Aunque no está confirmado. Pero cuando lo sabes, lo sabes. ¡Ese mensaje en su teléfono no podía significar otra cosa! Simplemente… no puedo creer que esto esté pasando de verdad.

En vez de mandarla callar, mi mente divaga y me imagino estampándole la cara contra un espejo. Conteniendo la rabia —que parece consumirme desde lo de Karl—, aprieto las palmas contra el escritorio e intento canalizar toda la frustración hacia la madera. En resumen, Gina sospecha que su marido, que, no bromeo, se llama Daniel Craig, se está tirando a otra. Además de que el señor Craig actúa de forma muy sospechosa llegando tarde a casa, yendo a

«viajes de negocios» sin especificar y comportándose de manera «rara», ahora ha visto un mensaje sospechoso en su móvil.

Ahí lo tienes, lo has pillado rápido, ¿verdad? Entonces, ¿por qué sigo oyendo hablar de ello?

—¿Sabes qué? Ni siquiera ha mostrado mucho interés por el sexo nunca, así que jamás se me ocurrió sospechar algo así. Pero entonces vi ese mensaje en su teléfono, de una tal Sarah. ¡Sarah! Vamos, por favor. Bueno, pues voy a llamarla. Hoy mismo. Y voy a llegar al fondo de todo esto.

—Mmm. —«¿Qué tiene de malo el nombre Sarah?».

Rick aparece de repente desde la trastienda.

—¡Gina! Me parecía que eras tú. Hoy trabajas en el cuadro de Calloway, ¿no?

—¡Qué castigo! —responde ella, y se ríe como si hubiera dicho algo gracioso, lo cual no es así, echando la cabeza hacia atrás de forma teatral, algo que debe de haber aprendido en su internado pijo.

A Rick le cae bien Gina, lo que hace que mi opinión sobre él baje varios puntos, pero así son las cosas. Los dos se consideran artistas y les encanta soltar comentarios que les hacen sentirse como el nuevo grupo de Bloomsbury.[2]

—La verdad es que pareces una auténtica pintora.

Gina levanta el brazo para lucir su mono salpicado de pintura de un modo que me dan ganas de ahogarla en las latas de pintura. Aprieto aún más contra el escritorio y noto un ardor en los bíceps.

—¿Sabes?, me recuerdas a uno de los personajes de mi nueva novela —dice Rick, observando a Gina como si el personaje fuera más real que ella—. Tienes la misma… —Agita la mano, buscando palabras que claramente ya tenía preparadas—. Belleza trágica. —Gina se sonroja como si llamarla «trágica» fuera lo mismo que «delgada»—. Voy a hacer algo de papeleo aquí fuera… ¿Necesitabas la trastienda, Millie? Estás terminando el encargo grande de la señora Baker, supongo.

—Sí —miento. Ya lo resolveré después. Primero tengo que enmarcar esos billetes.

—¡Oh, genial, así podemos charlar mientras trabajamos! —comenta entusiasmada Gina.

—¡Estupendo! Genial. ¡Genial! Vamos, ¿no?

«Solo cuatro horas y… treinta y dos minutos hasta que pueda irme», pienso mientras paso por encima de pilas de marcos viejos, algunos con pósits descoloridos pegados y muchos separados de su información desde hace tiempo. Abro la puerta de la trastienda, seguida por Gina, me instalo en la mesa de trabajo y busco mis notas para el encargo. Aquí está todo oscuro y lleno de polvo, aunque le diga a Rick mil veces que con más luz sería más fácil trabajar con herramientas eléctricas. Gina sigue cotorreando mientras preparo todo, y dejo que las palabras me pasen por encima.

—Y, cuando lavaba la ropa, nunca la guardaba en su sitio, ¡Millie! ¿Sabes lo irritante que es eso? ¿Lo sabes?

Falta una hora para que acabe la jornada y no me creo que Gina siga hablando, a pesar de que apenas he dicho una palabra. Me ha obsequiado con una larga disertación sobre la importancia de la familia y su infancia perfecta, sobre cómo su padre era el rey de los hombres y sabía mantener a una familia, y de alguna forma hemos vuelto al tema de todo lo que Daniel Craig ha hecho mal en los últimos once años. Creía que ya lo habíamos cubierto casi todo.

Gina es de las que hablan en cursiva. Enfatiza la mitad de cada frase como si fuera lo más impactante que se haya dicho jamás, normalmente acompañándolo de una mirada penetrante o extendiendo las manos al cielo, como si estuviera implorando comprensión. También le encanta usar el nombre de la gente. «No hace falta que digas "Millie" después de cada frase. ¡Soy la única en esta maldita habitación!».

—Sí, Gina. Me imagino lo irritante que es, Gina. —En respuesta, me ciño a un tono monótono y aburrido, con la esperanza de que capte la indirecta.

Me inclino sobre mi trabajo para comprobar que las esquinas están perfectas e intento frenar su insufrible monólogo. No he visto

a Gina agarrar un pincel en todo el día.

—¡Y mejor que no te cuente cómo se comportaba en las vacaciones, Millie!

—Vale…

La puerta se abre y la carita con gafas de Rick asoma por la rendija.

—¿Millie? Ha venido un hombre, dice que se llama James, a recoger un encargo. No sé qué pieza es. —Rick tuerce el gesto mostrando su desconfianza, incluso hacia el nombre del tipo. Que pasen cosas sin que él lo sepa lo descoloca por completo y cree que se trata de una conspiración.

—Ah, sí, gracias. ¿Puedes decirle que salgo enseguida?

Frunce el ceño y su cabeza desaparece hacia atrás. Limpio rápidamente el marco y el cristal, lo levanto para inspeccionarlo. Agarro una bolsa de Picture This, lo meto dentro, me ahueco el pelo para dar ilusión de volumen y salgo a la tienda. No me doy cuenta de que Gina no ha dejado de hablar hasta que la puerta se cierra a mis espaldas.

James parece aún más alto que la última vez que lo vi. Me sonríe con torpeza, los dos recordando la forma educada en que me pidió una cita y el rechazo bastante brutal por mi parte. Tengo la decencia de sonrojarme, pero no aparto la mirada. Una mujer no debería sentirse culpable por rechazar a un hombre. Y sin embargo…

—Ah, hola, Millie. Hola. He venido a… a recoger los billetes.

—¡Todo listo! —Le sonrío de forma exagerada y levanto la bolsa en el aire.

Nunca sonrío, ¿por qué sonrío? Dejo de sonreír. Gina me ha seguido desde la trastienda y nos observa con interés. La figura alta de Rick está encorvada sobre un montón de papeles que finge leer, pero tiene los ojos clavados en mí. Me pone de los nervios.

—Guau, genial… Gra-gracias.

James habla con frases entrecortadas y encantadoras, y me pregunto si solo lo hace cuando se siente incómodo. Me sorprendo pensando en cómo se comportará por las mañanas. ¿También balbuceará si le llevas un café a la cama, con el pelo cayéndole sobre esos ojos oscuros tan preciosos?

—¿Quieres echarle un vistazo? Luego lo envolveré con plástico de burbujas.

Se inclina para inspeccionar el marco. Cuando sonríe de verdad, no por incomodidad, se le ven todos los dientes. Son maravillosamente blancos. Pasa un dedo por una de las esquinas del marco, perfectamente acabada, y siento un raro arrebato de orgullo por mi trabajo.

—Les va a encantar. En serio, se van a poner contentísimos. Y mi hermano no me matará por estropear el regalo. Así que genial. —Levanta la vista hacia mí y tomo conciencia de lo cerca que estamos.

—Bien. Me alegro. —Me aparto, llevándome el marco, y rebusco bajo el mostrador en busca de plástico de burbujas y cinta adhesiva. Ojalá Rick y Gina se largaran de una vez.

—Esta noche saldremos a cenar. ¿Has estado en ese italiano nuevo? Dicen que está bien. —Se encoge de hombros con ese gesto suyo y, como no respondo, rebusca en el bolsillo trasero para sacar la cartera—. Bueno, te debo dinero.

—Déjame que te lo envuelva en papel, cielo —dice Gina, apareciendo a mi lado y quitándome el paquete.

Nunca me interrumpe con un cliente, pero obviamente tiene un sexto sentido para los cotilleos.

Observo los dedos largos de James, con uñas inusualmente limpias, tecleando el pin y los imagino apoyados en una mesa mientras se ríe de algo que he dicho. Dios, ¿qué me pasa?

—Bien, gracias. —Se encoge de hombros de nuevo y sonrío mientras Gina se inclina sobre el mostrador con el marco doblemente envuelto—. Nos vemos o…, bueno, gracias.

—No hay de qué. —Miro a Rick de reojo y vuelvo a dedicarle a James mi sonrisa exagerada—. ¡Y gracias por elegir Picture This!

Se agacha para salir por la puerta, supongo que por costumbre, y la campanilla tintinea cuando se va.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Rick. Me agacho para recoger los trozos de cinta y plástico y también para evitar sus ojos—. Era guapísimo. Aunque no sé cómo has tenido tiempo de hacerle el pedido. Dijo que lo dejó el viernes. —El resto de la frase queda en el

aire: «Teniendo en cuenta que has faltado al trabajo y has llegado tarde».

No sé qué me pasa últimamente. He matado a un hombre y ahora flirteo con otro en el trabajo. ¿Qué será lo próximo, invitar a Gina a cenar? No. Eso ya es demasiado.

Apoyo la cabeza en el sofá del jardín y exhalo en el silencio. Son más de las once, y estoy envuelta en una manta de tartán, con el abrigo todavía encima y mi cabello rubio asomándose por la parte superior. Pero el aire de octubre me sienta bien en los pulmones mientras inspiro la alegría embriagadora de la soledad. La pequeña luz de la parte trasera de la casa ilumina el trozo de tierra húmeda que nunca me he molestado en cultivar. Hay una preciosa vid, dejada por el dueño anterior, que trepa desde una jardinera de piedra, aún cargada de racimos rojos incomibles, pero con las hojas ya oscurecidas. Aparte de eso, el jardincito solo contiene mi pequeño sofá de rincón, la mesita y un surtido de plantas frondosas en macetas de cerámica brillante.

Y luego estoy yo, bebiendo una copa de vino tinto y pensando en el pasado.

No suelo ser melancólica ni dada a la nostalgia. Si hubieras tenido una infancia como la mía, probablemente tampoco pasarías mucho tiempo rememorándola.

Es Gina y toda esa charla sobre la familia lo que me ha puesto triste. Su infancia suena como un drama de época de ITV:[3] caballos, *ballet* y vacaciones familiares en la costa; madre, padre y hermano, todos con vidas de ensueño. Intento que me resbale, pero al cabo de un rato se hace difícil. Hoy ha pasado cuarenta y cinco minutos contándome unas vacaciones de esquí cuando tenía doce años. Sentada aquí fuera, en el frío, no puedo evitar recordar una noche cuando yo tenía la misma edad.

A mi padre le encantaba ir al *pub*. Bueno, lo suyo era más que una simple afición, ya me entiendes. Temía que fuera, pero temía aún más que volviera. A veces llegaba mi tío Dale en su moto, con la camiseta del Newcastle United y trayendo caramelos. Dale se parecía

a mi padre, pero tenía más éxito, bebía menos y era menos cruel. Pasaba noches enteras deseando que mi madre se hubiera casado con ese hermano. Dale podía contener a mi padre, o al menos mantener su humor a raya. Cuando Dale se unía a él en el *pub*, volvían riendo.

Pero cuando papá salía solo, su buen humor se convertía en ira alcohólica que mi madre y yo aguardábamos en nuestra pequeña y triste casucha. Una noche, salí sigilosamente de la cama, bajé de puntillas las escaleras, eché el cerrojo y volví a meterme bajo las sábanas. Allí tumbada, no dejaba de pensar en que debería bajar y abrirlo. Echar a alguien no significa que deje de existir, igual que romper las facturas no evita que te lleguen más avisos.

Cuando volvió, lo oí forcejear borracho con la puerta unos veinte minutos antes de que empezara a rugir y dar patadas a la madera, gritando obscenidades. En ese punto ya no podía hacer nada. ¿Bajar las escaleras y dejar entrar al monstruo al que había enfurecido? Estaba tan asustada que pensé que me moría. Al final, la puerta del dormitorio de mi madre se abrió con un golpe del pomo contra el yeso. El correteo de sus pies acompañaba la imagen mental de ella bajando las escaleras a toda prisa envuelta en su bata raída.

Luego se oyó el ruido del cerrojo descorriéndose y dejándolo entrar, y sus disculpas entrecortadas mientras cargaba con el peso de su ira. Pero yo seguí sin moverme de debajo del edredón. Tengo mucho resentimiento acumulado contra mi madre. Por no protegernos, por no querernos más de lo que lo quería a él. Pero siempre que pienso en esa noche, siento una losa fría y pesada de culpa en mi interior.

Remuevo la copa de vino y recuerdo lo que Nina ha dicho tantas veces sobre dejar atrás el pasado. Con todos los respetos, no tiene ni idea.

La copa está casi vacía, pero me da pereza levantarme e ir a la cocina a rellenarla, así que doy sorbitos de pájaro y dejo que el sabor de unas gotas me inunde la boca.

Suspiro y me subo la manta hasta la cara. Shirley Bassey me mira desde la puerta trasera abierta. Un perro estaría aquí ahora mismo,

acurrucado en mi regazo, pero esta gata infiel prefiere quedarse calentita antes que apoyar a su cuidadora. Supongo que es justo.

—Tú cuida de ti misma, Shirley Bassey. No te preocupes por mí.

Ella se da la vuelta y entra.

Estoy pensando en seguirla. La cabeza me da vueltas y no puedo dormir, pero podría ver un episodio de *Sucesión* hasta que se me cierren los ojos, y estar calentita. Apuro las últimas gotas de vino y hago amago de levantar mis huesos cansados del sofá, pero me detengo al oír una puerta trasera abriéndose al otro lado de la valla. ¿Qué hace Sean levantado a estas horas? Daba por hecho que era de los que se acuestan a las nueve.

—Vale, ya estoy fuera. Repítemelo desde el principio —dice en voz baja y apresurada. Hay una larga pausa—. No… no puedo hacer eso. No puedes pedírmelo. —Otro silencio.

No oigo a nadie más, así que debe de estar al teléfono. ¿Quién llama a Sean tan tarde, pidiéndole algo que no puede hacer? ¿Y por qué ha sentido la necesidad de tener la conversación fuera, con el frío? Intrigante.

—Mira, mi hija está de visita, no puedo tener esta conversación ahora, yo… ¡No! No puedes, no puedes de ninguna manera. Lo siento, pero no. Solo…

Se oye el ruido de sus pasos por el escaso espacio de césped mientras camina de un lado a otro, siseando al teléfono. Su habitual tono alegre y fanfarrón ha desaparecido.

—Vale. Mira, es tarde. Se va mañana. Hablemos… hablemos de esto entonces, ¿sí? Podemos llegar a un acuerdo. Seguro que sí. Vale. Adiós. —El sonido de sus pasos se detiene y es reemplazado por un largo y profundo suspiro.

Mi luz exterior, activada por el movimiento, se apaga. No se oye nada durante lo que parecen horas. Silencio total en la oscuridad absoluta y el frío helador. Luego lo oigo hablando para sí: «Bien. Vale, vale», seguido del sonido de sus pies moviéndose y la puerta trasera abriéndose y cerrándose.

Vaya, vaya, vaya. ¿En qué andará metido Sean?

[2] Fue un círculo de artistas e intelectuales británicos del siglo XX, conocido por figuras como Virginia Woolf y por sus ideas progresistas sobre arte, literatura y sociedad.
[3] Cadena de televisión británica famosa por dramas de época como *Downton Abbey*, conocidos por reflejar vidas aristocráticas y nostálgicas.

Capítulo 10

Mientras corro golpeando el asfalto con los pies y con los AirPods en las orejas, me siento completamente aislada del resto del mundo. El trabajo hoy ha sido irritante: Gina ha venido otra vez a «recoger algo» y luego ha soltado indirectas sobre James, claramente el único motivo por el que ha aparecido.

«¿Así que no sales con nadie ahora? ¿Alguien que te interese? ¿Algo en ciernes?».

Sabía perfectamente por qué preguntaba, pero no quería darle la satisfacción. Anoche recibí un mensaje de James. En un principio, pensé que había conseguido mi número de esa forma perturbadora en la que a veces los hombres resultan expertos. Sin embargo, cuando le pedí explicaciones, su confusión me pareció genuina.

James: Ah, pensé que me lo habías dado tú.
Perdona si lo entendí mal…

Millie: Eh…, ¿dónde y cuándo te lo di?

James: Estaba en el papel que envolvía el marco.
Decía: «Envíame un mensaje», y tenía una carita sonriente.

Maldita Gina. En cuanto me di cuenta de que James no era un acosador que se extralimitaba, charlamos un buen rato. Es gracioso y pareció encontrar divertido mi característico humor cínico. Me invitó a tomar algo mañana y, pensando en la nueva yo que agarra la vida por los cuernos, acepté. No tengo ni idea de cómo irá ni si su torpeza y su enorme sonrisa ocultan a un cabrón siniestro, pero ya veremos.

Aun así, Gina me irritó tanto hoy que me fui a la hora de comer, diciéndole a Rick que me encontraba mal (aunque no pareció del todo convencido). Al menos es viernes. Izzy me dijo una vez que lo bueno de correr es que sales con tus emociones negativas como compañeras y luego las dejas atrás. O esa es su teoría, al menos. Aunque la ira suele tener mucha más resistencia que yo, trotando alegremente a mi lado durante cinco, seis, ocho, diez kilómetros hasta que estoy a punto de caer muerta.

Aunque el sol se tiñe de un naranja precioso y el horizonte se cubre de un rosa brumoso, con cada paso que doy, me imagino empujando a Gina dentro de uno de sus cuadros, donde se desdibuja hasta transformarse en la sombra del agresor de mi hermana. El hombre al que voy a intentar encontrar esta noche en Pom Pom's. El hombre al que planeo matar. La ira se hace más fuerte en vez de más débil, pero me impulsa. Desde lo de Karl, me cuesta más controlarla.

Al doblar la curva del camino, veo una figura que se acerca. Es el tipo de la barba otra vez. Su aspecto delata su personalidad. Lleva el pelo alborotado, con mechones que sobresalen en ángulos extraños, y demasiado largo. Podría hacer algo al respecto, pero apostaría dinero a que cree que lo hace parecer peculiar y adorable. No es así, lo hace parecer idiota.

Al verme, agita la mano con entusiasmo y reduce la velocidad. Genial, quiere charlar. ¿Qué mujer no quiere pararse a hablar con un desconocido en un camino desierto?

Al acercarme, tuerzo la boca en una sonrisa que sé que es más bien una mueca y arqueo las cejas a modo de saludo. Se planta justo en mi camino, aún con la mano levantada en ese saludo estúpido como si no lo hubiera visto. Dios santo, no hay escapatoria, ¿verdad? Reduzco el paso porque si no chocaría con él, y me quito un AirPod con resignación.

—¡Hola! —grita alegremente en mi cara—. ¡No dejo de verte corriendo por aquí!

—Sí, hola. Que lo pases bien. —Levanto el auricular hacia la oreja como señal de que la conversación ha terminado y acelero de nuevo, esquivándolo.

Pero mientras lo dejo atrás, justo antes de aislarme de nuevo en mi mundo de sonido, lo oigo gritar a mis espaldas: «¡Hasta otra, Millie!».

¿Por qué demonios sabe mi nombre este tío?

No hay grupos de apoyo para asesinos. Los hay para adictos, madres primerizas y gente con sobrepeso, pero ¿acaso no hay ya suficiente información para ellos? No hay nada para los que son bastante nuevos en esto de matar o para quienes quieran unos cuantos consejos prácticos. «¡Los diez mejores modos de hacer que un asesinato parezca un suicidio!». «¡Haz este test para descubrir si eres más de apuñalar o de envenenar!». Algo así sería genial. Pero, como están las cosas, tienes que apañártelas solo. Nadie dijo que la vida fuera justa.

Son las ocho y media de la tarde y me visto para triunfar. Esta noche voy a Pom Pom's —el club donde Katie se topó con su agresor — y no me iré hasta conseguir algo de información o, en el mejor de los casos, sangre en las manos. Sin embargo, no se puede entrar en un club y apuñalar a alguien por la espalda, y aunque me funcionó hace poco, tampoco puedo confiar en que empujar a alguien escaleras abajo sea siempre efectivo y pase desapercibido. Si quiero vengarme sin que me pillen, tendré que pensármelo bien.

Matar a alguien en un club, rodeado de gente, va a ser complicado, así que creo que lo mejor es atraerlo fuera de allí, a un sitio más discreto. Y para eso tengo que ir guapa. Me miro en el espejo y decido que mi mono negro ceñido me hace parecer increíble, pero demasiado elegante. Necesito un aire de vulnerabilidad.

No me engaño, sé que las probabilidades de encontrar al tipo del tatuaje de urraca esta noche son bajas. Pero parto de la idea de que la gente no viaja para ir a un sitio como Pom Pom's, lo que significa que el hombre vive por la zona, ha estado allí antes y volverá. Es lo único que tengo, así que tendrá que bastar.

En el fondo del armario hay un montón de ropa que casi había borrado de mi memoria, prendas que no me he puesto en años.

Rebusco hasta dar con algo perfecto: un vestidito negro sencillo que es demasiado corto. Me quito el mono, me lo paso por la cabeza y me quedo atascada un momento en esa postura tan poco favorecedora y humillante, con el culo al aire y la cabeza y los brazos atrapados. Pero una vez puesto, no queda mal. Me queda ajustado, más o menos, y aunque me siento un poco tonta y provocativa, reconozco que hace que mi cuerpo luzca bastante bien. Y sé qué tipo de hombre atraerá.

En la cola, tiemblo de frío y miro el móvil. Sigue sin haber nada en las noticias sobre Karl. Por enésima vez pienso en buscar su nombre en Google y me detengo. No quedaría bien si alguien busca pruebas. Solo tengo que confiar en que, si su muerte se considera sospechosa, lo publicarán, y cada día que pasa parece menos probable. Me pregunto quién lo habrá encontrado. Quienquiera que viviera en esa casa, supongo. ¿Le caía bien? ¿Sabían que era un pervertido y un asqueroso? ¿Hubo una parte de ellos que se alegró al ver su pelo apelmazado por la sangre, sus ojos vidriosos y sin vida? Apuesto a que sí.

Al frente de la cola, dedico al portero lo que pretendo que sea una sonrisa deslumbrante y una risita tonta. ¡Solo soy una chica divertida lista para bailar! Me echa un vistazo de arriba abajo, deteniéndose en mis pechos, que rebosan del vestido demasiado pequeño.

—¿Tienes carné?

Rebusco en el bolso mi permiso de conducir, sintiéndome ligeramente halagada. Cuando se lo entrego con otra de mis sonrisas deslumbrantes, se me hiela la sangre. Calvo. Alto. Frecuenta el sitio. ¿Podría ser él? Aunque tiene acento irlandés, ¿no es algo que Katie habría mencionado?

—¿Es de tu hermana mayor? No aparentas más de veintiuno. —Me guiña un ojo y me obligo a no fruncir el ceño, optando por una risita forzada.

Llevo el pelo diferente al de la foto, alisado a conciencia para pasar desapercibida. El portero calvo se ríe para sí, escudriñando mi carné con aire teatral. Lo odio, porque es patético presumir de este

poder insignificante como si tuviera algún valor. Pero supongo que cada uno busca sus emociones como puede. Yo obtendré las mías imaginando su garganta abierta con un cuchillo de cocina.

El cuerpo del portero está oculto bajo un gran abrigo negro, con su identificación a la vista en un envoltorio de plástico transparente. David Cartwright. Memorizo el nombre y planeo buscarlo cuando pueda. Es ancho, y a pesar del abrigo se nota que tiene músculos fuertes y abultados. Cuando baja la cabeza para mirar más de cerca el carné, veo un tatuaje que le sube por el cuello. ¿Katie habría mencionado un tatuaje en el cuello? ¿Podría ser la punta del ala de una urraca? Probablemente tenga más ocultos bajo la ropa.

—Venga, pasa. Y no te metas en líos. —Me guiña el ojo de nuevo y murmuro un gracias mientras recupero el permiso de conducir.

No quiero que me recuerden, y mantenerme dócil y callada parece la mejor forma. En cuanto cruzo la puerta, saco la libreta del bolso y apunto el nombre del portero, por si acaso.

David Cartwright. Portero en Pom Pom's. Grande. Tatuaje en el cuello. Encaja en la edad. Calvo.

El bum bum del bajo me vibra en las piernas mientras me acerco a la mujer de aspecto aburrido y entrada en carnes, de unos cuarenta años, que está detrás del mostrador. Las chicas entran gratis esta noche, así que sin mediar palabra me estampa un dragón feo y retorcido en la mano con tinta morada y fuerza innecesaria. Le sonrío con una amabilidad compasiva y ella frunce el ceño.

Dentro, la música suena atronadora. Supongo que han pensado en que aquí nadie tiene nada interesante que decir. El olor a laca en el aire me está matando literalmente las neuronas, y la cantidad de hombres feos mirando a mujeres guapas me deprime profundamente. Aparte de la lascivia, la ropa horrenda siempre me entristece, y aquí hay a montones.

¿Por qué demonios vino Katie a este sitio? No le pega nada. Pero todos hacemos tonterías de jóvenes, seguimos a amigos a lugares que no nos interesan porque cuesta decir que no. Katie tiene unas amigas espantosas, y siempre se pelean por estupideces.

No hay ventanas, solo luces moradas y azules parpadeando sobre los cuerpos que ya llenan la pista pegajosa. Los colores los vuelven indistintos, solo carne retorciéndose, desarticulada y separada. A mi derecha, unas mujeres chillan de risa y alzan sus gruesos vasos de plástico con vodka y limonada, una de ellas subiéndose a un puf cuadrado y estirando las manos hacia arriba, como si pudiera tocar las estrellas en un lugar como este.

Son las diez menos cuarto y pido en la barra una copa de *sauvignon* apenas bebible, servido en un vaso de plástico bastante tosco. Dios me ampare, si el cristal no es de fiar en este sitio, tampoco lo será el alcohol. Es demasiado dulce y ácido a la vez. Bordeo la pista de baile y empiezo a explorar.

Enseguida encuentro los baños: el de hombres por el olor, y el de mujeres por los chillidos y la cola interminable. Ya he pasado media hora esperando en la barra principal, e intento evitar la pista, pero encuentro una puerta que lleva a una sala más tranquila con una segunda barra. Sofás de polipiel (vasos de plástico, muebles fáciles de limpiar, por Dios, menudo sitio) y pufs cuadrados rodean mesas pequeñas y muy poco prácticas llenas de pintas de Heineken y sambucas con soda, mientras sus dueños flirtean y cacarean. Al menos aquí la música está a un volumen donde puedo oír mis propios pensamientos.

En la esquina del fondo hay una despedida de soltera. Van vestidas de gallinas. Pero gallinas sexis, para que te hagas una idea. No sé ni cómo describir la escena, pero imagínate piernas desplumadas, culos con plumas y un gallo enorme que la que parece la novia está agitando como si no hubiera un mañana.

Un grupo de chicos ocupa un sofá, todos con ropa demasiado pequeña. Sus vaqueros pitillo son tan ajustados que es un milagro que puedan sentarse, y sus camisetas de cuello alto están diseñadas para lucir bíceps hinchados de esteroides. La mayoría lleva el mismo peinado corto y de punta. Ninguno es calvo…, probablemente porque no han cumplido los veinte.

Después de unas cuantas vueltas más por el club, empiezo a aburrirme. La mayoría de los hombres aquí tienen alrededor de veinte años o son adolescentes, con unos cuantos treintañeros

patéticos mezclados entre ellos. Pensaba que mi problema sería lo imprecisa que era la descripción de Katie, pero ahora que estoy aquí, es todo lo contrario. Nadie encaja. Mis pensamientos vuelven al portero.

Me apoyo en la barra de la sala más tranquila. El local se está llenando y el volumen sube: tanto el de la música como el de la gente gritando para hacerse oír por encima del ritmo. He decidido que me caen bien las de la despedida de soltera, que son lo mejor que hay en medio de tanta mediocridad. Quizá eso signifique que ha llegado el momento de largarme de aquí. La decepción me revuelve el estómago. Noto que el teléfono vibra en el bolso, pero cuando lo saco no hay mensajes en la pantalla. Qué raro. El bolso vibra de nuevo.

Aunque suelo dejar Cuéntaselo a M abierto los viernes por la noche, no pretendía sacar hoy el teléfono del trabajo. Debe de ser la fuerza de la costumbre. Pero ahora lo tengo en la mano y hay un dos en rojo en la esquina superior derecha del icono de WhatsApp. Puede que esta noche esté en una misión, pero se está convirtiendo en un fracaso monumental. Era un plan estúpido desde el principio: ¿de verdad creía que iba a entrar en un club y encontrar al hombre que atacó a mi hermana al otro lado de la pista de baile? Pulso para abrir los nuevos mensajes.

¿Hola? ¿Es la línea de ayuda?

No sé cómo funciona esto. Estoy fuera, he perdido a mis amigos y un tipo me está dando mal rollo. Lleva siguiéndome toda la noche y no para de ponerme la mano en la pierna… Le dije que no me interesa, pero me está acojonando. Creo que me ha echado algo en la bebida, así que la tiré. Estoy en los baños del club ahora mismo, pero estoy casi segura de que me está esperando fuera…

Echo un último vistazo a mi alrededor. Aquí no pinto nada y esta chica necesita ayuda. Me muerdo el labio, frustrada. Duele irse con las manos vacías, pero la gente inteligente sabe cuándo cortar por lo sano. Respondo al número desconocido:

¿En qué club estás?

Aparecen tres puntitos mientras escribe.

Pom Pom's.

Capítulo 11

Una oleada de endorfinas inunda mi cuerpo. La amarga decepción, la rabia y la anticipación chocan en mi mente confusa. Apuro el último trago de vino, que ya no sabe tan asqueroso, y respondo el mensaje diciéndole a la chica que espere allí. Le pido una descripción del hombre, aunque en realidad no la necesito. Solo hay un baño de mujeres y un tipo merodeando fuera con toda claridad. Su respuesta confirma lo que ya sospechaba.

Unos treinta años. Pelo rubio, rizado, un poco rellenito.
Lleva una camisa gris.

Echo un vistazo al tipo junto al baño. Le asoman manchas de sudor bajo la chaqueta, y escanea los cuerpos de las mujeres que hacen cola. De pronto, caigo en la cuenta de que lo reconozco. Hace unos meses, recogí a una clienta de Cuéntaselo a M en este mismo club. Una vez en el asiento trasero de mi coche, se agachó para esconderse, señalando al perseguidor que estaba en la acera. Jamás olvidaría esa sonrisa de suficiencia bajo aquellos rizos dorados.

No tengo ningún plan, solo adrenalina. Puede que haya fallado en encontrar al hombre que le hizo daño a mi hermana, pero ahora pongo la mira en otro. Seguramente planeaba lastimar a la mujer que recogí la última vez, y esta noche pretende hacer lo mismo con la que se esconde en el baño. Al menos le ha arruinado la noche y la ha hecho sentir insegura. ¿Cómo se atreve a hacer que una chica que solo quiere disfrutar termine escondiéndose en el baño por culpa de sus toqueteos asquerosos y su mirada amenazante? ¿Cómo se atreve?

Me acerco a él con la mirada baja, pero pronto siento que mi cuerpo roza su hombro. Añado un exagerado contoneo de caderas y

meto tripa. Me apoyo en la pared y suelto un suspiro ruidoso. Noto que me observa, así que parpadeo como si intentara contener las lágrimas y me vuelvo para mirarlo. Lleva una barba incipiente que lo hace parecer sucio en vez de atractivo, rizos amarillentos y ojos azules redondos, aunque el modo en que se le salen un poco lo hace parecer más monstruoso que angelical. Tal vez sea la combinación con esos labios demasiado anchos y húmedos, o quizá solo sea lo que ya sé de él. Me sonríe con fingida compasión.

—¿Todo bien?

—Sí. Es que… Es solo que… Bah, da igual. Lo mejor será que me vaya a casa.

—No, cuéntame qué te pasa. No puede ser tan grave.

—Es un tipo con el que… salía. Me ha dejado plantada. En el fondo lo veía venir. —Me acerco un poco más para que me oiga. Huele a bergamota, a colonia cara. La camiseta gris lleva el logo de Ralph Lauren. Me enredo un mechón de pelo liso en el dedo y alzo la vista para mirarlo, intentando forzar una chispa.

—No merece la pena —dice, inclinándose hacia mí—. Solo un imbécil total dejaría plantada a una chica como tú.

Le dedico una sonrisa débil y miro a un lado, dándole un momento para que me repase de arriba abajo. Cuando vuelvo la vista, sus ojos suben rápido como el correteo de una cucaracha. Me acerco aún más y me inclino para hablarle al oído por encima del bajo atronador, alzando el pecho a la altura de su mirada.

—¿Esperas a alguien? —Me aparto y veo cómo su mente da vueltas, adaptándose al rumbo que parece tomar la noche—. No puedo irme a casa sola —añado—. Me pondría demasiado triste. Además… —me muerdo el labio—, llevo mi mejor ropa interior.

Mientras para un taxi, tirito de frío en el aire nocturno y acepto su chaqueta cuando me la ofrece, a pesar del olor rancio a sudor. Le mando un mensaje a la chica para avisarla de que ya está a salvo.

¿¿Ya?? ¡Si solo han pasado diez minutos! ¿¿Estás segura??

¿Qué quieres que te diga? Ofrezco un buen servicio. ¡Disfruta de la noche y ten cuidado!

En el asiento trasero del taxi, me pone la mano en el muslo y se lo permito, aunque su roce me da repelús. Cuando le dedico una sonrisa tímida, empieza a subirla bajo el vestido. El corazón me late con fuerza, pero no es por deseo sexual, sino por furia. Me ciño más la chaqueta —a pesar del olor a sudor, la tela es cara—. Cuando el coche frena al llegar al destino, suspiro aliviada.

Esta noche no había un plan de verdad, ni siquiera antes de que todo se torciera por completo, y cuando cierra la puerta de su piso, comprendo que, una vez más, me he metido en una situación peligrosa. Sola, con un desconocido que sé que es un depredador, en su casa. Nadie sabe que estoy aquí. Por un momento, hasta me planteo inventar una excusa y largarme, pero los cojines del sofá amarillo limón, del mismo color que las paredes de mi madre, me recuerdan a Katie, así que avanzo hacia la cocina-salón. En el taxi me dijo que se llamaba Steven, y yo le dije que me llamaba Millie. No vi motivo para mentir.

Entrar en este sitio deja obscenamente claro qué valora este tipo en la vida. Pósteres enmarcados de futbolistas me miran desde todas las paredes, y una bufanda del Liverpool FC cuelga de la barra de la cortina. Es un ataque rojo chillón a la vista que hace que el lugar parezca horrible y adolescente, y me deja muda por un instante. «Por Dios, madura de una vez».

Bajo la abundante parafernalia futbolera, se nota que el piso es caro. Está en una buena zona de la ciudad, con ventanas grandes y limpias. Los rodapiés no tienen polvo, lo que me dice que viene una limpiadora con regularidad, y la cocina es de alta gama. Apostaría a que Steven es banquero.

En cuanto cierra la puerta, se acerca con los ojos saltones dilatados por el deseo, pero me aparto rodeando la isla que separa el salón de la cocina. El horno parece impecable, mientras que el microondas está asqueroso, y empiezo a plantearme en serio si este tío no será un crío gigantesco.

Pero entonces sus labios carnosos y húmedos se estiran en una sonrisa que parece más bien una mueca lasciva, y recuerdo que no hay nada infantil en su interés por las mujeres. Por primera vez,

caigo en que parece exactamente un sapo, y me pregunto hasta dónde se le saldrían los ojos si le enrollara esa bufanda roja alrededor de su cuello regordete. Le dedico lo que espero que sea una sonrisa coqueta.

—¿No vas a ofrecerme una copa? —Pongo morritos y él se ríe.

—Iba a hacerlo ahora mismo, no seas ansiosa. —Me guiña un ojo y se vuelve para abrir un armario a su espalda.

—Voy a refrescarme un poco.

—Es la primera puerta a la derecha. Aunque ya me pareces bastante fresca.

Me marcho antes de vomitar en el suelo. El baño está extrañamente vacío, con una sola toalla negra colgada de un gancho. —¿Quién elige una toalla negra? Qué asco—. La pila de porcelana está salpicada de pelos donde se ha recortado la barba, y el dispensador de jabón está vacío. Me apoyo en el lavabo y respiro hondo. No sé por qué he venido, no es que tenga un plan; solo me he dejado llevar por el deseo de castigarlo. Me devano los sesos, me siento en el borde de la bañera y meto las manos en los bolsillos de la chaqueta cara de Steven. Entonces se me ocurre algo.

Steven está sirviendo dos copas de tinto en la isla de la cocina cuando vuelvo. La botella sobre la encimera parece cara, pero no bebería algo que me diera este tipo ni aunque me apuntara con una pistola. Noto que las copas son ligeramente distintas, y me pregunto si es para no confundirse y beber de la mía por error.

—Eh —digo desde la puerta—. Acabo de acordarme de que tengo algo aún más divertido. —Levanto una bolsita pequeña y le guiño un ojo con complicidad—. ¿Te animas?

Lo he pillado por sorpresa y, una vez más, está recalculando el rumbo de la noche. No sabe si le complace o le cabrea que no me haya desnudado al instante y me haya metido en su cama. Mientras se humedece los labios como si yo fuera un manjar irresistible, lo observo evaluar las posibilidades antes de decidirse a aceptar el juego.

—¿Ah, sí? ¿Quieres pasarlo bien de verdad?

Se ríe y sacude la cabeza, asombrado. Ha encendido la luz de la cocina, y los fluorescentes brillantes iluminan las sombras oscuras

bajo sus ojos y la barba incipiente y canosa. Las manchas de sudor bajo los brazos se han extendido. Bajo esta luz, parece más viejo y más sucio. Un sapo cansado que emerge de las ciénagas pantanosas. No es de extrañar que no le diga que no a un poco de cocaína.

—Toma. —Me tiende una copa—. Bébetelo antes de que empecemos y yo preparo las rayas.

Intenta agarrar mi bolsita mágica, y por un momento me entra el pánico y la aparto de su alcance. Prefiero que no se acerque tanto ni tan rápido. Recurro a mi risita especial, repugnante, y lo reprendo moviendo un dedo para disimular el momento incómodo.

—Déjame a mí. Tú relájate.

—Claro. —Se coloca detrás de mí y me pone las manos en la cintura. Contengo un escalofrío. Su aliento me hace cosquillas en la nuca y se aprieta contra mí—. Luego te tocará relajarte a ti. ¿Tal vez con un masaje?

No recuerdo la última vez que algo me dio tanto asco, pero me recuerdo que rara vez hay ganancia sin dolor. Apartó de mi mente la idea de sus manos viscosas de sapo y vuelvo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No veo la hora. Pero primero, siéntate.

Se acomoda en el sofá, y yo me arrodillo sobre el suelo de madera laminada, vaciando la bolsita sobre el cristal negro de la mesita y separando el polvo en rayas con mi carnet de conducir.

—¡Eh, no te olvides del vino! —dice Steven, empujando la copa hacia mi mano. Está ansioso por que me lo beba…

Me pregunto por qué (poniendo los ojos en blanco). Giro el brazo para que no vea exactamente lo que hago, luego me inclino con un billete de diez enrollado y finjo esnifar dos rayas rápidamente.

—¡Vaya, qué ansiosa! —dice con una risa.

—Sí, eran bien grandes. Te preparo tres normales, para que estemos al mismo nivel. Si no, con tanto músculo probablemente no notes nada.

Lo digo con seguridad, sabiendo que un tipo como este no querrá parecer superado por nadie… y menos por una mujer. Seguro que pica.

—Sí, tiene sentido —responde, hinchándose, asintiendo con seriedad como si todo encajara a la perfección.

Le sonrío un momento y parpadeo coqueta.

Preparo tres rayas enormes y sus ojos se salen de las órbitas por un instante, pero cuando le paso el billete enrollado, su expresión se transforma en una sonrisa engreída.

—Mira y aprende, nena —dice con un pavoneo insoportable, abre las piernas para inclinarse sobre la mesa y esnifa cada raya. Una. Dos. Tres.

Mientras lo hace, levanto el vaso a la altura de los ojos y veo un polvillo blanco fino arremolinándose en el fondo. En silencio, vierto la mitad en la maceta de la yuca que tengo al lado.

No tarda mucho en hacer efecto. Me anima a terminar la copa y finjo dar otro trago. Está inquieto, mirando alternativamente la bebida y a mí, así que me arriesgo y dejo que se me cierren los párpados.

—Vaya, qué sueño me está entrando. ¿Qué hora es? —digo con un leve ceceo.

Cuando abro los ojos, está sonriendo. Pero unos minutos después, a él también se le cierran.

Hay un momento en que veo el chispazo de comprensión. La boca se le afloja y las pupilas se dilatan al mirarme. Está consciente, alerta, pero demasiado aturdido para hacer nada. El punto dulce. Me levanto, bajo la bufanda de la barra y me acerco a donde está hundido en el sofá. Me subo el vestido y me siento a horcajadas sobre él. El momento que tanto esperaba. La realidad no siempre cumple las expectativas.

—¿Te sientes cansado, Steven? —Jugueteo con la idea de atarle la bufanda del equipo de fútbol al cuello, pero las marcas serían evidentes y haría falta una fuerza enorme para aplastar ese cuello grueso—. ¿Sí? ¿No tienes nada que decir?

Sus pupilas revolotean aterrorizadas, pero el cuerpo no responde. Deja escapar un gemido gutural.

—Ah, ahí estás. Sigues ahí dentro. Parece que confundí los polvos. Lo siento. Resulta que era una droga que creo que conoces bien. Estaba en el bolsillo de tu chaqueta, así que supongo que sí. ¿Tenías

más escondida para echárnosla en las copas? Creo que lo llaman «sumisión química», que suena bastante divertido, ¿no?

Mientras hablo, doblo con cuidado la bufanda para que quede gruesa y acolchada.

—Quiero que entiendas por qué hago esto, Steven. Esta noche estabas acosando a una chica joven, ¿verdad? ¿Te acuerdas? No la dejabas en paz. ¿Cuál era tu plan? ¿Echarle algo en la bebida y meterla en un taxi para traerla aquí? ¿Era eso? ¿Lo haces a menudo, Steven? No creo que ligues mucho en un sitio como Pom Pom's. ¡Pero vas un montón! Me pregunto por qué. ¿Será por las chicas jóvenes, Steven?

Sus ojos de sapo van de un lado a otro, y la boca ancha se le afloja, se abre y deja escapar un hilo de baba desde la comisura de los labios hacia la barbilla. Viéndolo así, totalmente indefenso, podrías pensar que sentiría lástima. Pero en cambio, la rabia me sube por el cuerpo. Me da asco. Me repugna. Odio a los hombres como él. Hombres que creen que pueden hacer lo que quieran con las mujeres sin consecuencias.

—Tengo una hermana —susurro, como si fuéramos las únicas personas en el mundo—. Una vez conoció a un tipo como tú. Un pedazo de mierda repugnante igualito a ti. La violó. Le arruinó la vida. Le robó el espíritu. ¿Te da pena? ¿Lo sientes? Y creo que ibas a hacerle lo mismo a esa chica esta noche, Steven. Ibas a hacerlo, ¿verdad?

No hay forma de sacar una conversación decente de este tipo… En ningún estado, imagino. Veo el reloj parpadeando en la tele: pasan de las dos de la madrugada. Decido acabar de una vez. Le acerco la bufanda del equipo al que tanto quiere a la cara, se la aprieto contra la boca y la nariz y presiono. Su cuerpo no tarda en empezar a convulsionar, y casi me tira, pero le aprieto la cintura con mis muslos fortalecidos por el *running*. Un pie tembloroso roza el borde de la mesita y envía la copa de vino vacía volando al suelo de madera. Crac.

Sus ojos de sapo parecen a punto de salírsele de las cuencas, y uno de sus rizos dorados se le ha pegado a la frente con el sudor. Me quedo así, a horcajadas sobre él, con las manos apretando su

cara, durante diez minutos seguidos. Hasta que todo movimiento cesa y estoy segura de que lo ha hecho para siempre.

Capítulo 12

En la bañera nunca pasa nada malo. Es un lugar de cálida y lujosa soledad.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos.

Ayer fue un día largo, así que hoy me lo he tomado con calma, aunque Rick me lo ha chafado un poco. Se me olvidó por completo que había aceptado trabajar hoy; rara vez lo hago los sábados, así que ni se me pasó por la cabeza. Para cuando me desperté y vi todos los mensajes, él ya había ido a la tienda y me dijo que «teníamos que hablar». A Rick no le pega echar broncas y lo sabe, así que cuando lo llamé para disculparme lo hizo con voz entrecortada, recordándome las horas de mi contrato (que obviamente conozco) y que la tienda me necesita (cosa que sé que no es cierta).

A Rick le gusta pensar que estamos todos en Picture This por un amor rarísimo al enmarcado y no porque tengamos facturas que pagar. Cuando fui a colgar, me preguntó con voz triste y bajita si aún me importaba mi trabajo, que a él le importaba y esperaba que a mí también.

Entonces sí que me sentí culpable de verdad. Rick es un buen hombre. Pero no tenía tiempo para sus quejas. Ahora mismo hay muchas cosas en marcha. Anoche se me hizo tardísimo, y no es culpa mía no haber podido levantarme a las siete y media esta mañana. Para cuando estuve completamente segura de que Steven no iba a incorporarse de un salto, jadeando como una orca saliendo a la superficie, ya eran casi las tres. Luego tuve que arreglar el piso, ese homenaje al Liverpool FC. Primero lavé mi copa y la guardé en el armario, luego limpié cualquier sitio donde sospechara que podía haber dejado huellas. Volví a poner su copa agrietada, pero no rota, en la mesita, y ¡listo!

Antes de irme, me tomé un momento para contemplar la escena. Steven estaba hundido en el sofá, con la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta. Si no fuera por la falta de ronquidos y los ojos abiertos de par en par, podría parecer que se había quedado dormido después de trasnochar viendo una película. Quedaba convincente. El polvo blanco marcaba el cristal negro cutre de la mesita delante de él, con un billete de diez desenrollado al lado. Una copa de vino en el borde. Una sobredosis solitaria y accidental.

Es un error fácil de cometer. El Rohipnol tiñe el agua de azul claro, así que pude confirmar mis sospechas en el baño antes de drogarlo. ¿Pero en una raya sobre la mesa? Con suerte, a la policía no le costará creer que un tipo como este tuviera esa sustancia a mano y la confundiera con su cocaína.

Lo de Karl fue imprevisto, espontáneo. No puedo decir que saliera anoche con la intención de matar a un banquero obsesionado con el fútbol al azar, pero tampoco puedo fingir que fue del todo inesperado. Fue una decisión. Después de Karl, me sentí mal y paranoica. Cada vez que oía una sirena pensaba que venían a por mí y comprobaba las noticias cada media hora como una loca, esperando un anuncio de asesinato. Pero no pasó nada. Y esta vez estoy segura de que no pasará. Steven era un despojo; nadie en su sano juicio lo echaría de menos. Tarde o temprano, algún compañero de trabajo notará que falta. O será la limpiadora quien entre. Sus padres llorarán, si aún están vivos, pero la verdad es que deberían haberlo hecho mejor si querían evitar este desenlace.

Tomar un taxi justo en la puerta de Steven habría sido una torpeza, así que tuve que volver a casa andando y no me metí en la cama hasta las cuatro de la mañana. Así que, francamente, Rick puede tranquilizarse; tuve una noche larga y estresante. Estaré mejor cuando todo esto acabe.

Después de dormir hasta tarde, salir a correr y darme un baño, me siento menos atontada que al despertarme. Durante la tarde me atiborro a café y, a pesar de mi confianza, no puedo evitar consultar las noticias locales más a menudo de lo habitual. Pero no es el miedo lo que me impulsa, sino la excitación. ¿Cuánto tiempo se quedará Steven ahí sentado, con toda la dignidad perdida? ¿Tan

poco le importa al mundo? Hay una vocecita en el fondo de mi cabeza que pregunta si me siento culpable. «¿Debería? ¿Tú te sentirías culpable?». Estaba encantado de drogarme, casi con seguridad para violarme. ¿Por qué no iba a hacerlo yo? Fue una medida preventiva. Al menos murió rodeado de lo que amaba: una mujer sobre las rodillas, una copa en la mano y el Liverpool FC por toda la cara. Una muerte demasiado buena para él, en realidad.

No, no me siento culpable. Lo que sí siento es una ligera preocupación por haberme salido del guion. El plan jamás fue matar a todos los cabrones que hay por ahí; no acabaría nunca si ese fuera el objetivo. Era vengarme por mi hermana. Pero las similitudes eran llamativas, y una parte de mí sintió —cuando el último soplo de aire abandonó los pulmones de Steven mientras yo apretaba con todo mi peso la bufanda— que me estaba vengando. En cualquier caso, estoy segura de que me vengaba de alguien. Pero tengo que mantenerme en el camino. Nada de desviaciones, y está claro que necesito más información de Katie si quiero encontrar a ese tipo. Esta noche me desahogaré un poco en la cita con James antes de volver al asunto.

Me hundo en el agua de la bañera y dejo que me cubra por completo. Una buena forma de morir, diría. El agua está fresca, y cuando salgo a respirar noto que, al disiparse la espuma, el blanco fantasmal de mi piel y mi cuerpo huesudo empieza a asomar y me distrae. Unos círculos rojos intensos en el muslo derecho brillan como brasas sobre nieve. Curiosa, los rozo con un dedo. Hace mucho que no los miro. Aprieto fuerte hasta que la piel se pone tan blanca como el resto del cuerpo.

A las ocho y veinte, me siento humillada y lista para largarme. James y yo habíamos quedado a las ocho en The Portcullis, un *pub* acogedor en las afueras de Clifton Village. A pesar de estar en la zona pija de la ciudad, ha logrado evitar convertirse en un bar de vinos caro de los que sirven platos diminutos (que, ojo, también tienen su gracia en el momento adecuado). Es pequeño, con una cantidad de rojo en la decoración que resulta casi inquietante, un

menú reducido a dos platos económicos escritos en una pizarra y, desde el primero de septiembre, un fuego ardiendo en la chimenea. Es el tipo de sitio que te reconforta.

Vuelvo a mirar el móvil: nada. Decido que ya está bien. Justo cuando apuro el último sorbo de vino y me dispongo a levantarme, la puerta se abre de golpe con una ráfaga de aire frío, y un James con pinta de agobiado entra a trompicones. Le dedico una sonrisa tensa, molesta porque haya llegado antes de que pudiera irme. No me gusta parecer el tipo de chica que espera veinte minutos en una primera cita sin un mensaje. El *pub* es demasiado pequeño, y James demasiado grande dentro de él, para montar un numerito. Se deja caer en la silla de enfrente y se inclina hacia mí con expresión de arrepentimiento sincero.

—Siento mucho llegar tarde. Espera, ¿qué hora es? —Mira el reloj —. Joder, más de veinte minutos. Lo siento de veras. Gracias por esperar. ¿Te traigo algo de beber?

—Te mandé un mensaje.

—Se me murió el móvil. El trabajo… En fin, fue un lío. ¿Estás enfadada?

Es una pregunta irritante, porque a menos que conozcas muy bien a alguien, no puedes responder con un «sí». Parece arrepentido de verdad, y bastante alterado. Frunce el ceño preocupado, con esas cejas gruesas y oscuras juntas, así que trago saliva y dejo mi orgullo a un lado.

—Una copa de merlot. Por favor. —Su cara se transforma en una sonrisa grande y preciosa, y se levanta de un salto.

—Claro, claro. Lo siento otra vez. Un segundo.

Mientras espera a que lo atiendan, jugueteo con el posavasos de la mesa, que anuncia «la mejor cerveza del mundo», arrancando capas y dejando un desastre sobre la madera. En la barra, un tipo con cara seria pregunta qué sabores de galletitas saladas tienen y escucha la respuesta como si fuera un manifiesto político. Hay una pausa mientras sopesa las opciones antes de decidirse por las de queso.

—Hola. —James me tiende la copa, y su pinta de cerveza IPA salpica la mesa al sentarse.

Empiezo a pensar que este tío es un poco caótico.

—Gracias. —Doy un sorbo y lo observo por primera vez desde que ha llegado. Se quita el abrigo, dando un golpe a la mesa y derramando más cerveza, y debajo lleva un traje gris oscuro y una camisa blanca con el botón de arriba desabrochado. Es un *look* sexi, quizá hasta haya merecido la espera—. Venga, cuéntame.

—¿Eh?

—Llegas tardísimo, tu móvil ha muerto y vas vestido con traje. ¿Qué eres? ¿Un espía? ¿Abogado de una banda de crimen organizado?

—¡Ja! No vas desencaminada, pero menos glamuroso, me temo. Escucha, lo siento otra vez, ¿vale? Odio llegar tarde. Buen *pub*, buena elección. No había venido nunca. —Da un trago a la pinta y sonríe, con su característico encogimiento de hombros nervioso. Sus dedos largos se acercan a uno de los posavasos, probablemente para destrozarlo como he estado haciendo yo.

—No pasa nada. Y sí, es un buen *pub*. No ha cambiado nada desde que tengo memoria. Y esa camarera me parece inspiradora. —Los dos miramos a la mujer detrás de la barra. Es menuda, con el pelo gris corto y gafas, y ha vuelto a su lectura de El idiota, de Elif Batuman—. Parece tan directa, como si nadie se atreviera a tocarle las narices, pero tampoco es borde.

—Una mezcla difícil de conseguir.

—Ni que lo digas.

—Algo me dice que tú no aguantas tonterías. Pero tampoco pareces borde. ¿Serás una *rara avis*?

—Me temo que soy borde y acabo de quedarme aquí sentada como una idiota mientras mi cita llegaba veinte minutos tarde.

Hace una mueca.

—Ay, no me hagas sentir peor. ¡Lo siento!

—No, no, era broma.

—Y es una combinación imprescindible.

—¿Para qué?

—Para ser una buena dueña de *pub*. ¿Quieres llevar un sitio con buen ambiente? Tienes que ser amable, pero sin tolerar tonterías.

Especialmente si eres mujer. Si te inclinas demasiado hacia un extremo… —Se pasa un dedo por el cuello.

—¿Qué? ¿Te asesinan brutalmente?

—Hombre, no necesariamente. Pero hay que mantener a la gente contenta y a raya. O todo se va al garete.

Disfruto con nuestra charla, y mi enfado por el retraso se evapora.

—Volviendo a mi pregunta anterior. Con lo que sé, apuesto a que formas parte de algún chanchullo mafioso.

—¡Ja! —Suelta una carcajada—. ¡Otra vez, no vas desencaminada! Solo que del otro lado de la ley. Doy detective. De los de la policía, no privado. Más papeleo en la oficina que misiones trepidantes. —Suelta otra carcajada que suena demasiado alta en el pequeño local.

Me pitan los oídos y siento que el corazón se me desploma. Soy consciente de que no he respondido, pero tengo la boca seca. ¿Un detective? ¿Cuáles son las putas probabilidades?

—Vaya. Genial. Debe de ser… interesante —consigo decir, y doy otro trago al vino, atragantándome—. Perdón. —Toso—. Se me fue por el otro lado.

—Remordimientos, ¿eh? Es lo que siempre quise ser. Y sí, la mayoría del tiempo es un coñazo, pero puede molar y ser impredecible. Siempre en los días que quieres largarte a tu hora, ¿verdad? Como en tu curro, cuando entra un idiota con un regalo de aniversario urgente que hay que enmarcar ya mismo, con cero tiempo. —Sigue parloteando y yo tamborileo suavemente con los dedos en la madera pegajosa de la mesa, con la mente a mil.

Vale. No pasa nada. Es solo una coincidencia. Y la mayoría de los detectives curran en cosas como ciberdelitos, fraudes, robos de identidad. Solo en la tele se dedican todos a asesinatos.

—¿Y qué tipo de investigaciones haces? ¿Pervertidos? ¿Drogas? ¿Banqueros?

Arquea las cejas de forma exagerada y se inclina hacia delante.

—Pues, mi querida Watson, investigo los asesinos de toda la vida.

Vale. No es ideal. Pero no es que me haya localizado y pedido una cita para arrestarme en ropa interior. Espero. No sabe nada. Nadie sabe nada. Ni siquiera saben que ha habido un asesinato. O dos.

Y entonces se me ocurre. No solo estoy en una cita con un tío increíblemente guapo al que parezco gustarle, sino que además tengo un oído en el terreno. Esto podría ser bueno, si lo juego bien. Pensamiento positivo. Actúa con confianza.

—Qué sexi. ¿Y qué es lo que has hecho hoy? ¿No pudiste salir del trabajo hasta vaciar la ciudad de todos esos asesinos malvados? ¿Los has esposado, metido en el furgón y luego has venido directo al *pub*?

Suelta otra carcajada como si fuera una foca y por el rabillo del ojo veo que el comedor de galletitas saladas da un respingo. Quizá la próxima vez deberíamos ir a un sitio más íntimo.

—Hombre, no debería hablar de ello.

—Lo que quieres decir es que necesitas otra pinta de cerveza —digo, señalando su vaso vacío con una sonrisa.

Cree que bromeo.

Hacen falta unas cuantas copas más para volver al tema del trabajo, y aunque disfruto de cómo fluye la conversación con naturalidad, y su risa sonora y su sonrisa fácil me hacen sentir a gusto, relajada e ingeniosa, me despierto del todo cuando menciona que ha estado liado.

—Venga. Cuéntame qué has hecho hoy. ¿No habrá habido un asesinato de verdad por aquí? ¿Y sales a emborracharte conmigo? ¿No deberías estar encadenado al escritorio?

—Ah, es un caso peliagudo. —Da un trago; ha seguido con la cerveza IPA y se le suelta la lengua, pero aún está lo bastante sobrio para inclinarse con aire conspirador—. Escucha, no puedes contarle esto a nadie, ¿vale? —Arqueo las cejas como respuesta—. Probablemente no sea nada. Y si no, siempre viene bien saber cuándo estar alerta. —Suspira y se echa hacia atrás en la silla, con las manos en la nuca. Nos quedamos en silencio mientras piensa por dónde empezar.

—Vale. ¿Te acuerdas de cuando entré en tu tienda? ¿Para enmarcar esas entradas para mis padres?

—Sí. —No tengo ni idea de adónde va esto y no esperaba que empezara con Picture This.

—Se suponía que las llevaría a principios de semana, no el viernes por la tarde. Por eso era un encargo urgente. Y llegué tarde porque…, en fin, mi vecino murió. No lo conocía mucho, solo de saludarnos, ya sabes. Recogernos paquetes de Amazon. Pero un día llego a casa y veo coches de policía fuera. Voy a preguntar qué pasa. Y resulta que mi vecino fue hallado muerto por su compañero de piso. Se había caído por las escaleras y se dio un golpe en la cabeza.

Mierda. He estado paseándome tan tranquila pensando que la policía no había intervenido en absoluto. No salió nada en las noticias. ¿Y todo este tiempo han estado investigando la muerte de Karl?

—Parece un accidente, ¿no? ¿Tal vez estuviera borracho o algo?

Se inclina sobre la mesa, mirando a su alrededor. Me llevo la copa a los labios para disimular mi expresión. Cuando habla, noto su aliento cosquilleándome en la cara.

—Pues sí. Esa es la versión oficial. Pero…, no sé. No quiero hablar mal de los muertos, pero ese tipo siempre me dio mala espina. Lo vi un par de veces con chicas jóvenes y guapas. No lo suficiente como para llamar a la policía, pero era un tipo rarito. Esa noche también llamó una chica a la puerta, la noche que dicen que murió. Probablemente una coincidencia.

Me pitan los oídos, pero mi voz suena fría y serena.

—¿Viste a esa chica? ¿La que llamó?

—No, abrió mi hermano. De todos modos, probablemente no fue nada. Se equivocó de casa. Como digo, una coincidencia. En realidad, no importa. —¡Que no importa! ¡Cómo se atreve!—. Pero me pareció extraño.

Aunque la copa me tapa parte de la cara, me tiembla la mano, así que dejo el vino y aprieto los puños bajo la mesa. Su hermano. Ahora está clarísimo. Era de noche y no lo vi bien, pero su cara y el tono de voz me sonaron la primera vez que vi a James. Claro, fue su hermano quien me abrió. Mierda, he estado en su casa.

—Eso fue hace tiempo, si pasó antes de que vinieras a la tienda de marcos. No te retrasaría hoy, ¿verdad? ¿A menos que la policía lo trate ahora como sospechoso?

—No, no. No lo hacen. Por eso puedo contártelo. Todos estamos ocupados, y parece claro que el tipo se cayó. Además, había bebido. Pero hoy ha pasado otra cosa… y esta probablemente no debería contártela…

—Mis labios están sellados. Y como dices, si hay un asesino suelto, conviene estar alerta.

Sigue dudando, así que le doy un codazo juguetón.

—Y te perdonaré que hayas llegado tan tarde si me lo cuentas. —La tensión se rompe y me devuelve la sonrisa. Victoria.

—Pues recibimos una llamada sobre las diez. Una mujer entró en el piso de un tipo para limpiar. Dice que siempre lo hace, que tiene llave, ¿vale? ¡Y lo encuentra muerto! En fin, no pasa nada. Parece una sobredosis accidental de manual. Un banquero joven, un cliché total. Pero tuvimos que acordonar la escena y eso, porque es una muerte no natural. Hay que investigarlo un poco. Se nos fue de las manos.

—Vaya. Entonces sí que estás liado. —Empiezo a notar que recupero la sensibilidad en las extremidades; no me había dado cuenta de que se me habían entumecido mientras hablaba hasta ahora. Aprieto las manos contra la madera de la mesa e intento calmar los latidos de mi corazón—. Pero ninguno de los dos parece un asesinato de verdad.

—Oh, probablemente no. Casi seguro que no. —Suelta el aire, levantando un mechón de su pelo lacio hacia arriba. Tiene los ojos brillantes y oscuros a la vez, el marrón caoba reluce con intensidad por la excitación—. Es solo que… son dos tíos muertos. No muy lejos uno del otro, no muy distintos en edad. Los dos muertos, solos en sus casas. Probablemente lo estoy pensando demasiado porque soy novato, o eso dice mi jefe. Estoy en el equipo, pero no he participado en muchos asesinatos de verdad… Probablemente te parezca una tontería.

—No mucha gente ha participado en muchos asesinatos.

—Así que la muerte aún me impresiona un poco. Lo único que… —Se interrumpe, mirando el fuego como si se perdiera en su propio mundo.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir? —Trato de no sonar demasiado interesada.

—Ah, de verdad que no debería. —Apura el vaso… ¿Es el tercero o el cuarto?

—Ahora tienes que contármelo.

—Pues el primer tipo, mi vecino, ya te dije que me daba mala espina, ¿no? Pues…, vale, escúchame, ¿juras no contárselo a nadie? Encontramos unas fotos. En su portátil. De chicas. Cosas profesionales, no chorradas de iPhone. No… no entraré en detalles. Eran inesperadas y bastante horribles. Me hizo sentir culpable por haber visto chicas entrar allí que eran bastante más jóvenes que él y no haber hecho nada. Aunque no es que pudiera hacer mucho.

—¿Eso cambia algo?

—No realmente. No ahora mismo. Pero hay algo que sí me pareció raro. Registramos el sitio. No solo yo, todo un equipo. Y no encontramos su cámara. Había desaparecido.

Capítulo 13

Tengo resaca cuando me siento en la cama de mi hermana el domingo por la mañana. Después de tanta charla sobre asesinatos anoche, bebí a toda prisa para ahogar el pánico, y James me siguió el ritmo copa por copa. Nos quedamos en el *pub* hasta que cerró, y aunque no me contó nada más sobre Karl y Steven, capté algunas cosas sobre cómo investigan los asesinatos en general, lo que sin duda me vendrá bien.

A ratos, no sabía si intentaba mantenerlo de mi lado o si simplemente era una persona normal disfrutando de una cita. Pero cuando el vino se apoderó de mí y él se inclinó para besarme, me dejé llevar. Al volver a casa, me sentía eufórica: una mezcla de miedo, emoción, deseo y alcohol.

Katie está cada vez más delgada, algo que no creía posible. He traído una bolsa de uvas pasas, y cuando rechaza el ofrecimiento, la dejo en la cama entre nosotras y tomo un puñado para masticar.

Por una vez, tengo algo que contarle. Le hablo de mi cita con James, omitiendo el pequeño detalle de que está involucrado en una investigación de asesinato en la que yo soy la culpable.

—¡Mills! —chilla Katie, y no puedo evitar que una sonrisa me ilumine la cara, tanto por el recuerdo como por la evidente alegría de mi hermana—. ¡Hacía siglos que no salías con nadie! ¡No puedo creer que no me hayas hablado de él antes! ¿Nina lo conoce? ¿Es amigo de su nuevo novio?

—No, Nina no lo ha visto. ¡Y no había nada que contar, de verdad! Fue la primera vez que salimos, y apenas habíamos hablado antes. Solo cuando entró en la tienda.

—Y Gina le dio tu número, la muy astuta.

—Oh, Gina, la experta entrometida.

—¿Alguna novedad de su situación con Daniel Craig?

—Pues no sé si lo sabes, pero al parecer siempre ha sido un desastre vaciando el lavavajillas.

Katie ahoga un grito dramático, se tapa los ojos y finge desmayarse como una dama victoriana a punto de lanzarse al mar. Nos echamos a reír, y veo un destello de vida en ella; qué bien sienta verla sonreír. Le ofrezco la bolsa de pasas y deja de reír, apartándola de un empujón.

—¿Y cuándo verás a James de nuevo?

—Ay, no sé, Kates. Cuando me lo pida.

—¡Pensaba que eras una mujer moderna! ¡Pídeselo tú!

—Quizá lo haga. —Nos sonreímos, y me contengo a la fuerza para no ofrecerle de nuevo la bolsa. Al irme, la dejo allí.

Llego a casa con una mezcla confusa de emociones, pero por una vez son mayoritariamente positivas. Ver reír a Katie ha sido maravilloso, aunque su aspecto me impulsa a retomar la búsqueda de su agresor. Hoy su piel parecía tan fina, las muñecas tan delicadas. El pelo, que antes era su orgullo, se veía ralo y grasiento. Que mencionara a Nina también me ha recordado que no he avanzado nada en lo de sacar a Hugh Chapman de nuestras vidas. Pero lo que le he dicho de James es cierto. Anoche sentí algo de verdad.

Normalmente, en las pocas veces que me animo a las citas, me obsesiono con los pequeños detalles de lo que no me gusta del tío. Que tenga manos feas, o sorba la nariz demasiado, o un diente torcido. Que mencione un libro que me parece pretencioso o tarde una eternidad en elegir la cerveza. Barba mal cuidada, risa aguda, me pone la mano en la pierna, le gusta demasiado el *rugby*, le gusto demasiado, fanfarrón, tímido, aburrido, irritante, demasiado serio, demasiado arrogante, lleva un jersey estrafalario, camiseta de pico, gafas horrorosas o calcetines con dibujos. Cuenta un chiste de Jimmy Carr, tiene las uñas demasiado perfectas, trabaja en *marketing* en una empresa financiera y cree que eso lo hace «creativo». No tiene opiniones o las tiene demasiado firmes. Manda un mensaje diciendo que llega tarde, y se disculpa escribiendo: *Lo 100to*. Cualquiera de esas cosas basta para que salga corriendo.

Pero con James no me pasó. Incluso las cosas que hizo objetivamente mal, como llegar tarde o derramar la bebida, no me molestaron.

Quizá sea porque por fin estoy encontrando una forma sana de canalizar mi rabia, justo como Nina siempre ha querido.

James propuso ir a su casa, pero obviamente no podía arriesgarme a que su hermano me reconociera. Aunque la mayoría de los hombres son tan despistados que podrías cortarte la cabeza y ponerte la de Jimmy Savile sin que se dieran cuenta. Además, había algo raro en volver al escenario del crimen. Como tentar demasiado a la suerte. Casi lo invito a la mía, antes de recordar la cámara en la estantería de la cocina y la bufanda del Liverpool bajo la almohada. Supongo que debería arreglar eso.

Son las doce del mediodía y estoy rompiendo huevos en un bol para hacerme una tortilla; Nina e Izzy no podían ir a la comida tradicional de los domingos, y no me apetecía quedarme sola con Angela. Hace una semana que no veo a Nina, lo cual es un récord. Pero las dos hemos estado distraídas con hombres: el suyo vivo y el mío muerto. Le envío un mensaje mientras se calienta la sartén para decirle que la echo de menos, y sigo dándole vueltas a todo lo que descubrí anoche.

Saber que la policía estaba enterada me dejó revuelta, pero, pensándolo bien, es positivo. Vale, no debería haberme llevado la cámara. Fue una estupidez, y lo sabía. Debería haber borrado las fotos de Rose allí mismo y dejarla.

Pero aparte de eso, después del pánico inicial al enterarme de que habían encontrado los cuerpos, sentí un escalofrío de emoción.

Así que a los dos los hallaron, catalogaron, procesaron y consideraron muertes accidentales. Aunque el descubrimiento de la colección de fotos de Karl complique las cosas, me encanta que su verdadero carácter de asqueroso pervertido haya salido a la luz. Espero que sus amigos y familia se sientan asqueados al pensar en haberle dirigido la palabra, y que su funeral sea solo un espacio vacío alrededor de una tumba abierta. Aunque, bien pensado, dudo que un tío que vivía en un sótano tenga muchos amigos.

Y la limpiadora encontró a Steven, como esperaba. Ninguna pareja amorosa ni amigo atento pasando por allí a tomar un té. Menos mal que tenía cita al día siguiente; bastante tuvo la pobre mujer con limpiar su mierda como para que un cadáver de tres días le arruinara aún más el día.

Mi momento de reflexión se interrumpe cuando suena el teléfono mientras sirvo la tortilla de queso y tomate en el plato, cortando de golpe mi audiolibro.

—Hola, guapa —saluda Nina con voz ronca por el altavoz—. Siento no haber podido ir a comer hoy. Estoy en el trabajo. —Se oye el rumor del viento y el sonido de una calada a su vapeador, y la imagino fuera de la oficina, acurrucada en el frío en busca de su dosis de nicotina. Estaba un poco emocionada por contarle lo de mi cita. Me hará cientos de preguntas y exigirá fotos y un encuentro inmediato; tal vez ella sea la psicópata de esta amistad. Aunque sé que me cansaré pronto, es divertido animarla de vez en cuando. Soy consciente de que puedo ser un poco plomo.

—¿Un domingo? —Me siento en un taburete junto a la isla de la cocina y doy un bocado a la tortilla. Está bien cuajada, con el cheddar bien derretido.

—Sí. Un caso grande. Y Claire está siendo una auténtica bruja. —Claire es la jefa de Nina. Si hay alguien que sea una psicópata de verdad por aquí, es ella—. Me dijo que estaba gorda.

—¿Qué?

Un sonido de calada y expulsión por la línea. Fuma rápido por el estrés. Debe de ser grave.

—Estaba comiendo una galleta. Una puta galleta. Y apareció como un insecto palo gigante y me miró y dijo: «Nina, cielo, deberías dejar los tentempiés».

—¿QUÉ?

—Solo porque ella no ha comido una comida completa desde 1984 no significa que los demás no debamos.

La jefa de Nina es una mujer aterradora. Flaca como un palo y glamurosa, cruel pero extrañamente amable cuando menos te lo esperas. Es famosa por hacer comentarios inapropiados sobre las empleadas, y una vez le dijo a Nina que no tenía «tipo» para llevar

unos pantalones de talle alto. El hecho de que no la hayan echado a patadas es una clara muestra de lo brillante que es Nina en su trabajo. Claire cree que cualquiera por encima de una talla 38 es demasiado vaga para ser abogada.

—Mira, Mills, ¿qué haces esta noche? Necesito un trago. Muchos tragos, en realidad.

—Claro, claro. Muchos tragos. Dime dónde y cuándo. —Me siento un poco culpable por no haber hecho nada con lo de Hugh esta última semana, distraída como estaba, y me vendrá bien que me ponga al día.

—No se lo digamos a las demás. Solo necesito desahogarme.

—Genial. ¿Nos vemos luego? ¿A las ocho y media en The Guinea?

Después de la tortilla, me siento a investigar un poco en el portátil. Necesito un plan para deshacerme de Hugh —a menos que Nina quiera verme para decirme que ha roto con él—, pero el agresor de Katie sigue siendo mi prioridad absoluta. Encontrar a un calvo con un tatuaje de urraca no va a ser fácil. Vengarme por mi hermana va a exigir astucia, organización y perseverancia.

Abro el navegador y busco el nombre de David Cartwright. El portero de Pom Pom's es calvo, tatuado, encaja en la edad y frecuenta el club nocturno, y aunque eso no sea prueba suficiente, es el único nombre que tengo por ahora. Por suerte, es lo bastante tonto (¡quién lo iba a decir!) para tener sus redes sociales abiertas de par en par. Su Instagram y Facebook (¿quién sigue usando Facebook si tiene menos de cincuenta?) no tienen ni un ápice de privacidad, así que en unos minutos de cotilleo saco un montón de información sobre su vida. Te lo digo en serio: no creo que «Big Dave», como lo llaman sus amigos, tenga mucho fondo que rascar.

Además de en Pom Pom's, Big Dave trabaja de portero en varios bares y clubes cutres, y se ha forjado una personalidad basada solo en sus bíceps. Cuando sale con su novia —una tipa de aspecto anodino y la piel naranja llamada Kelly—, se pone camisas que le quedan pequeñas para dar la impresión de que está a punto de reventarlas, como Hulk.

Tiene un perfil en Twitter, pero solo lo usa para comentar fotos de famosas en biquini o para dar la razón a comentarios con tintes racistas, aunque, incongruentemente, también le da *like* a un montón de fotos de cachorritos adorables. ¿Sabrá Big Dave que todo eso es público?

Me canso de su vida después de quince minutos —imagina vivirla —, cuando encuentro algo útil. Una foto de Kelly con unos huevos Benedict asquerosamente babosos delante, con el pie: *¡Desayuno con las chicas en nuestro café favorito! #nocheintensadesayunointenso #domingotranquilo.* En la mesa se ve el menú en una esquina de la foto, con el logo: *Fork It Up.*[4] ¿De verdad alguien presentó ese nombre en una solicitud de préstamo?

En fin, me da una pista. Si vive cerca y va a menudo a Fork It Up por sus desayunos dignos de cárcel, hay muchas posibilidades de que lo pille allí y pueda seguirlo hasta su casa para averiguar más. Si tiene cortinas rojas en la ventana, habrá marcado varias casillas de mi lista y es probable que haya encontrado a mi hombre. «Dios, qué buena soy».

Para no poner todos los huevos en la misma cesta, sigo investigando. El tatuaje es clave para identificarlo; no puede haber mucha gente con una urraca grabada en el pecho. Si el tipo es de esta ciudad, es probable que se lo haya hecho aquí.

Google Maps muestra unos veinte estudios de tatuajes en la ciudad. Es un tiro al aire. Podría habérselo hecho en alguna ocasión que hubiese estado fuera, quizá en la universidad en otra ciudad, o en cualquier momento en que su buen gusto estuviera de vacaciones. Pero oye, no tengo mucho más, y es un comienzo.

Apunto todos los nombres de los estudios en mi libreta y decido visitar unos cuantos esta tarde antes de salir a correr y verme con Nina. La visita a la cafetería de David Cartwright la dejo mejor para el fin de semana que viene, otro *#desayunointenso* después de una *#nocheintensa*.

Por si acaso me encuentro con alguien que es su amigo, no quiero que me reconozcan. Cuando aparezca muerto, no quiero que nadie mencione a la mujer de pelo rubio rojizo que parecía muy interesada

en él unos días antes. Así que rebusco en la bolsa de disfraces viejos de Halloween y Cuéntaselo a M.

Elijo una peluca negra con corte bob de cuando me disfracé de Uma Thurman en Pulp Fiction, y guardo el resto en el armario. Ya llevo un vestido negro anodino y botas, así que me pongo la peluca y me retoco el maquillaje. Me hago un delineado tan exagerado que casi me llega a las cejas, y me pinto los labios con un tono demasiado oscuro para mi piel, que me deja pálida como un fantasma. No parezco yo, y eso es lo que buscaba.

El primer estudio al que voy se llama No Regrets, y me pregunto si será un guiño a ese clásico meme con el tatuaje «No Regerts[5]», pero enseguida me doy cuenta de que casi seguro no son tan ingeniosos. La puerta está atascada y tengo que empujarla con el hombro para abrirla, lo que hace que entre tambaleándome, con menos elegancia y más ruido del que me gustaría.

El tipo que está detrás del mostrador podría ser atractivo si no se hubiera mutilado de forma tan vergonzosa y permanente. Lleva la oreja izquierda estirada hasta tres veces su tamaño normal, con un círculo de cristal metido en el agujero. La tinta negra le sube por el cuello y le baja por las manos, pero es cuando levanta la vista hacia mí cuando se me cae el alma a los pies. Una araña en la sien izquierda. ¿En serio?

En teoría no estoy en contra de los tatuajes. ¿Quieres inmortalizar a tu pequeño renacuajo, que ni siquiera tiene personalidad todavía, grabándote su nombre en la teta izquierda? Adelante, hazlo. Angela tiene uno precioso de un globo aerostático en el muslo, e incluso Izzy lleva una rosa sencilla pero vistosa en el tobillo. Pero si vas a ponerte un insecto en la frente, no esperes que la gente no te tome por un bicho raro.

Me acerco al mostrador. El Hombre Araña sigue mirando el teléfono, así que planto las manos en la mesa y me inclino para llamar su atención.

—¿Sí?

Vaya, sabe hablar.

—Hola. Me llamo Heather. Estoy pensando en hacerme un tatuaje y me gustaría que me aconsejaras un poco.

Suspira tan hondo que me sorprende que no se desinfle del todo. Sabe que trabaja aquí, ¿verdad? Empiezo a intuir que esto va a ser más complicado de lo que pensaba.

—Me encantaría echar un vistazo a algunos ejemplos anteriores. ¿Podría ver cosas que se haya hecho otra gente? —Me mira con cara de no entender nada, así que recurro al plan B de siempre: flirtear.

Suelto una risita y me inclino sobre el mostrador de forma que se me levanten los pechos, mientras le rozo el brazo con ligereza. —Tienes unos tatuajes increíbles, así que estoy segura de que eres el tío perfecto para ayudarme.

Se incorpora en la silla, cobrando vida, o al menos activando tres de sus ocho neuronas.

—Eh, sí. Claro. ¿Qué tipo de cosas te gustan? Puedes hacerte, no sé, lo que quieras.

Bien jugado, Hombre Araña. Aunque la voz le falla un poco al decir «claro», como si no hubiera hablado en siglos.

—Pues me encantan los pájaros. Y las cosas brillantes. —Suelto otra risita de idiota—. ¿Qué tal una urraca? Siento que tienen un alma oscura, como la mía. —Intento sonar despreocupada pero sugerente, no sea que vuelva a caer en su letargo.

—Eh, sí. Podríamos hacer una urraca.

—¿Tienes fotos? ¿Alguien se ha hecho una aquí antes? Me gustaría ver cómo quedaría.

—Eh, sí. Ni idea. —Me pregunto si las pocas neuronas que le quedaban se le cayeron por los agujeros que se ha hecho en la cara. Se queda ahí sentado un rato, mirándome fijamente, hasta que se echa hacia atrás en la silla y grita hacia la puerta abierta de otra habitación.

—¡Eh, Mo!

—¿Qué?

—¿Has hecho alguna urraca antes?

—Sí. ¿Por qué?

Sonrío como si fuera una noticia ligeramente interesante, pero la sangre me sube a la cabeza y empiezo a marearme. ¿Tan fácil va a

ser?

—Hay una tía aquí fuera que quiere verla.

Del cuarto de atrás llega un suspiro que rivaliza con el del Hombre Araña.

—Fue cosa de Suze. No sé si la fotografiamos. La tendrá en Insta.

Se me desploma el corazón. No me interesa lo más mínimo el Instagram de Suze, pero el Hombre Araña ya ha sacado el móvil y navega por las aplicaciones con una lentitud irritante.

Tardo otros diez minutos en salir de allí, después de verme obligada a mirar todos los tatuajes de Suze, la mayoría de los cuales no son para nada de mi gusto. Prometo pensármelo y ponerme en contacto.

Las dos tiendas siguientes son más o menos lo mismo, y no me apetece seguir hoy, así que vuelvo a casa, me quito el pintalabios y salgo a correr. Intentar fingir que me impresionan todas esas personas que pretenden ser diferentes de la misma manera exacta resulta agotador. Si tanto quieren parecer oscuros y peligrosos, deberían probar a embarcarse en una misión de venganza asesina de vez en cuando.

[4] Atrévete y hazlo.

[5] El error ortográfico «*No Regerts*» es una deformación humorística de «*No Regrets*», que significa «Sin remordimientos». Este error se popularizó en memes y representaciones de tatuajes mal escritos, convirtiéndose en un símbolo de decisiones impulsivas o descuidadas.

Capítulo 14

Después de mi infructuosa investigación en el mundo de los muy tatuados, decido descargar la frustración con una carrera de diez kilómetros hasta el puente colgante y vuelta. El último estudio de tatuajes me ha sacado de quicio. El tipo que está detrás del mostrador me ha mirado el pecho con lascivia y me ha preguntado que qué hacía una «cosita linda como yo en un sitio malo como este». Aparte del obvio repelús de esa frase, que hace creer al tipo que es un vaquero de una superproducción en vez de un recepcionista pintarrajeado, no me gusta que me llamen «cosita».

A esas alturas del día, ya estaba alcanzando el límite de sonrisas falsas. Luego una mujer salió del cuarto de atrás y, a decir verdad, era todavía peor. Llevaba unos pantalones anchos y holgados que estoy segura de que pasaron de moda hace diez años, junto con Avril Lavigne, y casi la oí poner cara de desprecio al verme. Llevaba aros plateados subiendo por las dos orejas y en una lucía uno de esos horribles agujeros estirados. ¿Es que la gente no sabe lo preciosa que es la piel intacta? ¿Lo increíble que es un cuerpo tal cual? Yo ansío una piel lisa y sin marcas, y me llevo la mano inconscientemente a las cicatrices del muslo. Si hubieran pasado por lo que yo, tal vez se lo pensarían dos veces antes de hacerse más daño.

No la he matado, claro. Sería una locura. No se puede ir por ahí matando gente solo porque sean groseros y desdeñosos y se hayan hecho horrores en las orejas.

Llego a casa frustrada y enfadada, y me cambio a las mallas, las zapatillas y la camiseta de *running* nada más entrar por la puerta.

Me detengo antes de salir y me miro en el espejo para recogerme el pelo, y entonces recuerdo la peluca y el maquillaje exagerado. Soy yo, pero no soy yo. Como un *alter ego*. «Heather» es mi propia

Sasha Fierce,[6] o Catwoman. Alzar las cejas, perfectamente delineadas, desata un relámpago que recorre mi cuerpo. Es un torrente eléctrico que convierte la frustración en un poder embriagador. La peluca parece bien sujeta, y tengo ganas de ponerme en marcha. Parece que hoy corro como Heather, la chica gótica.

Abro la aplicación de Strava y arranco a un ritmo medio mientras me conecto. Tengo el presentimiento de que voy a batir mi récord, o Heather al menos. El cotilleo por los estudios de tatuajes me ha llevado más tiempo del que pensaba, y la luz ya se desvanece cuando dejo atrás las casas y los coches, que es cuando noto que la mente se me agudiza y concentra, archivando todo lo que he aprendido hasta ahora. Los *hobbies* de David Cartwright, su novia, la supuesta ubicación de su casa, o al menos su lugar de desayunos. El plan hasta ahora fallido de rastrear a mi objetivo por su tatuaje distintivo. Las cortinas rojas. No he avanzado nada con lo de Hugh, pero espero que se me ocurra algo cuando hable con Nina luego.

Doblo la esquina y veo el puente colgante a lo lejos, al final de una subida empinada. Precioso y majestuoso, se alza sobre el desfiladero con el río Avon fluyendo abajo. La imagen se repite en todo lo que venden en las tiendas de chucherías de la ciudad: tazas, tarjetas de cumpleaños, calendarios, posavasos, bolsas. Pero por alguna razón, esta vista, cuando doblo esta curva, siempre me deja sin aliento. Acelero el paso y me obligo a avanzar, jadeando ya mientras subo la cuesta.

Un destello de color entre los árboles me llama la atención y reduzco el ritmo. Hoy no llevo auriculares, salí con demasiada prisa, así que oigo los pasos pesados de otro corredor acercándose. El corazón se me encoge y algo en mí sabe que es él. El corredor pesado que de alguna forma sabe mi nombre. Sin pensarlo mucho, me lanzo a la izquierda y desaparezco detrás de un arbusto.

Los pasos lentos se oyen más fuertes y cercanos hasta que pasan justo por mi escondite. Contengo el aliento y miro a través de las hojas. Es él, sin duda. Reduce la marcha hasta detenerse y parece buscar alrededor. No puede estar buscándome a mí, ¿verdad? ¿Cómo demonios puede saber que estoy aquí?

No he pensado mucho en por qué este tío sabe mi nombre. He tenido cosas más importantes de las que preocuparme, y solo asumí que nos habíamos visto antes en algún sitio. Pero ahora no lo sé. ¿Qué pasará si me descubre agachada detrás de este arbusto? ¿Se enfadará por esconderme? No es un borracho al que pueda engañar fácilmente. Estoy sola, en un sendero boscoso y tranquilo, con un hombre grande que parece tener un interés malsano en mí. Pero entonces se mueve de nuevo y parece volver por donde ha venido. No entiendo nada.

Espero diez minutos hasta estar segura de que no va a volver, y entonces salgo de detrás de los arbustos, echando un vistazo alrededor y conteniendo el aliento. Me planteo dar media vuelta, pero ¿por qué iba a dejar que un tipo cualquiera me estropee los planes? Si me voy ahora a casa, sé que me enfadaré tanto con él y conmigo misma que no podré disfrutar de la noche con Nina, y una parte de mí tiene ganas de contarle lo de James. Las hojas crujen a mi derecha y giro la cabeza de golpe, pero solo es una ráfaga de viento. Me asusto cuando un mechón de pelo negro azabache me azota la cara. Heather.

La tarde ha dado paso a la noche, y entre los árboles veo encenderse las luces del puente. Salgo al sendero y retomo la subida a un ritmo constante. Adiós a batir mi récord anterior, pero ni de coña voy a abandonar la carrera a medias.

Controlando la respiración, estoy llegando al último tramo cuando doblo otra curva y casi me da un puto infarto.

—Ah, ¡hola! —dice animado, levantándose de un salto del banco con una sonrisa en su cara estúpida.

—Dios, ¿qué…? —Me detengo en seco y me llevo la mano al pecho para que no se me salga el corazón.

—Vaya, ¿nuevo *look*? —Me observa confundido, comprobando que mi cara es la que parecía esperar—. Mola. Gótico, ¿no? Me llamo Chris, por cierto. ¿Vas al puente?

—Yo… Sí. Ese era el plan. —Mi mente aún intenta asimilar lo que pasa, y antes de darme cuenta, parece que voy a correr con este tío, Chris, que aparece por aquí sospechosamente a menudo.

Todavía aturdida, arranco a un ritmo lento mientras él parlotea sobre la luz del otoño o alguna chorrada parecida. ¿Me estaba esperando? Antes parecía que me buscaba, y luego se ha quedado ahí sentado. ¿En serio?

—… Normalmente soy más de pesas, pero últimamente he descubierto esto. ¡La DIVERSIÓN de correr! —Grita «diversión» como un loco y unos pájaros salen volando de los árboles cercanos hacia el cielo nocturno—. Es genial salir a la naturaleza, ¿verdad?

—Sabías mi nombre.

—¿Eh?

—Sabías mi nombre. Choqué contigo una vez, en este sendero, y dijiste: «Hasta otra, Millie». ¿Cómo sabías mi nombre?

Su sonrisa flaquea y la respiración se le acelera a medida que nos acercamos a la cima. Estoy convencida de que este tipo es más que un idiota sonriente que casualmente sale a este camino siempre que yo lo hago.

—Ah, bueno. ¡Sí! —Ríe y me mira con una sonrisa avergonzada—. Te vi unas cuantas veces y pensé que estabas buena. ¡En el gimnasio de pesas no habían muchas tías como tú!

«Había, no habían, imbécil».

—En fin, pensé que estabas buena, así que te busqué en Strava. —El corazón se me cae a los pies. Quizá la imbécil sea yo. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Nunca pensé que nadie pudiera sacar nada de mi Strava—. Y sí, saqué tu nombre de ahí. Te pega. O pegaba con la antigua tú. Esta nueva versión parece un poco fiera, ¡ja, ja! —Suelta una carcajada como un personaje de dibujos.

Guardamos silencio mientras seguimos subiendo y coronamos la colina; el puente aparece de nuevo, espectacular, quitando un poco el aliento.

—Entonces —digo despacio y con claridad, queriendo asegurarme de que lo tengo todo bien claro—, ¿cuando registro que estoy corriendo, puedes verlo? ¿Y dónde estoy?

—Sí, ¿no lo sabías?

—¿Has estado saliendo a la misma hora a propósito? —pregunto sin rodeos.

Al menos tiene la decencia de parecer incómodo antes de admitir que me ha estado acosando de verdad.

—Pues… a veces. Quería hablar contigo, ¿no? ¡Y ahora lo he hecho!

Me dan ganas de vomitar, y no solo porque veo el contorno de sus huevos sudorosos en esos pantalones de licra demasiado ajustados. Para empezar, ¿por qué una aplicación para registrar mis tiempos de carrera de forma inocente está diseñada para que sea tan fácil seguir a alguien? Repaso mentalmente todo lo que sé de la aplicación, que no es mucho. Cuando me registré, me pidió el nombre, y suele mostrar un mapa con mi ruta en rojo. Sabe dónde me muevo habitualmente y a qué horas. ¿Me estás diciendo que un hombre puede cruzarse conmigo, que le guste mi pinta y luego saber mi nombre y dónde corro, sola? Mientras pienso, él sigue parloteando entre jadeos.

—… y te seguí… para ver… cuándo sales. Vivo… no muy lejos… del puente, ¿sabes? Mis tiempos… no son tan buenos… como los tuyos… ¡Ja! Eres rápida… Es un poco romántico, ¿no te parece?

Los dos reducimos a un trote suave cuando el sendero llega al principio del puente, y nos detenemos a la vez. La descarga eléctrica que sentí antes ha vuelto, recorriéndome el cuerpo. Es rabia, mezclada con la conciencia de mi propio poder que me bulle en la sangre desde la noche que conocí a Karl.

—Sí. Muy romántico —respondo.

Sonríe, todavía un poco jadeante. La parte de su cara que no tapa la barba está roja y sudorosa. Se ha esforzado mucho para seguirme el ritmo. Para tener su momento «romántico». Probablemente no se lo imaginaba tan sudoroso. De cerca, ahora que hemos parado, parece mayor de lo que pensaba. Cuarenta y algo. Empieza a tener arrugas alrededor de los ojos, y está claro que intenta ocultar la barbilla caída con esa barba poblada.

Suspira y levanta los brazos en un gesto de triunfo fingido.

—¡Oh, sí! Ha estado bien, ¿eh? ¡OH, SÍ!

No solo es insoportablemente odioso, sino que además tiene la osadía de vestirse como un desastre humano. Ni los *shorts* amarillos ajustados, ni la camiseta de *running* apretada que marca tanto sus

músculos como su barriga —y que además deja asomar un mechón de vello púbico— son lo peor. No, el premio se lo lleva la riñonera: negra y con rayas de velocidad.

—Esto también es bastante romántico —digo señalando hacia las vistas.

Está clarísimo que este hombre tiene que morir. Acosarme y arruinar una carrera que podría haber batido récords no puede quedar impune. Sin embargo, me prometí ser más cuidadosa, no dejarme llevar por las emociones. Salir bien parada tras cometer un asesinato no es cosa fácil: requiere una planificación meticulosa, eliminar pruebas, construir coartadas impecables y, por supuesto, mantener la calma. Eso es lo que dijo James.

Y sin embargo, hasta ahora me ha salido bien, ¿no?

Me acerco al puente y me apoyo en el muro que da al desfiladero.

—Vaya, qué caída tan larga. —Me vuelvo para sonreírle, echándome hacia atrás de forma que espero sea provocativa—. Ha sido divertido correr contigo, Chris. Muy inteligente por tu parte encontrarme de esa manera.

Sonríe con suficiencia. Satisfecho, imagino, de que me haya tragado tan fácilmente su acto heroico.

—Hombre, mereces la pena.

Me impulso hasta sentarme en el muro y subo las piernas, mirando al otro lado del puente. Hay una carretera en medio, con barreras automáticas en cada extremo, flanqueada por un paso peatonal. A esta hora de la noche, los focos del suelo están encendidos, igual que las luces colgadas de los cables. Todo el conjunto tiene un aire vagamente mágico. Clifton brilla a un lado, la oscuridad de los árboles espera al otro. En la torre del puente, no muy lejos, veo un cartel en blanco y negro.

HABLA CON NOSOTROS.
Llama gratis a los Samaritanos
116 123

Demasiado tarde para eso, me temo. Miro los árboles hasta que oigo el golpe constante de los pasos de Chris acercándose.

—Qué vista. —No me vuelvo, porque sé que me estará mirando a mí en vez de al paisaje, y sería tan insoportable que tendría que estrangularlo aquí mismo.

—Sí. ¿Vienes a sentarte conmigo?

Lo que antes era una suave brisa ahora ha ganado fuerza, y comienzo a temblar. Una gota de lluvia me cae en la nariz. El mundo alrededor está en silencio, y si no fuera por la compañía actual, me sentiría en paz. Estar aquí arriba un fin de semana a esta hora, cuando no hay viajeros y el tiempo ahuyenta a las parejas paseantes, me hace sentir como la reina del mundo. El viento me revuelve el pelo negro postizo por la cara.

—¿Estás segura? ¿Por qué no nos resguardamos en un *pub*? Invito yo.

No me digas que el acosador tiene miedo a las alturas.

—Solo un segundo. —Le pongo morritos, y su cara se abre en esa sonrisa fea de nuevo, con rizos de pelo áspero saliendo en todas direcciones de sus mejillas.

—Vale, pero luego al *pub*, ¿eh, Mills? —¿«Mills»? ¿Cómo se atreve?

—Oh, por supuesto. Luego al *pub* sin falta.

Salta al muro, asquerosamente cerca de mí. Su brazo pegajoso roza el mío. Me aparto y me siento a horcajadas en el muro para mirarlo.

—Tengo una idea. ¿Me das tu teléfono? —Un destello de incertidumbre le cruza la cara, pero no le dirá que no a una chica guapa con la mano tendida—. Necesito hacer una foto. Y añadir mi número. —Le sonrío con picardía y suelta otra carcajada. Ese irritante «ja, ja», como si hubiera aprendido a reír leyendo. Se desengancha la riñonera, la deja a su lado en el muro y la abre, sacando el móvil. Lo desbloquea con la cara, me lo pasa y saco un selfi con nuestras cabezas juntas, antes de bajarme del muro.

—¡Quédate ahí! ¡Quiero una tuya! —Hago otra y me acerco un poco más.

Posa como un musculitos. Río para animarlo y me acerco más. Cuando hace amago de bajar, le digo que pare, solo una más. Está

justo en el borde del muro, sobre una caída de setenta y cinco metros. Salto hacia delante.

En las películas, el director puede ralentizar el tiempo para que el público vea cada emoción cruzando la cara de alguien. Aquí no pasa eso, pero las veo, o creo verlas. La cara se le retuerce de miedo, confusión, y luego se da cuenta de que esta mujer menuda intenta hacerle daño y abre la boca en una O perfecta entre su barba poblada. Su cuerpo, laxo y desprevenido, cede y se inclina hacia atrás, agitando los brazos en molinillo, las manos arañando el aire. Por una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzan, y sé que esta imagen se me quedará grabada para el resto de mi vida.

Pero antes de caer del todo, una mano desesperada agarra la tira de mi sujetador deportivo, deteniéndolo en el último momento y tirando de mí hacia el muro.

Las piernas me chocan dolorosamente contra la piedra y me echo atrás por instinto, sintiendo cómo la tela del sujetador me corta la piel al soportar su peso. Empiezo a inclinarme hacia delante con Chris, la piedra hiriéndome los muslos. Su otra mano me da en la cara y se agarra a mi pelo.

Por un momento, creo que vamos a caer los dos, y Chris parece decidido a llevarme con él. Y entonces…

Crac.

El sujetador se rompe. Caigo hacia atrás sobre el suelo frío y duro, y cuando miro arriba, el muro está vacío. Me asomo por encima, escudriñando la oscuridad, apenas iluminada por las luces parpadeantes del puente. Muy abajo, muy muy abajo, distingo un destello de amarillo neón. Me vuelvo y me dejo caer al suelo contra el muro para recuperar el aliento. El labio me escuece donde me ha dado y el hombro me arde donde la tira me ha cortado la carne.

Vuelvo a asomarme. Ningún movimiento. No hay forma de que sobreviva a una caída así. Está muerto ahí abajo. Recojo su teléfono del suelo, por suerte aún desbloqueado, pero con la pantalla inconvenientemente rota. No puedo quedarme mucho más, así que actúo rápido. Paso las fotos y borro las últimas seis que saqué, vacío la carpeta de *Eliminadas recientemente* y compruebo que no se hayan subido automáticamente a ningún sitio. Abro WhatsApp y

busco a alguien con el que parezca que tiene una relación cercana. No tardo mucho, porque una se llama *Esposita* ♥. Su chat es el típico parloteo aburrido de la convivencia: peticiones de comprar leche, preguntas sobre el pago de la factura del agua. Me pregunto si sabe que cuando su asqueroso marido no estaba recogiendo la compra como un santo, andaba acosando gente por caminos oscuros.

Intento no pensar en esta mujer sentada esperando a que vuelva de correr, a punto de leer esta bomba, y tecleo el último mensaje de Chris:

No puedo seguir con esto. Lo siento mucho.

Mejor no poner nada más. Al querer meterlo de nuevo en la riñonera, veo que hay algo más aparte de la tarjeta bancaria, las llaves (¡es un conductor de Audi, lo sabía!) y la vaselina: una reluciente navaja suiza roja. La tomo como recuerdo, meto el teléfono y cierro la cremallera. Vuelvo a asomarme, lanzo la riñonera esperando que caiga cerca de él, me doy la vuelta y desaparezco por el sendero de vuelta. Mientras corro, un escalofrío me recorre la espalda al pasar el pulgar por la carcasa lisa de la navaja.

Estoy a medio camino de casa cuando me doy cuenta de que, al caer por ese muro, se ha llevado mi maldita peluca.

[6] Sasha Fierce es el *alter ego* de Beyoncé, creado para expresar su lado más atrevido sobre el escenario.

Capítulo 15

Son las ocho y veinte de la tarde y estoy en The Guinea, exhausta y temblorosa, pero he llegado antes que Nina por una vez, lo que me parece un buen augurio.

«Soy idiota. Sé que soy idiota». Hay tantas cosas que podrían salir mal con lo que acabo de hacer. Vale, el mensaje de texto resulta bastante convincente. A simple vista, un tipo le escribió a su mujer y luego se tiró al vacío. Pero no sé nada de ese hombre, y si la gente empieza a indagar más a fondo, quién sabe qué encontrarán. Podrían habernos visto juntos. Sí, era domingo por la noche y el sitio estaba desierto cuando lo empujé, pero antes habían pasado unos cuantos coches. ¿Y quién sabe dónde cayó la peluca? Con suerte, se enganchó en un árbol al bajar y no la relacionarán con él, pero no puedo contar con eso. Si la tiene aún en la mano, va a parecer muy sospechoso. ¿Y si hay muestras de mi ADN pegadas? Apuro las últimas gotas de vino tinto y me acerco a la barra a pedir otro. Es hora de controlarme.

Después del empujón, salí pitando a casa, me di una ducha rápida, me cambié y tomé un taxi hasta el *pub*. Apenas he tenido tiempo de pensar, pero la ducha caliente me ha servido de ayuda para calmarme, igual que esta segunda copa. Exhalo despacio e intento recomponerme catalogando lo que sé. Rebusco en el bolso y saco el cuaderno.

PROS
Ninguna conexión con ese hombre.
Llevé un disfraz la mayor parte del tiempo que estuve con él.
Mensaje a la mujer.

Quizá no haya motivo para investigar la muerte más allá de un suicidio.

CONTRAS
Alguien podría habernos visto juntos.
La jodida peluca de Heather.

Bueno, no está tan mal, ¿no? Más ventajas que desventajas es buena señal. Matemáticas básicas. Cuanto más lo pienso, más tranquila me siento. La policía anda ocupada, con recursos limitados. ¿No lo dijo James? No van a dedicarle mucho tiempo a lo que parece un suicidio claro. Como mucho, descubrirán que vieron a Chris con alguien, una persona de pelo corto y negro, si hacen un llamamiento a los medios. ¿Y por qué iban a hacerlo?

Otra cosa que me preocupa es lo rápido que se me ocurrió la idea de matar. ¿Se está convirtiendo en un problema? ¿Tengo un vicio?

—¿Qué haces? —Cierro el cuaderno de golpe, sobresaltada, y a punto estoy de volcar el resto del vino sobre la mesa.

—¡Nina! ¡Hola, cielo!

—Perdona por el susto. No me creo que hayas llegado antes que yo. Voy a pedir algo de beber.

Guardo el cuaderno y me arreglo el pelo, esperando que mi cara parezca normal. «¿Qué hace una cara normal cuando no acaba de ver a alguien caer por el borde de un puente?».

Detrás de la barra, veo al camarero sacando una botella de vino tinto de la estantería de arriba para Nina y tomando dos copas grandes y limpias. La luz de fondo atraviesa las botellas de licores y baña el pelo brillante de Nina y los aros dorados de sus orejas. Se pega al mostrador, supongo que para no mancharse el jersey rosa chillón con la cerveza derramada de cientos de pintas servidas ese día.

Han encendido la chimenea, pero el calor me hace tiritar inexplicablemente y me ciño más el abrigo. La lluvia salpica la ventana y pienso en el cuerpo de Chris tirado entre la maleza, la licra empapada de agua y sangre.

Las copas y la botella aterrizan en la madera rayada de la mesa, devolviéndome al presente, mientras Nina se acomoda al otro lado del reservado.

—Copa limpia —dice, empujándola hacia mí—. Para el vino bueno. Es día de pago.

Cuando Nina está a punto de hablar mucho de sí misma, pide el vino más caro de la carta. Es su forma de disculparse por lo que va a pasar. A mí me viene de perlas, porque, aunque el pulso se me está normalizando, no estoy de humor para charlar. Cuando Nina me sonríe, bajo la vista al vino. Siento como si tuviera la palabra «ASESINA» escrita en la cara con letras grandes y negras.

—Hace una noche horrible —dice, señalando la ventana con la cabeza.

—Horrible total. No vale para andar por ahí fuera.

—¿No estás con Cuéntaselo a M esta noche?

—Necesito un descanso. —Estamos dando vueltas a lo que quiere decir.

—Vale. En fin. Necesito desahogarme. Lo siento. Solo quiero hablar de Hugh.

Por suerte, aunque estuviera empapada en sangre de pies a cabeza, creo que Nina ni se daría cuenta hoy. Trago un buen sorbo de este vino delicioso y caro, y le hago un gesto con la mano para que siga mientras me recuesto contra el cuero agrietado del reservado.

—Es genial. Es realmente genial. Pero me siento un poco… No sé. No utilizada, pero…

—O sea, utilizada.

—¡No! ¡No utilizada! Pero, ya sabes que… le presté ese dinero para montar su negocio. Pues el otro día le pregunté cómo iba la web y… se puso a la defensiva. Ay, no sé. No ayuda que Claire esté siendo una zorra en el trabajo. —Rebusca en el bolso, saca una bufanda, un bote de espray de pimienta, una botella de agua y un puñado de pintalabios antes de encontrar el vapeador. Lo esconde en la manga y aspira sin que lo vea el camarero.

—Suéltalo ya, amiga. Estás dando rodeos.

—Aún no ha hecho la web, y al final admitió que era porque no tenía bastante dinero todavía. —Recoge el desorden y lo mete de nuevo en el bolso.

—No me digas que te ha pedido más pasta.

El vino caro se bebe tan fácil que ni me he dado cuenta de que hemos vaciado las copas. Mientras sigue con su explicación interminable, nos sirvo más. Me invade la culpa. He estado tan distraída que no he avanzado nada en mi plan para quitar a Hugh de en medio, y ahora mira lo que ha pasado.

—Así son las cosas, ¿no, cielo? A mí me va bien, tengo suerte. Gano lo suficiente.

—No es suerte. Has trabajado duro, eres lista.

Lo descarta con un gesto, como siempre. Nina habla como si fuera una niña de papá a la que se lo han dado todo hecho, en vez de una inmigrante de segunda generación cuya madre lleva una oficina de Correos. Sacó notas increíbles en el colegio y una beca completa para la universidad porque es esa mezcla rara e intimidante de inteligencia feroz, trabajo impresionante y bondad maravillosa. Todo lo que tiene Nina se lo merece, y más.

—En fin, solo escucha. Dijo que iba a costar más de lo que pensaba, y que estaba atascado. Dijo que no quería malgastarlo.

—Básicamente, se lo ha quedado. Te ha cogido el dinero para un fin concreto y ha decidido quedárselo.

—Así que le dije que no tenía sentido, tener el dinero ahí parado hasta juntar lo suficiente, ¿no? Le dije que le prestaría un poco más. Que no pasa nada, puedo hacerlo. —Se interrumpe para mirarme con severidad: una advertencia para que no empiece.

—Vale. ¿Ha empezado ya?

—Pues ese es el tema. Aún no. Pero dice que está investigando. En fin, ese no es el problema en sí.

—Si el problema no es el montón de libras que te ha sacado para montar un negocio y no lo ha hecho, ¿cuál es exactamente el problema?

—Estoy encantada de compartir lo mío, Millie. Lo estoy. Quiero eso, quiero compartir la vida con alguien. Pero Hugh se está comportando de forma bastante… distante. Y el otro día estábamos

juntos y no soltaba el teléfono. No paraba. Pero exagerado. Y haciendo así todo el rato. —Deja la copa y agarra el móvil, fingiendo leer un mensaje mientras aleja la pantalla de mí—. Y empecé a pensar: ¿qué es lo que no quieres que vea?

El corazón se me desploma más rápido que la libra británica tras el Brexit. Por fin llegamos al meollo.

—¿Cotilleaste?

Nina tiene una brújula moral fuerte, y cada vez que hace algo «malo» siente una vergüenza profunda que la hace dar rodeos durante días antes de soltar la verdad. Dependiendo de las circunstancias, resulta entrañable o muy irritante. Hoy es lo segundo. Es hora de ir al grano.

—Bueno, no sé si cuenta como cotillear. Pero, sí, miré. Un poco. —Da una calada al vapeador y espero en silencio. Ya se ha abierto la caja de Pandora. Al final continúa—: Fue al baño, y sabía que solo tenía un segundo antes de que se bloqueara el teléfono, así que no tuve tiempo de pensar y actué, ¿sabes?

—Oh, sé a qué te refieres, Nina. Date con un canto en los dientes por no haber empujado a nadie de un puente.

El vino me está nublando la mente, y tardo un momento en darme cuenta de que lo he dicho en voz alta. Por suerte, apenas ha interrumpido su hilo de pensamientos. Dejo la copa y tomo el agua en su lugar.

—Abrí el teléfono y la conversación de arriba era con alguien llamada Charlotte. No abrí el hilo, porque solo estuvo fuera un segundo, pero vi que ponía «cariño». —Aspira tan fuerte del vapeador que me sorprende que no se lo trague entero.

—Vale.

—Y tampoco es que hayamos mantenido una conversación sobre tener exclusividad entre nosotros. ¿Debería haberlo hecho? Supongo que sí. Y he estado tan liada con el trabajo últimamente que no nos vemos mucho. Además, supongo que podría ser una amiga. Los amigos se llaman «cariño» a veces, ¿no?

Me inclino hacia delante y la atravieso con mi mirada más penetrante, sujetándola del hombro rosa y mullido con mis garras huesudas.

—Nina. Está claro que esa Charlotte no es ninguna amiga. Y no, no deberías tener que verificar si tu novio, al que le has dado, perdón, prestado, diez mil libras, no se está tirando a otras. Esto no es culpa tuya.

Nina mira la mesa. Parece profundamente triste, y se me parte el corazón.

—No es culpa tuya —repito.

—No puede ser. No… no puedo ser tan… tonta. —Lo dice con una voz tan bajita que apenas la oigo por encima del bullicio del *pub*.

—Espera aquí. —Mientras estoy en la barra, no mueve ni un músculo, sino que se queda mirando con aire lúgubre la madera pegajosa, grabada con iniciales e insultos de años pasados. Al final la veo sacar el vapeador con tristeza y aspirar por la manga, dejando las gafas de montura gruesa empañadas.

El golpe del vaso en la madera y el olor a tequila la hacen alzar la vista.

—El domingo es el nuevo viernes, Nina.

—Dios, no debería tomar chupitos teniendo que ir a trabajar mañana —dice, pero agarra el vaso.

Mientras el líquido me baja por la garganta, quema y me sienta bien. Me enciendo de rabia. Lo del dinero era una cosa, pero esto es otra. Hugh tiene que pagar. Es hora de darle prioridad.

Rick no está contento conmigo cuando llego al trabajo a la mañana siguiente. La noche con Nina alcanzó la intensidad de aquellos fines de semana alocados de la adolescencia, y me desperté tarde, hecha polvo. Es un milagro que ella se las apañe como abogada, pero quizá pueda encerrarse en su despacho con un café y pedir a la gente que no la molesten. Yo no tengo esa suerte. En mi opinión, mi aspecto, que podría describirse amablemente como «desaliñado», solo refuerza mi historia de haber estado mala el sábado, pero Rick no se deja engañar tan fácilmente.

—Hueles fatal, Millie. Hueles a tequila.

—¡No es verdad!

—¿Qué te pasa últimamente? —Parece triste más que enfadado. Lo que todos sabemos que es mucho peor. Se agacha un poco para mirarme a los ojos—. Sabes, me recuerdas a un personaje de mi última novela: brilla con fuerza, Millie, pero no acaba bien. —Sacude la cabeza gacha con tristeza, pareciendo un junco mecido por la brisa—. ¿Seguro que estás bien? Esto no puede seguir así.

La puerta trasera se abre de golpe.

—¡Te pillé!

Genial, justo lo que necesito la mañana después de un asesinato y mil chupitos.

—Hola, Gina.

—Necesito que vengas al cuarto de atrás, cielo. Lo siento, Rick.

Tirándome de la mano, Gina me arrastra literalmente al cuarto de atrás. Mientras la puerta se cierra, me da la vuelta y me lanza dentro, haciendo que el estómago me dé un vuelco. El olor aquí —a pinturas, aceites, barnices y virutas de madera— resulta reconfortante. Este cuarto trasero es gran parte del motivo por el que sigo en este trabajo.

—De nada. Rick se estaba calentando para una buena bronca.

Aturdida un momento, me doy cuenta de que Gina me ha hecho un favor y balbuceo un gracias.

—Las chicas tenemos que apoyarnos.

Tengo un sexto sentido para las intenciones ajenas, y mi radar me dice que Gina me ha salvado de Rick por algún motivo.

—En fin, necesito hablar contigo. Imagino que saliste con ese chico tan guapo anoche. ¿Una noche larga?

Ahí está.

—No, estuve con mi amiga Nina. —Gina se desinfla visiblemente: vive del cotilleo—. Cree que su novio la engaña.

Se anima de nuevo y abre la boca para empezar a preguntar, así que cambio rápido de tema:

—¿Qué tal con Daniel Craig y la posible novia secreta? ¿Alguna novedad?

Gina frunce el ceño y se da la vuelta para trajinar con su último proyecto.

—Oh, qué voy a saber yo. Apenas me habla ahora. Quiero decir, no es que sea su mujer ni nada, ¿no? Pero va a recibir lo que se merece. Tú espera y verás. Estoy en ello. —Sigue parloteando sin parar durante lo que parecen horas mientras yo muevo cosas para parecer ocupada.

Cada movimiento me produce una punzada de dolor en el cerebro que me recuerda que soy demasiado mayor para juergas entre semana. Para pasar el rato, empiezo a recoger trozos de madera de la mesa principal en un montón.

Después de una hora escuchando a Gina quejarse de su futuro exmarido, la puerta se abre y aparece un Rick con pinta de estresado. Aún tiene un deje cortante en la voz, pero apuesto a que ya va camino de perdonarme.

—Millie, la señora Baker ha venido a por el cuadro de la graduación. ¿Está aquí atrás?

Mierda. Con todo el revuelo del ahora triple homicidio y el encuentro con James, se me olvidó por completo la señora Baker. Hay un silencio, incluso de Gina, mientras todos en la habitación decimos sin palabras que la he cagado a base de bien. Rick entra y deja que la puerta se cierre.

—Millie. Dime por favor que has hecho el marco de la señora Baker.

Ambos sabemos que no, pero estamos atrapados en este purgatorio tortuoso previo a las palabras, donde aún podría sacar el marco de debajo de la mesa con un gesto teatral y una sonrisa.

Me repongo.

—No está del todo acabado, Rick. He estado mala y…

Encogiendo los hombros, Rick se tapa la cara con las manos como si planeara enrollarse en una bola completa de arriba abajo, como un matasuegras desinflándose, y mi discurso se apaga.

—Has llegado tarde casi todos los días durante semanas. Has llamado diciendo que estabas mala, perdón, has mandado un mensaje, y luego no has contestado al teléfono. Varias veces. Has venido oliendo como si te hubieran fermentado. —Sigue con la cabeza gacha, la voz ahogada entre los dedos—. Ahora has decepcionado a nuestra clienta principal, que va a ponerse hecha

una furia conmigo. —Gina vibra de emoción a mi lado, absorbiendo el drama como si le diera vida—. No sé qué te pasa, Millie, pero esto no está bien. Es como si ya no te importara. Este es mi negocio. Mi sustento.

Una náusea repentina que no tiene nada que ver con el tequila me invade el cuerpo. La culpa es terrible. Cualquier cosquilleo de inquietud que sentí por las muertes de Karl, Steven o Chris palidece al lado de esto.

Pero la verdad es que mi vida ahora está enfocada en otra cosa. Este sitio, Rick, el trabajo, incluso el dinero, han pasado a un segundo plano. Ahora solo pienso en lo que les he hecho a esos hombres, y en lo que aún tengo que hacer. Mi cabeza está llena de ellos, apretujados como cerezas marrasquino en un frasco: de un rojo chillón y peleando por espacio.

Me doy cuenta de que Rick ha dejado de hablar y no he dicho nada en respuesta. ¿Qué hay que decir? No me importa, tiene razón. ¿Por qué iba a importarme esta tienducha de marcos estúpida que da servicio a mujeres como la señora Baker? Aunque sí lamento decepcionar a alguien que siempre ha estado ahí para mí.

—Arreglaré esto —dice Rick finalmente—. Luego tenemos que hablar.

Me despidió. Claro que sí. Gina fingió desesperadamente trabajar con una intensidad que nunca le he visto en realidad, por si la echaban de la habitación y se perdía la diversión. Pero fue una conversación corta y dulce. Rick se disculpó tantas veces que parecía que hubiera matado a mi gato, y le dije que no se preocupara. Cuando me fui, Gina me abrazó fuerte, reteniendo el abrazo demasiado, el olor a pintura al óleo ahogándome. Actuaba como si acabaran de diagnosticarme un cáncer terminal.

Personalmente, me da igual. Ya era hora de salir de ese sitio. No podía pasarme el resto de mi vida trabajando en Picture This. Rick tenía razón: solo lo estaba decepcionando. Ahora puedo usar el tiempo extra para mi investigación y para Cuéntaselo a M, del que me he mantenido alejada desde la noche que maté a Steven hace

tres días. Así que no opuse resistencia y recogí mis cosas esparcidas entre el serrín —jerséis abandonados, un cargador de móvil, un termo de café— y salí lo más rápido posible sin perder la decencia, con la furia airada de la señora Baker gritándole a Rick, que había salido por la puerta momentos antes, aún resonando en mi cabeza.

Mala noticia para mi cuenta bancaria, pero tengo ahorros suficientes para tirar un tiempo, y al menos puedo pasar la tarde haciendo algo productivo. De vuelta en la cocina, abro el portátil para ver cómo le va al hombre que sigue siendo mi único sospechoso —David Cartwright—, además de echar un vistazo rápido a las noticias por si hay actualizaciones sobre mis hombres muertos.

Me quedo paralizada en el taburete de la cocina. Shirley Bassey maúlla desde el diván, exigiendo mi atención. Pero no puedo prestársela, porque cada fibra de mi ser está centrada en el titular de las noticias que aparece en la pantalla.

UN HOMBRE CAE DE UN PUENTE Y MUERE.
LA POLICÍA ESTÁ INVESTIGANDO.

Capítulo 16

Aunque mis veintinueve años de vida han estado llenos de momentos de drama, terror, emoción y tristeza, este se antoja verdaderamente único. Cualquier rastro de agotamiento desaparece como por arte de magia mientras me inclino hacia delante, como si pudiera grabarme la información en el cerebro a través de la pantalla. Ni a Karl ni a Steven los anunciaron así en la prensa. De pronto, me doy cuenta de que me he levantado y camino de un lado a otro.

En el artículo falta de manera llamativa la palabra «asesinato», pero el mero hecho de que merezca un reportaje ya es una desviación de lo habitual. Mírame, usando la palabra «habitual» como si empujar a alguien escaleras abajo hasta matarlo o asfixiarlo con una bufanda fuera lo más normal del mundo.

No hay indicios de que la policía crea de verdad que esta muerte sea sospechosa, y quizá solo sea la posibilidad del suicidio lo que lo convierta en noticiable. La notoriedad, aunque anónima, me ha impactado. Sin embargo, algo ha cambiado en mí desde que maté a Karl, y esta sensación me impulsa a actuar en lugar de esconderme. ¿De qué sirve meterme bajo las sábanas y esperar a que llamen a la puerta? Tras una ducha rápida, salgo de nuevo. Hay mucho por hacer, y quién sabe cuánto tiempo me queda. Por primera vez en años, me siento extrañamente viva.

Conseguir un empleo remunerado debe añadirse a mi lista de cosas urgentes, pero antes voy a aprovechar el tiempo libre para seguir con mis planes. Hoy visitaré más estudios de tatuajes. Pero antes de eso, iré a ver a Katie. ¿Cómo se supone que voy a encontrar a un hombre en una ciudad de casi medio millón de habitantes, sabiendo solo que tiene un tatuaje concreto, cortinas rojas y que es calvo? Cuanto más lo intento, más absurda parece la

tarea. Una ducha caliente y la adrenalina han disipado lo peor de la resaca, y ya estoy en mi Micra, camino de Ladbroke Drive, 112.

Esta vez no me iré sin respuestas.

Golpeo la puerta de un modo que sé que irritará a mi madre —odia las escenas—, rebusco en el bolso mi antigua llave y entro de todos modos. Los golpes han sido inútiles porque la cocina está en silencio, así que supongo que por una vez en su vida mamá ha salido. Probablemente a comprar bayetas nuevas o algo igual de emocionante. Subo las escaleras con decisión y me detengo ante la puerta de Katie.

Me preparo. Respiro hondo y llamo con suavidad.

—¿Sí? —La voz es casi inaudible, como si llegara flotando desde muy lejos, a través de montañas. Pero al menos está despierta.

Abro la puerta con cuidado.

—Hola, Kates, soy yo —digo al entrar en la habitación.

Me sonríe desde la cama y se incorpora hasta sentarse. Veo un libro tirado en el suelo y el corazón me da un vuelco de alegría. Está despierta y ha estado leyendo. Parece que tiene un buen día.

—¡Mills! ¡Pasa! ¿Por qué no estás en el trabajo?

—Quería verte. —Decido que no tengo tiempo para andarme por las ramas. Llevamos meses así. Atrapadas en esta mezcla tóxica de silencio, resentimiento y rabia: una mujer reducida a una sombra de lo que era, y la otra convertida en asesina—. Y quería hablar contigo. Necesitaba hablar contigo.

La forma en que se le ensombrece el rostro y se encoge me revuelve el estómago de culpa, pero me obligo a continuar. Me siento en el borde de la cama e intento adoptar el aire de una enfermera amable pero firme que le dice a alguien que debe dejar los cigarrillos por su bien.

—Katie, necesito que me des respuestas. Lo siento, pero tienes que contarme algo sobre… él.

—¿Qué… qué quieres…?

—Katie. —Ojalá hubiera entrado con un plan mejor, pero pienso rápido sobre qué información me resulta más vital—. Necesito que me digas una cosa más, ¿vale? Un nombre, aunque sea solo el de pila. O un lugar, aunque sea aproximado. Tienes que decírmelo.

—¿Por qué? —Sus ojos recorren la habitación, y sé que esta intrusión provocará un retroceso en su estado, pero es necesario.

Bajo el edredón, su pierna se mueve inquieta, reflejo de una ansiedad que sus ojos ya habían revelado. Sus rizos rubios, apagados desde que dejó de cuidarlos, se sacuden de una forma que podría parecer cómica, de no ser por la tensión del momento.

—Me has hablado de su tatuaje, de su pelo y de sus cortinas. Dame solo una cosa más, solo una, y te dejaré en paz, ¿vale? Te encenderé una vela, te prepararé una tostada y un té, y te dejaré tranquila. Pero hasta que no me digas algo, no me moveré de aquí.

—¿Qué coño te pasa, Mills? ¿Por qué?

—Porque soy tu hermana. Me estás ocultando cosas, y necesitas contarme más. Yo… no puedo decirte más que eso. Pero lo haré. Más tarde. —Me doy cuenta de que me he puesto de pie e intento calmarme. Katie, normalmente abatida y triste, me observa con una alerta que no le veía desde hacía meses, y con algo más. ¿Preocupación?—. ¡Katie, DÍMELO!

Se encoge como si la hubiera abofeteado.

—Millie. —Lo susurra con tono tranquilizador, y me enfurece aún más darme cuenta de que intenta calmarme, como si yo fuera una niña con una rabieta y no su hermana mayor tratando de protegerla.

Doy una patada al rodapié y un dolor agudo me atraviesa. Todo me sobrepasa. Que ese cerdo misterioso la haya reducido a esto, que yo solo quiera ayudar y no sepa nada, que esté fallando, que Rick me haya dejado por unos cuantos errores, que mi madre sea patética y yo esté tan rota, que Hugh sea tan manipulador y Nina tan ingenua. Que todos seamos como somos.

—¡Millie! —grita esta vez, y me detengo.

Tengo algo afilado en la mano, húmeda de sangre y algo más. Hay líquido en el suelo y en el escritorio, trozos de una taza que he agarrado y estrellado con tanta fuerza que se ha hecho añicos. Los ojos de mi hermana están muy abiertos por el miedo y siento la punzada familiar de la culpa. Pero ser amable no me ha llevado a ninguna parte en la vida.

—Dime dónde vivía.

—¡No lo sé!

—Quizá no la dirección. Pero saliste de esa casa y volviste a la tuya de algún modo. Debes de tener una idea, por vaga que sea. ¿Qué zona de la ciudad? ¿Viste alguna tienda, restaurante, cafetería? ¿Algo?

—Vi-vi un restaurante. —Mechones de mi pelo rubio rojizo le rozan la cara mientras me inclino sobre ella, y una parte primitiva de mí es consciente de que debo de parecer desquiciada, con la sangre corriéndome por el brazo.

—Millie, me estás asustando.

—Katie, necesito más. —Respiro hondo.

—Se llamaba Giovanni's. Un italiano. Pasé por delante cuando… Después. Pasé por delante después.

Exhalo y me aparto, repitiéndome en voz baja la nueva información. Esto lo cambia todo. Me da una ubicación. Katie parece un conejo en una trampa, con los ojos muy abiertos y la piel pálida, pero lo que he averiguado es una de las pocas cosas que valen la pena.

—¿Cerca? ¿De la casa?

—Sí. Creo que sí —susurra, con el edredón tapándole la boca—. Creo.

Al verme en el espejo, confirmo que parezco desquiciada de verdad, con la sangre chorreándome por el brazo y el maquillaje de ojos corrido. Tengo el pelo encrespado y caigo en la cuenta de que no me he peinado esta mañana. «Dios mío, Millie, recomponte». Vuelvo junto a Katie y sonrío.

—Gracias. Lo siento. Lo siento de veras. ¿Estás bien? —Me limpio las manos en los vaqueros y me siento en la cama para darle un abrazo fuerte de disculpa.

Asiente, pero, cuando me levanto, su mirada se clava en mí como si yo fuera un zorro acorralado, listo para morder. Duele ver el reproche en sus ojos, sobre todo cuando no es a ella a quien cazo.

De camino a casa, entro en The Golden Guinea y me siento en la misma mesa que anoche. Me he limpiado lo mejor que he podido antes de salir de casa de mamá, pero el camarero me lanza una

mirada rara. Pido un chupito de tequila y una copa de vino tinto, porque estoy en paro y puedo hacer lo que me dé la gana. Abro el portátil, entro en Google Maps y tecleo Giovanni's. El resultado aparece al instante. Uno en la ciudad, bastante céntrico. Amplío la vista y me imagino caminando por esas calles, buscando una cabeza calva asomando tras unas cortinas rojas.

Algo encaja. He visto estas calles antes. Saco el móvil del bolsillo y busco en el perfil de Instagram del portero de Pom Pom's, David Cartwright, hasta dar con la publicación de *#nocheintensadesayunointenso* y amplío para recordar el nombre de la cafetería. En el ordenador, pido a Google que me indique el camino de Giovanni's a Fork It Up. Cuatro minutos a pie.

David Cartwright, el matón tatuado, calvo y asiduo de Pom Pom's, vive en la zona donde atacaron a mi hermana.

Bingo.

De vuelta en casa, me doy una ducha larga y me siento limpia por primera vez en el día. Está bien tomarse un respiro de vez en cuando, siempre que no esté investigando violadores ni eliminando pervertidos. El autocuidado es importante.

Me masajeo el pelo despacio con mi champú favorito e imagino que estoy en un anuncio, con el vapor caliente oliendo a coco inundándome los sentidos. No he mirado Cuéntaselo a M desde que salvé a esa chica de Steven, así que esta noche volveré a estar pendiente de la línea telefónica, aunque los lunes suelen ser tranquilos. Tendré que esperar al fin de semana para vigilar la cafetería de Dave, pero no soy de las que se quedan de brazos cruzados malgastando la vida. Ya que estoy en racha, creo que abordaré el otro problema que se ha colado en mi vida. O en la de Nina.

Anoche intenté convencerla de que dejara a Hugh, pero no funcionó. Sí, podría hacerlo, pero le llevaría mucho tiempo. Se enamora fuerte y rápido, y odia romper. Se deja apaciguar fácilmente con una palabra amable y una promesa de amor eterno tan vacía como las que mi padre le hacía a mi madre. Incluso si

consiguiera persuadirla de dejarlo atrás, no resolvería el delicado asunto de la venganza pendiente.

Cambio la cuchilla de la maquinilla y la deslizo por la pierna hasta dejarla suave como la seda, luego me enjuago el acondicionador del pelo. Aunque hoy han pasado muchas cosas, estar desempleada resulta bastante relajante. En cuanto dejas de preocuparte por el dinero.

Envuelta en una toalla blanca como la nieve y sentada en la cama, con Shirley Bassey hecha un ovillo en la almohada, ya puedo empezar. Me lleva un rato dar con las palabras justas, porque sé que hay riesgo. Si no pica, tendré que dar explicaciones incómodas. Tengo hasta el fin de semana para vigilar la cafetería de Dave, así que puedo permitirme dar pasos pequeños. Por suerte, aún tengo el número de Hugh de cuando pagó la comida, así que abro WhatsApp y me tomo unos minutos para escribir un mensaje sencillo.

Hola… Soy Millie, la amiga de Nina. Espero que puedas ayudarme con algo :) Es una sorpresa para Nina, así que tendrá que ser un secreto…

Un sonido indica que el mensaje se ha enviado. Las marcas se vuelven grises y luego azules al instante. Está claro que no tiene nada mejor que hacer esta noche que mirar el móvil.

Mis labios están sellados ;)

Capítulo 17

Es sorprendente lo rápido que uno se acostumbra a la vida de desempleado. Han pasado cuatro días desde que salí de Picture This con las escasas pertenencias y el poco orgullo que pude reunir, y han sido maravillosos. He salido a correr todos los días —sin Chris para asaltarme—, he explorado más estudios de tatuajes, he visitado a Katie dos veces (ambas con regalos de dulces que ha ignorado) y he trabajado en Cuéntaselo a M todas las noches. La última noche fue dura: un hombre se puso agresivo conmigo y una adolescente sollozaba tanto que apenas entendía sus palabras mientras me contaba lo asustada que estaba por los hombres que la seguían hasta casa.

También he estado trabajando en otro pequeño proyecto durante el día. Hacer una mesa de centro. Bonito, ¿verdad? El martes fui a la ferretería y volví con un surtido de tornillos, herramientas y trozos de madera. Los clavé mal a propósito y luego esperé a mi caballero de brillante armadura.

Según la versión que le conté a Hugh, se trata de una sorpresa para el cumpleaños de Nina el mes que viene. Miró mi intento con lástima y, cuando puse morritos y exclamé que no podía hacerlo sin ayuda, hinchó el pecho y se lanzó a darme una larga explicación sobre carpintería. Era, dijo muy en serio, más difícil para las mujeres porque nuestros cerebros no están programados para las ecuaciones exactas que se necesitan.

¿Cómo se me ocurrió pensar que era una buena persona? El martes deshizo mi trabajo mal hecho de manera intencionada y me dio una lección mientras yo agitaba las pestañas y le ofrecía cerveza. El miércoles llevé la madera a su casa y cortamos los ángulos con su sierra ingletadora. Me puse delante de él y dejé que guiara mis manos mientras yo soltaba risitas y me apretaba contra su cuerpo.

Le prometí terminar la mesa yo sola el jueves —para entonces, ya había dejado de referirme a ella como la mesa de Nina— y le pregunté si podía ir a su casa el viernes para enseñarle el resultado final.

En realidad, no ha quedado mal, pienso mientras me siento en el sofá de Ikea manchado, delante de la mesa de centro hecha a mano por el propio Hugh. Aunque podría haberla hecho el doble de rápido sin su ayuda. Miro el cuadro torcido, también de Ikea, de unas olas rompiendo en la pared de enfrente y me invade una tristeza profunda. Pensar en Nina, encantadora y única, sentada aquí mismo intentando seducir al ser que habita este lugar, es una clara señal de que algo anda terriblemente mal en el mundo.

El ser en cuestión está preparando las bebidas, y para tener algo que hacer empiezo a deambular por el salón, investigando la vida de un espécimen como este. Ya es de noche, mi primera noche libre de Cuéntaselo a M desde el domingo, y la luz que entra por las ventanas es anaranjada por las farolas que acaban de encenderse. Dentro, todo está iluminado por esa luz fría y brillante de los que son crónicamente malos decorando.

Es diferente del piso de Steven. El merodeador del Pom Pom's, con todos sus muchos defectos, era rico, y aunque su casa era horrorosa, al menos parecía su hogar: su equipo de fútbol brillaba en cada rincón y estaba claro que había elegido los muebles con cuidado, aunque mal. La casa de Hugh, en cambio, parece el alquiler definitivo. El falso chapado de haya en los escasos muebles, la alfombra sucia que parece haber presenciado cosas peores que un asesinato, la pintura crema desconchada sobre el papel pintado.

Es como si no tuviera alma.

—¡Eh!

Me giro y lo veo en la puerta del salón. Dejo la foto enmarcada que estoy estudiando, de lo que parecen cinco hombres idénticos apiñados alrededor de un cóctel servido en una pecera redonda. Uno lleva una camiseta que dice: *Las mujeres me gustan como el café. Calientes y baratas*.

Sonriendo, me acerco para tomar mi bebida —una lata de cerveza Foster's, y no estoy bromeando— de manos de Hugh. Intento

parecer agradecida, pero ya me cuesta bastante hacerme la simpática con este tipo sin tener que beberme esta porquería.

—No tendrás vino, ¿verdad? ¿O un *gin-tonic* quizá?

—Eh, no sé. Puede que tenga algo de vino que Ni… que alguien dejó aquí. Déjame comprobar. —Se pavonea de vuelta a la cocina y yo dejo mi lata en el soporte negro brillante del televisor.

Respiro hondo y acaricio la superficie lisa de la navaja de Chris en mi bolsillo. Mientras no está, localizo una lámpara y apago la luz del techo para crear algo de ambiente.

—Oh, qué agradable. —Sonríe con suficiencia, asumiendo claramente que es iluminación romántica, mientras vuelve con media botella de un vino tinto maravillosamente caro que solo puede provenir de Nina. Sosteniendo un vaso pequeño salpicado de huellas grasientas, vierte el vino casi hasta el borde y me lo pasa.

Cuando brindamos, le mantengo la mirada.

Se deja caer en el sofá con un resoplido y me sonríe desde abajo mientras yo me apoyo en el alféizar de la ventana. Asiente hacia mi mesa con una sonrisa condescendiente.

—No está mal para ser novata.

—Tuve un buen profesor.

Coquetear con Hugh me hace sentir culpable y mal, aunque solo lo hago por ella. Si no hubiera dejado clara la posibilidad de sexo, había muchas probabilidades de que nunca me hubiera invitado a su casa por la noche. Aun así, no ha sido agradable, y ansío el día en que no tenga que temer su tacto. Por suerte, no creo que falte mucho.

Mete la mano que no sujeta su lata de Foster's detrás de la cabeza para resaltar su bíceps. Un tatuaje de una espina le rodea el brazo y me irrita. Probablemente por el recuerdo de las horas inútiles pasadas recorriendo estudios de tatuajes, aunque él no tenga culpa de eso. También me irrita porque está presumiendo claramente de sus músculos grandes y firmes, y funciona. Sería una mentirosa si dijera que no me gusta su aspecto.

—Ha sido divertido… enseñarte. Espero que no termine aquí. —Empieza la frase sosteniéndome la mirada, pero no puede evitar que sus ojos bajen a mis pechos y a mis piernas.

Finjo no notarlo y dejo que me escanee como si estuviera en un control de aeropuerto.

Da un golpecito al sofá con la lata.

—¿Por qué no te sientas?

Con una sonrisa débil, me poso con delicadeza en el borde del sofá —que chirría con el contacto—, lo bastante lejos para que no pueda empezar a tocarme de inmediato. Al mirarlo de cerca, veo que su pelo brilla, aún húmedo de una ducha rápida que probablemente tomó antes de venir, y sus ojos tienen un brillo que delata que no es su primera Foster's.

—¿Algo más que quieras aprender de un profesional? —Lo dice con un ronroneo grave y se inclina para apartarme el pelo detrás de la oreja—. Algo me dice que no se trata solo de la mesa. —La punta de su lengua se asoma y humedece su labio inferior.

No he planeado esta conversación, así que pongo la mano en su brazo, que tensa de inmediato, y lo aprieto con suavidad.

—Puedo admitir que me… intrigas. Hay tantas cosas que me gustaría que me enseñaras. Bueno, no puedo dejar de pensar en ti. Lo siento, no debería haberlo dicho. —Me giro fingiendo vergüenza y él me toma la barbilla con la mano, volviéndome la cara hacia él.

—No, no. No te disculpes —dice con una seguridad desbordante —. Todo el mundo quiere ser la persona en la que alguien no puede dejar de pensar.

—¿Cómo va tu negocio? —Parece desconcertado. Quizá me haya puesto seria demasiado pronto—. Es solo que me fascina tanto… Lo que haces. Debes de ser tan bueno con las manos… —Ahí estamos, de vuelta a lo básico.

—Oh, soy bueno con las manos. Muy bueno. —Me guiña un ojo—. Soy un artesano. Un artista.

«Dios santo, vale ya, Picasso».

—Cuéntame más —digo con los ojos muy abiertos e impresionados.

Me inclino hacia delante, como si nunca hubiera conocido a nadie tan fascinante como un manitas de segunda en el piso más deprimente del mundo.

Mi teléfono suena en el bolsillo, rompiendo el hechizo, pero aprovecho la oportunidad que me brinda.

Lo miro y veo un mensaje de James que me muero por leer, pero en vez de eso frunzo el ceño y levanto la vista hacia Hugh con expresión avergonzada.

—Nina —susurro como disculpándome.

—Ah. —Tiene la decencia de parecer avergonzado y quita la mano de mi cara.

—Mira, se me ocurre una idea. El teléfono —le pido extendiendo la mano—. Vamos, quiero conocerte de verdad. —Sonrío de manera sugerente al decir esas últimas palabras y él me responde con una sonrisa repentina—. Sin interrupciones inoportunas.

—Estás loca —dice, entregándome su iPhone.

Me dirijo contoneándome a la puerta que supongo que es el baño, meto los dos teléfonos en un armario (aprovechando para curiosear al mismo tiempo) y vuelvo agitando las manos vacías, acomodándome de nuevo en el sofá con un chirrido desagradable.

—¡Listo! Creo que me estabas hablando sobre tus habilidades.

Se revuelve el pelo rubio húmedo con una confianza que pretende ser encantadora; yo pensaba que el *look* despeinado era casual, pero parece que está cuidadosamente diseñado para proyectar un aire rudo y preparado para cualquier cosa.

Intento seguir mirándolo con admiración, pero mi atención se desvía a una mancha particularmente sospechosa en el sofá justo al lado de mi pierna y trato de moverme un centímetro.

Hugh me sonríe, notando el movimiento y malinterpretándolo como que me acerco.

—¿Quieres que te muestre lo buenas que son mis manos? —Se inclina hacia mí y, en un impulso de horror que no consigo contener, me levanto de un salto.

Él retrocede, desconcertado, así que le lanzo un guiño rápido antes de volver a caminar por el salón, fingiendo interés en las fotos que examinaba antes.

—¿Quiénes son estos chicos tan encantadores?

—¿Eh? Ah, son Jackson, Little Tim, Large Tim, Feet y Lardo.

—¿Feet?

—Porque siempre le apestan los pies, joder. ¡Ja!

—Ja. ¡Ya veo! —Ya veo que eres más estúpido de lo que creía al principio.

Aunque debe de tener algo de cerebro para convencer a las mujeres de que le den su dinero, así que está claro que sabe separar las cosas.

—¿Y esta? —Señalo la siguiente foto. Es Hugh, unos años más joven, por lo que parece, con una mujer mayor.

—Ah, esa es mi abuela. Es genial. —Me quedo tan sorprendida que no sé qué decir, así que él sigue—: Ahora tiene noventa y cuatro años. ¡Pero está en plena forma! La visito una vez a la semana y jugamos dominó.

Nunca habría pensado en Hugh como un nieto entregado, dispuesto a sacrificar su tiempo para visitar, supongo, un hogar de ancianos con ese típico olor a lejía y orina, y jugar a juegos aburridos con personas que, desafortunadamente, llevan una vida igual de aburrida. Un escalofrío de autodesprecio me invade, seguido de una punzada de vergüenza. Pero lo dejo de lado y me concentro en Nina. Este hombre, quienquiera que sea, es claramente alguien capaz de traicionar a su novia con su mejor amiga.

Un sonido parecido al chillido de un ratón aplastado me indica que Hugh se ha levantado del sofá pegajoso de polipiel y está viniendo hacia mí. Lo que no anticipo es sentir de repente sus manos en mi cintura, mientras intento no dar un paso atrás. Se inclina y me susurra al oído con un aliento que huele a Doritos.

—Así que decías que querías que te enseñara un par de cosas. —Sujetando el lado izquierdo de mi cadera con una de sus grandes y fuertes manos, desliza el dedo índice de la otra por la curva de mi cuerpo. Rígida de miedo, lo dejo hacer. Los mechones húmedos de su cabello me hacen cosquillas en la oreja mientras se acerca más, plantando un beso suave y húmedo en mi cuello con un ruido nauseabundo que resuena fuerte en mi oído. Como el suave clic de una pistola al ser amartillada en una habitación en completo silencio.

Vuelvo en mí, me giro y me escabullo de su agarre.

—Antes de continuar, tengo algo para ti.

—Uf. Ya llevas provocándome mucho rato.

Pongo morritos y echo mi cabello rubio rojizo sobre el hombro, intentando que parezca un gesto coqueto.

—Te he hecho algo, pensé que te gustaría. Luego quizá puedas enseñarme el dormitorio.

Su sonrisa me indica que volvemos al juego, así que voy a por mi bolso, que está junto a la puerta, y extraigo una delicada caja de cartón. La caja tiembla ligeramente y me doy cuenta de que soy yo. Estoy nerviosa; el lugar en mi cintura donde me sujetó y el punto donde me besó arden con el recuerdo. No hay nada como el recordatorio de tu propia impotencia, la conciencia de que una de esas manos enormes y fuertes podría noquearte o inmovilizarte sin pensarlo dos veces. Me centro en la sensación de la navaja en mi bolsillo, pesada contra el muslo. Mi seguro.

—Toma. Es para ti —digo abriendo la tapa con una sonrisa y un gesto teatral.

Dentro de la caja hay seis *macarons* perfectos y rosados. Su rostro se descompone de una forma tan cómica que casi me echo a reír; la boca caída de repente hace que parezca que tiene papada.

—Ah, ¿qué es esto?

Vuelvo al sofá y esta vez soy yo quien da un golpecito condescendiente al cojín.

—Ven, siéntate un momento. —Le guiño un ojo, y funciona, aunque nada de lo que he dicho suene remotamente insinuante—. ¡Ahora abre la boca!

Lo hace, desconcertado, pero de repente retrocede.

—Oye, ¿sabes que soy alérgico a los frutos secos?

—¡Claro! Ni… Eh, quiero decir, tú lo mencionaste en el *pub* aquella vez. Los hice especialmente para ti. Totalmente sin frutos secos.

Mi clara evasión del nombre de Nina debe de haber devuelto la emoción ilícita al ambiente, porque se inclina de nuevo con la boca abierta. Le meto uno entero dentro.

Hugh mastica y traga con una pequeña mueca en la cara, luego extiende la mano y hace amago de levantarse.

—Espera. Solo uno más. Me gusta alimentar a mis hombres. —Muerdo uno yo misma para ganar tiempo, mientras Hugh se inclina impaciente con la boca abierta, como un polluelo irritado,

claramente decidiendo que complacerme es la forma más rápida de obtener lo que quiere. Le meto otro, que casi se traga entero antes de levantarse de un salto—. Tú ve al dormitorio. Antes necesito refrescarme.

He leído que una alergia a los frutos secos puede tardar entre unos minutos y un par de horas en manifestarse, y rezo para que sea lo primero. Porque no tengo ni idea de cómo podría apañármelas para mantener a la bestia alejada de mí durante dos horas.

Por suerte, soy recompensada por mis buenas acciones pasadas. Apenas unos momentos después de que el patán entre torpemente en la cueva oscura de su dormitorio, oigo un jadeo.

—¿Millie?

Hugh tropieza de vuelta al salón, agarrándose la garganta. Posada en el brazo del sofá, mastico plácidamente un macaron francamente delicioso. Una mancha roja empieza a teñir sus mejillas y cuello, y la cara ya se le hincha.

—Millie. EpiPen. En el bolsillo del abrigo. —Agita frenéticamente la mano hacia los abrigos colgados detrás de la puerta. Cuando intenta dar un paso hacia ellos, me levanto de un salto.

—¡Oh, Dios! ¡No! ¡He debido de confundir las mezclas!

—EpiPen, ahora. Y llama al 999. Joder, no puedo respirar. Date prisa.

Sus ojos parecen salirse de las órbitas, pero su pánico está controlado. Ha pasado por esto antes: aunque es aterrador y sin duda desagradable, sabe qué hacer y tiene una fe inquebrantable en los servicios médicos del país, que siempre le han dado buenos resultados. Hugh siempre ha tenido quien lo salve. Amigos, que le administran epinefrina con su EpiPen. Novias, que cubren sus gastos con transferencias. Médicos, que le dan oxígeno y corticoides. Su madre, que probablemente dedicó su vida a prepararle comidas especiales, recogerle los calcetines y consolarlo como al niño mimado que es. Si estuviera solo, Hugh estaría en la miseria y comería lo que pudiera conseguir. Para él, la idea de que alguien no cumpla con sus deseos ni siquiera existe en su cabeza.

Corro a los abrigos de la puerta y revuelvo en los bolsillos.

—¡Vamos!

Me giro y lo veo apoyado con dificultad en el respaldo del sofá.

—¡Lo tengo!

Lo agito en el aire y empiezo a caminar hacia él. Este es el momento en que todo puede salir mal. Cometí errores en aquel puente con Chris y estoy decidida a no repetirlos esta vez. Hugh parece débil, como si la vida se le escapara segundo a segundo. Pero la lucha por sobrevivir puede hacer cosas inesperadas en alguien. Créeme, hablo desde la experiencia. Puede inundarlos de adrenalina y dotarlos de una fuerza que desconocían. Y aunque esté al cincuenta por ciento, esos bíceps reflejan años de trabajo físico.

Así que, aunque mi instinto natural es pararme y burlarme, mantengo una expresión preocupada hasta el último segundo cuando paso corriendo a su lado y entro en el baño abierto, cuya puerta cierro de golpe y echo el pestillo.

—¿Qué… qué coño pasa? —Lo escucho jadear desde el otro lado. El miedo comienza a abrirse paso, envolviendo el pánico y su respiración dificultosa. No tardará en ser superado por el terror—. ¿Millie? Esto… esto… no es una broma.

—Oh, lo sé, Hugh. ¡No es una broma! ¡Es bastante serio!

—Necesito… ese autoinyector. —Ahora jadea.

—Igual que diez mil libras no son una broma.

Con la oreja contra la puerta, escucho el murmullo rasposo de su respiración volviéndose más lenta y ruidosa. Mi seguridad primero, así que la puerta se queda cerrada por ahora, y trato de contentarme con imaginar su cara. En mis manos tengo sus dos salvavidas: su EpiPen y su móvil.

Un golpe sordo me indica que ha caído al suelo. Abro su móvil con el código que le vi introducir unos días antes, voy a nuestros mensajes y borro todo el hilo. Luego revuelvo en el armario, encontrando el EpiPen de repuesto que esperaba que guardara aquí y que localicé antes.

La espereza de su voz me hace correr de nuevo hacia la puerta. Me concentro para captar cada palabra, como si fueran escupidas desde una garganta llena de piedras.

—¿Qué… quieres…?

Me sorprende que ya haya aceptado que no es un malentendido. Esperaba más negación, pero no es tan tonto como parece. No podría serlo, para engañar a Nina y mantener dos relaciones a la vez. Quizá entienda que no tiene tiempo para negociar, que cada segundo perdido suplicando es uno más cerca de la muerte. Un hormigueo de excitación se extiende por mis venas y, por un momento extraño, me veo desde arriba, agachada, pegada a la puerta junto a la bañera sucia y el váter salpicado de orina, mi pelo rubio rojizo cayendo en rizos por la espalda.

—¡Las diez mil libras en efectivo que le estafaste a Nina! —grito a través de la madera.

—Ella… me lo dio… Prestó…

Su voz suena más apagada y calculo que su fuerza está lo bastante reducida. Este asesinato ha sido bien planeado y, aunque soy consciente de que es un poco melodramático, no voy a perder mi oportunidad de estar en la habitación.

Abro la puerta y miro el cuerpo en el suelo. Su rostro está rojo brillante y su cuello hinchado, como un gran trozo de jamón rosado listo para ser cortado.

—Te lo prestó para que montaras un negocio de verdad. Y lo hizo porque la convenciste de que la querías. Todo ese tiempo, estabas feliz intercambiando mensajes con otras chicas e incluso —me señalo a mí misma— intentando acostarte con su mejor amiga. Eso, para mí, es una estafa.

—Eres… una… psicópata.

—Puede que lo sea.

Nos miramos un momento, sus ojos inyectados en sangre y húmedos. Una vez más, veo la escena desde lejos. Es el tipo de imagen que un griego antiguo podría haber pintado en un jarrón o esculpido en mármol. Un patético bulto de hombre temblando en el suelo, una mujer majestuosa mirando abajo con asco y triunfo. Una Medusa moderna.

—Caja… de zapatos. Bajo… la cama.

Metiendo los dos EpiPens en mi sujetador, entro en su dormitorio y me arrodillo en el suelo. Sin duda, tendré que lavar este mono a alta temperatura. Como cualquier hombre que se prepara a toda prisa

para un revolcón, ha metido todo su caos bajo la cama: calzoncillos sucios y calcetines apestosos, un plato con migas y montones de pañuelos usados en los que prefiero no pensar. Meto la mano con cuidado entre el amasijo de ropa y encuentro una caja de cartón con el logotipo de Adidas en el lateral. La extraigo y abro la tapa. Bingo.

Mientras entro en el salón con mi tesoro en las manos, los ojos saltones e inyectados de Hugh me siguen desde donde está tirado en el suelo. Su rostro está empapado, brillando bajo la poca luz, con arañazos marcados en el cuello hinchado. Su mano izquierda sigue rascando desesperadamente la garganta, como si intentara abrirla con sus uñas irregulares para dejar entrar aire, mientras la derecha cuelga flácida a su lado, derrotada. Ahora que me ha dado el dinero, sus ojos rojos están muy abiertos, suplicantes, llenos de una esperanza rota y desesperada.

«Oh, Hugh. Quizá seas tan estúpido como pareces. Difícilmente puedo dejarte vivir ahora, ¿verdad?». Me metería en un buen lío por esto. Dando un amplio rodeo a su cuerpo, me dirijo a una mesa de comedor pegajosa para dos y me siento con cuidado en una silla cubierta de polipiel desde donde tendré una buena vista.

—¿El-el autoinyector? —insiste, jadeante.

—Oh, no, Hugh. —Niego con la cabeza con pesar—. Lo siento.

Abro la caja de nuevo y empiezo a hojear los fajos de billetes, contando rápido con mis uñas pintadas de rojo. No ha gastado ni un penique y me pregunto cuál era el plan final. ¿Hay una novia en alguna parte, una de verdad, con la que ahorra para la entrada de una casa? ¿Tiene cuentas pendientes con un cobrador de deudas o un traficante? Lo más probable es que tan solo sea un avaricioso, asegurándose un buen colchón sin mover un dedo. ¿Fue Nina la primera mujer con la que intentó esto, o hay múltiples escondrijos repartidos por su piso, llenos de objetos robados junto con los corazones de otras mujeres?

—¿Ahora? —Su voz hace que me sobresalte.

Por un momento, olvidé que seguía en la habitación. Cree que he estado comprobando que está todo el dinero antes de ayudarlo, lo cual es bastante triste, y si fuera una mujer más débil, podría hacerme sentir culpable. El murmullo de su respiración se ha

convertido en un siseo furioso del inframundo, con un ojo desencajado de su órbita.

—No, Hugh —digo con amabilidad—. No.

Cierro la caja para prestarle toda mi atención, me recuesto y lo veo desvanecerse.

Capítulo 18

El camino de vuelta a casa transcurrió como en una nebulosa. Recuerdo con nitidez detalles extraños: el azul brillante de las barreras de plástico alrededor de unas obras abandonadas, reluciendo bajo una farola. La gran rata parda que cruzó la carretera desde un arbusto y se perdió en la oscuridad del parque. Los gritos agudos de un bebé que salían de un piso, cuya ventana brillaba como un cuadrado amarillo solitario en un edificio que, por lo demás, parecía dormido. Inspiraciones profundas al pasar junto a la tienda de la esquina, con las ventanas a oscuras. El olor grasiento y salado a patatas fritas de un contenedor sobre el que me incliné para vomitar.

Hubo varios momentos en que, de nuevo, abandoné mi cuerpo y me vi deambulando por las calles hacia casa, intentando mantenerme erguida y con aspecto de normalidad. Ni siquiera fui consciente de la lluvia que calaba la peluca de color castaño que me puse para el viaje, resbalando por mi rostro, hasta que estuve a salvo en casa.

Debes entender que no es vergüenza ni culpa. Nada de eso. Al despertar esta mañana, tenía la boca espesa por los restos azucarados de los *macarons* y el vómito, pero mi mente estaba despejada. No, no siento nada por Hugh como persona, ni tengo dudas sobre mis actos. No es eso en absoluto.

Pero mi reacción física fue distinta a la de las veces anteriores, tras despedirme de Chris, Steven o incluso Karl. En parte, porque esto ha sido muy cerca de casa. Y se trata del novio de mi mejor amiga. Es peligroso, hasta imprudente. Las probabilidades de que me pillen de algún modo se han triplicado. ¿Será eso?

Sobre todo, creo que son los recuerdos. Ver morir a un hombre de esa forma… Ha removido demasiadas cosas dentro de mí.

Es sábado por la mañana —no es que el fin de semana suponga una gran diferencia ahora que estoy encantada de no tener trabajo —. Estoy agotada y dolorida, pero no hay descanso para los malvados. Por fin ha llegado el día de plantarme en el Fork It Up por si a Big Dave Cartwright se le ocurre invitar a Kelly a un plato de salchichas baratas y alubias de bote. Mientras me pongo las botas hasta la rodilla y el abrigo negro Jaeger que me llegó ayer —una ganga de eBay—, me duelen los músculos y me da vueltas la cabeza. Primero necesito un café; no me fío de cómo muelen los granos en un sitio llamado Fork It Up.

He dado vueltas por la zona varias veces durante la semana pasada, pero aún no he entrado en la cafetería. Las probabilidades de que Dave apareciera entre semana parecían escasas, y no quería llamar la atención presentándome de repente todos los días.

El cielo es la encarnación perfecta del otoño: un azul claro y vibrante, un sol que irradia un brillo casi sobrenatural, acompañado de ese aire frío que golpea tus mejillas y entumece tus dedos. Es uno de esos días que inspiran esperanza.

Y sí, me siento esperanzada. Voy de camino a investigar una pista decente, he salvado a Nina de un año o más de que un perdedor total le chupara la sangre, y además he recuperado su dinero.

A pesar de las ojeras y los músculos doloridos, me siento fabulosa con el abrigo nuevo mientras avanzo por las calles desiertas del sábado por la mañana. La caja de zapatillas Adidas con el dinero de Nina está ahora bajo mi cama, y aún no he decidido qué hacer con ella. La idea es devolverlo, claro. Pero ¿cómo voy a hacerlo sin levantar sospechas?

Con la perspectiva del tiempo, veo que debería haber repetido la táctica que usé con Chris en el puente. Tenía la contraseña del móvil de Hugh y debería haber aprovechado para enviarle un mensaje a Nina insinuando un suicidio, dándole la ubicación del dinero. Pero de los errores se aprende.

No negaré que estoy nerviosa. El cuerpo me vibra. En parte por el agotamiento y el café que ahora corre por mis venas, pero también porque estas últimas semanas han sido… interesantes. Al principio no planeaba matar a Hugh, pero cuando Nina me contó lo de las

infidelidades, me pareció más que justificado. La sensación de actuar contra hombres que hacen daño, o de tomar el control por mí misma, es liberadora. La adrenalina me ha estado bombeando desde que empujé a Karl.

El asesinato de Hugh ha sido un paso adelante. Algo calculado e inteligente, en lugar de impulsivo y fortuito. Me siento más decidida que nunca.

A medio camino de la cafetería, una furgoneta blanca me adelanta, con dos pitidos agudos que me hacen dar un salto. Un hombre blanco gordo y de mediana edad asoma la cabeza por la ventanilla.

—¡Sonríe un poco, guapa!

Siento pequeñas punzadas de rabia, pero se disipan rápido. No se puede matar a todos los hombres que te gritan; no hay tiempo suficiente en el día.

Cero notificaciones en el móvil, lo cual no es una gran sorpresa porque lo miré hace unos tres minutos. Esta es la diferencia entre lo que ha pasado con Hugh y los otros. Antes estaba ansiosa por revisar las noticias y ver cómo se percibían sus muertes, pero ahora estoy en ascuas esperando la inevitable llamada de Nina.

Mientras camino, ensayo en voz baja cómo reaccionaré a la noticia.

«¿Qué? Tranquila, Nina. ¿Que Hugh está…? ¡No! ¡No puedes hablar en serio! ¿Cómo? ¿Estás bien?».

Ella hablará la mayor parte del tiempo. Llorará, pero solo tengo que recordar que todo es para mejor. Si Hugh siguiera vivo, ella habría acabado llorando de todos modos, igual que muchas otras mujeres que habría conocido a lo largo de los años.

El Fork It Up está a unos cuarenta y cinco minutos de casa y voy a pie en lugar de en coche porque quiero pasar por una tienda de caridad para comprar una peluca nueva por el camino.

El Barnado’s de Hengrove Road es deprimente en casi todos los sentidos posibles. El aire es espeso y rancio, cargado de polvo y tristeza. La anciana que está detrás del mostrador parece estar viviendo sus últimos días, y ha optado por pasarlos aquí, lo cual revela lo limitado de sus opciones. Los tesoros que custodia son

sobre todo faldas horrorosas con estampado floral de M&S o tops raídos de Primark, junto con esas horrendas figuras que solo se encuentran en las secciones de artículos para el hogar de las tiendas de caridad: perros de cerámica sonrientes.

Mientras reviso las perchas, finjo interés de vez en cuando sacando una prenda y frunciendo el ceño al verla. Planeo pasar ocho minutos aquí antes de comprar lo que realmente busco. No conviene parecer demasiado ansiosa.

Al final, me acerco a la mujer del mostrador con un montón de cosas que he seleccionado. Ella me dedica una sonrisa y, con manos temblorosas, comienza a buscar las etiquetas de cartón con los precios. Me muerdo el labio para no mostrar mi impaciencia. No quiero ser cruel, pero cuando alguien llega a esa edad, debería hacerle un favor al mundo y quedarse en casa.

—¿Vas a disfrazarte, guapa? —dice con una voz áspera, como si llevara toda una vida fumando sin parar.

¿Cómo puede alguien alcanzar esa edad quemando dos cajetillas de cigarrillos al día? O tal vez no sea tan vieja, quizá tenga cuarenta y cinco, y lo que dicen sobre la nicotina destrozando la piel sea verdad.

Levanto la falda de tul negra sobre el mostrador.

—Me estoy preparando con antelación para Halloween este año. Iré de Natalie Portman en *Cisne negro*.

—Ah, qué bien. —Dobla tan despacio la ropa que se me hace eterno. Si se muere antes de terminar la transacción, todavía se me hará más largo.

Me sonríe, y me regaño por ser tan borde. Esta mujer no es el enemigo. David Cartwright es el enemigo. En fin. Por suerte, la anciana resiste, y al salir, respiro el aire fresco y limpio con un alivio profundo mientras me encamino hacia mi destino.

El Fork It Up es como esperaba. Propiedad de alguien que, estoy segura, se describe en Tinder como «el bromista del grupo». Dice a gritos «originalidad *low cost*». Pero he estado en sitios peores con gente peor, me digo mientras me siento en la fría silla de metal de fuera. Soy la primera clienta y la chica de pelo azul que está detrás

del mostrador parece sorprendida de tener que hacer algo más que teclear en su móvil.

Me deja caer un menú plastificado sobre la mesa mientras saco el libro de mi mochila a rebosar. Llevo la peluca nueva que compré en la tienda de caridad —la mayoría de las que utilizo para Cuéntaselo a M son demasiado cutres para usarlas a la luz del día—, así que ahora soy una morena con un elegante corte a la altura de los hombros. El resto de la basura que compré está metida en el fondo de la mochila; en el momento me pareció menos sospechoso que entrar y comprar solo una peluca.

Pido un café y le digo a la camarera de aspecto aburrido que me quedo el menú para «pensar en la comida». No sé cuánto tiempo tendré que estar sentada aquí, así que necesito alargar el proceso. Tengo el móvil bocarriba sobre la mesa, y aunque intento centrarme en las páginas de Misery, de Stephen King, los ojos se me van una y otra vez a la pantalla. ¿Cuándo se dará cuenta Nina de que Hugh ha desaparecido? ¿Cuántos días pasarán antes de que alguien tire abajo su puerta? Por el moho marrón oscuro que vi alrededor de su bañera diría que no tiene limpiadora. Podrían pasar semanas.

Las horas transcurren y las mesas se llenan de caras resacosas de veinteañeros y treintañeros. A mi lado, dos chicas ríen entre Bloody Marys, diseccionando su noche con detalle forense. Quién se acostó con quién («¡Janet no para estos días!»); quién ha perdido peso («¡No puedo creer que Lizzie la gorda esté delgada ahora!»); quién se humilló («¿Viste a Stuart vomitando en un rincón de la pista?»); y quién no volverá a beber nunca más («Te juro que es la última vez para mí»).

Sigo escuchando a hurtadillas mientras pico los huevos pálidos y blandos de mi plato, y siento una oleada de nostalgia por algo que en realidad nunca tuve. Una vida entregada al placer sin remordimientos, marcada únicamente por las resacas y los recuerdos borrosos de la noche anterior. Katie la tuvo, brevemente. Pero está claro que no es una vida destinada a la familia Masters.

Para cuando la camarera me mira con lástima, sé que es hora de rendirse. Big Dave no ha aparecido, y solo estoy perdiendo el tiempo.

Paso la tarde leyendo el libro en el jardín, envuelta en mantas y dando alguna cabezada ocasional. Tras el esplendor matutino, el sol ahora apenas se filtra por el frío de octubre, pero sigue siendo agradable estar al aire fresco si lo aguantas. El día ha sido un fracaso, pero no se puede esperar demasiado, y merezco un descanso después de todo lo que ha pasado esta última semana. Además, comienzo a tener la certeza de que Big Dave es mi hombre, así que es solo cuestión de tiempo. Claro, hay otros asuntos urgentes —no tener trabajo, que la policía encuentre mi ADN en la peluca junto al cuerpo de Chris, el dinero de Nina bajo mi cama—, pero esta noche tengo una cita.

James me escribió ayer y quedamos para vernos esta noche, aunque después de saltarme el turno del viernes en la línea telefónica para encargarme de Hugh, me juro que volveré a conectarme a Cuéntaselo a M después de tomar algo.

Saco el cuaderno y empiezo una página nueva con ideas sobre cómo devolverle el dinero a Nina, la mayoría horribles. Enviarlo anónimamente por correo. Esconderlo en su piso. Ingresarlo directamente en su cuenta bancaria. ¿Intentar pagar en secreto una parte de su hipoteca? Justo cuando revivo el asesinato de Hugh y pienso cómo podría haberlo arreglado con más previsión, el suave roce de la puerta trasera de Sean al abrirse me deja paralizada.

Fuertes pisadas me indican que arrastra su cuerpo rechoncho de la cocina al jardín. Estoy envuelta en mantas en la esquina del sofá, pegada a nuestra pared compartida, así que no debería verme si no mira. Hace fresco aquí fuera, y la mayoría de la gente estaría dentro, así que espero que no se quede: necesito conservar la energía para mi cita, no malgastarla en gente como Sean.

Con el resto de mis dramas, casi me había olvidado del misterio de Sean, que tanto me obsesionó aquella noche hace una semana o así.

Oigo un suspiro por encima de la pared, tan profundo que juraría que veo mecerse los árboles. Apenas respiro mientras intento no

hacer ruido, y lo oigo arrastrar los pies de un lado a otro en un ritmo constante.

—Vale. Vale —murmura para sí mismo, con el tono de alguien que se dispone a cometer un atraco—. Vale.

Los pitidos de las teclas del teléfono, sin silenciar, irrumpen estridentes en el aire fresco, ese sonido inconfundible que delata a alguien de cierta edad llamando. Algo me dice que no es para pedir una *pizza*.

—Hola. Sí, yo… no, yo…, bueno, yo… ¡Vale! Mira, escucha. Tengo algo… Sí, ¡solo algo!… ¡Era imposible!… Espera, no puedes, ¡espera!… Vale, dame un poco más de tiempo, ¿vale?… Por favor. Un poco más… Gracias… Gracias. Si pudieras perdonarme… —El silencio me indica que Sean está recibiendo una bronca de quien sea que está al otro lado, y queda confirmado cuando un gemido ahogado como el de un cachorro que acaban de pisar lo interrumpe—. ¡Vale! Por favor. Lo siento. Lo arreglaré.

Se oye un golpe, como si Sean se hubiera sentado en el suelo, y un sorbido que sugiere… ¿lágrimas? Lo imagino ahí sentado, en la tierra, con la camisa de cuadros abrochada hasta arriba, sus facciones de gnomo brillando por las lágrimas. Me da que a mi querido vecino lo están chantajeando. Vaya, vaya, vaya. ¿En qué andará metido mi viejo vecino?

James parece cansado. Lleva el pelo revuelto de mala manera y tiene ojeras de un gris parduzco. Vamos, James, al menos a ti no te han despedido como a mí. Ni has pasado horas de vigilancia, ni has destapado parcialmente un complot de chantaje contra tu vecino, ni has cometido un doble homicidio, todo en una sola semana. Gracias a Dios por el corrector de ojeras.

Estamos en un *pub* otra vez, porque, evidentemente, ninguno de los dos destaca por su imaginación. Eso sí, es un *pub* diferente al de la última vez. The Mall es, técnicamente, más bonito, pero de una manera que lo convierte en un lugar menos acogedor. Soy bastante purista con los *pubs*: no deberían servir buena comida (excepto, quizá, un pastel de carne, eso lo tolero). Deberían ser pequeños, con

techos bajos, formas extrañas y frecuentados siempre por el mismo grupo de personas. Este lugar no cumple con casi ninguno de mis requisitos.

A pesar de parecer agotado, sigue estando guapísimo, y ha llegado pronto para compensar la última vez. El rostro se le ilumina con esa sonrisa increíble cuando entro, y me dan ganas de contarle todos mis secretos más oscuros y profundos.

Cuando los dos tenemos bebidas delante —un vino tinto para mí y una pinta de Delirium para él—, empezamos a interrogarnos sobre nuestras semanas. Como sería inapropiado contarle a un detective mi reciente racha de asesinatos, decido confesarle que ya no estoy trabajando, aunque con unos pequeños retoques a la versión oficial de los hechos.

—¿Por qué? Pensaba que te gustaba estar allí.

—No es lo que quiero hacer. Tengo algo de dinero ahorrado y he decidido tomarme un tiempo para cambiar de rumbo. —Me estremezco, parece una frase salida de un imán de nevera—. Fue un accidente acabar en ese sitio, y corría el peligro de quedarme atascada allí el resto de mi vida si no hacía algo.

—Es valiente. O estúpido. Supongo que lo acabarás descubriendo. —Sonríe para suavizar lo que acaba de decirme.

—Es difícil pensar y respirar cuando trabajas a jornada completa. Cosa que tú bien sabes, obviamente. Y no iba a poder aclararme las ideas ni empezar a dar pasos si no me tomaba un respiro. —Me encojo de hombros con torpeza y doy un sorbo al vino.

Mientras lo digo, me doy cuenta de que es verdad. Aunque solo intentaba cumplir con mi parte de la conversación, pero ¿quién sabe qué pasará ahora en mi vida? James es comprensivo y amable. Hasta parece un poco impresionado.

—En fin, ¿qué tal tú? ¿Alguna novedad con esas muertes? ¿Fueron suicidios al final?

—¡Ja! —Agita la mano con una sonrisa—. No debería haberte contado todo eso la última vez. ¡Me emborrachaste!

—Venga ya, ¡apenas me contaste nada!

El traje gris carbón de aquel día brilla por su ausencia, y hoy lleva vaqueros azul oscuro y un jersey negro liso: un hombre sensato,

sexi, que no busca llamar la atención. Cruzo la pierna derecha sobre la izquierda para distraerlo con un muslo recién afeitado e hidratado.

Hacen falta un flirteo intenso y tres copas más para que James vuelva al tema de los casos de suicidio. Es encantador, y durante al menos una hora logro olvidarme de todo lo que ha sucedido, enfocándome únicamente en la persona frente a mí: un hombre divertido y atractivo al que, aparentemente, le gusto. Suelo tardar en confiar en la gente, pero hay algo en él que hace que esto parezca… diferente. Durante la última semana, me he convencido de que era una buena idea mantenerlo cerca por su trabajo. Aunque ahora, sentada con él, admito que realmente me gusta.

—Bien, escucha esto entonces —dice al fin. Se inclina hacia delante y lo imito.

No cabe duda de que es inteligente y hábil en su trabajo, pero todos tenemos algún defecto insalvable. Hugh necesitaba sentirse deseado. James necesita ser escuchado. ¿Y yo? Bueno, claramente soy perfecta. Aunque quizá debería buscar una profesión donde no se valore tanto la discreción.

—¿Viste en el periódico lo del tipo que se cayó por el desfiladero? ¿Cerca del puente colgante?

Frunzo el ceño y ladeo la cabeza mientras pienso si he oído hablar de eso.

—Sí… Creo que lo vi en Internet. No pensarás que están conectados, ¿verdad? —río y lleno nuestras copas para evitar sus ojos—. ¿Como una epidemia de suicidios? Juraría que he oído que pasó algo así en algún sitio.

—Pues no estoy seguro. No logro encontrar una conexión real entre ellos. Edades, trabajos, amistades, riqueza, situación familiar… Todo varía, no hay nada que los una.

—Suena a coincidencia entonces.

—Lo parece.

El silencio lo dice todo. Estoy segura de que los superiores de James le están sugiriendo que deje de buscar problemas donde no los hay. Los muertos deben descansar. No ser escuchado en el trabajo lo vuelve más desesperado por ser escuchado por mí, y eso lo hace hablar de más. Pero James es listo, inquietantemente listo.

También es joven y ambicioso, un idealista con algo que demostrar. Pienso en cambiar de tema, pero decido que es mejor saberlo todo. Esta es mi oportunidad.

—Pero tú no lo crees. —Es una afirmación, no una pregunta. Es la mejor manera de hacer que la gente hable: eliminar el tono interrogativo de las palabras y, en su lugar, afirmar algo que puedan confirmar o desmentir.

—Yo… no lo creo. No.

—Los hombres se suicidan, James. Es la segunda causa de muerte en hombres menores de cincuenta, ¿verdad? La Navidad no está lejos, hace frío, es desolador, no tienen con quién hablar. No es difícil imaginar a tres hombres distintos tomando esa salida. Y, además, lo de Karl podría haber sido un accidente, ¿no? ¿Podría haberse caído por las escaleras? ¿Y el del puente? ¿Paró a descansar y se inclinó demasiado? Creo que has visto demasiado Inspector Morse. —En cuanto digo el nombre de Karl, sé que la he cagado. Revuelvo mis recuerdos de nuestra última conversación. ¿Qué me contó?

—Sí, lo sé. Lo sé. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Ni siquiera sabía que su nombre había salido en la prensa. El de Karl.

Aunque me sudan las palmas, me encojo de hombros y doy un sorbo al vino.

—Algo me dice que… hay una conexión entre estos hombres —continúa él.

—Quizá todos hicieron algo para merecérselo.

Levanta la cabeza de golpe y me mira con curiosidad. ¿Por qué he dicho eso? ¿Autosabotaje? ¿Rabia por el esfuerzo que pone en averiguar qué les pasó, cuando todos los días mujeres y chicas son agredidas por hombres y la policía ni se inmuta?

—Perdona, no lo decía en serio. Ha sido un chiste malo.

Sonríe y sacude la cabeza, rompiendo la tensión.

—No, no. No te disculpes. Me estoy poniendo demasiado profundo. Y oye, quizá tengas razón. La gente muere mereciéndoselo todo el tiempo. —Levanta el vaso y lo choca contra mi copa, y es casi como si estuviéramos brindando por mí.

—En fin. Cambiemos de tema. Nunca adivinarás qué hice esta mañana. Pide tu ronda primero.

Pero no llego a saber qué hizo esa mañana. Porque cuando saco el móvil en la barra para pagar las bebidas, la sangre se me hiela en las venas y la cabeza me comienza a retumbar.

Siete llamadas perdidas y un mensaje. Todos de Nina.

Han encontrado el cuerpo de Hugh.

Capítulo 19

Con unas ojeras que nada tienen que envidiar a las de James anoche y sin poder dejar de bostezar, parezco tan resacosa como todos los demás en esta cafetería. Por suerte, la camarera de Fork It Up no es la misma que ayer, pero he vuelto con mi peluca castaña oscura y mi elegante abrigo negro.

Anoche fue una locura.

El cuerpo de Hugh apareció mucho antes de lo que esperaba, y fue porque su novia, su novia de verdad, tenía llave. Poco después de las ocho del sábado por la noche, entró en el apartamento y se lo encontró muerto en medio del salón.

Nina se enteró porque una de las primeras cosas que hizo esa novia fue actualizar las redes sociales de Hugh para reflejar su nuevo estado: fallecido. Dejando de lado que esa mujer es claramente una obsesa de Instagram, aquello significó que Nina —que se había quedado en casa trabajando en un caso— se enteró de la muerte de su nuevo novio por un vídeo lacrimógeno en su perfil de alguien llamada Charlotte. Se metió en un taxi de inmediato y fue a su casa para descubrir qué broma macabra era esa, pero se topó con un policía custodiando la puerta y dos paramédicos cargando una camilla cubierta dentro de una ambulancia.

Me enteré de todo eso sentada frente a James en The Mall, con Nina gritando cosas ininteligibles por teléfono. No estaba claro si las lágrimas eran de rabia o de pena. También hubo una especie de confrontación entre ella y Charlotte en la calle, pero los detalles eran confusos porque solo pillaba una de cada dos palabras entre los sollozos.

Nos bebimos las copas de un trago y salimos del *pub* después de que yo pusiera a James al corriente a toda prisa: yo iba a casa de Nina, y él, intentando disimular su excitación, se marchaba al

trabajo. Cuando Nina llegó a casa a las diez y media, yo ya estaba sentada en el muro de su jardín con una botella de vino y lista para darle un abrazo.

Como era de esperar, no tuve que decir gran cosa. Fue Nina la que habló, y cuando no hablaba, lloraba. Fue una suerte para las dos que Charlotte saliera a la luz en ese momento crucial. Nina estaba tan furiosa con Hugh, y consigo misma, que apenas quedaba espacio para el duelo, y su ira —más una erupción volcánica que un borboteo— hizo que no importara si mi cara no reflejaba sorpresa a la perfección.

Dormí en su sofá y me fui a las ocho de la mañana tras apenas cuatro horas de sueño entrecortado, dejándole a una finalmente dormida Nina un mensaje en el que me excusaba diciendo que tenía que alimentar a Shirley Bassey. Le prometí que volvería más tarde para ver cómo estaba.

Si perdía la oportunidad con Big Dave hoy, tendría que esperar toda una semana para intentar pillarlo de nuevo en un *brunch* de fin de semana. Así que, a pesar de la mezcla embriagadora de agotamiento y adrenalina que aún me recorre el cuerpo, me di una ducha en casa, me puse la peluca castaña y llegué a la cafetería a la hora de la apertura, a las nueve y media, acomodándome en una de las mesas de fuera por si pasa por delante.

Tras pedir un café, saco el móvil y respondo a un mensaje que James me envió anoche.

Lo siento. Tuve una noche bastante intensa y no pude contestar. ¿Qué tal tú? Nina está hecha polvo. Parece que comió algo con frutos secos por accidente. Era alérgico.

Y me obligo a escribir la siguiente línea:

Pobre chico.

Ni siquiera me ha llegado el café cuando tres puntos indican que James está escribiendo una respuesta.

Sí, lo oí. Shock *anafiláctico.*
Fui a la escena.

¿Es habitual que un detective de homicidios vaya al escenario de alguien que muere por alergia a los frutos secos? James sigue tecleando.

Algo no encaja en todo esto, te lo juro. Pero el jefe no me hace caso. ¿Nos vemos luego?

Interesante.

Espero que tu amiga esté bien. Un beso.

Son las once cuando Big Dave atraviesa la puerta, seguido de Kelly, a quien reconozco enseguida, con cara de pocos amigos. En las fotos cuidadosamente editadas que sube a Internet, parece tan impecable como una muñeca Bratz, pero en persona, sus extensiones descuidadas la traicionan. Un instante después, ambos salen y se sientan en una mesa cercana a la mía.

—Aquí fuera hace un frío que pela —se queja Kelly, arrastrando las zapatillas por el suelo como una cría.

—Pues dentro está lleno, nena, ¿qué quieres que haga? —replica David Cartwright. No todo va bien en el paraíso.

Ahogo un bostezo y me escondo tras las páginas de mi libro.

La pareja se queda sentada en un silencio pétreo hasta que la puerta se abre de nuevo y un estallido de charla alegre llena el aire durante los segundos que tarda en cerrarse con un golpe.

—¿Listos para pedir?

—Sí, creo que sí, ¿verdad, nena?

—¡Por supuesto!

Kelly y Dave sonríen como si fuera el mejor día de sus vidas, como si fuera crucial que la camarera creyera que todo estaba en orden entre ellos. Kelly lleva unos pantalones Juicy Couture que pasaron de moda hace quince años y que ya entonces daban arcadas. Lleva las uñas largas pintadas de color rosa pálido, una chaqueta bomber

peluda y se le ha olvidado un trozo del cuello al ponerse el autobronceador. Aun así, me pregunto cómo puede estar con David Cartwright. Mientras miro sus brazos abultados y sus manazas agitando el menú plastificado, las imagino alrededor del cuello de mi hermana.

Me doy cuenta de que tengo la mano en el bolsillo, aferrando con fuerza la navaja de Chris. Con el pulgar, saco la hoja y, casi sin pensarlo, empujo la mesa hacia atrás y me levanto.

—¿Has terminado, guapa? Ven dentro a pagar, ¿vale?

La camarera me da un susto y me recompongo deprisa.

—Ah, sí. Claro. Gracias. Solo voy al baño.

Me giro para que Kelly y Dave no me vean la cara, corro al servicio, y en el camino, me golpeo la cadera contra una mesa con una esquina demasiado afilada y tiro el café de alguien sin querer. Me miro en el espejo y parezco un fantasma demacrado. He estado bebiendo demasiado y durmiendo muy poco. El pelo, en cambio, está liso y perfecto, salido del armario y colocado con cuidado sobre el enredo rubio rojizo de debajo. De cerca parece una peluca barata, pero no se nota a menos que mires con atención.

El color castaño suele sentarme bien, pero en un día como hoy, con pocas horas de sueño, solo hace que mi piel ya de por sí pálida parezca más gris y envejecida. Me pongo un poco de pintalabios para no parecer una de mis víctimas y pido otro café de camino a la mesa, pagando todo para estar lista para irme cuando Kelly y Dave se levanten.

Ellos comen rápido, o quizá solo lo hagan cuando se irritan mutuamente. Discuten durante treinta y cinco minutos seguidos mientras Dave devora su MegaBrek y Kelly picotea un Avocado Dream Boat. Al parecer, Dave salió anoche hasta tarde y no mantuvo a Kelly lo bastante informada de sus movimientos. En serio, a veces la gente me hace desear perder el sentido de la vista y el oído. Cuando terminan de comer, Dave se queda mirando su viejo iPhone amarillo con cara de enfado mientras Kelly pone los ojos en blanco.

Pero minutos después, el corazón me late con fuerza de nuevo. En parte porque llevo dos horas atiborrándome de café, y en parte porque estamos en movimiento. Dave y Kelly están a unos cinco

metros delante de mí, todavía discutiendo en voz alta sobre las absurdas expectativas de Kelly hacia su novio.

Al cabo de unos cuatro minutos, giran por una calle lateral llamada Malago Close, pero cuando se paran en seco, tengo que desviarme y pasar de largo. Por suerte la carretera hace una curva y consigo meterme detrás de un arbusto en el jardín de alguien desde donde aún oigo sus voces.

—¡No te creo, Dave! Sencillamente, no te creo —grita Kelly. La cosa se calienta, el volumen sube.

—Joder, Kelly. No sé cómo ayudarte con eso, de verdad que no. Estaba trabajando, luego tomé unas copas con los chicos y me fui a casa. Solo. ¿Qué más quieres que te diga? ¿Quieres pruebas en vídeo? ¿Quieres un puto sistema de rastreo? Me. Fui. A. Casa. So. Lo.

—¡Mentiroso! ¡Hubo horas en las que no supe nada de ti!

—¡Porque estaba PEDO y PASÁNDOLO BIEN!

Esto se está descontrolando. Es domingo por la mañana, por Dios. No soporto a la gente que discute en público, es tan vulgar.

—Que te jodan, David. Que. Te. Jodan. —Kelly lanza su despedida en un sollozo agudo y desgarrador mientras pasa hecha una furia a mi lado, y yo me hundo todavía más en el arbusto para no ser descubierta.

Al cabo de unos momentos, salgo despacio del seto, me arreglo la peluca y el vestido y me quito ramitas del cuello.

No hay forma de ver la esquina donde dejé a la pareja, así que tendré que arriesgarme. Si salgo ahora y Dave sigue ahí, me verá y posiblemente se dé cuenta de que me escondía. Si espero demasiado, corro el riesgo de perderlo del todo. Eso no puede pasar.

Me asomo con cuidado y lo veo al final de la calle, marchando a paso furioso hacia lo que supongo que es su casa. Tengo que apurar el paso para alcanzarlo.

Dobla una esquina y lo pierdo de vista, así que mando la precaución a paseo y echo a correr a toda velocidad. Llego a la curva justo a tiempo de ver una puerta cerrarse de golpe.

Aminorando el paso, disimulo mientras echo un vistazo a la casa en cuestión. Número 57 de Malago Drive. Al levantar la vista, mis

pies se detienen por completo, mis piernas se quedan petrificadas y mi visión se nubla. Es una típica casa adosada victoriana, no muy distinta de la mía, con grandes ventanales saledizos tanto en la planta baja como en la superior, y una pequeña ventana solitaria justo encima de la puerta principal. Todo parece impecable, limpio y carente de personalidad. Excepto por un detalle. En la ventana pequeña de arriba cuelgan unas gruesas cortinas rojas.

El agotamiento que me ha estado consumiendo toda la mañana ha desaparecido, y ahora noto una inquietante sensación de electricidad por todo el cuerpo. El camino de vuelta a casa pasa en segundos y, antes de darme cuenta, estoy tumbada bocarriba en el suelo de la cocina, respirando hondo y despacio. Shirley Bassey está sentada en la *chaise longue*, mirándome como si me hubiera vuelto loca, y quizá sea así. Porque lo he encontrado, he encontrado de verdad al hombre que me quitó a Katie.

Aunque sospechaba de David Cartwright, una parte de mí nunca creyó que pudiera encontrarlo. ¿Pero un tipo grande, calvo y tatuado que trabaja en el club donde estuvo Katie, que vive justo en el sitio que ella recuerda, con las mismas cortinas en la ventana? Todas las piezas encajan, han encajado.

Las pestañas postizas de Kelly, exageradas y empapadas de grumos de rímel, ocultan sus ojos color avellana, que, al natural, serían dulces y encantadores, como los de Bambi. Esa imagen no deja de rondarme la cabeza.

Me pregunto cómo reaccionará cuando le den la noticia de que su novio ha muerto. Será convincente como pareja afligida, pero ¿habrá una parte de ella que sienta alivio? ¿Alivio por las noches de espera interminable, aguardando una llamada mientras él bebía y la engañaba, cazando chicas vulnerables para destrozarles la vida? Me pregunto cuántas mujeres como Katie habrán sido víctimas de este hombre.

Se acabó.

No sé cuánto tiempo llevo tumbada aquí, pero la dureza de la madera empieza a notarse en la piel, y el frío me hace tiritar.

Me incorporo con un crujido, sobresaltando a Shirley Bassey, que parece haber dado por hecho que estaba muerta y no parece muy afectada por ello. Ya ha pasado la hora de comer y Nina me habrá estado llamando, por no hablar del intrigante mensaje de James pidiendo vernos para hablar del caso.

En la ducha, subo la temperatura al máximo y me quedo inmóvil bajo el chorro ardiente, mi piel se enrojece y mis viejas cicatrices se vuelven de un rojo escarlata. David Cartwright es un hombre grande y peligroso. Necesito un plan de verdad antes de actuar, no puedo irrumpir en su casa agitando una navaja como Cocodrilo Dundee. Me vendrá bien hablar con James y averiguar qué sabe, o qué sospecha, para asegurarme de no repetir nada que levante sospechas.

Una vez más, repaso lo que sé de David Cartwright para no dejarme llevar. No es seguro al cien por cien, pero ¿lo sería sin pruebas de ADN? Recuerdo el tatuaje asomando por el cuello de su camisa. Su trabajo en la puerta de Pom Pom's, su calvicie, su dirección, su edad, sus cortinas. David Cartwright encaja en todo, y voy a por él.

Limpia e hidratada, me siento un poco más humana mientras me paso el cepillo por el pelo, con la peluca relegada al fondo del cajón de los calcetines. Es un alivio volver a mi rubio rojizo. Mis mejillas vuelven a brillar, mi color natural de pelo hace resaltar mis rasgos. En el espejo, me toco la nariz aguileña, como si pudiera aplanarla con un dedo y convertirme así en otra persona.

Hoy, sin embargo, necesito ser yo misma, estar con Nina y devolverle su dinero de alguna forma. Ella es mi prioridad número uno, junto con Katie.

Luego tendré que pensar, investigar y planear. Ya he decidido que este tiene que ser el último. James ha atado cabos y se ha dado cuenta de que las muertes están conectadas de alguna forma, y hasta los idiotas de la comisaría acabarán relacionándolo si sigo cargándome a todo hombre que me caiga mal. Pero este es el importante, el que lo empezó todo. El hombre que arruinó la vida de mi hermana. Y tiene que pagar.

A David Cartwright le quedan los días contados.

Capítulo 20

Ahora mi vida es de lo más tranquila (si no contamos todos los asesinatos), pero mi infancia fue complicada. Mi madre siempre ha sido una figura apagada, y de mi padre… lo mejor es no hablar. Uno de los pocos adultos positivos en mi vida fue el hermano de papá, el tío Dale. De vez en cuando venía a quedarse cuando mi padre perdía los estribos y desaparecía durante días. Una vez nos llevó hasta Newcastle para ver jugar a su equipo de fútbol favorito. Dale era un buen hombre, aunque estuviera obsesionado de forma irritante con ese equipo y con las motos. Ahora apenas lo veo. Sigue visitando a mamá de manera más o menos regular, pero como yo solo paso de vez en cuando para ver a Katie, nuestras visitas no suelen coincidir. Tiene los ojos de mi padre.

Katie, en cambio, era distinta. Mientras mi madre era un beis mortecino y yo un rojo oscuro y turbulento, Katie era un rayo de sol cegador en aquella casa lúgubre y triste. Yo tenía diez años cuando nació, y la diferencia de edad hizo que, aunque fuéramos hermanas y amigas, sintiera por ella un instinto protector que nunca ha desaparecido. Vendería mi alma por mantenerla con vida… o me llevaría por delante a quien fuera.

Todo esto viene a cuento porque, cuando conocí a Nina Lee, mi vida —solitaria, callada y triste— cambió. Teníamos diecisiete años y mi padre acababa de morir. El caos reinaba en nuestra casa, mientras permanecíamos en un estado de *shock* del que nadie encontraba la salida. Mi madre se pasó dos semanas en la cama, y un día volví del colegio y me encontré con todo limpio de arriba abajo, con una lata de esa pintura de color amarillo limón abierta en el pasillo. Todavía hoy, el olor a pintura me revuelve el estómago.

Antes de que mi padre muriera, el silencio en casa era opresivo y tenso; después, se transformó en ese silencio espeso que recuerda a

un pasillo de hospital. Pero Nina… Nina nunca se callaba.

Nadie quiere cambiar de instituto a los diecisiete, y me pareció una crueldad que sus padres le hicieran pasar por eso a su hija. Hasta que los conocí y me di cuenta de que de crueles no tenían nada. Como Nina, el señor y la señora Lee eran gente alegre y práctica que perdonaba todo y seguía adelante, pasara lo que pasara.

Cuando nos conocimos, yo jamás había tenido una amiga de verdad. Katie, con sus siete años, era un regalo, pero no exactamente la compañera que necesitaba una adolescente ansiosa por descubrir el mundo. Y aunque la mezcla de quietud y los cambios de humor algo impredecibles de mi madre me parecieran —en aquella época— casi un remanso de paz en comparación con lo vivido antes, la alegría vibrante y llena de colores de Nina transformó mi mundo de una manera tan inesperada como bienvenida.

Nina entró en el instituto St. Anne's a los diecisiete y sacó mejores notas que nadie en la clase. Me horrorizó que la profesora me asignara como su «compañera» el primer día, pero su simpatía me encandiló enseguida y nos hicimos inseparables. Incluso acepté a regañadientes a Angela e Izzy cuando ella decidió que eran divertidas. Reía y hablaba sin parar. Me enseñó a experimentar con ropa que ahora me hace sonrojar al recordarla, una mezcla confusa de vergüenza y nostalgia entrañable. Nos poníamos maquillaje barato y pastoso de Collection 2000 en el baño de sus padres que comprábamos en Boots, o que metíamos a hurtadillas en los bolsillos cuando los vigilantes no miraban. Después del colegio, su madre preparaba platos rebosantes de fideos y caldos humeantes con sabores que yo nunca había probado, y yo me sentaba a la mesa, observando en silencio aquella dinámica familiar, que me resultaba tan extraña como agradable.

En mi casa no había sabores.

Ahora estamos en su dormitorio de la infancia, que apenas ha cambiado desde que lo vi por primera vez a los diecisiete. La única luz que hay entra por la ventana gracias a la luna y por la rendija bajo la puerta, proveniente del pasillo. Su madre está abajo

preparando la cena, y los olores me transportan directamente a aquellos días embriagadores en que hice mi primera amiga. Nina lleva un pijama multicolor y está metida en la cama, con el rostro hinchado y apesadumbrado asomando por encima de las sábanas. Gime como un ser salido de las profundidades, y me recuesto a su lado para abrazarla.

—No me creo que tuviera una novia, Mills. Quiero decir, tampoco me creo que esté muerto. Sé que eso es lo peor. Pero a veces no me lo parece, ¿sabes? Y me siento la persona más horrible del mundo. Así que me recuerdo que está muerto, y que eso es una tragedia. Y pienso en su abuela, a la que quería tanto. Pero entonces me doy cuenta de que me estoy forzando a sentir tristeza solo para no pensar en mí, y vuelvo al mismo pensamiento de que, en realidad, soy la peor persona del mundo.

—No eres la peor persona del mundo.

—Y también pienso que soy la más tonta del mundo. Porque ¿qué clase de idiota no se da cuenta de que su novio ya tiene una relación? ¿Qué idiota le da diez mil libras en efectivo a su nuevo novio solo porque se lo pide? Y también soy la más patética del mundo, porque estoy tan desesperada que me creo cualquier cosa con tal de tener un novio que me quiera.

—No eres ni la más tonta ni la más patética del mundo. —Le murmuro las palabras contra el pelo mientras la abrazo, pero dudo que me oiga. Habla con rabia y tristeza, entre lágrimas y con la garganta atenazada. Ha sido melodramática desde el día que la conocí, y esperaba que la muerte de Hugh la golpeara fuerte, aunque me parece un desperdicio de energía. Aun así, estoy segura de que una noche de fiesta lo arreglará.

Estas paredes tienen pósteres que no veía desde hacía años. Billie Joe Armstrong nos mira con sorna, de pie con sus compañeros de Green Day, con una corbata roja y negra y demasiado delineador en los ojos. Es desconcertante, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. ¿Me gustaría hacerlo, si tuviera la oportunidad? La primera vez que vine a casa de Nina, su habitación me dejó pasmada. Salvo unas cuantas visitas al tío Dale, era la primera vez que entraba en una casa ajena.

Antes de la lata de pintura amarilla, mi casa era completamente beis. Silenciosa y apagada, como si al mantenerse lo suficientemente callada y neutral, nadie se fijara en ella y, con el tiempo, simplemente dejara de existir. Pero la de Nina era distinta. Mientras las paredes de mi dormitorio estaban desnudas, las suyas estaban cubiertas hasta el último centímetro con pósteres, fotos y chorradas varias que entonces nos parecían originales. Era tanto lo que había de ella en ese lugar, y yo me moría de envidia, atrapada bajo la sombra que proyectaba su luz intensa y brillante.

Hoy me alegra ser parte de todo eso, aunque sea de una manera pequeña y discreta. Sus padres me sonríen y me saludan con más calidez que la suma de todas las interacciones que he tenido con los míos en casa. Mientras Nina sufre esta pérdida, la rodean como pájaros, dándole de comer, mimándola, ayudándola. Es bueno sentirse parte de esta bandada, aunque gire alrededor de una tragedia que en parte he creado yo.

Sí, en parte. Nina fue quien trajo a ese cabrón a nuestras vidas, y Hugh era un ladrón asqueroso y repugnante que recibió exactamente lo que se merecía. Así que no me mires así. Cada uno se hace su propia cama, y yo no voy a pedir perdón por ser quien les tape por la noche.

Una borracha, una madre y una asesina en serie entran en un bar, y el camarero dice: «¿Qué les sirvo, señoras?». Y todas se sientan a hablar del cuarto miembro del grupo, la abogada afligida. Es jueves, y estoy en un bar con Izzy y Angela, esperando a que llegue Nina. Llega tarde, lo cual no es propio de ella.

La semana ha pasado a un ritmo insoportablemente lento. Nina se ha tomado la noticia sobre Hugh peor de lo esperado, y he pasado días a su lado intentando animarla. Para compensar haber estado distraída todo el fin de semana, también he atendido la línea de Cuéntaselo a M todas las noches. El lunes salvé a una mujer de su exnovio. El martes, una cita que se torcía y se ponía fea. El miércoles, ayudé a una chica de dieciocho años, a quien habían drogado en un bar, y a su amiga a llegar a casa sanas y salvas.

No es que no haya dedicado tiempo a mi otra misión: he ido todos los días a casa de Dave Cartwright para recopilar información. Me he quedado en el coche, con la capucha puesta, y lo he visto salir a trabajar a la misma hora cada día. En su jardín trasero hay un arbusto grande en el que me escondo cada noche, en cuanto la línea de Cuéntaselo a M se calma. Aunque es un lugar incómodo y poco sofisticado, me ofrece una vista privilegiada de su rutina diaria.

Hasta ahora, he descubierto que su vecino tiene un perro ladrador, lo cual es un fastidio, pero manejable, y que Dave y Kelly, la aguafiestas, han vuelto a hablarse, aunque aún está la cosa tensa. Todas las noches la llama por altavoz mientras se da un baño después del trabajo, y oigo sus discusiones a través de la ventana abierta. Luego pone música pop antigua durante unos veinte minutos antes de acostarse. Cumple con ese ritual religiosamente, a pesar de que a menudo no llega a casa hasta la una de la madrugada entre semana. No sé exactamente qué hace durante el día —yo también tengo una vida—, pero he deducido que sale a trabajar a las seis y media de la tarde. Esta información apenas compensa el resfriado que he pillado por pasar horas metida entre un arbusto.

En resumen, estoy agotadísima. Ayer por fin vi a Katie, a la que había evitado desde que perdí los papeles pidiéndole más información. Me comí unos rollitos de primavera mientras ella fingía sorber el *pho* picante que le llevé, y recordamos series de televisión de los años dos mil. La vi más encogida, pero me dijo que mis visitas la animaban mucho, así que me he propuesto sacar más tiempo para ella.

Izzy suspira con dramatismo.

—Pobre mujer. Pobre Hugh, ahora que lo pienso —dice, meneando la cabeza como si estuviera en una telenovela mexicana, mientras Angela se tambalea hacia la barra. Juraría que ya viene achispada, porque arrastra las palabras.

—¿Por qué pobre Hugh? Le fue infiel —digo encogiéndome de hombros. No entiendo la lástima que sienten por ese tío.

—Qué insensible eres, Millie. No era un hombre perfecto, pero está muerto.

—Que esté muerto no lo hace menos cabrón. Solo un cabrón muerto. Lo que significa que ahora hay un cabrón menos en el mundo. Hay cosas más tristes.

Izzy frunce el ceño y mira su copa como si estuviera incómoda. Tal vez me he pasado. No quiero acabar como uno de esos asesinos patéticos (casi siempre hombres) que se salen con la suya, pero se delatan fanfarroneando en el *pub*.

—Perdona, no lo decía en serio. —Claro que sí, soy la exterminadora de cabrones—. Es solo una mezcla confusa de emociones, ¿verdad? Sentir furia contra alguien por engañar a tu amiga, pero al mismo tiempo pena por él. Por supuesto que estoy conmocionada, horrorizada incluso, por su muerte. —Eso debería bastar.

Izzy sonríe y relaja los hombros.

—Claro, cielo, claro. Es tan raro.

Izzy eligió el sitio, así que, en lugar de estar en The Guinea, estamos en un bar de cócteles caro: paneles de madera, lámparas con bombillas rojas y pantallas de tela estampada, pájaros disecados atrapados eternamente bajo cúpulas de cristal. Tristes cornamentas de ciervo colgadas en la pared, como si matar algo tan pequeño y débil con un arma gigantesca fuera un logro del que presumir. El camarero, que intenta obligar a Angela a volver a su asiento para ganarse la propina con el servicio de mesa, es sonriente y gentil, con gafas gruesas y llamativas y un bigotito oscuro. Me pregunto si es de esos hombres cuya personalidad empieza y acaba en el bigote, pero acabo pensando que me estoy pasando de cruel.

Mi cóctel, un Red Flash, viene en una copa diminuta con un tallo largo y delgado, tan frágil que parece que podría romperse con una ligera brisa. Está cubierto de condensación, es fuerte y frío, y creo que, en su recipiente frágil y estilizado, se parece un poco a mí.

Angela regresa por fin con una botella de vino blanco en un cubo de hielo plateado: está claro que los cócteles delicados no le bastaban. Por lo que veo, creo que Izzy ni siquiera está bebiendo alcohol esta noche, así que supongo que tendré que beber por ella. Angela lo sirve en tres copas de todos modos y da un trago a la suya. Me pregunto si alguien debería preocuparse por Angela. No

tengo espacio en la cabeza para dedicarle un rincón ahora mismo. Pero no estoy completamente desprovista de emociones humanas, y parte de mí espera que Izzy se ofrezca para cuidarla.

Mientras Angela empieza un discurso sobre lo que creo que se supone que es la complejidad del duelo, dejo vagar la mente de vuelta a aquellas cortinas rojas. Aunque he pasado días pensando en formas de acabar con la vida de Dave Cartwright, aún no he decidido la mejor manera de borrarlo de la faz de la tierra. El problema es que hay infinitas formas de matar a un hombre.

Apuñalarlo, dispararle, empujarlo, drogarlo, quemarlo, asfixiarlo, estrangularlo, aplastarlo, atropellarlo con un coche, un bate, un martillo, un ladrillo, tirarlo por las escaleras, de un puente, por una barandilla, bajo un tren. Las posibilidades son infinitas. El verdadero problema es que quiero que el hombre que hizo daño a mi hermana sufra una muerte larga y dolorosa, y que sepa exactamente por qué muere. Pero después de esto, los asesinatos deben terminar, y no quiero arriesgarme a que me atrapen con un enfrentamiento al estilo James Bond, prolongando el momento con explicaciones y haciendo un espectáculo.

—¿Qué piensas, Millie?

—¿Eh?

—¿Nina? ¿La llamo? —Está claro que Izzy se ha aburrido de los monólogos de Angela.

—Ah, sí. Hazlo.

Mientras Izzy llama a Nina para saber si va a venir, saco mi teléfono y busco en Google «Formas lentas y dolorosas de morir». Antes de los resultados, aparece un mensaje que dice: *Hay ayuda disponible*, en letras grandes y negrita, con un número de teléfono y la indicación de *Habla con alguien*. No pedí que me juzgara un maldito buscador.

Demasiado tarde, recuerdo el cuidado que tuve después de matar a Karl: ni siquiera me atreví a buscar el crimen. Tendré que borrar el historial del navegador. Bajando, encuentro una lista titulada *Las formas más dolorosas de morir, según la ciencia*. ¡Perfecto! Izzy está al teléfono ahora, contestando con un lastimero «umm» y algún que otro «sí», de modo que intento ignorarla mientras leo por encima. El

número uno es la crucifixión, que sería espectacular, pero creo que es demasiado arriesgado. Presumir es un camino directo a que te pillen, por no mencionar las dificultades prácticas de mis bracitos enclenques para clavar a Big Dave en una cruz mientras aún está vivo y pataleando. Lo mismo pasa con lo de ser desollado vivo y demás métodos medievales.

—¡No viene, chicas! —anuncia Izzy, alzando las manos al cielo—. Dice que parece un adefesio y no puede levantarse de la cama. —Vuelve a menear la cabeza. Me pregunto si lo hace para lucir sus mechas nuevas y caras.

—¡Oh, no! ¡Nina! ¡Vamos a buscarla! —insiste Angela, e Izzy le lanza una mirada fulminante.

—No, cielo. Déjala. De todos modos, eh…, tengo una noticia que quiero compartir. Es un poco raro hablar de cosas alegres después de…, bueno, de lo que le pasa a Nina. Así que quizá sea mejor hacerlo cuando no está. Pero… ¡Josh y yo estamos intentando tener otro bebé!

Gritamos «ooh» y «aah» y me levanto de un salto con una sonrisa enorme. Sinceramente, me da igual que haya otro bebé en el mundo, pero mi felicidad no es fingida mientras grito y brindo con Izzy. Porque antes de que su anuncio me apartara de la pantalla del teléfono, vi algo que me hizo cosquillear todo el cuerpo.

He encontrado la forma perfecta de matar a Big Dave Cartwright.

Capítulo 21

Aunque cada vez estoy más cerca de saber cómo deshacerme del despojo humano que hizo daño a mi hermana y la convirtió en una ermitaña postrada en uno cama, todavía no estoy del todo lista para dar el paso. Solo tengo una oportunidad, y aunque ardo en deseos de acabar con esto de una vez, unos días más para perfeccionar mi idea valdrán la pena a la larga.

Cuanto más pienso en mi plan, más obstáculos parecen surgir de la nada. Todo sería más fácil si decidiera repetir un método anterior, quizá el que usé con Steven, pero eso ofende mi naturaleza artística. Sé que juré no perder el tiempo haciendo un espectáculo, pero Dave se merece un final especial.

El fin de semana hace que el horario de Dave se vuelva impredecible, así que dejo pasar el viernes y el sábado en un torbellino de búsquedas en Google y toma de notas, trazando planes que nunca funcionarán y otros que sí lo harían, pero que también me llevarían directamente a la cárcel. Por las noches, miro obsesivamente mi teléfono de Cuéntaselo a M, dejándolo encendido hasta cada vez más tarde. Roto mis pelucas y cambio mi maquillaje, rondando fuera de los bares en mi coche. Lo que empezó como un proyecto para canalizar mi rabia hacia los hombres después del ataque a Katie se está convirtiendo en una obsesión cuanto más me acerco a eliminar al verdadero culpable. Me despierto tarde cada mañana, con los ojos hinchados y la garganta seca como una lija.

El poco dinero que tengo en mi cuenta de ahorros se está agotando, sin un sueldo a la vista. Por suerte, la casa me la pagó el seguro de vida de mi padre, así que no me quedaré en la calle, pero comprar comida y pagar facturas sigue requiriendo ingresos. Todo esto tiene que terminar pronto, por Katie y por mí.

Al menos Nina se está animando, como sabía que ocurriría, y ya ha vuelto a su piso. Pronto será el momento de que, por casualidad, encuentre la caja de zapatillas con el dinero al fondo de su armario, junto con la nota impresa de Hugh explicando que aún no puede confiar en sí mismo para manejarlo y que lo deja ahí hasta estar listo para arrancar el negocio. No es el mejor de los planes, pero creo que funcionará.

Aunque he estado bastante ocupada consolando a Nina, visitando a Katie, con Cuéntaselo a M, acechando a Dave y organizando mi plan, decido ver a James para dar un paseo el domingo por la tarde. Me digo a mí misma que es solo para averiguar algo sobre los asesinatos —a Chris solo lo han mencionado una vez más en el periódico local—, pero mentiría si dijera que no lo estoy deseando. James me ha estado enviando mensajes desde nuestra última cita, y cuando no estoy pensando en venganza, pienso en su sonrisa contagiosa, sus manos elegantes y sus brazos fuertes. Me hace reír y me siento relajada de una forma que rara vez he sentido en compañía de nadie.

Llego temprano y espero en la entrada del parque, con las manos alrededor de un vaso de café para entrar en calor. Octubre está en pleno apogeo, y el mundo se empeña en recordarnos que el verano se ha acabado. Llevo un vestido con una abertura hasta el muslo y escote bajo, pero con una bufanda gruesa naranja alrededor del cuello —un raro toque de color para mí—, un abrigo negro grueso y botas altas hasta la rodilla. Con casi todo el cuerpo cubierto, parece que no tiene mucho sentido usar un vestido tan diminuto.

—¡Millie!

Me giro hacia la voz, pero no es James. Es Gina.

—¡Hola! —digo con genuina sorpresa—. ¿De camino a Picture This?

—Oh, en un rato, acabo de ir de compras. —Levanta una bolsa de una tienda local de tecnología, un lugar que no encaja del todo con cómo la imagino; le van más las bufandas de seda y los aceites esenciales—. Estoy trabajando en un proyectito.

Hay algo raro en Gina. Me sonríe con cara de loca y suelta una risita de bruja malvada.

—Eh, vale. Bueno…, que te diviertas entonces. —No quiero que esté aquí cuando llegue James; su sonrisa de satisfacción sería difícil de soportar.

—Daniel Craig va a recibir su merecido, Millie. Ya lo verás.

—Bien…

Sigue caminando, pero se da la vuelta a mitad del sendero para gritarme:

—¡No dejes que los hombres se salgan con la suya con… con sus mierdas, Millie!

—¡Ni en un millón de años, Gina!

Quién iba a decirlo, empieza a caerme bien.

Cuando llega James, noto cómo se me dibuja una sonrisa al verlo. ¿Qué me pasa? Me estoy volviendo romántica y optimista como Nina. Me saluda con un abrazo y su cuerpo duro y cálido hace que mi piel se vuelva hipersensible.

—Hola, señorita Masters. Está preciosa, como siempre.

Me he pasado una hora intentando que mi cara pareciera menos cansada y demacrada, así que aprecio el cumplido.

—Los halagos te abrirán todas las puertas, James.

—¿Ah, sí? ¿Todas?

—Cuidado, amigo.

Reímos y comenzamos a caminar, descubriendo que es aún más fácil coquetear y bromear caminando lado a lado que sentados frente a una mesa de *pub*. Empiezo a pensar que realmente podría valer la pena invertir tiempo y esfuerzo en este hombre cuando todo esto termine, y tengamos menos… intereses en conflicto.

Es un día otoñal clásico, sacado de una comedia romántica. El cielo está azul y la hierba alfombrada de hojas naranjas. Cuando tiemblo, me pasa un brazo por los hombros y me siento más a gusto de lo que he estado en mucho tiempo.

—¿Cómo va la búsqueda de empleo? ¿O la investigación para encontrar lo que quieres hacer?

—Oh, despacio. Siempre me ha interesado la literatura. Pero eso no es un trabajo, ¿verdad? Pensé en ser redactora publicitaria o trabajar en una librería. ¿Cómo sabe la gente exactamente lo que quiere hacer?

Se encoge de hombros y noto cómo su cuerpo se mueve contra el mío.

—Dios sabrá. Yo siempre quise ser detective. Probablemente por la tele. Pero también porque quería ayudar, ¿sabes? Me gusta… la justicia.

Tiemblo al oírlo y me aprieta más fuerte, pero no es por el frío. Tal vez seamos más parecidos de lo que pensaba. Justicia. Eso es lo que me ha impulsado durante semanas.

—Bueno —continúa—, no se trata necesariamente de lo que te gustaba en el colegio. Es más bien lo que te importa. Ya sabes, como la belleza, el dinero o ayudar a los demás. Tal vez deberías pensarlo de esa manera. —Ríe y se encoge de hombros, algo avergonzado—. Tampoco es que sea yo un orientador profesional ni nada.

—No, tienes razón. No lo había pensado así.

Las manos se me están entumeciendo con el aire helado, así que nos dirigimos a un *pub* en la esquina del parque. Una vez dentro del local, oscuro, con paneles de madera, una chimenea crepitando y una selección decente de vinos, llevo la conversación hacia el asesinato. Al fin y al cabo, los negocios son lo primero.

James me habla de su carga de trabajo y de lo frustrado que está porque nadie en la comisaría toma en serio sus ideas. Un tipo denunció haber visto a Chris corriendo hacia el puente junto a una mujer de pelo negro corto, pero eso es todo lo que ha podido recopilar. No me emociona la idea del avistamiento, pero la noticia de que no se está investigando es muy bienvenida. James se muestra apasionado al hablar de sus teorías apenas esbozadas, y me preocupa que se esté obsesionando. Debería buscar una salida más saludable para sus emociones. Es reconfortante oír que ha habido tan poco progreso.

—Me dijeron que lo olvidara —dice, llenando nuestras copas con el malbec—. Que estoy haciendo una montaña de un grano de arena y viendo conexiones donde no las hay. Mi jefe incluso dijo que tengo una «obsesión enfermiza» con que no sean accidentes.

Chasqueo la lengua con tristeza, dejando claro lo injusto que es, y ni siquiera necesito fingirlo.

—¿Y el novio de mi amiga, Hugh? ¿Crees que podría tener algo que ver también?

—No, al final parece que no. —Se le ve decepcionado—. Fue un *shock* anafiláctico, como ya sabes. El tipo tenía unos pastelitos en la cocina y hay una panadería cerca que los vende dos por uno los viernes. Probablemente los vio de camino a casa y decidió probarlos. Pero resulta que están hechos con una especie de harina de nueces.

—Harina de almendra.

—¡Sí! ¡Sí, harina de almendra! En fin, supongo que es bastante raro en los pasteles. No tengo ni idea. Fue un idiota por no comprobarlo. La gente con una alergia tan grave suele acostumbrarse a revisar absolutamente todo. Pero, por lo que dijiste, no era el más listo.

—Un completo idiota.

—Ahí lo tienes. La novia, eh…, la otra novia, está convencida de que él se habría asegurado. Pero no hay pruebas que digan lo contrario.

—¿No tenía un EpiPen? —Por supuesto, conozco este caso con bastante más detalle que James, pero es delicioso que alguien te explique tus logros. Supongo que así es como se siente alguien al ganar un Emmy.

—Pues sí, la novia también insistió en eso. Lo encontramos detrás del sofá. Qué tío más tonto. Si no vas a vigilar lo que comes, al menos guarda tu medicación salvavidas en un sitio sensato. Ella pensaba que tenía dos, pero el otro no apareció. Probablemente lo dejó en algún lado.

O está en mi dormitorio, metido dentro de un lapicero.

—Mi jefe se emocionó cuando encontró un fajo de billetes en la mesita de noche, pensó que podría haber una conexión con bandas. Pero la novia (Charlotte, se llama) dijo que se lo había dado ella para empezar su negocio. Me parece un vago de campeonato. —Se encoge de hombros y añade rápidamente—: No es que no me importe su muerte. No debería insultar a las víctimas.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Le dedico a James una sonrisa deslumbrante y choco mi copa con la suya.

El dinero en la mesita de noche que Charlotte le dio a Hugh no debería sorprenderme, aunque lo hace. Es un alivio saber que las (literalmente) migajas de pistas que dejé han sido devoradas por la policía. La tienda que vende *macarons* es una de mis favoritas y siempre está abarrotada los viernes de dos por uno. No podrán seguirme el rastro.

—En fin. —Suspira—. Dejemos este tema. Hablemos de otra cosa. Como… No sé… ¿Halloween? ¿O algo más macabro?

La conversación fluye con naturalidad y competimos por hacer reír al otro. Cuando terminamos la botella de vino, nos miramos con vacilación.

—Sabes, tengo vino en mi casa —dice con su encogimiento de hombros característico, y se revuelve el pelo oscuro y desordenado para distraer del momento—. Si… te apetece venir.

Sus ojos son preciosos y está aún más sexi cuando se muestra inseguro. Había planeado volver a activar la línea de Cuéntaselo a M después de nuestra cita —aunque mis opciones de ayuda serían limitadas ahora que he bebido demasiado para conducir—. Pero James no sabe que ya he estado en su casa.

—¿No vives con tu hermano? No sé si estoy preparada para socializar.

—Está de escapada con su novia.

Pensar en regresar a esa calle, a esa casa, me marea. Es como tropezar ruidosamente por las escaleras que antes subí con cautela. La casa vecina, donde dejé a Karl hace semanas, ahora permanece quieta y en penumbras. Los otros compañeros no quisieron seguir viviendo allí y el casero tuvo que redecorarla, según James. Tantas cosas cambiaron esa noche, en cierto modo fue el comienzo. Pero James posa uno de sus largos dedos sobre el dorso de mi mano, y hasta ese leve roce me provoca un escalofrío que recorre mi piel.

Me pongo de pie, apuro el resto de mi vino, dejo la copa y le tiendo la mano.

—Vamos.

El sexo es placentero e intenso, aunque un poco desastroso después de otra botella de vino en su sala de estar. Estar de vuelta en esta calle hace que, mientras James está encima de mí, no deje de verme a mí misma como Rose. Cuando me agarra el pelo, pienso en el de ella, y cuando se deja caer de nuevo en la cama a mi lado, imagino a Karl rodando por esas escaleras. Es una experiencia extraña. Después, charlamos somnolientos en la cama, yo tumbada sobre su pecho y él acariciándome el pelo.

Cuando se hace el silencio, mi teléfono vibra: le había mandado a Nina su dirección por mensaje, como siempre hacemos cuando volvemos a casa con un hombre. A pesar de su fe en el amor verdadero, también cree firmemente en la seguridad. Supongo que ve cosas terribles trabajando como abogada. Incluso lleva en el bolso un espray de pimienta que le confiscó a un cliente. Nunca se sabe quién podría ser un asesino estos días.

Le respondo rápido diciendo que todo va bien y prometo ponerla al día por la mañana, y entonces los fallos de mi plan empiezan a asaltarme la mente de nuevo. Sé que necesito colarme en la casa de Dave mientras él está en el trabajo la semana que viene, posiblemente mañana. Hasta ahora, solo he observado y escuchado desde fuera, pero es un tipo corpulento que podría dominarme con facilidad, así que trazar el plan desde dentro es lo más sensato. Un suave ronquido se escapa de James y sonrío. No pasa mucho antes de que yo también me duerma, sintiéndome cómoda y satisfecha, con pensamientos de amor y asesinato flotando en mi cabeza.

Capítulo 22

Pasan varios días antes de que por fin me sienta preparada. Salvo el caso de Chris, que admito que fue un desliz, he ido perfeccionando mi técnica. Cada asesinato está mejor planeado que el anterior, y el proceso de preparación se ha vuelto casi tan excitante como el acto mismo. Es estimulante, como un juego de seducción que va aumentando en intensidad hasta ese momento glorioso en el que la luz se apaga en sus ojos.

Dave sale a trabajar todas las noches, así que en los días siguientes entro en su casa dos veces para reconocer el terreno. Está impecablemente limpia, lo que me sorprende en un hombre al que considero repugnante. La casa está decorada con poco dinero, con muebles de cocina endebles y utensilios comprados hace más de una década, pero las encimeras están limpias de migas, las alfombras aspiradas y el baño reluciente. En mi mente, lo había pintado poco más que como uno de los yahoos[7] de Gulliver. Una no espera que un hombre así tenga un inodoro inmaculado. Pero incluso la peor gente puede sorprenderte.

Elijo el jueves para actuar. Han pasado casi dos semanas desde que vi aquellas cortinas rojas, la confirmación que buscaba sobre la identidad del agresor. Día tras día, la ansiedad, la expectativa y la furia me han consumido, como si en lugar de sangre tuviera abejas moviéndose por mis venas. Mientras miro el puntito rojo en mi calendario de pared, apenas puedo creer que el momento de la venganza haya llegado por fin.

No se necesita mucho equipo para este asesinato y Dave no sale de casa hasta las 18:30, así que tengo tiempo de sobra para prepararlo todo. Desde que Chris cayó por el puente, he salido menos a correr, pero me pongo ropa de deporte y hago ocho kilómetros a buen ritmo para calmar los nervios. Evitando el camino

hacia el puente colgante, bajo hasta el paseo marítimo y sigo por el puerto, esquivando parejas abrigadas que pasean bolitas de pelo haciéndose pasar por perros.

A las 16:30, meto todo lo que necesito en una mochila negra pequeña mientras Shirley Bassey me maúlla en señal de desaprobación. La navaja de Chris, que ahora llevo a todas partes, mi peluca de color castaño oscuro, unas gafas de montura gruesa, guantes de cuero negro, un cargador de iPhone, una linterna pequeña y unas cuantas cosas más. Dejo un cuenco de comida para Shirley, camino unos diez minutos desde mi casa, me pongo la peluca y las gafas, y pido un Uber a una dirección cuatro calles alejada de la de Dave.

—¿Ha tenido un buen día, señorita? ¿Acaba de salir del trabajo, eh? —El conductor está desesperado por charlar. Yo no.

—Sí, y sí.

—Genial. ¡Qué suerte tienen algunos! Yo conduzco hasta al menos las dos de la mañana.

—Vaya. —«Quizá no deberías haber elegido ser taxista si eso te molesta».

—Las facturas no se pagan solas. Y alguien tiene que comprarle zapatos nuevos a la parienta, ¿no? ¡Ja! —Mientras ríe, empiezo a fantasear con encerrarlo en su propio maletero.

—Quiere unos Skechers nuevos. ¿Los conoce? ¿Ha visto el precio? En fin, dice que va a comprárselos este fin de semana. ¡Y nada de lo que yo diga la detendrá! ¿Le gustan los zapatos? ¿O tiene otro vicio?

—Sobre todo matar.

—¿Qué ha dicho?

—Limpiar. Estoy obsesionada con la limpieza.

—Pues no me importaría que mi parienta estuviera obsesionada con eso.

Por suerte, estamos llegando, porque no creo que hubiera podido contenerme más. Salgo del taxi mientras él sigue despotricando sobre su vida hogareña, algo que me interesa menos que a Vladímir Putin su imagen de hombre amable.

A las 17:45 llego a la calle de David Cartwright. Mi cuerpo se siente inquietantemente calmado, sigiloso y relajado. Las abejas

parecen haberse dormido. Quiero verlo salir para asegurarme de que la casa está vacía. Sería un desastre entrar y encontrármelo de baja por enfermedad o algo así, sentado en calzoncillos jugando al Call of Duty.

Pero no, justo a las 18:30, como todos los días, la puerta principal se abre y Dave sale, vestido todo de negro y listo para su turno jugando a ser Dios con adolescentes achispados que quieren entrar en la horrible discoteca que guarda como una esfinge. Observándolo estas semanas, he llegado a conocerlo. Es increíblemente puntual y siempre va impecable.

Espero veinte minutos más, por si hoy es el día en que ha olvidado algo y vuelve corriendo a por su teléfono, sus auriculares o su Rohipnol. Pero todo parece en orden.

Después de incontables ensayos, estoy más que preparada para colarme en el jardín trasero de Dave. La casa es la última de la hilera, con un callejón al lado y un muro de unos dos metros entre este y su jardín. El muro es viejo y rugoso, fácil de escalar en segundos para cualquiera que esté en forma, y esconderte rápido detrás de un arbusto. Vale, las primeras veces no fue tan sencillo, pero ahora lo hago con total naturalidad.

Entrar en su casa no tiene ninguna dificultad, porque Dave es tan estúpido como poco original. La primera vez que moví la maceta al lado de la puerta trasera, crucé los dedos, y ahí estaba la llave. Es como si quisiera que alguien le robara.

En cinco minutos, ya estoy dentro. Y ahora, bueno, supongo que me toca esperar. Dave no volverá hasta alrededor de la una, así que tengo seis horas y media para matar el tiempo con poco más que hacer que jugar con el teléfono. Echo un vistazo rápido para comprobar que no hay nada fuera de lo normal y me tumbo en su cama para responder a James, con la capucha puesta para no dejar pelos en la almohada. Hemos estado enviándonos mensajes sin parar toda la semana, cuando no estaba acechando a Dave o ayudando a extrañas a regresar a su casa sanas y salvas. No nos hemos visto de nuevo —no he tenido tiempo—, pero cuando esto acabe, le prepararé la cena.

Desde el domingo, me he volcado por completo en Cuéntaselo a M. Igual que correr, me ayuda a aclarar las ideas y manejar mis frustraciones. Como la semana pasada, que cuando no estaba vigilando a Dave, estaba pendiente del teléfono. Incluso los lunes aparecen emergencias: una adolescente acosada, una mujer vigilada, una cita desastrosa. Cada semana suele haber un caso particular que se me queda grabado. Esta semana fue el de una chica de diecisiete años en una cita con un hombre que le dijo que tenía diecinueve pero que pasaba de los treinta. La emborrachó y empezó a manosearla. Ella entró en pánico y me mandó un mensaje desde el baño. Se parecía mucho a mi hermana. Aún más cuando lloraba. Hace semanas que no duermo una noche completa, solo unas pocas horas interrumpidas. Pero el final ya se vislumbra.

Quedan seis horas y esto habrá terminado.

Tardo en darme cuenta de dónde estoy y de lo mucho que la he cagado. El sonido del portazo me ha arrancado del sueño; parpadeo, intentando enfocar la habitación en penumbra. Estoy tumbada en la cama de David Cartwright, en su casa, a la que vine para matarlo. Nada de esto estaba planeado.

Un gemido de agotamiento llega desde abajo, acompañado del arrastrar lento de unos pies. Sin tiempo ni opciones, me deslizo fuera de la cama y ruedo debajo, alargando el brazo para agarrar mi bolso y esconderlo justo cuando la puerta se abre de golpe y la luz inunda la habitación.

Las botas negras de Dave, perfectas para patear a los juerguistas revoltosos calle abajo, entran en mi campo de visión. Se detiene frente a la cama, y no puedo evitar recordar lo impecable que estaba el edredón cuando llegué. Me encojo al imaginar el desastre arrugado que debe de ser ahora. No estoy lo suficientemente escondida bajo la cama, que, por suerte, está vacía del desorden habitual que suele acumularse en estos lugares. No puedo moverme; solo me queda contener la respiración y rezar. Paso el pulgar por la navaja en mi bolsillo, como un león atrapado con las garras todavía escondidas.

Hay un momento de quietud, oigo un leve suspiro y un murmullo casi inaudible, luego el roce de las sábanas mientras Dave las estira. Este tío está realmente obsesionado. Sus pies giran como para salir de la habitación, pero entonces se deja caer de espaldas sobre la cama.

Dave Cartwright debe de pesar unos cien kilos, y aunque la cama aguanta valientemente su peso, se hunde sobre mí, aplastándome la nariz contra la cara. Si este tipo me deja la nariz más torcida de lo que ya está, juro que lo mato. Otra vez.

Un suspiro profundo de Dave me confirma que ha tenido una noche agotadora. No me sorprendería que, justo esta noche, decidiera saltarse su rutina y meterse directamente en la cama. ¿Qué haría entonces? ¿Quedarme aquí, atrapada, hasta las seis de la tarde de mañana? ¿Intentar escabullirme cuando lo escuche roncar y rezar para que no tenga el sueño ligero?

Pero, por suerte, después de cinco minutos de pánico en silencio, se incorpora de nuevo, casi rompiéndome la nariz en el proceso. Se quita las botas y los calcetines con un gruñido, moviendo los dedos recién liberados sobre la alfombra limpia y de color crema, hundiéndolos en el pelo. Al cabo de otro minuto, se levanta y se marcha arrastrando los pies. Solo cuando oigo el grifo abrirse y el agua correr, me permito exhalar un suspiro lento y controlado.

Nada está saliendo como había planeado, pero yo solo tiro la toalla en cosas como trabajos, *hobbies*, relaciones, dietas y amistades. No en el asesinato. Así que toca improvisar con lo que hay. Dave ha bajado mientras la bañera se llena, lo que me da margen para moverme con menos temor a hacer ruido. Me quito los zapatos y abro la mochila. El lentísimo avance de la cremallera es el momento más largo y ruidoso de mi vida. Una vez abierta, saco lo que necesito y aprieto la navaja en el bolsillo para comprobar que sigue ahí.

Mientras oigo el golpeteo de pies en las escaleras de nuevo, me deslizo más bajo la cama.

En medio de la habitación, la chaqueta y la camiseta de Dave caen al suelo. Los pantalones se le arremolinan alrededor de los tobillos, seguidos de los calzoncillos. En un momento que me para el

corazón, se agacha para recogerlo todo. Por supuesto, el Dave que hace la cama no dejaría la ropa sucia en el suelo ni siquiera un minuto. Oigo el roce al meterla en el cesto de la colada y, cuando sus pies se dirigen a la puerta, oigo lo que debe de ser su abrigo al colgarlo. Por fin sale y el sonido del agua corriendo se detiene.

Oigo un chapoteo fuerte y un gemido mientras hunde su enorme cuerpo en el agua, seguido de un suspiro de satisfacción. Suena *If I Were a Boy* de Beyoncé.

Hora del espectáculo.

Al cabo de unos minutos, salgo de debajo de la cama. Encubierta por los lamentos de Beyoncé, desenchufo la lámpara de la mesita de noche de Dave y conecto el cable de extensión que he traído. En él enchufo el cargador, al final del cual cuelga un iPhone que compré en una de esas tiendas chungas de móviles robados, y una pequeña radio, que enciendo con el volumen a cero. Sé que el cable es lo bastante largo porque lo probé mientras Dave estaba fuera. Lo único que podría salir mal ahora es que me oiga antes de tiempo, pero me muevo con la fluidez de una sombra.

Con el iPhone en la mano, avanzo hacia la puerta del dormitorio. Lo admito, estoy nerviosa. El corazón me late con fuerza y no puedo evitar pensar que estoy asumiendo un riesgo absurdo. Con Karl, estaba salvando a alguien; fue un acto noble. Chris me acosaba. Steven y Hugh, al menos, me invitaron a sus casas. Pero esto es distinto. Ahora estoy escondida en la habitación de un hombre en plena noche, con la intención de matarlo. Un hombre que me triplica en tamaño, peligroso, capaz de dominarme sin esfuerzo. Podría retenerme o, peor aún, hacerme daño. Como hizo con Katie. La idea casi me hace echarme atrás y replanteármelo. Casi.

Me giro hacia la ventana y me fijo en las cortinas rojas que cuelgan allí. Pienso en Katie, en casa, acostada, frágil como un suspiro, con esa sonrisa forzada con la que intenta agradarme. Este hombre atacó a mi hermana y es hora de acabar con él. Al salir al pasillo, hago una mueca cuando el suelo cruje. Pero lo único que oigo del baño es el sonido metálico de la música que suena a través del altavoz de teléfono y algún chapoteo ocasional de agua. Alargo

la mano hacia el pomo de la puerta, me detengo y tomo aire. Entonces, la música se apaga.

Me quedo paralizada. Las posibilidades me dan vueltas en la cabeza. De algún modo la he apagado yo, o él ha oído mis pasos y viene hacia mí en este instante. Debería huir, esconderme, atacar. Pero entonces la voz quejumbrosa de Kelly resuena en la habitación embaldosada y se filtra por debajo de la puerta.

Casi me echo a reír de alivio. La siesta inesperada y la llegada repentina de Dave me han descolocado; olvidé la habitual llamada nocturna.

—¿Ya estás en casa?

—Por Dios, Kelly. No puedo con esto ahora. Son las dos de la mañana.

—Siempre llamas a la una y media. ¿Qué has estado haciendo, Dave? ¿Quién es ella?

Sintiéndome tonta, retiro la mano y planto con cuidado un pie en el suelo. Podría haber sido un desastre. Espero a Dios que no tenga que escuchar esta pelea mucho rato. Ya he tenido bastante de su relación para toda una vida. Mientras sus voces suben de tono, me distraigo mirando las fotos enmarcadas en el pasillo. Dave y Kelly, abrazados en una playa. Dave con unos ancianos que supongo que son sus padres. Se pondrán tristes, pero deberían haber criado un hombre mejor.

—Escucha, Kelly, voy a colgar, ¿vale? Ha sido una noche larga. Te llamo mañana. Ya hablaremos, es muy tarde.

La voz de Beyoncé inunda de nuevo el baño y, como para recalcar el «que te jodan» a Kelly, comienza a sonar *All the Single Ladies*. Tanto si hubiera venido esta noche como si no, no me cabe duda de que a Kelly le queda poco para formar parte del club de solteras.

Me armo de valor, avanzo y abro la puerta del baño.

[7] En *Los viajes de Gulliver* (1726), de Jonathan Swift, los yahoos son criaturas humanoides que encarnan los aspectos más ruines y repulsivos de la humanidad. Son salvajes, brutales y, sobre todo, extremadamente sucios: viven cubiertos de

mugre, revolcándose en el barro y exudando un hedor insoportable. Su falta de higiene física es una metáfora de su degradación moral y su naturaleza corrupta.

Capítulo 23

Un hombre enorme dándose un baño de espuma es una imagen surrealista. Su cabeza calva y reluciente asoma por encima de los montones de espuma blanca, junto con una expresión de absoluta estupefacción. Durante un instante, todo se detiene, salvo Beyoncé. La calvicie y la desnudez lo hacen parecer un bebé gigante, y por un momento loco me dan ganas de reír y dejarlo todo por hoy.

El baño de Dave es blanco, de un blanco inmaculado. El único color en la habitación proviene de su enorme cabeza y de la esponja rosa que cuelga del grifo. Noto un olor raro, y tardo un segundo en darme cuenta de que es lavanda. Siempre he odiado los olores sintéticos de los productos para el baño.

Resulta tentador soltar un discurso digno de Liam Neeson en *Venganza* antes de matar a alguien, pero no siempre es posible. Esto no es como lo de Hugh, cuya fuerza se agotó mientras yo me mantenía a una distancia segura. Y aunque no soy arrogante, me considero lo bastante inteligente como para no anteponer el dramatismo a mi propia seguridad. Planeé cada palabra de lo que iba a decir. Pero jamás imaginé quedarme congelada en la puerta, como una camarera indecisa entre irse o quedarse. Mientras nos miramos con horror, cualquiera que nos viera desde fuera no podría decir quién es el intruso y quién la víctima.

Pero entonces él empieza a moverse. El hechizo se rompe y regreso de golpe a mi cuerpo, al asiento del conductor.

—¿Qué demonios?

—Me llamo Millie. Estoy aquí porque violaste a mi hermana. La sujetaste, la violaste y la echaste a la calle. Destruiste a esa chica. Mataste algo en ella. Así que ahora eres tú el que va a morir.

Dave abre la boca para responder a mi discurso ensayado, incorporándose al mismo tiempo. Pero saco las dos manos de detrás

de la espalda y lanzo mis misiles. Un iPhone 5c amarillo y una radio.

¿Has visto alguna vez a un hombre freírse hasta la muerte? No entraré en detalles, pero no fue agradable. Incluso cuando se trata de un hombre cuya muerte has imaginado, deseado y planeado, hay formas más placenteras de pasar la noche.

La piel mojada ofrece cien veces menos resistencia a la electricidad que la seca. Por eso puedes recibir una descarga desagradable de una batería de coche y aun así irte de copas después, pero si alguien arroja varios aparatos eléctricos a tu bañera, no sales de esa.

Investigué lo que pasaría, pero admito que es más..,. bueno, vale, lo diré: impactante de lo que imaginaba. Un artículo académico no puede transmitir del todo la descarga eléctrica, el cuerpo convulsionando, el olor a piel quemada, el agua agitándose y derramándose por el suelo. Dave no emite ningún sonido mientras ocurre, y yo apenas puedo moverme. En la puerta, me quedo rígida mientras él se sacude en el agua, con el rostro congelado en una mueca de dolor. Parece durar una eternidad, pero durante todo el proceso soy incapaz de reaccionar. Hasta que todo se corta con un chispazo. Se ha ido la luz. Exhalo despacio.

Saco la linterna, la enciendo y enfoco el cuerpo de Dave. El agua aún chapotea de un lado a otro a su alrededor, volviendo poco a poco a la calma. La cabeza le cuelga ladeada entre las burbujas, con los ojos muy abiertos, pero en blanco, de modo que solo las escleróticas me devuelven la mirada en el rayo de luz. Parece obsceno en la bañera, como una decoración de Halloween. Ninguna de mis víctimas ha parecido nunca tan muerta y, al mismo tiempo, tan capaz de saltar y agarrarme. Me estremezco, y tras asegurarme de que no respira, salgo al pasillo.

Ha sido demasiado. No fue la muerte rápida que concedí a Karl, Chris o Steven, ni el lento paseo al inframundo en el que guie a Hugh. Esto ha sido largo y violento. Visceral y cinematográfico. El hedor a carne chamuscada empieza a llenar el pasillo, así que cierro la puerta del baño. Sé que debería moverme rápido, pero a veces conviene tomarse su tiempo. Si me apresuro antes de calmarme, podría cometer errores tontos. Parte de mí no termina de creerse

que esté hecho. He encontrado al hombre que hizo daño a mi hermana y se lo he devuelto. Más que eso: lo he matado de una forma horrenda, dolorosa y degradante. Desnudo como un bebé, patético, mojado, indefenso. Cierro los ojos y recuerdo las semanas y meses que Katie ha pasado escondida del mundo. Su carrera inacabada, el pelo lacio y castaño desde que se le fueron las mechas. Lo he conseguido, joder. Inspiro hondo y me permito una sonrisa.

No estoy del todo segura de cómo contarle a Katie lo que he hecho. Es una persona pura y dudo que entienda mis motivaciones; se sentiría culpable por su papel en todo esto. Cuando salga en los periódicos, se lo mostraré. Encontraré la forma de hacérselo saber sin revelar mi participación.

Me quedo mirando la foto de Dave con sus padres. Parecen simpáticos; la mujer en particular tiene un rostro amable. Se la ve feliz junto a su marido y su hijo, con el brazo alrededor del gigantesco Dave, que la sobrepasa en altura. Ahora la casa parece tan silenciosa. Todo fuera del haz de la linterna es oscuridad absoluta, y el único sonido es mi respiración entrecortada y el goteo constante del agua en el baño.

Durante diez meses, mi vida ha girado en torno a lo que le pasó a Katie. En las últimas semanas ha sido absorbente. Parte de mí se pregunta qué haré ahora que he completado mi misión, pero supongo que la gente normal llena su tiempo sin tramas de venganza apasionada, ¿no? Debería buscar otro trabajo, y siempre me quedará Cuéntaselo a M. Hay montones de mujeres que necesitan ser salvadas de montones hombres. Me permito sentir un agradable escalofrío de euforia. Lo he hecho. Está muerto de verdad.

Muevo la linterna hacia la siguiente foto en la pared: Kelly y Dave en una playa. Esta parece reciente, aunque dudo que el aspecto de Kelly haya cambiado mucho con el tiempo. Una vez que empiezas a inyectarte tanta silicona en la cara, pareces eternamente envejecida. La siguiente es de Dave con un grupo de hombres de su edad. Levantan las copas, envueltos en abrigos y bufandas, con las bocas abiertas en un grito congelado de alegría. Recorro la foto con la

linterna en busca de pistas sobre la celebración. Detrás de ellos, fuegos artificiales iluminan el cielo, y distingo un edificio de Nueva York cuyo nombre se me escapa. Entonces veo algo más.

Uno de los hombres lleva unas gafas enormes de novedad, de esas formadas por los dígitos del año que salen a relucir en las celebraciones de Nochevieja. De las que se estilaban a principios de los 2000, pero que se volvieron un poco cansinas después de 2009, con un uno sobre el ojo derecho en lugar de un cero. Pero estas gafas me indican que son del año pasado. Esta foto se tomó hace diez meses. En Nueva York.

Desesperada, acerco la cara a la imagen. Las gafas podrían haberse comprado en cualquier momento de los últimos diez meses. No significa necesariamente que la foto sea de Nochevieja; podría ser un viaje de chicos a principios de enero. Pero los hombres están en medio de una multitud grande, y cuanto más miro, más veo. Globos, más gafas, alguien lleva un sombrero de purpurina. Es Nochevieja. En Nueva York. La misma noche que atacaron a mi hermana. En Bristol.

La impactante revelación llega acompañada de otra, mientras apunto la linterna hacia la derecha, de nuevo hacia la foto de Dave y Kelly en sus vacaciones. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Kelly lleva un biquini y Dave unos *shorts*. Un tatuaje de enredadera le trepa del hombro al cuello, pero el pecho y los brazos están completamente limpios. ¿Cuántos años tiene esta foto? ¿Vi un tatuaje de urraca en él en la bañera?

Todo está en silencio en el baño, y parte de mí piensa que, si abro esa puerta, veré a Dave relajado en un baño de espuma, con los ojos cerrados en un sueño plácido. Es una imagen tan bonita que me permito vivir en ella un momento o dos, en lugar de en el presente, donde acabo de asesinar brutalmente a un hombre inocente.

Quedarme eternamente en el pasillo no es una opción. El tiempo corre, y tengo que limpiar y largarme antes de que salga el sol y los madrugadores suban a sus coches. Es hora de afrontar lo que he hecho.

Cuando abro la puerta del baño, el olor me golpea. El aroma a lavanda ahora se mezcla con el hedor de la carne quemada y excrementos. Recorro la habitación con la linterna y evalúo los daños. A pesar de mi ensoñación, Dave está inequívocamente, absoluta y totalmente muerto. Las burbujas han empezado a disiparse en el agua, y su pecho blanco e inmaculado brilla en la luz. ¿Cómo no me di cuenta? El suelo está empapado, y el iPhone y la radio reposan sobre su corpachón bajo el agua. Todo está tan quieto, silencioso y siniestro que resulta inconfundible: es una habitación donde ha pasado algo muy malo.

De pie en la puerta, vuelvo a sentirme al volante, aunque el coche amenaza con salirse de control. Tal vez ya lo ha hecho. Pero tengo que espabilar y arreglar esto. En el pasillo, dejo el cargador del teléfono, pero desconecto la radio, ahora inútil, del cable de extensión. Decidí lanzar ambos al agua por si el iPhone no bastaba: leí casos en que un teléfono enchufado cayendo en la bañera mata, pero no siempre. La radio no forma parte del plan que estoy improvisando.

En el baño, evito mirar el cuerpo de David mientras me muevo rápido por la habitación. Recojo su propio teléfono, que había caído al suelo, y lo meto en el bolsillo, dejando el idéntico que traje sumergido con él. Por suerte, recordaba su color chillón de cuando lo vi usándolo en Fork It Up. Estará frito e inservible, así que nadie notará la diferencia. Junto al cable, saco despacio la radio de la bañera.

El dormitorio parece intacto, así que miro rápido bajo la cama por si se me ha caído algo, me pongo los zapatos y salgo por la puerta trasera al jardín.

Son las 3:45 y me espera un largo camino a casa con una peluca que pica y ropa húmeda, y con la cabeza llena de pensamientos histéricos.

Dios, soy idiota. Una idiota impaciente, imprudente y precipitada. Algunas casillas estaban marcadas, sí, pero no todas. El tatuaje, la prueba más específica, no lo verifiqué, y ni siquiera se me ocurrió comprobar si estaba por aquí en Nochevieja. Simplemente… asumí que había acertado. Asumí que trabajaba esa noche. Que las

pruebas que reuní bastaban. Y ahora he electrocutado a un hombre en su propia bañera que solo era culpable de ser calvo y trabajar en un club de mierda.

El rostro sonriente de la mujer que supongo es la madre de David me viene a la cabeza y se me escapa un gemido. Me pregunto si tendrá que identificar el cuerpo, o si no hace falta cuando te encuentran en tu propia casa. Pienso en Kelly, esperando su llamada mañana. Es hortera, quejica y lleva extensiones cutres, pero no merece esto. David no merecía esto.

Son más de las cuatro y media cuando me siento en la cama con una taza de té a repasar lo ocurrido. Absorta en mis pensamientos, no me di cuenta del frío que hacía de camino a casa, y ahora estoy helada hasta los huesos. No dejo de pensar en el olor de su cuerpo, el ruido del agua agitándose, los rostros sonrientes en las fotos. Ahora que todo está dicho y hecho, me arrepiento también de cómo llevé a cabo el asesinato. Aunque hubiera sido la víctima correcta, joder, todo el espectáculo fue una estupidez. Me prometí no dejarme llevar por lo ostentoso, ¿y qué hice? Montar una muerte complicada y violenta con discurso preparado incluido. Por enésima vez, repaso la escena para asegurarme de que no he pasado nada por alto. Un hombre en su bañera. Su teléfono, enchufado a un alargador de cable extendido por todo el pasillo, está en el agua con él. El teléfono está completamente frito, pero su novia puede confirmar que habló con ella desde la bañera momentos antes de la hora de la muerte. La casa no muestra signos de entrada forzada. Seguro que no hay otra explicación que un accidente. Claro como el agua. Se suponía que este iba a ser el último, pero supongo que tendré que pasar por alto este pequeño tropiezo y empezar de nuevo. Cuando cierro los ojos, siento que estoy en ese coche descontrolado y oigo un pitido en los oídos. Pero entonces Shirley Bassey salta al pie de la cama y se acurruca lo más cerca posible de mí, con todo el cuerpo vibrando de ronroneos, y no tardo en calmarme yo también.

Todos cometemos errores.

Capítulo 24

De niña, nunca falte a clase por estar enferma. Mi casa era el último lugar donde quería estar, aunque estuviera vomitando hasta las tripas. Era un lugar frío, en todos los sentidos. Después de conocer a Nina, me iba a su casa y me metía en su cama mientras ella estaba en el colegio, y dormía como un muerto en una tumba segura y silenciosa. Sus padres nunca dijeron nada. Mirando atrás, me doy cuenta de que debieron de ver los moratones.

De adulta, disfruto de la tranquilidad de mi propio hogar. Si estoy enferma, triste, cansada o simplemente sin ganas de ver a nadie, puedo meterme bajo las mantas y respirar tranquila disfrutando de mi espacio. Lo hice durante días después de la desastrosa muerte de Big Dave el jueves. Sabía que tenía que salir y empezar de nuevo a rastrear al hombre que hizo daño a mi hermana, y la línea de Cuéntaselo a M estaba quedando abandonada, pero una parte de mí quería un descanso de todo. Apagué el teléfono y me retiré del mundo.

Mantuve el contacto con Nina, porque me necesitaba, y no podía fingir que no sabía nada del funeral de Hugh, que era el domingo. De todos modos, sentía curiosidad. No sé si alguna vez has asistido al funeral de un hombre al que has matado, pero si no, te sugiero que lo pruebes. Es una experiencia interesante.

Debido a lo incómodo que resulta que Nina fuera la novia secundaria de Hugh, decidimos que lo mejor será asistir y marcharnos discretamente, y luego irnos al *pub*.

Nina lo está llevando bastante bien, y a pesar de su primera reacción dejándose llevar por la locura y el dolor, noto que empieza a revivir. De sus dos lados en conflicto, la Nina abogada empieza a triunfar sobre la Nina romántica incurable. Con suerte, el funeral será el final de esta saga en particular.

Después de dormir dos días seguidos, me siento de nuevo en plena forma y con el ánimo subido. ¿A quién le importa, en realidad, si el hombre equivocado encontró un final prematuro? Como si no fueran asesinadas mujeres al azar todos los días por novios, exnovios y pretendientes. ¿Qué daño le haría al mundo un hombre menos?

Quedo con Nina en una cafetería cerca del cementerio. Llevo un vestido negro que parece elegante pero solemne, y no demasiado escotado. Nina no tiene ropa negra, así que noto que el vestido que lleva es nuevo y que se siente incómoda con él. Nos abrazamos y me pasa un café americano solo por la mesa.

—Gracias por venir. Todo esto…, joder, es rarísimo, ¿verdad?

—Rarísimo.

—Aún no me creo que tuviera otra novia. —Nina suspira y se bebe media taza de *latte* de un trago, como si fuera un chupito de tequila —. ¿Sabes?, a veces una parte de mí piensa que alguien lo hizo.

Doy un sorbo a mi café para ganar tiempo y procesar lo que ha dicho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque… porque era un cabrón. —Lo susurra como si fuera un pecado y Dios pudiera estar escuchando—. ¿Verdad? Cuanto más he sabido sobre él desde que murió, más… Se acostaba con mujeres. Con regularidad. ¿Y si una de ellas… se vengó?

—¿Fuiste tú? —pregunto, arqueando las cejas.

—¡Ja! A veces desearía haber sido yo. —Se ríe, pero luego me mira casi con miedo—. Mierda, eso ha sonado horrible. No lo digo en serio. Es su funeral, después de todo.

—Puedes enfadarte, Nina. Puedes sentir lo que quieras.

Se hace el silencio unos minutos mientras las dos nos perdemos en nuestros pensamientos. Me pregunto si Nina lo entendería si le contara la verdad. Tal vez esté imaginando cómo sería matar a un hombre como Hugh.

Lo que pasa es que a Nina nunca le ha ocurrido nada malo de verdad. No lo digo con resentimiento. Desde luego, no deseo que le pase nada malo. Pero, en mi no tan humilde opinión, el trauma es imposible de entender a menos que lo hayas vivido. Nina siempre se

ha despertado en una cama segura, sabiendo que es querida. Su vida ha estado completamente bajo su control.

Tal vez sea parte de la razón por la que la quiero tanto. Hay un montón de gente como Nina que nunca ha sufrido de verdad en sus vidas fáciles y bendecidas, y suelo despreciar a la gran mayoría. Pero de algún modo, aunque Nina nunca pueda entenderlo de verdad, carece de la ingenuidad que suele acompañar eso. Sabe que el trauma existe, aunque no cómo se siente ni qué te hace. Y disfruto de la normalidad de Nina, de su alegría por las cosas simples, de su falta de pesadillas; me alimento de ello. Por un segundo que me remueve por dentro, temo que Nina se quede traumatizada por esto, y que de algún modo sea culpa mía.

El momento se rompe con el zumbido de mi teléfono sobre la mesa.

Aunque he estado evitando el móvil todo lo posible últimamente, prefiriendo mirar la pantalla apagada del de David, que ahora mismo está bajo mi almohada, James y yo hemos hablado un poco estos últimos días. Su nombre parpadea en la pantalla y esta vez es Nina quien arquea las cejas.

—James otra vez, ¿eh? —Tuve que contarle los detalles de nuestro encuentro de la semana pasada. No había forma de esquivarlo después de mandarle un mensaje cuando volví a su casa. Pero fue divertido contárselo todo, sobre todo porque he estado guardándome tanto para mí últimamente. Además, tuvo el beneficio añadido de distraerla de todo lo de Hugh, y como era de esperar, se obsesionó rápidamente con mi vida amorosa en vez de con la suya —. ¡Contesta!

Suspiro, toco el icono verde y me pego el teléfono a la oreja, girándome un poco como si eso pudiera ocultar el sonido de la conversación.

—¡Hola! Mira, no puedo hablar ahora, ¿te llamo luego?

—¡Novedades, Millie! —grita—. ¡Ha habido otro!

—¿Qué quieres decir? —Me quedo helada e intento mantener el rostro sereno. Desde que nos acostamos, James parece haber abandonado todo disimulo sobre su trabajo. Pero podría haberme ahorrado oír esta noticia en público.

—Una muerte. Otra muerte. Accidente, suicidio, asesinato. Lo que sea. Está conectado, lo sé. ¿Puedo verte? ¿Hoy? —La voz de James está cargada de una excitación que incluso a mí me parece un poco morbosa, como si se atragantara con ella. «Han muerto personas, James, ten un poco de compasión».

—Hoy es el funeral de Hugh, y Nina me necesita. Vamos al *pub* después de la ceremonia y…

—¡Tráelo! —grita Nina lo bastante alto para que James la oiga por el teléfono—. ¡Venga, James, necesito una distracción, y me encantaría conocerte!

—¡Me encantaría! —grita él de vuelta, aunque solo me ensordece a mí en vez de llegar a ella—. De todos modos, estoy en el hospital ahora mismo —sigue a un volumen afortunadamente normal—. El idiota de mi hermano ha vuelto de esquiar con una pierna rota. Está bien, solo le están haciendo una revisión en un sitio donde hablen inglés. ¿Nos vemos luego en el *pub*?

—Vale, vale. Te mando el plan por mensaje, ¿sí? Probablemente estaremos allí en unas horas. Espero que tu hermano esté bien.

Cuelgo, y antes de que Nina pueda decir nada, me acabo el café y me pongo de pie. Veo que no está tan rota como para no meterse en mis asuntos, así que tal vez no deba preocuparme tanto por ella.

—Vamos. Podemos merodear cerca del crematorio y colarnos por detrás.

—Vale, vale. —Nina se mira el atuendo inusualmente sombrío en un espejo con el logo de Lavazza en la pared—. Dios, parezco deprimente. El negro me deja tan pálida. Ojalá no tuviera que enfrentarme a la gente pareciendo una mierda. Todo por su culpa.

—Ven aquí. —Rebusco en el bolso hasta encontrar un pintalabios, el Ruby Woo de Mac, y me inclino para pasárselo por los labios—. Vamos a enseñarles quién manda.

El funeral fue anodino en todos los sentidos imaginables. La familia de Hugh era tan poco inspiradora como él mismo, y la capilla del cementerio era una habitación irónicamente sin alma, sosa y beis como la granola. Un momento animado en la ceremonia fue cuando la otra novia empezó a sollozar de forma teatral hasta el punto de que la tía de Hugh tuvo que parar su lectura sobre el Valle de la

Sombra de la Muerte. Me sentí orgullosa del rostro estoico de mi amiga y de sus impactantes labios rojos apretados en una línea firme. Nos quedamos al fondo de la capilla, sin invitación y sin que nadie nos viera, y salimos antes que los demás.

Mientras me arreglaba esa mañana, me pregunté si me sentiría culpable ante la familia y los amigos de una de mis víctimas. Pero ni siquiera cuando la madre de Hugh dio un discurso lacrimógeno lleno de tópicos sobre su hijo siendo el «alma de la fiesta», un «buen hombre» que «nunca haría daño a una mosca» y alguien que fue «arrebatado demasiado pronto», mi corazón frío y muerto sintió nada. Bueno, ¿quién iba a decirlo? Tal vez sí esté hecha para esto.

Acabamos de instalarnos en nuestra mesa en The Guinea, optando por volver a nuestro antro habitual en vez de ir a cualquier sitio cerca del funeral por si aparecía algún grupo del velatorio, cuando llega James.

Nina y él se abrazan y se sonríen como si fueran viejos amigos, unidos ya en la mente de Nina por el afecto que me tienen. James, caballeroso como siempre, se va a pedir una ronda, lo que le da a Nina la oportunidad de susurrarme al oído (en un tono que todos pueden oír) lo educado, simpático, guapo y amable que parece.

—¡Apuesto a que no tiene ni una sola novia secreta!

Nina es tan fuerte que el hecho de que su novio muriera de forma espantosa y luego descubrir que era un mentiroso y un cabrón infiel apenas ha hecho mella en su fe en el amor verdadero. Sabía que podía con ello.

James está claramente a punto de explotar de la desesperación por contarme lo del nuevo cadáver, y, para ser sincera, yo también estoy ansiosa por escucharlo. Sin embargo, hay un acuerdo tácito en el aire de que podría ser insensible hablar de asesinatos en este momento, teniendo en cuenta que acabamos de venir de un funeral, y nos cuesta encontrar otro tema de conversación. Por suerte, como el ángel del cielo que es, Nina rompe el silencio.

—Así que eres detective, ¿verdad? ¿Algún caso interesante ahora mismo? Yo soy abogada, pero la mayoría de los casos son temas familiares. Hombres amargados y esposas enfadadas peleando por

la tele, ese tipo de cosas. También he llevado algún caso de oficio. Me gustaría dedicarme a eso algún día.

La ironía de que yo, a quien técnicamente podrías describir como una asesina en serie, esté bebiendo con estos dos pilares de la ley no se me escapa.

—Bueno… —James me mira como pidiendo permiso—. Ayer encontramos un cuerpo.

—¡Joder! Eso es mucho más interesante que discutir sobre el reparto de los niños en las vacaciones de Pascua. Cuéntanoslo todo.

Como una tubería que revienta de repente, James descarga todo lo que ha pasado hasta ahora, al diablo con la discreción profesional. Es surrealista oír tus crímenes recitados así. Imagino que debe de ser como ver un documental sobre ti misma. Cada vez que James se equivoca en la historia, me estremezco. Por suerte, los dos están tan absortos que no parecen notarlo.

Empieza con Karl. Admite que se obsesionó un poco, en parte porque era su vecino, pero también insiste en que, como novato, está menos hastiado que el resto de su equipo —lo que le da pie a contarnos una historia aburrida sobre lo insoportable que es su jefe —. El hecho de que James sea más inteligente que los demás no lo dice explícitamente, pero se nota. La arrogancia no es algo que me moleste especialmente cuando creo que está justificada, y, dado que es el único miembro de esta fuerza policial descerebrada que se ha dado cuenta de que hay una asesina en serie operando en la ciudad, se lo paso.

Ya llevamos unas cuantas copas en ese momento, y James muestra su falta de discreción habitual. Le cuenta a Nina lo de la cámara desaparecida de Karl, que aún le ronda la cabeza. Nos habla de Steve, cuyo torrente sanguíneo estaba lleno de Rohipnol, y del consenso general de que intentó meterse un montón de cocaína estando solo, pero tomó la bolsita equivocada. Nina resopla ante esto.

—¿Así que tenía una droga que se utiliza para violar a la gente? Le está bien empleado.

—Bueno, siendo detective no debería decirlo, pero no creo que fuera el tío más majo del barrio. Digámoslo así.

—Suena como uno de esos tíos con los que te encuentras en la línea telefónica, ¡Millie!

James me lanza una mirada intrigada y Nina sigue divagando. Sabía que dejar que se conocieran era una mala idea.

—Mills lleva una línea telefónica —explica—. Se llama Cuéntaselo a M. Salva a la gente de los acosadores. Es como una jodida superheroína. —Nina suena borracha.

—Exagera. En fin, sigue con lo que estabas diciendo. ¿Crees que fue un asesinato? No lo entiendo del todo.

—Es posible. —Me sostiene la mirada más tiempo del que me siento cómoda, pero el deseo de soltar su información privilegiada a Nina es lo bastante fuerte para superar su deseo de interrogarme más.

No quiero que piense demasiado en la línea telefónica.

—No sé —sigue al fin—. Simplemente parecía raro. El montaje parecía raro. Este tipo debió de entrar, bastante borracho, solo, preparar varias rayas de la droga equivocada y metérselas una tras otra muy muy rápido. Cuando tomas demasiado de esa mierda, puedes dejar de respirar. Pero aunque fuera cocaína, que suponemos que creía que lo era, estaba jugando con fuego.

—Hay sobredosis todo el tiempo —intervengo.

—Sí, las hay. Pero es bastante raro para un tipo como este.

—Los ricos también pueden ser idiotas.

Me lanza una mirada intrigada.

—¿Cómo sabías que era rico?

—Cuando la gente dice «un tipo como este» suele tener que ver con la clase.

Uf.

—¿Vieron a alguien por allí esa noche? ¿Comprobasteis las cámaras? —interrumpe Nina, atrayendo de nuevo la atención de James hacia ella.

Le estoy agradecida y juro mantener la boca cerrada el resto de la conversación.

—Las cámaras de la puerta principal no funcionaban. Para ser sincero, la mitad de las cámaras que ves por ahí son falsas. No te puedes fiar. Llamé a algunas puertas, pero es un edificio grande con

mucha gente entrando y saliendo. Nadie vio nada. Y ninguno de sus amigos parece haber estado con él esa noche ni saber dónde había estado. Mi jefe se opone a publicar un aviso en la prensa para pedir más información, así que me encuentro en un callejón sin salida.

—Bueno, eso lo dice todo, ¿no? —digo, rompiendo inmediatamente mi juramento de silencio. El corazón me late deprisa desde que mencionó lo de las cámaras, algo en lo que ni siquiera pensé esa noche. Con el desastre de David y ahora esto, me siento descolocada. No estoy siendo ni de lejos tan cuidadosa como creía —. Ninguno de sus amigos quería salir con él. Era un fracasado, probablemente estaba aburrido y deprimido, así que se quedó en casa y se metió un montón de drogas para animarse en su fiesta solitaria.

—Bien, sí. Tal vez. En fin, eso no es todo. Luego está el corredor, puede que lo vierais en el periódico. —Nina asiente—. Bueno, ese fue aún más sospechoso. Escuchad…

James pone a Nina al día sobre el último mensaje de Chris a su mujer, y sobre cómo Chris no había mostrado signos de querer quitarse la vida antes.

—No hay nada en las cámaras, pero sí que hemos tenido el testimonio de unas cuantas personas que se presentaron después de que saliera en los periódicos. Sobre todo chiflados, como siempre, pero alguien dijo que creyó ver al tipo hablando con una mujer con ropa de correr cerca de donde cayó. Aunque iba conduciendo, así que no podía estar seguro.

—No suena como una prueba particularmente convincente —comento.

—No. Lo sé —responde impaciente—. Pero, atención, el testigo dijo que tenía el pelo oscuro. Y en el valle encontraron una peluca de mujer. Una peluca negra.

—Vaaaale —me burlo, pero el corazón me late tan fuerte que me sorprende que no lo noten—. Probablemente haya un montón de basura allí tirada. ¿Sabes cuántas despedidas de soltera se celebran en esta ciudad? La mitad llevan peluca, por una razón *divertida* u otra.

—¡No sé, Mills! ¿Podría ser una pista? —Nina parece excitada. No necesito que lo anime.

—Bien —dice James—, mi jefe está de acuerdo con Millie. Ni siquiera la mandarán a analizar al laboratorio.

—Por teléfono mencionaste que había habido otro caso. —El alivio de que no presten atención a la peluca me tranquiliza, pero necesito saber algo sobre David.

—Sí. Lo encontramos ayer después de que su novia entrara en el piso. Estaba… en la bañera. Electrocutado. Parece que estaba usando el teléfono mientras lo tenía enchufado y cayó al agua.

—Dios santo —murmura Nina, y yo sacudo la cabeza en *shock* junto a ella—. ¿Eso puede matarte?

—Sí, no es la primera vez que alguien muere así. Así que ese es el cuarto hombre muerto, sin contar tu pérdida, Nina, que parece bastante aislada. Pero esta vez es diferente —dice con una sonrisa satisfecha en mi dirección.

Siento cómo mi corazón se desploma. Qué suerte la mía, justo me tenían que pillar con David, que fue un accidente. Bueno, más o menos. Es tan injusto. Aunque dudo que acepten esa excusa en el juzgado. «Disculpe, señor juez, en realidad tenía intención de matar a otra persona. ¿Podemos hacer como que este no cuenta?».

—¿Por qué es diferente? —Doy un sorbo a la bebida para aliviar la garganta seca, y luego me reclino torpemente en la silla porque parece que he olvidado cómo sentarme con normalidad, y qué hacen las personas con sus extremidades, y dónde miran cuando conversan, y cuánto contacto visual es rarísimamente intenso y cuánto es normal, porque lo único que pienso es: «¿Por qué, por qué, por qué es diferente esta vez?».

—Esta vez, los vieron.

Capítulo 25

En mis veintinueve años de vida he aprendido muchas cosas. A cocinar, a limpiar, a pagar facturas y a discutir con la DGT sobre multas por exceso de velocidad. También a mentir, a matar y a desconectar por completo mis emociones para funcionar en piloto automático cuando la situación lo requiere. Esta última habilidad resulta muy útil. James acaba de contarnos a mi mejor amiga y a mí las pruebas que ha recopilado hasta ahora.

Resulta que no tiene mucha información. El breve relato de un vecino achispado no es exactamente la prueba irrefutable que él cree. Una mujer fue vista en el callejón junto a la casa de Dave la noche antes de su asesinato, y el vecino piensa que podría haber salido de su jardín. Al parecer, «parecía que acababa de saltar del muro», pero no está seguro. Alguien más vio a una mujer que coincidía con una descripción similar la noche del asesinato, pero caminando por la carretera.

La describieron como «quizá algo alta, con el pelo oscuro». Buena suerte, polis.

El verdadero problema es que yo estaba segura de no haber sido vista. Supongo que era inevitable que alguien mirara por la ventana en una de esas ocasiones en las que estuve allí, pero el hecho de no haberme dado cuenta me pone los pelos de punta. Tengo que ser más cuidadosa.

Paso los días siguientes en casa, hablando con mi gata y tratando de relajarme. Solo ocurren tres cosas interesantes durante ese tiempo. La primera es que las noticias informan de la muerte de David Alan Cartwright. Los detalles son escasos, pero, por primera vez en mi carrera como asesina, escucho las palabras: «La policía considera este caso sospechoso». Han hecho un llamamiento para recabar información sobre una joven vista en la zona, de estatura

media-alta, pelo oscuro y complexión delgada. No mencionan el modo violento de la muerte, así que la atención de la prensa es tibia. Como ya dije, ¿a quién le importa si un hombre muere antes de tiempo? Sin los detalles macabros, parece que a nadie.

La segunda es que el martes me encuentro con un Sean nervioso mientras ambos sacamos la basura. Con todo lo de David, el funeral y el hecho de que sigo sin avanzar en identificar al agresor de mi hermana, casi había olvidado aquella llamada telefónica que escuché hace una semana y media.

Parece más delgado y demacrado, y pega un brinco cuando lo saludo. Casi como si yo fuera peligrosa. En lugar de darme la lata con sus nietos, el tiempo, el estado del tráfico, el gobierno o los «extranjeros que vienen en balsas desde Albania», arroja apresuradamente el contenido del cubo que lleva al contenedor de vidrio con un estrépito tremendo y desaparece de nuevo en su casa. Interesante. El contenedor está medio lleno de botellas de vino vacías. El pobre viejo Sean ha intentado ahogar sus problemas en alcohol.

La tercera es la llamada de Nina. Es miércoles por la tarde y estoy tumbada en la bañera repasando la lista de estudios de tatuajes que me quedan por visitar, a falta de un plan mejor, cuando su tono de llamada suena desde mi dormitorio. Desde que vi a Dave freírse, no soporto llevar el teléfono al baño, esté enchufado o no. Tras sonar una vez, vuelve a empezar de inmediato, así que me levanto a regañadientes del agua caliente, me envuelvo en una preciosa toalla blanca que me compré como capricho para contrarrestar cualquier trauma que pudiera haber desarrollado con los baños, y voy a buscarlo.

—¿Ya no trabajas en Picture This? ¿Por qué demonios no me lo dijiste? ¿Qué pasó?

—Tenías muchas cosas en la cabeza.

—¿Y? Es raro que no me lo contaras. ¿Qué pasó? Rick no quiso decirme nada.

—Ah, es que ya no podía más, Nina. Necesito hacer algo distinto con mi vida. ¡Y tú siempre me decías que lo dejara!

—Sí, bueno. No esperaba que renunciaras de golpe. Pero ¿felicidades? ¿Es algo bueno? —Oigo el crepitar de su vapeador al otro lado de la línea.

—¿Y a qué fuiste allí?

—Quería invitarte a comer. Tengo una teoría. —Respira hondo al otro lado del teléfono—. Es una mujer. Los mató a todos. Es una mujer, y está castigando a esos hombres.

—Vale. ¿De qué estás hablando, Nina?

—Escucha, no es tan descabellado. Es bastante obvio, si lo piensas. Recuerda lo que nos dijo James: el primero, Karl, tenía fotos pervertidas en su ordenador. El número dos, el señor Rohipnol, bueno, eso se explica solo. El tercero, el corredor, no recuerdo su nombre…

—Chris.

—¡Sí, Chris! He estado mirando en Internet y, al parecer, su mujer descubrió que había estado enviando mensajes a otras mujeres. Así que era infiel. Y el de la bañera, bueno, no estoy segura de qué hizo. Todavía. ¡Pero vieron a una mujer saliendo de la escena!

Siempre he dicho que Nina es lista.

—Vale. Pero piénsalo. Son solo hombres normales. ¿Cuántos casados envían mensajes a otras mujeres? ¿Cuántos tienen fotos que no querrían que vieran sus madres guardadas en el ordenador? Y sí, espero que lo del Rohipnol sea menos común, pero…

—Y Hugh, Millie. Sé que James no encontró ninguna conexión. Pero es otro hombre muerto en poco tiempo. Otro hombre que ha caído muerto de repente. Y que era infiel. ¿No crees que eso significa algo? —Aspira con fuerza de su vapeador otra vez, fumando rápido por la excitación.

—Pero Nina —digo con toda la paciencia del mundo, como si le hablara a un niño—. Si seguimos tu lógica, la asesina tendrías que ser tú. ¿Acaso eres una asesina en serie, cielo? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—El sarcasmo es la forma más baja de ingenio, Millie.

—Es la más alta, y lo sabes.

Discutimos un rato más, y logro convencerla de que la policía estará investigando esto a fondo. No es su juego, no es su pelota. Al

final cede, pero conozco a Nina: esperar que lo deje sería rebajarse todavía más que el sarcasmo en esa supuesta escala del ingenio. Había planeado ayudarla a encontrar el dinero de Hugh esta semana, pero, pensándolo bien, creo que será mejor dejarlo hasta que todo se calme.

Para el sábado por la mañana, mi único avance ha sido eliminar algunos estudios de tatuajes de la lista y realizar un exhaustivo seguimiento en redes sociales de los amigos y familiares de David Cartwright. Al menos he vuelto a Cuéntaselo a M; de lo contrario, sentiría que mi vida es un completo desperdicio.

Justo cuando estoy llegando a la conclusión de que no puedo avanzar en mi misión sin tener más información de Katie, suena el teléfono. Es mi madre.

Mi madre no me llama nunca. No hablamos, a menos que haya algo sobre Katie que deba comunicarme y sea demasiado importante para un mensaje de texto. Así que ya estoy en tensión cuando respondo. Intenta hablar de trivialidades, porque es una cobarde, pero ignoro su «¿cómo estás, cariño?», su «¿cómo va el trabajo?» y su «¿has hecho algo bonito últimamente?» y voy directa al grano.

—¿Qué pasa, mamá?

—Es…, bueno, es Katie, cariño.

—Sí. —Aprieto los dientes por la frustración. Esta mujer. No puedo creer que compartamos genes.

—Me temo que ha tenido un pequeño episodio. Ella, eh…, está en el hospital.

Ya estoy poniéndome el abrigo y los zapatos antes de que termine la frase.

—¿Qué ha pasado? Explícate. Ahora.

—Bueno, creo que fueron los fuegos artificiales de anoche lo que la alteraron. Estábamos pasando una velada agradable tomando un té con tu tío Dale en casa. Incluso había bajado de su habitación, pero entonces empezaron los fuegos y, bueno, creo que la disgustaron.

—Nochevieja —murmuro, atándome las botas.

—¿Qué has dicho, cariño? Creo que eran restos de la Noche de Guy Fawkes.[8]

—Nada. ¿Qué pasó?

—Subió arriba y no volvió a bajar, ya ves. Y cuando fui a verla esta mañana, no quería desayunar. Pero luego pensé en volver otra vez a comprobar cómo estaba y… Ay, Millie…

—¿¡Qué pasó!?

La voz de mi madre es un susurro, un lamento apenas audible a través del teléfono. Pero cada palabra me resulta clara, porque ya sé lo que va a decir.

—Se ha cortado, cariño —dice con un hilo de voz diminuto—. Se ha cortado las muñecas. Había… mucha sangre.

—¿Está bien? ¿Se pondrá bien?

—No… no lo sabemos.

La salud mental se puso de moda con los *millennials*, y la generación Z la agarró con ganas, como si no la fueran a soltar nunca. No digo que eso esté mal. Es bueno cuidarse y cuidar a los demás, y entender cuándo se necesita ayuda o un descanso. Como yo cuando electrocuté accidentalmente a la persona equivocada, supe que necesitaba tomarme un tiempo.

Pero lo que realmente me saca de quicio es la hipocresía. Porque, aunque abrimos los brazos de par en par para cualquier chica blanca privilegiada que tenga un mal día, la gente sigue apartando la vista horrorizada ante enfermedades mentales menos… apetecibles. No estoy en contra de que nadie reciba ayuda, pero cuando la enfermedad mental se vuelve fea, o confusa, o inconveniente, la mayoría sigue escabulléndose avergonzada. ¿Dónde está la oferta de un contrato de teletrabajo para una mujer con las manos en carne viva de tanto frotarlas compulsivamente? ¿O un abrazo para un hombre atormentado por recuerdos horribles que no son reales? ¿O comprensión para mi hermana pequeña, Katie, tumbada pálida en la cama, con los brazos vendados desde las muñecas hasta los codos?

Desde el momento en que Katie empezó a desmoronarse, la gente no quiso mirar. Sus amigos llenaban las redes sociales con promesas

de apoyo y mensajes sobre estar ahí los unos para los otros, pero cuando ella no regresó de inmediato a su versión despreocupada de estudiante universitaria, sus visitas pasaron de ser alentadoras a incómodas, luego a molestas, y finalmente desaparecieron por completo. En mis días de mayor rabia, fantaseaba con una lista de objetivos. Quería acabar, uno por uno, con quienes apartaban la vista, avergonzados o asqueados, porque las cicatrices de Katie eran demasiado profundas para esconderse tras una sonrisa forzada.

Ahora estoy en el hospital, sentada junto a su cama. Está dormida, y parece tan tan pequeña, como un pajarito que ha volado del nido demasiado pronto. Está escandalosamente pálida. Supongo que es porque apenas come o sale de su habitación últimamente, pero también por la sangre que perdió al cortarse las muñecas. No puedo dejar de pensar en lo cerca que estuvo… En lo afortunada que fue de que mi madre la encontrara justo a tiempo. Si fuera una mejor persona, me mudaría con ella, la vigilaría siempre. Pero no puedo volver a esa casa. Ni siquiera por Katie. Los recuerdos son demasiado dolorosos. Y ella no quiere dejar sola a mamá.

Su pelo castaño se extiende alrededor de su cara sobre la almohada, y me evoca una imagen de Rose. Me pregunto qué estará haciendo ahora. Tal vez sea una estudiante y haya vuelto feliz a sus estudios. Tal vez solo tenga recuerdos borrosos de lo que pasó esa noche. Espero que sea así, y no esté en otra parte de este edificio, intentando escapar de su propia mente.

Mi madre anda rondando por ahí, pero no hemos hablado realmente. Estoy tan furiosa —no necesariamente con ella, sino conmigo misma y, sobre todo, con el hombre cuyo nombre aún desconozco— que no puedo hablar. Los médicos pasan para decirme que mi hermana se pondrá bien, y apenas puedo contener el alivio. Pero ha perdido mucha sangre y le quedarán cicatrices permanentes. El psicólogo vendrá más tarde y de momento la mantendrán ingresada. Dicen que no hay nada que pueda hacer.

Pero sé que eso no es cierto.

[8] La Noche de Guy Fawkes (o *Bonfire Night*) se celebra cada 5 de noviembre en el Reino Unido para conmemorar el fallido complot de la pólvora de 1605, en el que un grupo de conspiradores intentó volar el Parlamento británico. Es tradicional encender hogueras, lanzar fuegos artificiales y quemar una figura simbólica de Guy Fawkes, uno de los responsables del complot.

Capítulo 26

Después de dejar a Katie en el hospital, salgo a correr quince kilómetros. Gracias a Dios que nadie intenta hablarme, porque habrían terminado bajo un puente o un coche, y no creo que hubiera tenido la cabeza en su sitio como para pararme a pensar antes de actuar. Todo se me está escapando un poco de las manos. Katie está en el hospital, he matado al hombre equivocado (por no mencionar a los otros, aunque ellos sí que se lo merecían), mi mejor amiga parece estar encajándolo todo a pasos agigantados, y el hombre con el que salgo, que además es detective, no anda muy lejos de ella. Por muy comprensivo que sea James, no creo que mirara para otro lado ante un homicidio múltiple.

Pero aún puedo arreglarlo. Las cosas suelen torcerse antes de enderezarse, o al menos eso pasa en las películas. Aunque, bien mirado, Jack se hundió en el fondo del océano y nunca llegó a casarse con Rose.

Necesito encontrar al hombre que empezó todo esto para ponerle fin. James no tiene pruebas reales de nada malo, no de verdad. Cuando dejen de producirse los asesinatos, pasará a otra cosa. Alguna otra mujer, o quizá dos o tres, acabarán asesinadas a golpes, y eso consumirá todo su tiempo, hasta que los hombres muertos este otoño no sean más que un recuerdo borroso, algo en lo que pensar de vez en cuando durante su jubilación.

Nina está en un momento raro ahora mismo y tiene la costumbre de obsesionarse con cualquier cosa cuando quiere evitar pensar en algo doloroso. Pero en cuanto esté liada con el trabajo y empiece a salir con alguien que la vuelva loca, seguirá adelante con su vida. Todos seguiremos adelante. Y cuando Katie se entere de que el hombre que le hizo daño está muerto y enterrado, ella también empezará a superarlo. Lo sé.

La carrera me tranquiliza. Si antes me sentía como una espiral de alambre, ahora estoy fría, dura y concentrada como una bala. Aunque la rabia sigue ahí.

Quedarme sentada en casa toda la noche no es una opción, pero está claro que no puedo socializar con nadie sintiéndome así. Enciendo el móvil de Cuéntaselo a M, conduzco hasta el centro y aparco en un callejón lateral a la espera de una llamada.

Los sábados por la noche siempre hay mucho movimiento, y la semana pasada me la perdí después de quedarme en *shock* por el error con David. Cuando pienso en las mujeres y chicas que podrían haberme necesitado, me siento culpable. Intento consolarme pensando que en estas últimas semanas he eliminado para siempre a gente que habría causado mucho daño a lo largo de su vida, pero eso me resulta menos convincente desde mi metedura de pata con David.

Suele empezar a haber movimiento pronto, y en una buena noche, o mala, según se mire, puedo acabar ayudando a cinco o seis mujeres de una forma u otra. Alrededor de las nueve, empiezan a llegar los mensajes, y veo que va a ser una noche larga.

Una mujer en una cita en un bar de vinos elegante pensaba que estaba con un hombre sofisticado, pero él intentó llevársela a su casa después de dos copas y se puso agresivo cuando ella dijo que no. Luego saco a dos chicas menores de edad de un bar donde estaban siendo acosadas por un grupo de tíos que se excusaron diciendo: «No pretendíamos hacer daño, jodida aguafiestas». Las meto en un taxi y les digo que esperen a cumplir dieciocho antes de volver a salir de copas. Encuentro a una joven escondida en el baño de una discoteca porque está segura de que alguien la seguía.

Es mucho trabajo. Pero incluso después de solo unos días de descanso, me sorprende el subidón que me produce la huida, el efecto que tiene en mí el alivio de las chicas y sus gracias. Pero también reconozco que hay una ansiedad profunda y una tristeza que siento en los pulmones, junto con la rabia burbujeante que aún llevo dentro.

Llevo una peluca —hasta los hombros, castaña— con un sombrero y demasiado maquillaje. Siempre he intentado que no me

reconozcan, pero desde lo de Karl lo intento con más ahínco.

Siento un zumbido esta noche, esas abejas de nuevo en la sangre. Estoy manejando cada caso con eficiencia y rapidez, pero con una brusquedad que no es mi estilo habitual. Cada mujer que salvo tiene la cara de Katie.

Estoy echándole la bronca a un camarero por no vigilar mejor a sus clientes cuando siento vibrar el teléfono en el bolsillo. Me inclino hacia delante y le digo en voz baja y amenazante que es un capullo intolerante, luego vuelvo al coche mientras abro los mensajes.

La mayoría de los trabajos son fáciles y bastante seguros, pero luego llegan casos como el de Rose, donde percibes un peligro real y tangible. Me llegan un montón de mensajes de golpe, son de una chica que cuenta su historia a toda prisa, seguida de una nota de voz susurrada y frenética con más detalles. No se trata de un malentendido, no es ningún tío diciendo: «Solo estaba de broma».

Aunque me lo cuenta de manera confusa y atropellada, entiendo que hay un tío en el equipo de fútbol de su hermano al que ha visto un par de veces —veintiuno contra sus quince años. Ha coqueteado con él en el pasado. Me lo cuenta para advertir hasta qué punto es culpa suya, como si tuviera que darme la oportunidad de rechazar su petición de ayuda.

El tipo en cuestión le mandó un mensaje esa noche, diciéndole que estaba de fiesta y que sería «guay» si iba.

Sus padres habían salido, y aunque le habían dicho que no saliera de casa, ella aprovechó la ocasión. Pero, al llegar, vio que no era exactamente una fiesta. Se encontró con él y dos amigos suyos en su dormitorio. Le dieron un cóctel de licores, que ella bebió porque no quería que pensaran que era una sosa, o peor aún, demasiado cría. Aunque ellos saben perfectamente que es demasiado cría, ese es el puto tema. Pronto se dio cuenta de que los otros dos se iban, que se quedaba sola con él, y que él había empezado a besarla. Asustada, aprovechó el momento en que él bajó a la cocina a por más copas para empezar a escribirme.

En el último mensaje me indica la dirección, y cuando me doy cuenta de que está a unos veinte minutos de donde estoy, me tiro

de los pelos de mi peluca con angustia. Corro al coche, le grito a Siri que meta la dirección en Google Maps, y conduzco.

El límite de velocidad por aquí es de cincuenta kilómetros por hora, y voy a más de ochenta. Esta cría está en problemas y una multa o dos no me importan ahora. Pero cuando casi derrapo sin control al tomar una curva a toda velocidad, intento reducir; si me estrello, no podré ayudar a nadie. Aun así, mientras atravieso la noche por carreteras vacías, donde borrachos tambaleantes son mi única compañía, rezo por llegar a tiempo y evitar que pase algo más. Y me doy cuenta, casi sin querer, de que en mi mente esta chica tiene la cara de Katie y el pelo rosa y delicado de Rose.

Llego a la dirección en menos de quince minutos, freno en seco y dejo el coche aparcado de mala manera. La rabia que ha estado cociéndose dentro de mí desde que vi a mi hermana en el hospital ha llegado al punto de ebullición, saliendo por cada poro de mi piel. Al verme reflejada en la ventanilla de un coche, casi me sorprende que no me salga humo por las orejas.

Número 29 de Roland Road. Veo luz en la ventana de arriba. Debería parar un momento para pensar y trazar un plan, pero no lo hago. Me recuerda a la noche en la que irrumpí en el sótano de Karl, pero parece que no he aprendido la lección. Una parte de mí ha estado deseando soltarse del todo y entregarse a la rabia desde el momento en que vi a Katie en el hospital. Desde antes, probablemente. Desde el día en que la atacaron. Incluso desde que era una niña.

Avanzo por el camino del jardín y me planto en la puerta principal, pero tan solo se ve oscuridad al otro lado del cristal. Cerrada. Claro, está cerrada. La gente no deja las puertas abiertas. Sobre todo cuando tiene planes con chicas jóvenes impresionables y borrachas. Sin pensarlo, me agacho y agarro una piedra del borde del camino. Es pesada y rugosa.

La levanto y la arrojo con fuerza contra el cristal, pero tan solo consigo que rebote resonando con un golpe seco. Vuelvo a golpear: crac. Al tercer intento, se hace añicos y cae hacia el pasillo. Meto la mano, giro el pomo y la puerta se abre de golpe. Oigo un «¿qué coño?» de algún sitio, pero mis piernas se mueven más rápido que

su cerebro, y ya estoy a mitad de las escaleras cuando se abre la puerta del dormitorio.

Hay un hombre ahí plantado, con los vaqueros desabrochados, el pelo revuelto. Incluso ante una mujer furiosa que sube hacia él como una tromba, desprende un aura de arrogancia. Un Romeo de campeonato. Es innegablemente guapo, con ese pelo desaliñado y lacio que ves en las estrellas del pop adolescentes, y no tiene miedo. Los hombres como él no temen a las mujeres. Pero deberían.

Digo todo esto a posteriori. Cuando reproduzco lo que pasó, mi mente se ralentiza lo suficiente para darme esta imagen: él, en el umbral, con la luz del dormitorio a su espalda. Pelo castaño oscuro enmarcando su rostro joven y cincelado, una camiseta gris con principios de manchas de sudor bajo los brazos. El ceño fruncido por la confusión, el «¿quién coño eres?», el chillido de alivio desde dentro de la habitación. Y el ruido de la piedra al chocar contra su cráneo. Una y otra vez.

Vuelvo en mí después de lo que parecen unas breves vacaciones de mí misma.

A mis pies yace un cuerpo inerte. El pelo, antes cuidadosamente despeinado, ahora está apelmazado por la sangre y lleno de fragmentos de hueso. Tiene un brazo doblado de forma incómoda y antinatural bajo el cuerpo, aunque poco importa la incomodidad, porque está claro que este hombre ya no está vivo. Uno de sus ojos permanece abierto, perdido en el vacío, mientras la sangre se desliza por su frente, goteando desde la ceja hasta el suelo.

Al mirarme, me doy cuenta de que aún sostengo la piedra, que ahora me pesa como un saco de plomo. La suelto y rueda hacia atrás, bajando las escaleras con un golpe sordo, y otro, y otro en cada escalón. Deben de haber sido solo segundos los que he perdido el conocimiento, pero una vida entera puede cambiar en ese tiempo. O en este caso, apagarse.

Inspiro hondo, intentando calmarme. No es así como se supone que actúo, esto es una locura. Esta violencia descontrolada e improvisada me ha dejado mucho que limpiar si no quiero pasar el

resto de mi vida en prisión. Otro ruido se filtra en mi conciencia que comienza a despertar: el murmullo de un juramento en voz baja. Alzo la vista y veo que otra puerta del pasillo se ha abierto sin que me diera cuenta. En el umbral hay un hombre, con la cara cenicienta y una expresión estúpida. El tufo a marihuana sale de su habitación, y mira el cuerpo de su amigo con confusión bobalicona.

Sus ojos lentos y pesados pasan por fin del desastre sangriento en el suelo a mí, y nos miramos un instante. No hay mucho tiempo para pensar qué hacer, solo hay una respuesta en realidad. Paso por encima del cuerpo de Romeo, meto la mano en el bolsillo y saco la navaja de Chris, abriendo la hoja más grande.

El compañero de piso misterioso retrocede, pero todo acaba en segundos. Lo apuñalo en la garganta mientras me agarra los brazos con debilidad, apartándome mientras saco la hoja y la clavo de nuevo en su cuello tres veces. Cae al suelo con un golpe sordo y parpadeo para quitarme sangre de los ojos, diciéndome que no tenía elección. Que probablemente él también se lo merecía. Permitía que esto pasara en una casa donde vivía. Dejaba que su amigo se aprovechara de la gente, mientras él se quedaba en su habitación atontándose el cerebro con hierba y cerrando los ojos a lo que ocurría.

Está esa frase que a la gente le gusta soltar mucho, ya sabes: «Lo único necesario para que el mal triunfe es que los hombres buenos no hagan nada». Bueno, él no hizo nada. Yo sí.

Pero, sobre todo, me vio. Vio mi cara, me vio cubierta de sangre plantada sobre el cuerpo de su amigo. No había nada más que pudiera hacer. Era él o yo. Asesinato o cárcel. Irónico, en realidad, que tuviera que matar a un hombre para no acabar en la cárcel.

Me apoyo en la pared del pasillo, observo la escena y recobro el aliento. La sangre de estos dos hombres no se parece a nada que haya visto. Empapa la moqueta gris, tiñendo el pasillo de rojo desde ambos extremos mientras los charcos se extienden y se unen. El peso de mis brazos y el dolor que los recorre se mezclan con la presión de mi pecho, como si hubiera corrido hasta quedarme sin aire. La navaja de Chris sigue encajada en mi puño, fría y presente. Me inclino hacia adelante, apretando el dorso de la mano contra mis

labios para contener el sonido que lucha por salir. Algo húmedo cae en mis nudillos, y me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Qué he hecho?

He matado a un hombre a ciegas por rabia. Ni siquiera me defendía. No he intentado que parezca un suicidio o un accidente. Y luego he matado a su amigo, alguien que ni siquiera parecía estar haciendo nada malo. Pero no podía dejar un testigo. Simplemente no podía.

Necesito salir de aquí.

Y de repente lo oigo. Me doy cuenta de que por un momento olvidé el motivo que me trajo aquí. Desde la habitación de Romeo se oye un gemido. El fumeta no era el único testigo. ¿Cómo pude olvidarme de la pequeña Julieta?

Capítulo 27

El agua está roja. Estoy tumbada en una bañera teñida con la sangre mezclada de dos hombres, con solo una gota de la mía, de donde me he arañado la piel. Lo que estoy haciendo parece cosa de brujas, pero no sé qué clase de conjuro lograría con esto. La inmortalidad, espero. Junto con la piedra que me llevé del lugar de los hechos, mi ropa —empapada de sangre— forma un montón en la esquina de la habitación, y veo cómo Shirley Bassey la olfatea con interés. Saca su lenguita rosa para lamer mis pantalones y se me revuelve el estómago.

Me froto las manos para intentar eliminar los últimos rastros de sangre en la piel, pero sé que también la tengo en el pelo. Alargo el brazo hacia los diversos botes de productos, me sumerjo en el caldero rojo y ardiente y me restriego la piel y el cuero cabelludo hasta que me siento en carne viva y renovada. Vacío la bañera y vuelvo a empezar desde el principio.

El coche se descontrola de nuevo, atraviesa barreras y derrapa hacia los acantilados. Esto es diferente de lo que pasó con David Cartwright. Aquello fue un error. En cambio, esto, aunque sea muy generosa conmigo misma, no creo que pueda pasarlo por alto como un accidente.

Matar a un hombre a pedradas y apuñalar en la garganta a quien supongo que era su compañero de piso va mucho más allá de un simple error. Aunque fue espontáneo, cuando maté a Karl limpié todas las superficies y dejé una escena que fácilmente podía pasar por un accidente. El asesinato de David lo planeé con cuidado, aunque elegí mal a la víctima. Pero esto…

Mientras me lavo el pelo por tercera vez, me estremezco al pensar en cualquier rastro de ADN o huellas que pueda haber dejado. Estoy bastante segura de que evité pisar la sangre de la alfombra, así que

las pisadas no deberían ser un problema, pero esta escena difícilmente puede disfrazarse de accidente o suicidio. Fue un doble homicidio clarísimo, sangriento e increíble, y hay muchas posibilidades de que esté jodida del todo.

Y eso sin contar con la pequeña Julieta.

Hubo un momento, solo una fracción de segundo, en el que consideré matarla a ella también. Pero nunca lo haría. Ya mueren bastantes mujeres inocentes de forma violenta y prematura. Nada de esto fue culpa suya, yo solo estaba allí para protegerla, y si hubiera sufrido por mis manos no habría podido vivir conmigo misma. Así que le dije que se quedara en la habitación un momento mientras ideaba un plan.

Luego encontré el teléfono de Romeo y borré su intercambio de mensajes, y le dije que se atara algo alrededor de los ojos antes de que yo entrara en el dormitorio para que no me viera la cara. Luego fui guiándola alrededor de los cuerpos hasta la puerta principal. Antes de salir de la casa, le dije que ellos me habían atacado y que yo los había herido para salvarme, y para salvarla a ella. Asintió para mostrar que lo entendía, temblando y tambaleándose en el sitio con una bufanda brillante atada alrededor de los ojos.

Le advertí que nunca mencionara a nadie que había estado en esa casa, y que olvidara todo lo que había pasado esa noche.

Admito que también amenacé un poco a Julieta. Solo un poco. Necesitaba hacerle saber lo que estaba en juego.

—Si le cuentas a alguien, a quien sea, que has estado aquí, te culparán de esto —le dije, odiándome por cada palabra.

—Sí. —Su voz era diminuta y ahogada, como si saliera de un ratoncillo.

Me estremecí ante mis palabras. Eran palabras que ya había oído antes.

—Tu ADN estará ahí arriba. ¿Entiendes? Si me entero de que se lo has mencionado a alguien, tendrás problemas. Con la policía, y conmigo.

—Vale.

—Borra cualquier mensaje que hayas enviado esta noche. ¿Entiendes?

—Sí.

La llevé en coche casi hasta su casa, dejándola a unas calles de distancia y diciéndole que esperara diez minutos antes de quitarse la bufanda. Accedió, y la creí. La chica estaba en *shock*, aunque me alegro de que no viera los cuerpos. Por la mañana, tendrá que fingir que no ha pasado nada digno de mención. Hay muchas posibilidades de que rompa su palabra algún día, y si eso ocurre, me tocará lo que me merezco. Aunque no sabe mi nombre ni cómo soy, así que quizá no.

Al intentar salvarla, le he dejado un montón de traumas para los que necesitará terapia, pero tendrá que enfrentarlos sola. Sumerjo la cabeza bajo el agua de la bañera y aguanto todo lo que puedo. Pobre chica.

De camino a casa, me detuve junto a una papelera pública donde tiré la tarjeta SIM de mi teléfono de Cuéntaselo a M. No sería seguro usarlo de nuevo. Necesito distanciarme de ese número todo lo posible, y está claro que no estoy en el estado mental adecuado para seguir con la línea. Aunque no me pillen con este incidente, es solo cuestión de tiempo que lo hagan si sigo actuando como esta noche.

Cuéntaselo a M ha terminado.

La luz entra por la ventana del baño, el amanecer se acerca. Tengo la piel en carne viva y arrugada, y el agua está completamente limpia.

Es mediodía cuando entro en el coche para ir a visitar a Katie al hospital. La ropa que llevé anoche ha pasado por varios ciclos de lavado intensivo y luego la he guardado al fondo del armario. Me siento más optimista respecto a mis perspectivas. ¿Sabías que en el Reino Unido solo se resuelven el 5,8 por ciento de los delitos? Muchos de ellos serán cosas como volcar un cubo de basura u otras fechorías menores que la policía ni siquiera se molesta en investigar. Pero incluso en casos de asesinatos, un tercio quedan sin resolver. Y eso a pesar de que la mayoría son evidentes: el marido maltratador

pillado con el cuchillo en la mano, o una pelea de borrachos en plena calle frente a un *pub* lleno de testigos.

Según mis cálculos, a menos que Julieta se vaya de la lengua y la policía rastree Cuéntaselo a M, es improbable que me pillen por esto. Nadie sospecha de una mujer en casos como este, y no es para menos: las asesinas son raras. Hay miles de caminos que la policía recorrerá antes de llegar a alguien como yo: una joven sin conexión ninguna con las víctimas, de brazos flacos y sin fuerza. Seguirán pistas de drogas, un robo frustrado, relaciones con bandas. Mi ADN no está en sus bases de datos porque nunca he hecho nada malo. Bueno, nunca me han atrapado haciéndolo. ¿Cómo podrían relacionarme? Y si lo hicieran, ¿cuánto tiempo tardarían en lograrlo?

Tengo tiempo. No ilimitado, pero suficiente para encontrar y despachar al agresor de Katie antes de centrarme en construir una nueva vida para las dos. Quizá convenza a Nina para que se mude con nosotras a otra ciudad y empezar de cero. Pero no puede haber más errores.

Empieza a llover cuando tomo la circunvalación, gotas gruesas que martillean el parabrisas y dificultan la visión. Imagino la misma lluvia golpeando la puerta de la casa de Roland Road con su cristal roto, lavando cualquier rastro mínimo de mí.

Los hospitales son lugares sombríos. Todos conocemos su olor: esa mezcla de ancianos, lejía, orina y coliflor hervida que ya estaba presente en los años ochenta. ¿Cómo es posible que no lo hayan solucionado aún? Con la cantidad de ambientadores, incienso, velas y perfumes que existen, ¿no podrían arreglar algo tan simple que deprime a todo el mundo? Si todos los spas y centros de bienestar huelen a una deliciosa combinación de romero y eucalipto, seguro que podrían intentar que este lugar oliera menos a muerte. Que llenen los pasillos de ambientadores baratos de coche si hace falta, pero hagan algo.

Pero el olor no es lo peor. Es la soledad. Toda esta gente, en su punto más bajo, tumbada en camas deprimentes en una sala deprimente rodeada de gente deprimente. Si alguien tiene una

visita, suele ser un adulto cumpliendo con el deber de ver a su madre anciana, arrastrando a sus tres hijos pequeños que no quieren ir. Respiran aliviados cuando dejan a la abuela allí para que se consuma lentamente sola, y escapan de vuelta a sus vidas llenas de color. La soledad no se puede ahuyentar con una vela.

Katie está despierta cuando llego a su cama, pero parece avergonzada. Cierra el libro de golpe, sin molestarse en marcar la página, y se sienta en la cama, forzando una sonrisa que parece pedir disculpas. Su expresión es la misma que la de alguien que bebió demasiado la noche anterior e intenta justificar su comportamiento frente a sus amigos.

—¡Mills! No tenías que venir. Estoy bien, de verdad, todo es una exageración.

—¿Cómo estás, hermanita?

—Oh, bien. ¡Bien! En serio. —Me sonríe de nuevo para mostrar lo bien que está, y añade en voz baja—: Aunque la gente de aquí me está volviendo loca.

—¿Quién en particular?

—Pues ella —asiente sutilmente hacia una cama enfrente y a su derecha—. No para de quejarse de la temperatura, como si esto fuera un hotel de lujo. Y la de ahí al fondo ha tenido un grupo enorme de visita, con cuatro niños pequeños incluidos. Y cuando les han dicho que se vayan, han empezado a arremeter contra las enfermeras.

Arqueo las cejas en fingido horror.

—Si pudieras catapultar a una directa al espacio, ¿cuál sería?

—La cama número seis —susurra en tono teatral—. Dios mío. Ve Love Island en el portátil sin auriculares y jadea y se ríe a carcajadas todo el rato. Reacciona como si fuera un extra de un programa de televisión.

Me sorprendo riéndome a carcajadas. A pesar de que Katie está en el hospital, pálida y vendada, resulta increíble reír con mi hermana. Siempre ha sido graciosa. Aunque sé que intenta distraerme para no hablar de nada serio, no la he visto tan viva en mucho tiempo. Quizá fuera el conjuro de la bañera: transferí la vida de esos hombres a mi hermana. Si es así, mataría cien veces con

gusto. De todos modos, no quiero interrogarla demasiado, así que pasamos cuarenta minutos felices poniendo verdes a los residentes de la sala en voz baja, hasta que me dicen que ya es hora de irme.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —pregunto, recogiendo mis cosas a la velocidad más lenta posible antes de que me llamen la atención.

—Supongo que empezará Love Island en breve. No pasa gran cosa aquí, la verdad, Mills.

—No, me refiero a después de esto —digo, señalando alrededor—. ¿Vendrás a casa pronto?

Se sonroja, ya se había confiado por mi falta de preguntas. Me siento culpable, pero no puedo irme sin saberlo.

—Eh…, no estoy segura. Quieren tenerme aquí por ahora, y quizá vaya… a otro sitio después.

—Ah. Vale. —Las preguntas me suben por la garganta, pero las reprimo. ¿Un pabellón psiquiátrico? ¿Te van a ingresar? ¿Cuánto tiempo? ¿Pueden curarte? Pero ya me ha dicho suficiente por ahora, y quiero irme con buen sabor de boca—. Bueno, suena genial. Y tienes buen aspecto. Vendré mañana, ¿vale? Te quiero.

Abrazo su frágil cuerpecito y hago ademán de irme, pero tira de nuevo de mí, sin soltar el abrazo.

—¿Todo bien? —le pregunto en un susurro.

Me suelta.

—Sí, sí. Es que… Nada. Nos vemos pronto.

La miro expectante. Una enfermera recorre la sala, apremiando a los últimos visitantes.

—Katie, ¿qué pasa?

—Nada, de verdad. —Pero veo que sus ojos se desvían al cajón de la mesilla, así que me inclino para abrirlo. Hay un sobre dentro, con mi nombre en el frente escrito con su letra.

—Ah, eh…, sí —murmura Katie, sonrojándose—. Te escribí algo, pero no hace falta que lo leas. Es una tontería. Me arrepiento de haberlo escrito. —Mueve el brazo, pero está herido y es lento, y yo ya me he levantado con la carta en la mano—. Bueno…, no lo leas aquí. Espera a estar en casa. ¿Prometido?

—Prometido.

Lo guardo en el bolsillo, la abrazo de nuevo y me voy, parando junto a las enfermeras para darles las gracias. La carta me ha entristecido y enfadado. Katie me ha pedido perdón incontables veces, y eso es lo que será esta carta. Lo siento por ser tan aburrida, lo siento por estar tan cansada, tan embarazosa, tan estúpida. Lo siento por no comer suficiente, lo siento por estar tan delgada, lo siento por hacerme daño, lo siento por causar molestias. Pero ella no necesita disculparse. Él necesita disculparse. Ella necesita enfadarse.

A pesar de cómo me siento, juro leerla más tarde con una copa de vino.

La lluvia se ha calmado hasta convertirse en llovizna, y apenas la noto al salir por las puertas automáticas al aire fresco, una bendición después del hedor sofocante de la tristeza hospitalaria. Mientras avanzo hacia mi Micra rojo descolorido aparcado en una esquina lejana, pienso en las opciones de Katie. Imágenes de manicomios anticuados con mujeres encadenadas a las camas compiten con las de una mansión campestre con prados verdes ondulantes y clases de yoga.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no percibo que me llaman por mi nombre hasta que lo tengo a dos metros. Me giro, y en ese instante siento cómo la sangre se congela en mis venas, y mi corazón se transforma en un bloque de hielo dentro de mi pecho.

—¿No me has oído? ¿Cómo estás? —James me sonríe, con gotas de agua brillando en el pelo, y a su lado está alguien a quien solo he visto una vez.

—Este es mi hermano. Imran —dice señalando al hombre que se tambalea sobre un par de muletas—. Te conté que tuvo un accidente, ¿verdad? Hemos tenido que volver para cambiar el yeso. —Se vuelve hacia su hermano—: Esta es la chica de la que te hablé.

Siento que James me sonríe, pero dejo que el pelo me caiga sobre la cara. ¿Dónde están mis llaves?

—Encantado de conocerte —dice Imran, y murmuro algo sin levantar la vista—. ¡Yo te conozco de algo! ¿Eres contable? ¿Hemos coincidido en alguna conferencia?

—No. No, no, no soy contable. —Río de forma exagerada y estruendosa—. Nunca se me han dado bien las sumas. Soy muy mala con las matemáticas. Aunque tengo una de esas caras que resultan familiares, por lo visto. —Agito la mano sobre mi rostro, como si él no supiera qué es una cara y necesitara que se la señalara—. Todo el mundo cree conocerme. —Mis dedos rozan el metal en el fondo del bolso—. ¡Ajá! Lo siento, es que, eh…, no encontraba las llaves. Pero ya las tengo. En fin, encantada de conocerte, Imran. Espero que tu pierna se recupere pronto. ¡Nos vemos, James! —Fuerzo la llave en la cerradura y abro la puerta.

—Ah, vale. Nos vemos pronto, ¿eh? ¡Tengo algunas teorías que contarte! ¿Quizá mañana por la noche?

James sigue hablándome a través de la rendija de la puerta. Hay una manchita minúscula de sangre en la ventanilla que acabo de notar. Mierda, tengo que llevar este trasto a limpiar. Es de primero de asesinatos. Necesito largarme de aquí… Es un pensamiento que tengo demasiado a menudo últimamente.

—¡Sí! Mañana. Claro.

Cierro de golpe la puerta y arranco el motor. Al salir del aparcamiento, los veos a los dos de pie en el mismo sitio junto a mi plaza vacía, hablando. Miro por el retrovisor una última vez antes de irme, y veo que ambos se giran para verme marchar.

Capítulo 28

Me considero más inteligente que la media. No soy partidaria de la falsa modestia. A las mujeres no se nos permite presumir; se espera que seamos humildes. Si alguien te dice que estás guapa, debes insistir en que no lo estás. Si sabes que has clavado un examen, tienes que fingir que crees que lo hiciste fatal, y cuando llegan las notas, poner cara de sorpresa y decir: «¡Vaya, no me lo esperaba!».

Esas son las reglas. Las entiendo y, en general, las sigo. Igual que la regla de no matar gente. De eso tampoco presumo, va contra las normas.

Pero en privado, entre tú y yo, sé que soy lista. Siempre lo he sido. Y, dadas las circunstancias, he sabido resolver mis propios marrones. Eso no me ha llevado a un trabajo de altos vuelos, pero tampoco estaba en mis planes. Nina siempre dice que debería probar con la redacción publicitaria, y quizá lo haga. Solo tengo que superar esto primero: cubrir mis huellas tras los asesinatos en casa de Romeo, encontrar y acabar con el agresor de Katie, y asegurarme de que James no sospeche nada. Después podré seguir con mi vida. Sencillo.

Me sirvo otra copa de vino y suelto un suspiro profundo para calmar los nervios. The Golden Guinea sigue tranquilo: es domingo por la tarde y aquí no sirven comida. La desesperación británica por un plato semanal de carne con salsa hace que las masas eviten este sitio en favor de la cadena de *pubs* que ofrezca la ternera más barata y las patatas más abundantes.

Aun así, mi mesa habitual ha sido tomada por una pareja con aires de superioridad, así que me acomodo en un sillón de cuero junto al fuego, con mis largas piernas recogidas bajo mi cuerpo, abrazando con fuerza una copa generosa de vino tinto contra mi pecho. Un anciano en el sillón de enfrente tiene un terrier de las

Highlands a los pies y un periódico desplegado en el regazo. Cada vez que pasa página, el papel cruje tan fuerte que el perro levanta la cabeza del suelo con cansancio, como preguntando: «¿Y ahora qué coño pasa?».

Beber sola durante el día es algo que intento evitar. No es precisamente la mejor manera de decir: «Soy una mujer bien adaptada y completamente cuerda». Pero estoy comenzando a entrar en pánico. Solo un poco. Lógicamente, sé que no sirve de nada. No resuelve las cosas. El pánico, al igual que la tristeza, no es más que pura autoindulgencia. Sin embargo, esta tarde me permito este pequeño capricho en particular.

El anciano dobla su periódico con un ruido tan fuerte que me sobresalto, y termino salpicándome de vino en la mano. El rojo sobre mi piel me trae a la mente lo de anoche, y un escalofrío me recorre. Pero no siento miedo, solo un agotamiento que me pesa en los huesos al recordar que todavía tengo que limpiar la sangre del coche. El anciano pasa junto a mí, va hasta la barra y pide una pinta de bíter y un vaso de agua.

—Y nada de cosas raras con el agua, si no te importa.

—Ah, aquí solo servimos cosas sofisticadas, Terry —ríe el camarero mientras llena un vaso de pinta bajo el grifo, salpicando agua por todas partes al dejarlo junto a las bombas de cerveza.

—Pues no me parece muy sofisticado, la verdad.

—Aquí solo usamos Perrier. Pero le quitamos todas las burbujas la noche anterior, ¿sabes? Estuve hasta las dos de la madrugada removiendo con un palillo para prepararte ese vaso.

Ríen y siguen soltando bromas mientras el dinero pasa de una mano a otra, y el anciano que bebe bíter no tarda en volver a su sillón, haciendo esos ruiditos de siempre. Qué vida tan fácil tiene este hombre. Leer el periódico con su perro, tomarse sus pintas, charlar con los camareros. No puedo asegurarlo, pero apostaría a que no pasó la noche en vela después de un doble homicidio improvisado, ni está pensando en cómo manejar a un detective que se está acercando demasiado a la verdad. Me pregunto si será un buen hombre, y el pensamiento me pilla desprevenida. ¿Me estaré ablandando?

Mi padre era bebedor. No me lo imagino charlando amigablemente al otro lado de la barra, pero quizá lo hacía. Tal vez agotaba todo su buen humor en el *pub*, y lo único que le quedaba en el cuerpo al volver a casa era rabia, amargura y crueldad. Pero no lo creo. Pienso que eso era lo único que tenía para dar.

Si te sientas en suficientes *pubs*, verás a hombres como mi padre. Se sientan solos, frunciendo el ceño ante sus vasos, o se emparejan con otro tipo de cara roja para discutir sobre inmigración y gente gay.

Es irónico, incluso gracioso, quizá hasta hilarante, que mi padre pensara que los inmigrantes o las personas LGTB eran una amenaza para nuestro país. No de ninguna forma en particular, solo una «amenaza general». El hecho de que él fuera un cabrón de primera que hería a todos a su alrededor, de que la mayor amenaza para el éxito y la felicidad de nuestra sociedad sean hombres como él, nunca pareció cruzársele por la mente.

Cuando tenía quince años, lo seguí al *pub*. No me vio siguiéndole porque su mente estaba enfocada como un láser en adónde iba. El sitio que frecuentaba mi padre no era como este: nada de fuegos crepitantes, perros monos ni cartas de vinos. Su *pub* de siempre, The Tap and Barrel, era famoso por sus pintas a dos libras, los sándwiches de queso gratis los viernes y un ambiente cargado de agresividad contenida que parecía flotar entre sus cuatro paredes. Esa noche, me metí en un reservado en una esquina con una Coca-Cola Light y me dispuse a observarlo.

Mi padre tenía amigos. Hasta los cabrones de verdad tienen amigos, porque hay tantos cabrones por ahí que siempre puedes encontrar una tribu. Al espiarlo, lo oí reír, algo que nunca hacía en casa, pero también gritaba y despotricaba, sorbiendo ruidosamente su cerveza. En un momento de la noche, una mujer de pelo corto mal teñido y con una escayola en la pierna se colgó de sus hombros. No paraba de sorber por la nariz, lo que me indicó que ya se había metido unas rayas de cocaína pese a ser las ocho de un miércoles. Mi padre le dio una palmada en el culo y ella empezó a gritar cosas

sobre extranjeros, como si hubiera pulsado un botón. Todo aquello fue una verdadera lección, y justo cuando sentía que podía irme con una mayor comprensión de quién era el hombre que nos atormentaba, me vio.

¿Alguna vez has sentido un miedo así? Ese miedo que surge cuando un hombre familiar y agresivo fija su atención en ti. Tal vez lo hayas sentido, si eres mujer. Nadie antes había logrado intimidarme como él. La memoria es un fenómeno curioso, y me pregunto si la mía ha deformado lo sucedido. Porque, en mi recuerdo, su rabia tenía algo casi caricaturesco. Sus ojos se endurecieron y se afilaron como dagas, y de pronto fui intensamente consciente de todo: la firmeza de la silla bajo mi cuerpo, la textura pegajosa de la mesa contra mis brazos. Era como si mi cuerpo entero hubiera despertado.

Sin embargo, allí no pasó nada. Él se levantó y fue al baño, y yo aproveché para salir corriendo a casa. Pero me castigó después, presionando un cigarrillo encendido contra mi piel. Aún puedo sentir el ardor de esas marcas rojas, horribles, que detesto con todo mi ser. Lloré mientras mi madre limpiaba la cocina con la música a todo volumen, aunque ya eran las once de la noche. Todavía puedo oír el sonido del agua saliendo del grifo.

—¿Qué tal con la freidora de aire, Terry? Tu mujer te regaló una por tu cumpleaños, ¿no? —La voz del camarero se filtra en mis pensamientos. Está apoyado en el extremo de la barra, hablando por encima de mí al hombre del perro—. Dicen que son el futuro.

—Ah, es cierto. Lo son. El otro día hice un pan *naan* estupendo con ella.

—¡No me digas!

—Oh, sí. Se puede cocinar cualquier cosa esos cacharros. Aunque no sé si puedo decir lo mismo de la máquina de café que compró mi mujer hace un tiempo. Eso sí que es un lío. ¿Qué tiene de malo el café instantáneo?

—Si solo quieres tomarte un café, ¿por qué complicarse tanto?

—Es una pérdida de tiempo. No me quedan tantos años de vida como para ponerme a moler granos.

Me dejo arrastrar por su charla banal, como si fueran olas suaves que me calman. Me abrazo las piernas contra el pecho y me pregunto si algún día tendré una vida con alguien que se gaste un dineral en electrodomésticos y haga pan *naan* casero desde cero.

Tras la muerte de mi padre, no volví a pensar en él durante años. Puede parecer una mentira, pero te aseguro que no lo es. El cerebro humano tiene esa cualidad mágica de bloquear lo que no queremos enfrentar, de esconder los recuerdos bajo rocas imposibles de levantar. Hasta entonces, mi padre había ocupado cada uno de mis pensamientos. Pero decidí que no merecía la pena darle más espacio en mi mente. Nina, que nunca conoció toda la historia pero entendió lo esencial, dijo que esa no era una forma sana de afrontarlo. Bueno, incluso las mejores amigas no siempre están de acuerdo.

Pero desde que atacaron a Katie, y sobre todo desde que murió Karl, me resulta más difícil mantener esos pensamientos bajo control. Todo se mezcla en un gran caos y, por más que intente reprimirlo, siempre termina saliendo a la superficie. Mi madre y yo no hemos hablado de mi padre desde que murió, y no sé si ella piensa en él. No estoy segura de que tenga la fuerza de voluntad para controlar sus pensamientos y bloquearlo. Pero ese es su problema, no el mío. No tengo la energía suficiente para ayudar a todo el mundo. Menos aún a quienes nunca me han ayudado.

A veces me pregunto qué me ha hecho ser como soy. Una cínica, una justiciera, una asesina. Pero no tengo que preguntármelo mucho. Ellos me hicieron así. Mi padre, sí, pero mi madre también tiene culpa, por mirar hacia otro lado. Aunque eso no importaría en el banquillo, ¿verdad? «Por favor, señoría, mi madre me jodió la vida, ¿puede cumplir ella cinco años de los quince de mi condena?».

No es así como funciona. Estás solo desde que naces, tus problemas y acciones son solo tuyos. Por eso no siento culpa por mis víctimas. Tal vez Hugh creció en un entorno que hace comprensibles su engaño y su codicia. Quizá Karl sufrió abusos en su infancia. Quizá Steven estaba hundido en una desesperación sin salida. ¿Debería importarme? Ninguna de esas cosas son excusas para su

conducta despreciable. Fueron juzgados por lo que hicieron, igual que yo. O igual que yo lo sería, si alguna vez tuviera intención de dejarme atrapar.

Alzo la vista hacia la barra y veo que el camarero ha vuelto a servir pintas a un nuevo grupo de clientes, mientras el viejo Terry ha regresado a su periódico. Lo observo fijamente, con su perro anciano rozándole la mano que cuelga del brazo del sillón, y no puedo evitar sentir cierta envidia por su aparente felicidad. Podría haber sido Terry, o la mujer de Terry obsesionada con los electrodomésticos, o la hija de Terry, que seguro que es increíblemente feliz, o incluso el fiel perrito de Terry. Pero no lo soy.

Aunque Terry probablemente sea un idiota.

La carta de Katie está en mi bolsillo, y voy a leerla aquí, en el ambiente acogedor de este *pub*. Pero primero beberé, para embotar mis sentidos.

Siento un zumbido en el bolsillo y, en lugar de revisarlo, me sirvo otra copa de vino de la botella, de la que ya he bebido dos tercios. Las abejas han regresado a mi sangre, pero esta vez no zumban con rabia; revolotean en un movimiento ansioso y constante que me revuelve el estómago. No quiero pensar en el teléfono, ni en la posibilidad de un mensaje de James diciendo que su hermano recuerda dónde me vio antes: merodeando fuera la noche en que mataron a Karl.

Pero no para, y ahora el perro me mira, con las orejas erguidas y la cabeza ladeada. Así que me bebo de un trago la copa llena de merlot y lo extraigo del bolsillo, justo a tiempo de ver que la llamada termina. Era Nina. Tengo seis llamadas perdidas suyas, y un mensaje de James que puedo leer desde la pantalla de bloqueo:

¡Qué gracia encontrarnos antes! ¿Va todo bien? Parecías un poco rara.

Tal vez no tenga que preocuparme por él tanto como pensaba. Pero ¿por qué tantas llamadas de Nina? Salvo que la haya dejado plantada por accidente, no es de insistir. Siempre llama una vez y, si

no respondes, opta por un mensaje. Mientras miro la pantalla intentando descifrarlo, llega la respuesta.

Un mensaje de WhatsApp de Nina aparece, la notificación verde brotando en la pantalla.

Millie, tenemos que hablar. Lo sé.

Capítulo 29

La gente subestima a las mujeres. No solo los hombres, también las propias mujeres. ¿Qué mejor ejemplo que este? Estaba tan preocupada por el torpe detective de sonrisa amable que apenas consideré la posibilidad más evidente: que Nina, que conoce gran parte de los hechos y es lista como un demonio, fuera la primera en llegar a la verdad.

Claro. Sabía que le interesaban los asesinatos, pero como nunca se me había ocurrido en serio que Nina pudiera descubrir lo que había estado haciendo, no tenía ningún plan al respecto. Su mensaje decía muy poco, así que no estoy segura de qué sabe exactamente. ¿Que maté a Hugh? ¿Que he matado a un montón de gente en el último mes? ¿Que estoy persiguiendo al agresor de mi hermana? ¿Que escondí diez mil libras en su apartamento? Podría ser cualquiera de esas cosas, o todas. Para hacer justicia a la inteligencia de Nina, debería asumir que lo sabe todo.

La amistad entre Nina y yo es sólida. Pero ¿es lo suficientemente fuerte como para afrontar una situación como esta? ¿Encubrir que su amiga es una asesina en serie? Al fin y al cabo, es abogada. Ha dedicado su vida a la justicia legal.

En casa, me meto de nuevo en la bañera, con Shirley Bassey observándome desde la alfombrilla, la cola ondeando suavemente en el aire. Como acto de valentía, no he apagado el teléfono. Lo dejo en el suelo de baldosas y registro mentalmente cada vez que suena, reverberando por la habitación. Nina llama ocho veces más. Cuando paran las llamadas, me quedo en el agua, en vilo por ver qué pasará exactamente a continuación.

Los golpes en la puerta me hacen saltar de tal forma que el agua rebosa por el borde de la bañera y se derrama por las baldosas, haciendo que Shirley salga disparada en busca de refugio. La ranura

del buzón se abre con un ruido fuerte, y enseguida escucho la voz de Nina, ronca por los años de cigarrillos en la adolescencia.

—¿Millie? Tenemos que hablar. ¿Estás ahí?

Me he quedado paralizada en el agua, casi sin respirar.

—Bueno, si estás, abre la puerta o llámame, ¿vale? Tenemos… tenemos que hablar de esto.

El buzón se cierra con otro ruido fuerte y suelto el aire contenido. Estaba sola. No ha venido con un equipo de policías armados con arietes, esposas y gases lacrimógenos. Pero no debería engañarme pensando que eso durará para siempre. El buzón vuelve a sonar, seguido de un golpe suave de algo cayendo en el felpudo.

Karl, Steven, Chris, Hugh, David, Romeo y el Fumeta. Una lista muy larga. La mayoría se lo merecía, quizá todos. Lo de David Cartwright me provoca un ligero remordimiento, pero no tarda en desaparecer, aplastado bajo una de esas rocas de mi mente. Así es la vida: para hacer una tortilla, hay que romper huevos. Mala suerte si te toca estar en el lado equivocado de la sartén.

La cabeza me da vueltas, y soy muy consciente de que este coche está a punto de estrellarse en una cuneta, rodeado de sirenas sonando y frías esposas de metal. Arrastrando mi cuerpo, que parece un saco de huesos traqueteantes, salgo del agua tibia, me seco y me visto con un conjunto que me hace sentir poderosa: pantalones pitillo de talle alto con una blusa negra transparente. Me maquillo a fondo, porque no puedo decidir mi futuro con esta pinta, y me siento en la cocina, con el cuaderno abierto delante.

El sonido de algo cayendo cruza las paredes desde la casa vecina y, por un instante extraño, me imagino a Sean y a mí reflejados el uno en el otro. Dos figuras solitarias, sentadas en nuestras cocinas, buscando desesperadamente una salida a los enredos que hemos tejido. Por un momento fugaz, me pregunto si podríamos salvarnos mutuamente, hasta que recuerdo su irritante manera de decir «me parece».

El ruido me recuerda al de Nina empujando algo por el buzón, y voy al pasillo para ver un papel doblado en el felpudo. Lo llevo a la cocina y me tomo mi tiempo para abrirlo, sabiendo que lo que hay en este trozo de papel podría decidir mi destino. Cuando lo abro, no

estoy preparada para las palabras. Es un tique de Sainsbury's por la compra de champán, tomates y una recarga para vapear de sandía, y en medio hay un mensaje escrito con tinta azul. La letra redondeada de Nina, que nunca habría imaginado en un documento legal, siempre me pareció cálida, como un abrazo. Ahora, sin embargo, es mucho más que eso. Es un salvavidas. Es oxígeno.

Estoy contigo. N X

La policía no está en camino. Pero le debo una explicación a Nina, y aún tengo que lidiar con James. Esta nota es más de lo que podía esperar, pero desde luego no me da vía libre para seguir sin pensarlo dos veces. Sería tonta si no me diera cuenta de que estoy en un precipicio, y no hace falta mucho para empujarme al vacío. Un ataque de cobardía de la pequeña Julieta, una crisis de conciencia de Nina, un momento de brillantez de James. Es hora de pensar en mis opciones.

Puedo morir, que me encierren o llevar esto hasta el final. Llevarlo hasta el final significaría completar el plan con éxito, convencer a Nina de que nunca se lo cuente a nadie y probablemente mudarme para empezar de cero. Por razones obvias, es mi opción preferida. Sin embargo, me preocupa que se esté convirtiendo rápidamente en la menos probable.

Entregarme sería de cobardes, y ni siquiera voy a pensarlo en serio. ¿De qué me serviría? Tampoco voy a quitarme la vida, no a estas alturas. Después de todo lo que he pasado, ¿por qué rendirme ahora? Sobre todo cuando todavía hay una mínima posibilidad de que las cosas salgan como quiero.

No. Pensando en las opciones, está claro cuál es el camino. Puede que llegue un momento en que seguir adelante y alcanzar esa vida libre sea algo imposible; en ese caso, ya pensaré en las otras alternativas. Quizá tenga que decidir rápido, sin tiempo para organizar nada ni dejar todo en su sitio. Por eso, aunque voy a seguir adelante con mis planes, y lo haré lo más rápido que pueda, debería pensar en lo que dejaré atrás si el destino no juega a mi favor.

Hay gente a la que le debo una explicación. Si no salgo de esta, Katie y Nina se quedarán dolidas y confusas. Así que, antes de dar otro paso, debería explicárselo todo. Cierro el cuaderno de golpe y subo a rebuscar en mi escritorio, sacando una vieja grabadora que usé durante un breve periodo como asistente personal (antes de que me despidieran por mi «actitud» cuando me negué a mentirle a la mujer de mi jefe sobre su paradero, como si eso estuviera en la descripción del puesto).

De vuelta en la cocina, encuentro una botella de vino caro, un regalo de Nina por mi cumpleaños que he estado guardando, y me sirvo una copa grande. No tiene sentido reservar algo tan bueno si estás planeando tu muerte o encarcelamiento. Respiro hondo y pulso el botón de grabar.

—El primer hombre al que maté fue mi padre.

A los cinco años, vi a mi padre empujar a mi madre contra la pared con tanta fuerza que un cuadro se cayó y el cristal se rompió. A los seis, vi cómo le pegaba, y a los siete, me di cuenta de que los cortes y moretones que siempre tenía en la piel eran por su culpa. A los ocho, volvió a casa borracho y de repente pareció fijarse en mí, agarrándome tan fuerte que me dolió. A los nueve, me violó por primera vez. A los diez, nació mi hermanita, en un mundo que para mí era puro dolor, miedo y rabia.

Mi hogar no era feliz, pero nadie aparte de mi madre —ni Nina, ni el tío Dale, ni siquiera realmente Katie— entendió nunca cuán infeliz era. Mi madre era una víctima, igual que yo. Vivía aterrorizada por el temperamento impredecible de mi padre y su sed insaciable de alcohol, que aumentaba año tras año. Pero como adulta, mi madre tenía una capacidad de acción y un poder que yo no tenía a los ocho años. Podría haber hecho una maleta para las dos y sacarnos de allí. Podría haberlo denunciado a la policía. Pero no lo hizo. En lugar de eso, limpiaba.

Nunca perdonaré a mi madre por hacer la vista gorda a todo lo que pasaba en esa casa. Las cosas no eran fáciles para ella, y quizá pienses que soy cruel por juzgarla. Pero se te juzga por tus acciones,

igual que a mí; no por las circunstancias atenuantes. En mi opinión, no se libra por estar asustada. Si tienes un hijo, debes protegerlo. Punto.

Después de que naciera Katie, el abuso continuó durante años. Katie era un bebé y pasaba desapercibida para mi padre, igual que yo en los primeros años de mi vida. Mientras tanto, yo me había transformado en una cuarentona en el cuerpo de una niña, con toda la inocencia borrada. Mi padre empeoraba poco a poco con los años, y la casa se volvía cada vez más limpia.

Las cosas cambiaron cuando tenía dieciséis años y Katie apenas seis. Esa noche, papá volvió del *pub* alrededor de la medianoche. Bastó oír el sonido de la puerta para saber que estaba completamente borracho. En un hogar como el mío, aprendes a descifrar esos pequeños detalles: el lenguaje oculto de los sonidos.

Ese sonido específico —el roce de la llave buscando la cerradura, la apertura brusca, el portazo final— era un presagio. Me encogí en la cama, subí el edredón hasta las mejillas y dejé que mi mente se desconectara.

Con dieciséis años, podrías preguntarte por qué no hacía algo para cambiar mi situación, pero es difícil explicar lo imposible que parecía. ¿Adónde habría ido? ¿A dormir en las calles? Tampoco podía confiar en nadie. Mi propia madre sabía lo que ocurría y nunca hizo nada para detenerlo. No estaba segura de cómo eran las vidas de los demás; tal vez mi situación no era tan rara. En el fondo, sabía que sí, pero a veces te cuentas mentiras para poder seguir adelante.

Esa noche empecé a flotar fuera de mi cuerpo mientras escuchaba los golpes en la cocina, seguidos de los pasos lentos y pesados subiendo las escaleras. Pero entonces algo fue diferente. Los pasos se detuvieron en el rellano de arriba. Me incorporé, confundida. Luego escuché un sonido nuevo: la puerta de la habitación de mi hermana abriéndose, el chirrido de la bisagra al empujarla despacio.

Salí de la cama y crucé el pasillo más rápido de lo que se tarda en decir «¡Mierda!». Es otra imagen grabada en mí: él de pie en la puerta de Katie, mirándome como si lo hubieran pillado con las manos en la masa. Sus ojos se abrieron por una fracción de segundo, sorprendidos. Luego, su rostro cambió. Puso esa cara

inexpresiva, como si solo estuviera asegurándose de que su hija estaba dormida.

—Que duermas bien —gruñó, guiñándome un ojo como si fuéramos un equipo con un secreto.

Se tambaleó hasta su habitación, y yo entré de puntillas en la de Katie, acurrucándome a su lado en la cama. No pegué ojo esa noche y fingí estar enferma para no ir al colegio por la mañana. Pero no era por agotamiento por lo que necesitaba el día en casa. Era porque tenía trabajo que hacer. La noche que abrió la puerta de mi hermana fue la noche que supe que él tenía que morir.

Capítulo 30

Ya ves, se me da bien esto de matar porque llevo entrenándome para ello bastante tiempo. Pero la muerte de papá fue un accidente, así que no puedo atribuirme todo el mérito. No tenía experiencia alguna en exterminios. Él me doblaba en tamaño, me triplicaba en peso y encarnaba todo lo que me aterrorizaba.

Pasaron días después del incidente en la puerta de Katie. Todas las noches me quedaba despierta hasta asegurarme de que mi padre dormía, y a menudo me colaba en la habitación de Katie para acurrucarme a su lado. Mi hermanita era tan pequeña y perfecta. Crecer en aquel ambiente no era agradable para nadie, pero mi madre y yo, sin hablarlo siquiera, intentábamos protegerla de lo peor. Era lo único que mi madre hacía bien, centrarse en Katie. Ambas sabíamos que yo ya estaba perdida.

Los días se convirtieron en semanas, y cada plan que se me ocurría parecía más absurdo que el anterior. ¿Cómo iba yo, una adolescente que no había logrado nada y a la que nadie quería, a derrotarlo? Una parte de mí no creía de verdad que fuera capaz de hacerlo. Pero algo había cambiado dentro de mí. El miedo que sentía quedó enterrado bajo un instinto protector hacia Katie, tan fuerte que no dejaba espacio para nada más. Así que, a falta de un plan real para matar a ese cabrón, decidí joderle la vida.

Le movía los zapatos de sitio. Le escondía las llaves del coche. Le atrasaba el reloj veinte minutos, haciendo que llegara tarde al trabajo tres días seguidos antes de que se diera cuenta. Sufría por ello. No es que supiera que era yo, pero lo ponía furioso, y su furia siempre acababa encontrándonos a mi madre y a mí. Pero merecía la pena, porque cuando los zapatos no estaban donde debían por quinta vez en dos semanas, vi algo en sus ojos que no había notado antes: miedo. De algún modo, el miedo que yo había perdido se le

había contagiado a él. Se temía a sí mismo, temía estar perdiendo la chaveta.

Me volví más osada. Cambiaba casi a diario la posición del asiento, el volante y los retrovisores de su coche. Le cambiaba los zapatos de trabajo por zapatillas deportivas. Ponía los cereales en la caja equivocada. Eran chorradas. Nada como ver morir a un hombre de un *shock* anafiláctico por joder a tu amiga. Pero fue mi primer sorbo de venganza, y resultó tan tan dulce.

La inspiración venía de películas, libros y de observar su rutina diaria. Hacía todo lo posible por añadir un momento de irritación cada día, un pequeño «que te jodan» de mi parte. Leer siempre ha sido uno de mis placeres. Cuando creces pobre y sin amigos, los libros son la única parte no deprimente de la vida, y es porque tratan de la de otra persona. En el colegio, a la hora del almuerzo solía esconderme de los demás en la biblioteca.

¿Sabías que hay setenta y cuatro muertes en escena en las obras de Shakespeare? Era un tipo sangriento. Hay de todo: decapitaciones, mordeduras de serpiente, puñaladas, ahogamientos y demás. Tenía buenas ideas Shakespeare.

Mi obra favorita suya no era de las populares. Romeo y Julieta es una tontería: ¿quién huye de la fortuna y luego se quita la vida por un hombre? Macbeth tiene su encanto, y la locura generalizada y el aire asesino de Hamlet siempre es un gustazo. Pero *Tito Andrónico* era mi favorita de adolescente, y siempre ocupará un lugar especial en mi corazón.

Se considera la obra más violenta de Shakespeare, y una de las menos respetadas: hay catorce muertes en sus dos horas y cuarenta y cinco minutos. Incluye mutilaciones, violaciones en grupo, sacrificios humanos y, como toque final, canibalismo disfrazado de un pastel perfectamente horneado.

Un día me escondí en la biblioteca, y fue cuando leí esa obra por primera vez. Además de no tener amigos con los que pasar el rato, también mantenía la cabeza baja porque tenía un ojo morado. Mi padre había montado en cólera por el neumático pinchado de su coche esa semana. La verdad, fue culpa mía, no lo niego, pero su reacción fue exagerada, especialmente porque él ni siquiera sabía

que había sido yo. Me dio un puñetazo en la cara y me rompió la nariz, una herida que nunca llegó a sanar del todo.

Leer esa obra me abrió los ojos. La sangre me emocionaba, la crueldad, la injusticia, la maldad. Y leer sobre cómo dos jóvenes son asesinados, horneados en un pastel y servidos a su propia madre fue lo más horrible y brillante que mi yo de dieciséis años había oído nunca. Encendió una chispa en mi mente, y comencé a idear un plan durante las clases de la tarde.

Cuando mi padre salía por la noche, era responsabilidad de mi madre asegurarse de que tuviera una comida caliente esperándolo a su regreso. Pero cuando cumplí dieciséis años, él me dijo que ya era hora de que me espabilara y ganara mi sustento. La mitad de la semana me tocaba a mí cocinar. Y sabía perfectamente qué iba a preparar.

Estás poniendo los ojos en blanco, ¿verdad? Calma. No horneé a mi padre en forma de pastel. Ni siquiera era mi intención matarlo. Bueno, sí lo era, pero con el tiempo, no en esa ocasión.

Al día siguiente, mi padre volvió del trabajo, se cambió de ropa y salió por la puerta hacia The Tap and Barrel casi sin decir una palabra a su mujer ni a sus hijas. Preparé un pastel de carne picada de ternera, cebollas y zanahorias para nosotras, y comimos alrededor de la mesa en la cocina diminuta, con el mantel de plástico barato pegándose a nuestros antebrazos. Mi hermana parloteaba sobre el colegio y mi madre y yo escuchábamos. Incluso entonces, nuestra única forma de comunicarnos era a través de Katie. Cuando saqué el pastel, mi madre pareció alarmada por el tamaño.

—Le he hecho uno aparte.

—Qué amable, cariño. —Lo dijo con naturalidad, pero vi cómo la ansiedad se le escapaba, como cuando desinflas un globo en la playa porque ya es hora de irse. Se infla de miedo, se desinfla de alivio. Es una forma agotadora de vivir.

En el horno esperaba la cena de mi padre. Un pastel perfectamente horneado, casi de dibujo animado. Carne picada de ternera, zanahorias, cebollas y una buena dosis de veneno para ratas, que encontré en una caja en el cobertizo. Lo imaginaba

vomitando, tal vez sufriendo un ataque de diarrea humillante en algún lugar inapropiado. Pero no sabía cuánto poner —él era mucho más grande que una rata, al fin y al cabo—, así que eché todo el bote y recé para que estuviera demasiado borracho como para notar el sabor, y que la salsa disimulara el color.

Llegó a casa pasada la medianoche, completamente mamado, abriendo la puerta principal de una patada con un golpe lo bastante fuerte para despertar a toda la casa. Esa noche en particular, yo sonreía en la oscuridad, imaginándome cómo leía la nota adhesiva sobre su comida, tambaleándose hasta el horno para sacarla. Por un momento, me entró el miedo: ¿y si se saltaba la cena o se le caía? Mi plan se vendría abajo. Pero no pasó.

Una hora después, oí sus pies en las escaleras. En mi excitación, casi había olvidado lo que a veces ocurría en noches como esa, pero el ruido familiar de pisadas me devolvió a la realidad. El tablón del suelo crujió cuando se detuvo en el rellano y el estómago se me encogió al instante. Me obligué a visualizar el pastel para calmarme. Como había estado haciendo el mes anterior, pensar en mi venganza me daba fuerzas. Incluso cuando el picaporte giró, concentré la mente en ese pastel precioso y venenoso.

Resultó ser una gran noche. Mi padre ya se sentía mal cuando entró tambaleándose, así que se metió a la fuerza en mi cama y se durmió casi de inmediato. Tras una hora sin apenas moverse, me escabullí de debajo de su brazo, permitiéndome un pequeño suspiro de alivio. Salí en silencio por los pies de la cama, de puntillas hacia la puerta para unirme a mi hermana en su habitación, cuando un ruido me dejó paralizada. Era un gemido.

Me di la vuelta y confirmé que venía de él. Era un hombre grande, y se veía ridículo en mi cama individual con las sábanas infantiles de color rosa que no teníamos dinero para cambiar. Su enorme cabeza reposaba contra la almohada rosa chillón, el pelo ralo pegado a la cara por el sudor que perlaba su frente. Los labios secos y finos estaban entreabiertos, y de nuevo se oyó otro gemido.

«Mejor que no se cague en mi cama», pensé.

Hizo un desastre, pero no me importó en absoluto. Me quedé junto a la puerta, observándolo unos cinco minutos, cuando su

cuerpo se convulsionó violentamente y me hizo dar un salto del susto. Volvió a pasar, y gimió más fuerte, con los ojos aún cerrados. No sabía si estaba despierto o si seguía inconsciente, pero, sin duda, algo estaba ocurriendo. La tercera vez que el cuerpo se sacudió, un chorro de lodo marrón brotó de sus labios, haciéndome saltar de nuevo y soltar un gritito de sorpresa. El vómito brotaba de sus labios abiertos sobre las sábanas, y se escurría hasta el suelo. Veía trozos de pastel flotando en él.

La habitación apestaba a ternera y cerveza, tanto como para casi hacerme vomitar a mí también. Eructó otro chorro de lager con sabor a ternera. Su enorme cuerpo rodó lentamente hasta quedar bocarriba, dejando escapar un gemido más intenso mientras se balanceaba de un lado a otro. Su piel brillaba de sudor, reflejando la luz de la media luna que se filtraba por la ventana.

Me pegué a la puerta y me deslicé hasta sentarme en el suelo, fascinada. Yo había hecho eso, lo había reducido a esa bestia patética, una cosa repugnante cubierta de su propio vómito. No sabía cuánto duraría, pero quería mirar: me escabulliría antes de que recobrara el sentido.

Pero eso no pasó, porque la siguiente vez que el lodo marrón brotó de sus labios, burbujeó como un volcán en su boca abierta, deslizándose por un lado de la cara hasta el pelo.

Y entonces empezó a ahogarse.

Si vomitas estando borracho perdido y tumbado bocarriba, lo más probable es que no te ocurra nada grave. Si tienes a un amigo o a tu pareja contigo —¡pobrecitos ellos!— para girarte, limpiarte, darte agua y luego discutir contigo al respecto por la mañana. Pero él me tenía a mí.

Los humanos contamos con una pequeña tapa que cubre la laringe y evita que la comida o la bebida terminen en los pulmones en lugar de en el estómago. Pero cuando bebes como él lo hacía, los músculos que controlan esa delicada conexión entre la tráquea y el esófago se relajan o incluso dejan de funcionar por completo. Eso significa que toda esa mezcla de cerveza y ternera que mi veneno para ratas obligaba a salir de su estómago iba directamente a los

pulmones. Y él estaba tan borracho que ni siquiera podía sentarse para toser.

Me quedé en el suelo mirando, con las rodillas pegadas a la boca, mientras se sacudía y temblaba. Era como si su alma gritara, atrapada en ese cuerpo grotesco, gordo e inútil que no hacía más que inhalar su propio vómito asqueroso. Las convulsiones se volvieron tan violentas que una de las tablas de la cama cedió, rompiéndose con un crujido seco que resonó en la habitación. El impacto lanzó un chorro de líquidos repugnantes por todas partes, y un trozo de zanahoria, como un recordatorio macabro, aterrizó en la pernera de mi pijama. Pero él seguía ahí, con ese sonido burbujeante en la garganta, acompañado de respiraciones ásperas, cortas y cada vez más agónicas.

No sé cuánto tiempo pasó. Dicen que el tiempo vuela cuando te diviertes, pero descubrí que cuando te vengas puede ralentizarse hasta convertirse en un goteo lento y delicioso. Saboreé cada segundo de su muerte: el hedor que impregnaba el aire, el caos repugnante que se extendía a su alrededor, los sonidos nauseabundos de burbujeos, toses, gruñidos y gemidos. Cada detalle era una manifestación de su degradación y su impotencia.

Y entonces, se quedó quieto.

Permanecí sentada observando durante un buen rato. Fue el momento en el que me di cuenta de lo que había logrado. Supongo que se podría considerar el origen de mi historia, si se quiere ser cursi.

¿Y lo mejor de todo? Que yo había sido la pieza clave. Pero ahogarse con el propio vómito es una causa común de muerte entre los borrachos. A día de hoy, no puedo atribuirme todo el mérito de su muerte. En realidad, se lo hizo él mismo.

La luz ya cambiaba cuando salí de la habitación, me metí en la cama de mi hermana y cerré los ojos, reproduciendo la escena una y otra vez, ensayando mentalmente qué iba a decir cuando lo descubriera por la mañana.

Pero resultó que no tuve que decir gran cosa. Dos semanas después, fue enterrado, la casa se tiñó de amarillo y nadie volvió a mencionar a mi padre nunca más.

Capítulo 31

Cuando termino de grabar mi confesión, los pájaros ya están cantando.

No me he guardado nada. Empecé como una forma de contarles la verdad a Nina y a Katie, pero fui perdiendo de vista ese objetivo a medida que iba hablando, y al final se convirtió en una confesión para mí misma, supongo. Nina siempre me decía que debería ir a terapia.

Tras relatar la muerte de mi padre, hablo de cómo intenté empezar de nuevo redecorando mi habitación. Paredes de un blanco radiante, cortinas y una colcha de un rojo intenso. Quería que fuera un lugar para nuevos recuerdos. Pero nada cambió, y me fui tan pronto como cobré el seguro de vida de mi padre y cumplí los dieciocho. Luego, cuento cómo conocí a Nina mientras aún vivía en casa, cómo transformó mi vida y me hizo creer que podía ser alguien normal. Y, finalmente, hablo de Cuéntaselo a M, de cómo comenzó todo después del ataque a Katie.

Nadie me ayudó de niña. Ni los profesores que debieron de notar los moratones, ni los vecinos que oían los gritos. Ni tampoco mi madre, que sabía todo lo que pasaba en esa casa. Pero yo iba a ayudar a todas las mujeres que pudiera.

Le hablo directamente a Katie. Le digo que ella siempre ha sido mi prioridad, y que mi trabajo en la vida es protegerla. Le pido perdón por haber fallado. Le cuento que, después de lo que le pasó, la rabia que ha estado ahí toda mi vida salió a borbotones. Las abejas en mi sangre.

Explico lo de Karl. Y lo de Steven, Chris, Hugh, David, Romeo y el Fumeta. Espero que Nina entienda lo de Hugh; estoy segura de que lo hará. Igual que mi madre entendió por qué ayudé a acabar con mi

padre. Aunque nunca hemos hablado de mi papel en eso, sé que lo sabe.

Termino con un testamento verbal, dejando claro que Katie debe heredar mi casa, y que Nina puede llevarse lo que quiera.

La diminuta cinta sale de la grabadora cuando pulso el botón de expulsar, y la meto en un sobre marrón con NINA garabateado encima. Es una mujer capaz y estoy bastante segura de que sabrá qué hacer con ella si me pasa algo. Cuando por fin me meto en la cama, me siento más ligera, vacía pero aliviada. Como si al decir todo esto en voz alta hubiera liberado mi carga. En un momento, hasta pensé que iba a llorar. Pero ese es un lujo para el que no hay tiempo en este momento.

No tiene sentido llorar por sangre derramada.

Estoy exhausta y un poco borracha, así que, cuando veo que mi teléfono tiene sesenta y cuatro notificaciones, lo lanzo a un rincón del dormitorio, cierro los ojos y me duermo.

Suelo tener el sueño ligero. Supongo que tantos años esperando el portazo y el crujido de las tablas del suelo agudizaron mis sentidos para estar siempre alerta. Pero al despertarme hoy, sé que he dormido el sueño más profundo que he tenido en mucho tiempo. La luz inunda la habitación de manera deslumbrante. Es uno de esos escasos días soleados de noviembre, con un cielo de un azul intenso y sin una sola nube, pero acompañado de ese aire frío que resulta tan agradable.

Durante un rato, me quedo tumbada e intento entender lo que siento. La cinta. Sigue abajo en la cocina, junto a una botella de vino vacía. Su existencia me hace sentir expuesta y vulnerable, como si me hubiera quitado la armadura en mitad de la batalla. También me altera. Me exalta. Recuerdo a Nina aporreando la puerta, su nota en el felpudo. «Estoy contigo. N X».

Al final, la vejiga me obliga a levantarme y voy al baño, y de camino de vuelta recojo el teléfono del rincón de la habitación. Está al dos por ciento de batería, lo que suele ser motivo de alarma. Pero hoy, lo que resulta un poco más alarmante es que hay setenta y

ocho jodidas notificaciones en la pantalla: una mezcla de llamadas perdidas, mensajes de WhatsApp y mensajes de voz. Voy a necesitar café para esto.

Primero, le mando un WhatsApp a Nina, que ha amenazado con derribar mi puerta al mediodía —hora que ya se acerca— si no le respondo para asegurarse de que estoy bien. Ignorando casi todo lo que ha escrito, le digo que he estado durmiendo, que no venga y que pronto sabrá más de mí.

Más preocupantes son los mensajes de James. Un montón de llamadas perdidas, mensajes de voz y en el buzón de llamadas, mensajes de texto y WhatsApps. Empiezo por lo fácil: WhatsApp.

Hola, ¿podemos hablar?
¿Millie?
Mi hermano ya se acuerda de qué te conoce y necesito hablar contigo.
Quizá se equivoca, pero… ¿Puedes llamarme?
¿Millie?
¿Hola?
Millie, estoy flipando un poco. ¿Puedes contestar el teléfono?
Joder, mujer, contesta el teléfono.
MILLIE

Dios, la gente es muy pesada. Paso de largo por los mensajes cada vez más insistentes. Esto es malo, aunque era de esperar. Pero no me acusa directamente de nada, y la policía no ha llamado a mi puerta. Así que las cosas podrían ser peores.

Shirley Bassey maúlla pidiendo comida, así que le lleno el cuenco mientras pienso en las opciones que tengo. Parece que James no ha informado a la policía de sus sospechas, y apuesto a que tampoco se lo ha contado a un amigo. No puedes ir por ahí diciendo que crees que la chica con la que sales es una asesina en serie. Pensarían que estás loco. Está esperando a oír mi versión de la historia, desesperado por una explicación inocente a mi conexión con múltiples escenas de crimen.

Pero la nota de Nina me ha hecho albergar la esperanza de que la verdad no tiene por qué alejarlo de mí. Recuerdo la excitación en los ojos de James cuando me ponía al día sobre los asesinatos, y cómo me miró cuando estaba en el bar. Se ha enamorado de mí, lo sé. Tenemos algo, y quizá seamos más parecidos de lo que parece. Al fin y al cabo, ha elegido un trabajo que busca justicia. Que es básicamente lo que hago yo, solo que con más éxito. James podría entenderlo.

Al final, borro todos los mensajes de voz y de texto que me ha enviado James —la vida es demasiado corta para eso— y en su lugar le dejo un mensaje corto y dulce pidiendo perdón por el silencio y proponiendo vernos esa noche.

Aparecen dos tics azules, mostrando que lo ha leído al instante. ¿Ha estado mirando el teléfono todo este tiempo? Tres puntos me indican que está escribiendo. Luego desaparecen. Vuelven a aparecer, luego desaparecen. Por fin parece decidirse y llega un mensaje:

¡Hola! Me alegra saber de ti. Me estaba preocupando. Sí, esta noche me va bien. ¿Te recojo a las 8? Dime una dirección.

Mientras preparo otro café, abro las puertas que dan a mi pequeño jardín de hormigón y respiro el aire helado, sintiendo el sol en la piel. Las pequeñas uvas rojas de la parra están engordando y, al mirarlas, me imagino por un instante que estoy en el sur de Francia. Nunca he estado en Francia. Lo más lejos que he ido es a Newcastle para ver un partido de fútbol con el tío Dale. ¿Tendría que irme al extranjero ahora? Por un momento, dejo que el aire fresco y los pensamientos sobre ver otros países me den la sensación de libertad, aunque en el fondo soy consciente de la red que me rodea. Lo importante es vengar a mi hermana antes de que esa red se cierre del todo.

Mi teléfono vibra de nuevo. Asumiendo que es Nina o James otra vez, lo extraigo del bolsillo dispuesta a cortar la llamada. Pero, para mi sorpresa, veo que es un número fijo que no tengo guardado. Sin

ganas de que James me engañe para hablar con él, lo dejo sonar, y veo que aparece una notificación en el buzón de voz.

—*Hola, guapa. Eres Molly, ¿verdad? Soy V, de Tattoo Time*. —La voz es animada pero arrastrada, como si su dueña no pudiera evitar ser positiva y supiera que no encaja con la imagen de chica gótica—. *¿Viniste hace una semana o así? Estaba revisando fotos antiguas y encontré otra urraca que hicimos hace muuuchos años, así que pensé en mandártela por si te interesaba. Probablemente no sea lo que buscas, porque es parte de un logo de un equipo deportivo, pero quizá te guste el estilo gráfico. En fin. ¡Llámame cuando puedas!*

Interesante. Guardo el teléfono en el bolsillo y me tumbo en el sofá del jardín con el café, mirando las hojas verdes de la enredadera trepando por el enrejado. Un logo de un equipo. La urraca representando algo —un equipo, una empresa, incluso un grupo— no se me había ocurrido antes. Mientras lo pienso, el mismo pájaro se posa en lo alto del enrejado.

Siempre me han gustado las urracas. Poseen una elegante combinación de colores, y la manera en que sus plumas negras adquieren un tono verde petróleo bajo la luz adecuada las hace mucho más bonitas que los colores llamativos de un loro. Se apoderan de lo que desean en el momento que lo quieren, y su simbolismo me atrae profundamente. Una anuncia la pena[9].

El sonido de la puerta trasera de Sean abriéndose hace que mi nuevo amigo alce el vuelo. «Vale, colega, vete mientras puedas. Empezará a quejarse de pájaros extranjeros robándote los gusanos y antes de que te des cuenta querrás tirarte delante del primer camión que pase».

Me quedo inmóvil en el sofá, intentando respirar en silencio para evitar que me detecte. ¿Cuántas veces me he tumbado aquí, temiendo que me hable? ¿Cuánto tiempo de mi vida he pasado conteniendo la respiración solo para evitar a mi vecino? En cuanto este lío termine, me mudaré al campo y no hablaré con nadie más que con Nina, Katie y Shirley Bassey el resto de mi existencia. ¿También se unirá James? No vale la pena pensarlo por ahora.

Sean pasea por su cuadradito de jardín, murmurando entre dientes.

De repente, se detiene y grita: «¡Joder!». Me hace dar un brinco, pero no puedo evitar estar de acuerdo. Por suerte, mis movimientos no me han delatado, probablemente porque está bastante absorto en sus propios problemas.

«¡Joder! ¡Mierda! Dios. Maldita sea». Sean patea lo que suena como un tocón de árbol con cada palabra. Jesús, no parece estar bien en absoluto. «¡Vamos, Sean! ¡A ti no te han acusado de ser un asesino múltiple!». Aunque eso es solo una suposición, claro. No sé qué hace en su tiempo libre.

Un fuerte plof indica que su cuerpo de gnomo grande se ha dejado caer en una silla. El silencio se instala entre nosotros por unos momentos antes de oír… ¿Eso es…? ¿Está llorando otra vez?

Lo escucho sollozar al menos diez minutos antes de que se recomponga y vuelva adentro, cerrando la puerta. El sonido no me deja impresión alguna; ha habido suficientes emociones intensas a mi alrededor últimamente como para que unas lágrimas ajenas me afecten. Aun así, es intrigante y me pregunto si seguiré por aquí para descubrir de qué va todo esto.

A las siete y media, salgo para encontrarme con James. Me he tomado mi tiempo para arreglarme, asegurándome de estar deslumbrante. Si existe un momento perfecto para la seducción, este es el indicado. Ya ha oscurecido y me recogerá en una calle cercana. Sería una locura darle mi dirección real. Eso, al menos, me da un atisbo de esperanza: solo un insensato subiría a su coche a alguien de quien sospecha estar envuelto en múltiples asesinatos.

James llega puntual en su viejo Mercedes destartalado. Parece nervioso, pero se inclina para besarme a modo de saludo cuando entro en el coche, antes de incorporarse de nuevo al tráfico. Para un hombre, la combinación de camiseta negra y vaqueros resulta insuperable. Sin lugar a dudas. La tensión de sus fuertes bíceps contra la tela, su cabello cayendo de manera cautivadora, denso y resplandeciente. Deseo deslizar mis dedos entre sus mechones.

Una parte salvaje de mí ve un futuro en el que esto funcionará. En el que James y Nina aceptarán quién soy y lo que he hecho. Crecer como lo hice significa que la felicidad nunca ha sido algo que diera por sentado. La supervivencia, huir de la miseria y tener la sensación de control es todo a lo que he aspirado. Pero mientras veo sus dedos largos envolviendo la palanca de cambios y empujando a cuarta, la otra mano aferrando con fuerza el volante, mientras lo veo girar la cara hacia mí con una sonrisa rápida y cálida, permito que una visión diferente inunde mis sentidos por un breve instante.

Perdida en estos cuentos de hadas, me doy cuenta de que no tengo ni idea de adónde vamos. Ninguno de los dos ha hablado mucho desde que entré en el coche, pero hemos salido de la ciudad. De repente, el coche gira a la derecha por un camino cubierto de árboles.

—¿Adónde vamos? Pensé que quizá íbamos a tu casa.

—Necesito hablar contigo. En algún sitio privado.

Sus ojos se desvían al espejo para comprobar la carretera vacía detrás.

—¿James? Eh…, ¿adónde vamos?

Mi irritación se convierte en un escalofrío de miedo mientras el futuro que imaginaba se disuelve. ¿Qué coño está pasando?

—¿JAMES?

El coche gira de nuevo, de manera salvaje esta vez, hacia un claro junto al camino. Se detiene con una sacudida que lanza mi cabeza hacia delante y atrás contra el reposacabezas. Lo miro furiosa a tiempo de ver su dedo índice pulsando un botón a la derecha del volante, y oigo el clac de las puertas cerrándose.

[9] La expresión procede de una canción infantil tradicional muy conocida en el Reino Unido, en la que se asigna un presagio a cada número de urracas que se ven: «*One for sorrow, two for joy…*».

Capítulo 32

El crepitar del motor enfriándose llena el vacío entre nosotros. Ninguno de los dos se mueve. Mi cerebro se recalibra rápidamente mientras miro la oscuridad frente a mí. ¿Cómo pude creer alguna vez que tendría mi final feliz con él? ¿Que incluso lo merecía?

Al final, me vuelvo para mirar al hombre a mi lado, pero me estremezco. Sus grandes ojos oscuros me taladran, con la boca apretada. Está guapo, así que es una pena que esta sea probablemente la última noche que pasemos juntos. Ya está claro que uno de los dos no saldrá vivo de aquí.

No seré la primera en hablar. Él me trajo aquí. «Si tienes algo que decir, James, adelante. Hazlo lo mejor que puedas».

—Fuiste tú.

—¿Qué fui yo?

—Vamos, Millie. No soy idiota.

Eso es discutible. Le ha costado bastante tiempo darse cuenta. Pero no le voy a ofrecer una confesión en bandeja.

—No sé de qué hablas. Y, francamente, me estás asustando. ¿De verdad crees que está bien llevar a una chica al medio del bosque y cerrar las puertas?

—No me vengas con el rollo de damisela en apuros. No te pega.

Nos quedamos en silencio. Se gira, apartándose un mechón de pelo de la cara con un soplido exasperado.

No se atreve a poner las palabras en voz alta. Parecen absurdas, incluso ahora.

—Mira. Sé que estabas allí la noche que murió mi vecino, perdón, que lo mataron. Mi hermano te vio. Llamaste a la puerta.

—¿De qué estás…?

—Y sé que odiabas al novio de tu amiga, Hugh Chapman.

—¿Y? Era un imbécil, seguro que mucha gente lo odiaba.

—Tienes una línea telefónica para ayudar a mujeres, ¿verdad? El tipo que murió en su piso, Steven Baker. Tenía Rohipnol allí, no era un buen tipo. Es el tipo de hombre contra el que… proteges a las mujeres. ¿Verdad?

Abro la boca para hablar de nuevo, pero su mirada fulminante me frena cuando levanta la mano entre nosotros, como si necesitara soltarlo todo de golpe.

—Hay otros también. Estaba el corredor, en el puente. Tú corres, ¿no?

—Mucha gente corre, James. ¿Qué demonios intentas decir?

—Había una peluca. Encontraron una peluca junto a su cuerpo. Mi jefe lo descartó como algo irrelevante, pero creo que una mujer lo empujó del puente, y que él le arrancó la peluca al caer.

—A, pareces un loco. Y B, aunque eso fuera cierto, insinúas que fui yo porque, ¿qué, porque corro?

—No insinúo. Te lo estoy diciendo. Fuiste tú. Había una cámara en la puerta en la calle de David Cartwright.

«Mierda».

—Hay imágenes de una mujer pasando por allí la noche que murió. Alta, morena. A eso tampoco se le dio importancia, en parte porque su muerte se consideró un accidente, y en parte porque solo se trata de una figura pasando. Podía ser cualquiera, por cualquier razón. Pero lo volví a ver. No se ve la cara, pero reconocí la forma de andar. Eras tú.

No es exactamente una prueba irrefutable, pero creo que es mejor quedarme callada. James apoya la cabeza en el volante y exhala profundamente, luego la gira de golpe para mirarme.

—Cuando Imran recordó dónde te había visto antes, todo empezó a encajar. ¿Qué clase de persona tiene una… una… una jodida línea de teléfono para ajusticiar a pervertidos? Karl, mi vecino, tenía esas imágenes en su ordenador. Parecía que había estado agrediendo a chicas. Drogándolas y fotografiándolas. A menos que todas fueran modelos, que lo dudo mucho.

Golpea el volante con rabia, y se me ocurre que la ira va dirigida a Karl, no a mí.

—Escalofriante —digo en voz baja, tanteando el terreno. No ha pasado ningún coche en todo el rato que llevamos aquí, y aunque pasara, no nos verían a menos que miraran. Tenemos las luces apagadas y estamos tapados por los arbustos.

—Luego los dos hombres la otra noche. Joder, esa fue una escena del crimen demencial. A uno le machacaron la cabeza. Estaba en la base de datos. John Towles. Lo habían acusado de violación dos veces, pero ninguna de las denuncias prosperó. Es difícil conseguir una condena por eso.

—Umm.

—David Cartwright… Ese no lo entiendo. —Es como si James se hubiera olvidado de que estoy aquí, con los ojos revoloteando, fijándose en cosas invisibles más allá del parabrisas—. Parecía un buen tipo. Lo investigué. Sin antecedentes, ni siquiera una acusación. Una novia estable que no tenía nada malo que decir de él. Nada que indicara que no era un hombre decente. Pero lo encuentran muerto en su propia casa. Casi podría creer que no está relacionado, si no fuera por esa grabación de la cámara.

Volvemos a estar en silencio. El sudor me perla las palmas. Los bíceps de James parecen menos atractivos ahora. Están tensos por la frustración, recordándome cuáles son mis posibilidades en este espacio reducide si decide retenerme. ¿Los detectives llevan esposas cuando no están de servicio? ¿Llevan armas? Se vuelve hacia mí de nuevo, esta vez, girando del todo en el asiento.

—Millie. Sé que mataste a esos hombres. En su mayor parte, hasta entiendo por qué lo hiciste. Creo.

Aquí está. El momento de la verdad. ¿James está conmigo? ¿O en contra?

—¡Di algo, joder!

Suspiro, y él parece desconcertado. La adrenalina me abandona, dejándome exhausta de nuevo. Fue anoche cuando desnudé mi alma en esa grabación. No sé si tengo fuerzas para otra confesión.

—Necesito aire.

—¿Qué?

—Necesito aire. Abre las puertas. Y hablaremos.

Me mira, y luego accede. Respiro profundamente el aire frío de la noche otoñal, agradecida por su frescura, mientras él se pone una chaqueta. Me acomodo en el capó de su coche, y, con cierta timidez, él se sienta junto a mí. En silencio, ambos contemplamos la oscuridad que envuelve a los árboles. Tengo la sensación de que, a pesar de las circunstancias, James es el tipo de persona que siempre ha querido sentarse en el capó de un coche en la oscuridad con una chica guapa.

—¿No te molesta, James? ¿Saber que esos hombres andan sueltos, que vuestro trabajo es detenerlos… y que lo estáis haciendo fatal?

Me detengo esperando una respuesta, pero no tiene nada que decir. Tal vez se le han acabado las palabras.

—Tú mismo lo dijiste. Ese tipo había violado a dos mujeres, que sepamos, pero «es difícil conseguir una condena».

—Acusado de violar.

—Vamos, hombre.

Las hojas de los arbustos se mueven con la brisa y me ajusto el abrigo, subiendo el cuello para taparme el cuello.

—Hacen lo que quieren, James. Los hombres. Y no me vengas con eso de «no todos los hombres», ya sé que no son todos.

—No iba a decir eso.

—Bien. Algunos hombres. Bastantes. Y hay que detenerlos. La policía no lo hace. Al parecer, no puede. —Sopeso mis próximas palabras, preguntándome cuánto contarle—. Mi hermana. Katie. Es a quien fui a visitar al hospital el otro día. Se cortó las venas tan profundo que casi se desangra y muere. La violaron en Nochevieja, el año pasado. Dejó la universidad después. Dejó de comer. Apenas ha salido de su habitación desde entonces.

—Joder.

—Sí. Joder. —Lo miro de reojo, y él me mantiene la mirada. En la oscuridad, es difícil descifrar su expresión—. ¿No te cansas de eso, James? ¿De no hacer nada? ¿De no ayudar a nadie? Elegiste tu trabajo por una razón, ¿verdad? ¿Para ayudar a la gente? ¿Para conseguir justicia para quienes la necesitan? Eso es lo que estoy haciendo. Lo que he hecho. De todos modos, ya casi ha terminado.

—¿Ya casi ha terminado?

—Yo… no pretendía hacer todo esto. Solo quería justicia para mi hermana. Necesito encontrar a la persona que le hizo daño. Después, se acabó. Me mudaré. Empezaré mi vida de nuevo. Haré algo bueno.

—Ay, Millie. —Sacude la cabeza bajo la luz de la luna. Parece desesperadamente triste—. No creerás que puedo permitir que te salgas con la tuya.

«No».

—Soy detective de homicidios. Tú… has matado a siete personas. Que yo sepa. Y lo entiendo, entiendo lo que dices. No me entristece especialmente que esos tipos ya no estén. Lo comprendo. El sistema apesta. Merecían un castigo. Pero ese no es tu trabajo, y no merecían lo que les diste. Y tampoco puedo fingir que no lo sé.

«No. Esto no puede estar pasando».

—Me importas. Mucho. Por eso no voy a arrestarte. Te estoy dando la oportunidad de entregarte por tu cuenta. Esta noche.

El sobre marrón que pone NINA se me cruza por la mente, recordando los preparativos que hice por si acaso. Pero aunque mi destino sea acabar muerta o en la cárcel, es demasiado pronto. No he logrado mi objetivo. No he vengado a Katie.

—Entonces, dices que estás de acuerdo con lo que he hecho. ¿Pero quieres que vaya a la cárcel de todos modos? Dices que el hombre que arruinó la vida de Katie anda libre, ¿pero yo debo pudrirme encerrada hasta que me muera?

—Así funciona la ley, Millie. No siempre es perfecta, pero tengo que creer en ella.

—No siempre es perfecta… Claro. James, vamos. —Me giro para ponerme frente a él y me cuelo entre sus piernas, agarrándole los anchos hombros con las manos. Lo obligo a mirarme a los ojos—. Esos hombres eran basura. Peor que basura. Hacían daño a la gente, a mujeres que no podían defenderse. Y tú mismo sabes que la policía no podía hacer nada al respecto; si no ¿por qué ese tipo al que le machacaron la cabeza (John, ¿no?) lo había hecho ya varias veces? ¿Y Karl? La ley no solo no es «perfecta», está jodida del todo.

No funciona. No protege a la gente que necesita protección. ¿No ves que tenía que hacer algo?

Lo sacudo, suplicándole que entre en razón, pero su rostro sigue inexpresivo.

—Escúchame. Steven estaba preparándose para drogarme, y los dos sabemos que no era la primera vez que hacía algo así. ¿Karl? Fui allí por una chica que me llamó y que encontré inconsciente mientras él le hacía fotos. ¿Chris? Me acosaba, con frecuencia. Me seguía.

—¿Y David Cartwright?

—Él… Es una larga historia. El tema es que a veces hay que hacer las cosas de otra forma. A veces, hay que actuar.

Nos miramos fijamente durante un buen rato, con el futuro pendiendo de un hilo. Y entonces sacude la cabeza.

—Lo siento. Es hora de irnos.

La gente debería escuchar más. ¿De verdad creía que me iría con él sin resistirme? Acababa de decírselo. A veces, hay que actuar.

Capítulo 33

El problema de James es que es demasiado bueno. A Nina podría confundírsela con alguien que tiene ese defecto, pero una vez que dejas atrás los arcoíris, las sonrisas y la fascinación por el amor verdadero y ves a la abogada implacable que hay debajo, te das cuenta de que no lo es. ¿Yo? Bueno, no creo que nadie haya pensado nunca que soy «demasiado buena». La gente rara vez piensa siquiera que soy «buena».

Pero ¿James? A pesar de ver cosas terribles por su trabajo, confía en los demás de una forma extrañamente ingenua. ¿Qué clase de persona lleva a un asesino en serie a un bosque para decirle que lo sabe todo y espera que salga bien?

Me basta con unos segundos para meterme de nuevo en el coche, cerrar la puerta de golpe y bloquearla. Ha dejado las llaves en el hueco junto a la palanca de cambios.

James aporrea la ventanilla, mirándome con una mezcla de emociones: furia, miedo y comprensión, todas luchando por dominar su atractivo rostro. Respiro con agitación, sin haber pensado más allá de este momento. «Mierda. ¿Y ahora qué?». Busco desesperadamente algún arma para protegerme, reprochándome haber dejado el cuchillo de Chris en casa. Encuentro las esposas de James en la guantera: al menos debería habérmelas puesto.

James lo sabe todo. No solo lo ha adivinado, sino que yo se lo he confirmado, y parece que tiene alguna prueba. Ojalá dejara de armar tanto ruido para poder pensar.

El riesgo de que me lleven a comisaría es demasiado grande: aunque lo niegue todo, me tomarán las huellas y el ADN, y seguro que aparecen en algún sitio. El muy idiota. Podríamos haber sido felices juntos. En el fondo, sé que quería dejarme libre. O incluso venir conmigo. Pero ya es tarde.

Piso el embrague, meto la llave en el contacto, la giro y el coche ruge al encenderse. Tiene un poco más de potencia que mi viejo Micra, bendito sea. Soy apenas consciente de que James cambia de táctica, pasando de la ira a la conciliación.

—Cálmate, Millie —grita a través del cristal—. Apaga el coche. Vamos a resolver esto. Hay opciones.

Metiendo la marcha atrás, salgo del claro, atravesando los arbustos hasta la carretera oscura y desierta. James sigue al coche, agitando los brazos como un loco, como si los gestos pudieran detener un misil. Una vez en el asfalto, retrocedo rápido y él se planta en medio de la carretera con las manos extendidas, como si no pudiera irme si él se interpone.

Opciones. Y una mierda, James. Había opciones, y elegiste mal. La furia crece en mí. Hacía mucho que no tenía una relación, y con James había una posibilidad de formar una pareja formidable y divertida. Pero tuvo que estropearlo. No fui suficiente para él. No lo suficiente como para competir con su sentido de la «justicia».

Escucha, de verdad que no quiero hacer esto. No es culpa mía.

Levanto el pie del acelerador, piso el embrague y cambio a la marcha hacia delante. Luego piso a fondo.

Dicen que el cerebro humano es rápido. He leído que puede procesar ciertos tipos de imágenes en trece milisegundos. Pero está claro que no es tan rápido como un Mercedes a toda velocidad.

James choca contra el capó con un golpe espantoso. El impacto hace que el coche se sacuda y unas grietas finas aparecen en el parabrisas, irradiando desde el punto de colisión. Su cuerpo vuela sobre el techo mientras sigo conduciendo, y cae con un ruido sordo al asfalto detrás de mí. Frenando en seco, lo observo por el retrovisor. Yace inmóvil, con los miembros retorcidos en ángulos extraños. Como no soy una psicópata total, me siento jodidamente triste. James no merecía morir. Pero tomó decisiones equivocadas, dejándome solo una opción.

Cuando estoy segura de que no se moverá más, me subo la capucha para taparme la cara y sigo conduciendo, planeando abandonar el coche a mitad de trayecto y caminar el resto.

No pensaba que volvería aquí tan pronto. Estoy tumbada en la bañera, calentando mis huesos helados después de la larga caminata a casa. Bebo a tragos de una vieja botella de *whisky* para calentar la sangre. Miro al techo, inhalo para calmarme, pero no sirve de nada.

Esto es el fin. ¿En qué demonios estaba pensando? La red se ha cerrado, las abejas me han picado. Nina lo sabe todo y no tengo ni idea de qué planea hacer. Y a saber qué anotaciones habrá dejado James por ahí sobre los casos. Ni siquiera pensé en la posibilidad de que mi nombre estuviera escrito en su cuaderno, junto a los puntos clave de sus investigaciones.

Tampoco había muchas opciones, pero en realidad no debería haber ido con él. ¿Por qué me subí a ese coche sabiendo perfectamente lo que podía pasar? Aunque James no haya escrito mi nombre, he matado a un inspector. La policía puede ser indulgente al rastrear al escurridizo asesino de algún pobre desgraciado, pero no van a tomarse a la ligera un atropello con fuga cuando se trata de uno de los suyos. Y en su propio coche, nada menos. ¿Le dijo a su hermano que se reuniría conmigo? Si es así, estoy bien jodida.

Encima, esta muerte me afecta de forma distinta. James no era un tipo que se aprovechara de mujeres borrachas. Era… amable. Era divertido. Veía un futuro con él. No habíamos salido mucho, pero sentía una chispa que nunca antes había sentido y que no sabía que podía sentir. Pasar de la posibilidad de vivir felices para siempre, libres y con él a mi lado, a la certeza de una vida solitaria en prisión, es como caer desde un precipicio muy alto. Y ni siquiera he tocado fondo todavía.

Soy un desastre. Mi único propósito en la vida siempre ha sido proteger a mi hermana. Pero fallé, y también he fallado en vengarla. No estoy más cerca de descubrir la identidad de su agresor. No estoy más cerca de acabar con él y devolverle un poco de libertad. Y ahora se me ha acabado el tiempo. La policía llegará antes del amanecer.

Así que es hora de elegir. Siempre he optado por luchar, pero ¿por qué? ¿De qué sirve? Soy un fracaso. Tal vez debería haber dejado que mi padre me matara hace años. Habría pasado tarde o

temprano, estoy segura. ¿Katie habría tenido una vida mejor? ¿Nina se habría divertido más?

Nina nunca supo los detalles sórdidos, pero siempre ha querido que deje atrás el pasado. Como si fuera tan fácil como superar el final decepcionante de una serie de televisión o que se te haya encogido un jersey en la lavadora. Tu pasado eres tú. Soy la hija de mi padre. No hay forma de dejar eso atrás. Estoy hecha de ira. Y de tristeza. Y de culpa.

¿Y quién sabe si la escasa lista de información que tengo en mi cuaderno es correcta? Katie estaba traumatizada; podría haberlo recordado mal. Tal vez mintió solo para que la dejara en paz. Con un escalofrío de náusea, recuerdo aquella vez que hablamos de ello, en enero. Cómo, a la mañana siguiente, intenté sacarle más detalles, gritándole que me contara algo, cualquier cosa sobre el agresor.

—Calvo. Y… alto —balbuceó Katie, con miedo en los ojos, como si yo fuera él y estuviera de nuevo allí—. ¡Ya te lo he dicho!

—¡Eso no basta, Katie! ¿Oíste su nombre? Te llevó a su casa, ¿verdad? ¿Con las cortinas rojas? Pero ¿dónde lo conociste? Dime eso y pararé. —Cerró los ojos con fuerza, temblando.

—Su… su casa. Sí. Lo conocí… en un club. Pom Pom's.

—¿Un nombre? ¿Algún rasgo distintivo?

—Solo la urraca —susurró—. Ya te lo he dicho. Un tatuaje de una urraca. Por favor, por favor, para. Para ya.

Y paré. Estaba tan enfadada con ese hombre y tan desesperada por obtener información que se la arranqué. Pero ahora me doy cuenta, demasiado tarde, de que me habría dicho cualquier cosa para que dejara de preguntar. Mi furia me ha mantenido en pie desde entonces, pero ¿en quién he estado pensando todo este tiempo? ¿Realmente en ella? ¿O en mí? ¿Es mi propia venganza la que he buscado? Al fin y al cabo, ¿puedo afirmar que maté a mi padre? ¿O solo lo vi morir?

Me sumerjo bajo el agua y me quedo quieta. ¿Es posible ahogarse en una bañera? ¿Puedes anular el instinto de supervivencia de tu cuerpo, impedir que salga a la superficie en busca de aire? Lo intento y fallo. Lo intento de nuevo y fallo otra vez. Un bucle constante de fracasos. Ni siquiera puedo morir.

Por quinta vez bajo el agua, veo de nuevo a James chocar contra el parabrisas, veo las grietas finas extenderse como una telaraña en el cristal. Su cuerpo tirado en la carretera. Veo a David Cartwright en esa bañera, igual que yo ahora, friéndose en agua electrificada. Las imágenes se mezclan en mi mente: la sangre de Karl; el cabello extendido en abanico de Rose; la bufanda raída de fútbol de Steven; Romeo —o John, como se llama en realidad— tendido con la cabeza aplastada; su pobre compañero de piso, una víctima más por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado; Hugh, jadeando en busca de ayuda; Chris, agitando los brazos antes de caer. Y a mi padre inmóvil en esa habitación apestosa, marcada para siempre por el horror.

Manchas negras aparecen en las imágenes de mi mente y, antes de que pueda evitarlo, salgo a la superficie, jadeando con dolor en busca de aire.

En la cocina, me siento en la *chaise longue* y miro hacia la oscuridad del jardín. Me doy cuenta de que estoy borracha y me pregunto si eso es prudente, pero enseguida decido que me da igual. Borracha o sobria, ya nada importa. En una mano tengo el vaso de *whisky*. En la otra, el cuchillo de Chris. Está listo, aunque no sé para quién.

De verdad que no quería matar a James. Me pregunto si lo habrán encontrado ya. No hay mucho tráfico en esa zona un lunes por la noche. Imagino los diminutos faros de un coche serpenteando por la carretera. ¿Se detendrán al ver su cuerpo, o lo atropellarán sin darse cuenta, escuchando solo un golpe sordo? Tal vez estén borrachos y sigan conduciendo aterrados, convencidos de que han sido ellos los responsables.

Es hora de afrontar la realidad. Esperar a que me arresten o acabar con todo ahora mismo. ¿De verdad quiero pasar el resto de mis días en prisión? ¿Llevando un mono gris degradante y hablando con idiotas? ¿Compartiendo celda con pedófilos y ladrones, blanqueadores de dinero codiciosos y mulas de drogas patéticas? No creo que pueda soportar un futuro así.

Mi mente regresa a la cama individual de mi dormitorio infantil, la puerta cerrándose con un clic cuando él entraba.

No, no puedo.

Teniendo en cuenta la cantidad de muertes que he causado, resulta irónico lo poco imaginativa que soy para provocar la mía. Evalúo las opciones y decido que el ahorcamiento es lo más sensato. Es rápido e infalible… Solo requiere aprender sobre nudos, algo sencillo para alguien como yo. Incluso podría enviar un mensaje justo antes, evitando que alguien intervenga en el último momento. En mi mente, trazo cada paso con una frialdad desconcertante, mientras mi cuerpo y mi alma permanecen entumecidos. La vieja habilidad de disociarme regresa, envolviéndome como un manto.

Asegurándome de que el sobre marrón ocupa un lugar destacado en la cocina, empiezo a reunir lo necesario. Mientras rebusco para encontrar una cuerda, me viene a la mente la bufanda de Steven, olvidada en mi dormitorio. Quizá usarla signifique algo, aunque no estoy segura de qué. La tomo y pienso en un lugar adecuado: la lámpara del dormitorio, perfectamente asegurada al techo por un manitas.

Mientras echo un último vistazo a mi casa, recuerdo esa llamada de la tatuadora, V. Es parte de un logo de un equipo deportivo, eso dijo. Tenía que investigarlo, buscar qué más podría representar una urraca, pero se me olvidó. Otro fracaso.

Agarrando mi cuaderno, lo anoto en la lista con un signo de interrogación, por si alguien encuentra útiles estos escasos datos. Luego escribo una nota rápida a Nina y otra a Katie. La mayor parte de lo que quiero decir ya está grabado en la cinta.

Pero la nota a mi hermana me recuerda algo. Me escribió una carta en el hospital: la metí en el bolsillo y me olvidé por completo de ella. El mensaje de Nina en el *pub* y todo lo que vino después la borraron de mi mente. Mi ropa está amontonada en un rincón de la habitación, nunca se lavará ahora. Me pongo a buscar y localizo los vaqueros negros con flecos que llevé ayer. Al moverlos, escucho un crujido que me confirma que el sobre sigue ahí.

Sentándome en la cama, abro el sobre y extraigo la carta.

Capítulo 34

No hay nada como descubrir algo que pone tu mundo patas arriba para despejarte de golpe.

¿En qué demonios estaba pensando? ¿Acabar con mi vida? Bobadas. Hay trabajo por hacer, y ahora ya sé cuál es ese trabajo de verdad.

Katie me ha escrito muchas notas a lo largo de los años. Siempre ha sido de dejar notas, incluso cuando todo iba bien. Notas divertidas sobre perros adorables que había visto de camino a casa desde el colegio, con un dibujo a boli del animal en cuestión. Notas irritantes de adolescente dejadas en mi bolso para decirme que me había tomado prestada la chaqueta que había dejado allí en mi última visita y luego la había perdido, acompañadas de una carita sonriente y una súplica de perdón (que yo siempre concedía). Notas tiernas cuando notaba que me había refugiado en mis recuerdos, en la tristeza y la rabia.

En el último año, sus notas se convirtieron en algo habitual durante mis visitas. En ellas pedía perdón, pero no por cosas pequeñas como un vestido prestado o un pintalabios roto. Pedía perdón por su tristeza, por no encontrar fuerzas para arreglarse, por los días en los que no comía o por las marcas de sus brazos. Siempre con la promesa de mejorar.

Odiaba esas notas, pero seguían llegando de todos modos.

Esta nota, sin embargo, es distinta. Sigue pidiendo perdón, casi en cada línea. Pero es una disculpa por algo nuevo. Por mentir.

Sentada en la cama, con el vaso de *whisky* a mis pies, vuelvo a leer la carta. Su letra es temblorosa, y la imagino con el brazo débil y vendado, luchando por sujetar el bolígrafo con la mano mientras garabateaba esto en la cama del hospital.

Querida Mills:

Quiero decirte que lo siento. Sé que odias que te pida perdón, pero tengo que hacerlo. Sé que te preocupo más de lo que debería, y realmente intento no darte razones para ello.

Pero también quiero pedirte perdón por mentir. Sé que crees que no me doy cuenta de las cosas, pero sí que lo hago. Últimamente pareces distinta. Volviste a hacerme preguntas sobre la noche en que me atacaron, y me preocupa que te estés volviendo loca con eso. Me hace sentir aún más culpable de lo que ya me siento.

Te mentí sobre esa noche. O sobre parte de ella, al menos. Algunas cosas eran ciertas, porque es difícil mentir sobre la marcha, ¿verdad? Pero no quería dar demasiados detalles porque no quería que supieras lo que pasó de verdad. Lo siento.

La verdad es que sé quién me atacó, Millie. Pero me preocupaba que, si te lo decía, hicieras algo de lo que te arrepentirías. O algo de lo que yo me arrepentiría que hicieras. Nunca hemos hablado de papá, ¿verdad?

Así que mentí. Sobre parte de ello. Porque no puedo perderte. Y ya era tarde para ir a la policía, que de todos modos no haría nada. Pero lo siento.

Necesito que pases página, ¿vale? Necesito que lo olvides ahora. Porque es lo que voy a hacer yo. Tenemos que enterrar el pasado las dos, Millie. Forma parte de nosotras, pero no es todo lo que somos. Eres valiente, lista, divertida y amable. Me asombra tu ingenio, tu ferocidad y la forma en que caminas por el mundo sin importarte lo que piensen los demás. Centrémonos en esas partes buenas y lidiemos con las malas.

Lo siento, hermana. Te quiero.

Katie

Xxx

Hay tanto en esta breve nota que me deja atónita. Literalmente, me doy cuenta de que ahora estoy sentada en el suelo con las piernas cruzadas, aunque no recuerdo haber llegado aquí. Tanto que

desentrañar… Estiro las piernas, tiro el *whisky*, me preparo un café y vuelvo a leerla.

«Nunca hemos hablado de papá, ¿verdad?». Ella lo sabía. Todo, por lo que parece. Quién era él, lo que hice. ¿Cuánto hace que se dio cuenta? Todas esas veces que intenté ser la hermana mayor perfecta, bailando como una idiota para distraerla, preparándole té de hierbas… Y todo este tiempo, ella sabía exactamente quién soy. Ha visto a través de mí, como si mis secretos nunca hubieran estado ocultos.

«Me preocupaba que, si te lo decía, hicieras algo de lo que te arrepentirías». Sabe que mataría a ese hombre si descubriera su identidad. Todo este tiempo que he intentado proteger a mi hermana, ella también ha intentado protegerme a mí. En un instante, recuerdo sus bracitos rodeándome cuando éramos niñas, cuando nos acurrucábamos en su cama individual. Yo lloraba a veces, y ella me abrazaba más fuerte. Lo había olvidado.

«La verdad es que sé quién me atacó, Millie». La frase más importante de todas. Lo sabe. Y por cómo está escrita esta carta, creo que, si oyera su nombre, yo también lo sabría. Con un escalofrío en el cuerpo, me doy cuenta de que es alguien que conozco.

No voy a decir que parte de mí siempre lo supo, porque no es cierto. Si lo hubiera sabido, él habría muerto hace meses. Pero admito que descubrirlo no me sorprende. Todo encaja. Como si colocara la última pieza del rompecabezas. Ahora veo claro el dibujo.

«Forma parte de un logo de un equipo deportivo», dijo esa mujer por teléfono. Y ahora lo veo claro en mi mente, en blanco y negro. La camiseta del Newcastle United que mi tío Dale se ponía a veces cuando nos visitaba. El hermano de mi padre, que estuvo ahí mientras crecíamos. El hombre bueno en contraste con mi padre. El que apoyó a mi madre después de su muerte y la ayudó cuando no tenía a nadie más.

Como una tormenta de rayos, recuerdos que había enterrado bajo las rocas de mi mente empiezan a salir a la fuerza. Miradas persistentes y comentarios groseros, que pasaban desapercibidos al estar tan centrada en mi padre. Después de cumplir dieciocho y

marcharme de casa, solo lo vi en contadas ocasiones. Pero ¿de verdad nunca supo cómo era mi padre? Recuerdo aquella vez que vino a quedarse. Abrió la puerta del salón, me vio de rodillas, y retrocedió rápidamente. ¿Qué clase de hombre ve algo así y no hace nada?

Uno que no cree que sea tan malo. Uno que quiere lo mismo.

Nunca conocí a mi abuelo: papá se negaba a hablar de él, y una vez mi madre me dijo en voz baja que «no era un buen hombre». Tal vez mi padre y su hermano sufrieron abusos. Esas cosas suceden. Lo llaman «el ciclo del abuso». Al parecer, uno de cada ocho niños abusados sexualmente se convierte en abusador. Me pregunto cómo me describiría alguien que supiera mi verdadera historia: criada en un entorno violento, siguiendo los mismos pasos que sus agresores, repitiendo el ciclo, empujando la rueda para que nunca deje de detenerse.

Pero yo soy distinta a mi padre y mi tío. Porque ellos se cebaban con los débiles y yo me enfrenté a los fuertes.

Abro el portátil y busco «urraca Newcastle United» en Google. Aparecen cientos de dibujos: un pájaro blanco y negro con chistera, posado frente al nombre del club o sosteniendo un balón entre las garras. Mi tío Dale adoraba a este equipo; cuando era niña, no dejaba de hablar de ellos. ¿Tan raro sería que tuviera un tatuaje de la mascota?

«Te mentí sobre esa noche. O sobre parte de ella, al menos». La cabeza calva y el tatuaje debían de ser ciertos. Pensándolo bien, esos fueron los primeros datos que me dio, junto con las cortinas rojas. Se suponía que esa noche iba a salir con sus amigas, pero siempre se peleaban entre ellas: debió de decidir quedarse en casa mientras mamá salía con el tío Dale. De pronto, pienso en las cortinas rojas de mi antiguo dormitorio, las que elegí después de que muriera papá. Una habitación maldita.

Solo cuando insistí, Katie comenzó a hablar del club en el que habían estado. ¿Y qué hay de ese restaurante que mencionó, el que llevó a David Cartwright a la muerte? ¿Acaso se lo inventó? ¿Me dio un nombre genérico de un restaurante italiano solo para callarme? He sido una idiota increíble.

Abro la aplicación de fotos en el móvil y retrocedo a través de los años. Las más recientes están llenas de imágenes de Shirley Bassey, o selfis míos con Nina. De vez en cuando, también aparecen Angela e Izzy. Un año antes, Katie reaparece, sonriendo, posando, poniendo muecas. Sigo mirando más atrás, hasta que… lo encuentro. Un día de verano hace cuatro años. Había ido a visitar a Katie y me encontré al tío Dale en casa con mi madre. Hacía calor, y estaba asando salchichas en la barbacoa. Tanto calor que se quitó la camiseta. En la foto, solo se ve un poco. Pero está ahí sin duda. La punta de un ala blanca y negra en su pecho.

«Tenemos que enterrar el pasado las dos, Millie». Y lo haremos.

Dormir no es fácil, pero lo consigo durante unas horas. Anoche quería ir directamente a casa del tío Dale, pero era tarde, estaba cansada, borracha y agotada. Sabía que descansar me ayudaría a pensar con más claridad: no puedo permitirme errores ahora. Antes de meterme en la cama, añadí una posdata apresurada a la cinta de Nina. Si algo me sucede, quiero que la verdad llegue a las manos adecuadas.

Hoy es el día en que voy a matar a mi tío Dale. ¿Qué pasará después? No tengo ni idea. Tal vez me escape, tal vez me arresten, o tal vez acabe devorada por las llamas del infierno. Sinceramente, ya no me importa. Después de toda esta investigación, planes y maquinaciones, la respuesta ha estado delante de mí todo el tiempo. Sé su dirección; hasta sé dónde hay una llave de repuesto de su puerta principal: colgando en la cocina inmaculada de mi madre.

Mientras como un bol de copos de maíz —una necesita combustible para un gran día—, abro por costumbre la aplicación de noticias de la BBC en el móvil.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

HOMBRE GRAVEMENTE HERIDO EN ATROPELLO CON FUGA

¿Herido? Estoy bastante segura de que está muerto. Muy muerto. Pincho en el artículo, y vuelvo a ver a James chocar contra el capó,

oigo su cabeza romper el parabrisas. ¿Seguro que no está muerto? Siento una oleada de alegría y miedo al mismo tiempo.

La policía de Avon y Somerset busca información sobre un atropello con fuga ocurrido anoche.

Se sospecha que el incidente tuvo lugar entre las 21:00 y las 22:00 en Farleigh Lane, al sur de Bristol. Un hombre de 36 años, aún sin identificar, permanece en el hospital. No está claro qué hacía en la zona y por el momento no han aparecido testigos.

Los agentes acudieron al lugar cuando el hombre fue descubierto por un coche que pasaba alrededor de las 23:30. Los sanitarios lo trasladaron al Bristol Royal Infirmary para recibir tratamiento inmediato. El conductor huyó del lugar.

La policía hace un llamamiento a cualquiera que pueda haber visto algo sospechoso en la zona.

James sigue vivo. Vale, sus probabilidades no suenan bien. ¿Qué significa realmente «permanece en el hospital»? ¿Sigue inconsciente? Supongo que sí, de lo contrario, estoy bastante segura de que no estaría comiendo copos de maíz en mi cocina. No es probable que me perdone pronto. «Aún sin identificar». Sí, su cartera estaba en el coche, que abandoné en una calle lateral a unos kilómetros. Así que aún no lo han encontrado. Al menos eso los retrasará.

Esto no cambia nada, salvo que posiblemente reduce el tiempo que me queda.

Necesito matar a Dale, y necesito hacerlo rápido.

Parte de mí se alegra de que James siga vivo. Merece vivir. Seguirá adelante, conocerá a otra mujer. Solo necesito matar a Dale antes de que despierte.

Con la mente acelerada, agarro una mochila y empiezo a llenarla de cosas: el cuchillo de Chris, las esposas que birlé del coche de James, cinta adhesiva, una peluca oscura y mis guantes de cuero. Lo bueno de matar a Dale es que será relativamente fácil. Me conoce. Llamaré a la puerta y me dejará entrar… O entraré por mi cuenta

con la llave de repuesto de mamá. Lo que ocurrirá a partir de ahí, aún no lo sé. Pero me he enfrentado a enemigos peores, y no tengo tiempo para sentarme a idear planes complicados como electrocutar a alguien en una bañera. James podría despertar en cualquier momento y enviarme a toda la policía encima.

Me pongo unas zapatillas y un abrigo negro liso que no llamará la atención, tomo del frutero las llaves de mi querido Micra y me dirijo a la puerta principal. Con determinación, la abro de un tirón y casi choco con un puño en alto.

En el umbral de mi puerta, con la mano levantada lista para llamar, está Nina.

Capítulo 35

—Siéntate y desembucha.

Te aseguro que desafiar a Nina cuando realmente está decidida a hacer algo es un acto reservado para los más temerarios. La observo, atónita, con la boca abierta por un instante, antes de que me agarre con firmeza, me lleve de vuelta al pasillo y cierre la puerta detrás de nosotras.

—No puedo —balbuceo patéticamente—. Tengo que irme.

—Ahora. Siéntate.

Me empuja hacia una silla de la cocina y pone la tetera al fuego, sacando tazas y bolsitas de té de los armarios con la soltura de alguien que ha estado en esta casa mil veces. Como un corderito dócil, espero en el lugar donde me ha dejado, observándola moverse con naturalidad por la cocina. Hay algo en su confianza, en la forma en que conoce cada rincón, que me llena de una calidez inesperada. Y cuando desliza una taza humeante y un plato de galletas hacia mí, me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que alguien me cuidó.

—Bien. —Arquea las cejas y alza la taza en gesto de invitación.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —murmuro, y responde estampando la taza de vuelta sobre la mesa y derramando líquido hirviendo sobre la madera.

—¿Por qué no estoy en el trabajo? ¿De verdad crees que esa es la pregunta más importante ahora?

Me fijo en que no lleva uno de sus coloridos y poderosos trajes, sino un jersey rojo chillón y pantalones verde guisante: debe de haberse tomado el día libre. Nina suspira y saca su vapeador, pero después de una calada lo deja de golpe junto a la taza y rebusca en su bolso un mechero y un paquete de Marlboro Reds.

Aspira hondo y las dos esperamos hasta que una capa de humo blanco flota sobre nosotras.

—Bien. ¿Por qué no estoy en el trabajo? Veamos. ¿Por qué crees que no estoy en el trabajo, Millie? —La miro con expresión vacía. Nadie tendría la menor oportunidad contra esta mujer en un juicio—. ¿Nada? Vale. ¿Qué me dices de tu conexión con múltiples asesinatos en la ciudad durante los últimos meses?

Trago saliva y miro la mesa, como una niña en plena reprimenda por robar chocolatinas. Nina da unas caladas más en silencio antes de continuar.

—Mataste a Hugh. —Es una afirmación, no una pregunta—. Encontré el dinero. Gracias, de verdad. Fue una sorpresa agradable. Estaba buscando mis botas de invierno, esas con el forro de piel. Sabes a cuáles me refiero.

Asiento.

—¿Por qué más no estoy en el trabajo? Bueno, se ve que no es solo mi novio el que atrae los problemas, ¿verdad? ¡Pero imagina mi sorpresa cuando veo en las noticias de la mañana que tu nuevo novio ha estado a punto de morir atropellado! ¡Menuda suerte estamos teniendo!

—¿Han dicho su nombre en las noticias?

—Al principio no. Lo identificaron y lo añadieron al historial hace unos veinte minutos. Vas a empezar a hablar. Y no vas a parar hasta que lo sepa todo. ¿Entendido?

El agotamiento de los últimos días, de las múltiples confesiones, de la decepción de que James se volviera contra mí y la culpa de haberlo atropellado, me golpea de repente. Debe de notárseme en la cara porque Nina, siempre tan empática, suaviza la mirada.

—Millie, entiéndelo: soy tu amiga. Más que eso. Soy tu hermana. Pero, por favor, necesitas explicarte. Y necesitas traerme un puto cenicero.

Una ola de gratitud me invade, igual que aquella primera vez que Nina me llevó a casa de sus padres, o cuando dijo: «Por supuesto que somos amigas». Como cuando me sostuvo el pelo mientras vomitaba tras una noche de fiesta, o cuando se enfrentó al tipo que

me dejó plantada. Y en tantos otros momentos en los que esta persona increíble ha estado ahí para mí. Siento alivio. No estoy sola.

En el fondo de un armario de la cocina, encuentro el cenicero que solía tener fuera para Nina antes de que se pasara al vapeo. En la mesa, gime de placer mientras exhala hacia el techo.

—Dios, qué bueno. Auténtico alquitrán y humo, nada de esa mierda de sandía rosa.

—He oído que es igual de malo. Puede causarte algo llamado pulmón de palomitas.

—Todos morimos al final. Hablando de eso…

—Lo grabé para ti. En una cinta.

—¿Una cinta? ¿Cuánto dura?

—Una hora y media.

—Por Dios, Millie, hazme un resumen.

—Mi padre abusó de mí de niña. Durante años. Verbal, física y sexualmente. Cuando empezó a fijarse en Katie, lo maté. Bueno, no a propósito, pero algo así. Cuando atacaron a Katie, me prometí que mataría a quien le hizo daño. Pero supongo que me… distraje. Estaba tan enfadada. Estoy tan enfadada. Y esos hombres… Se interpusieron. Y se lo merecían. Bueno, la mayoría.

Su rostro, entrenado por años de tribunales, permanece impasible, pero veo que se le humedecen los ojos y traga saliva.

—Claro y directo.

—James lo descubrió. Y quería que me entregara, pero no podía porque aún no había encontrado al atacante de Katie. Bueno, no lo había hecho, pero ahora sí. Atropellé a James. Era él o yo.

—Comprensible.

—Y en cuanto a Hugh… —Le lanzo una mirada preocupada: al fin y al cabo, maté a su novio—. Era un cabrón, cielo. Pero tú no lo veías. No lo habrías dejado. Te habría exprimido hasta el último céntimo y no te mereces eso. No podía dejar que te lo hiciera y se saliera con la suya.

El rostro de Nina está rígido; se nota que aún no ha superado lo que Hugh le hizo y que se esfuerza por mantener a raya el dolor.

—Lo entiendo. —Siempre tan estoica.

Mientras ella fuma, yo picoteo galletas Hobnob que ha puesto sobre la mesa. Solíamos hacer esto varias veces a la semana, y si me esfuerzo lo suficiente, puedo enterrar todo lo ocurrido bajo una roca y fingir que las cosas siguen como antes. Antes del ataque a Katie, antes de ponerme al volante de un coche cada vez más descontrolado y que se dirige de manera peligrosa hacia un final inevitable.

—¿Y qué has descubierto? ¿Sobre el atacante de Katie?

Le hablo de Dale. Nina y yo nunca hemos hablado de lo que mi padre me hizo, pero es evidente que adivinó algo parecido a la verdad hace mucho tiempo. Lo encaja todo con entereza y apenas ha parpadeado durante toda la conversación.

—¿Y cuál es el plan?

—Ir a su casa y… supongo que matarlo.

—¿«Supongo»? Por Dios, Millie, ¿eso es todo? ¿«Supongo que matarlo»? ¿Qué clase de plan magistral es ese? ¿Y qué pasa después? —Su voz se ha vuelto aún más ronca con los Marlboro Reds y suena como un ladrido.

—Bueno, probablemente iré a la cárcel.

—Ni de coña. Y por Dios, quema esa cinta de confesión. ¿Quién te crees que eres, el puto Doctor Maligno?

Estoy al volante del Micra, esta vez con Nina —que ha venido andando a mi casa— en el asiento del copiloto. Si la policía empieza a buscarme, mejor no estar sentada esperando en casa como una pardilla, así que vamos de camino a la suya. Por el camino, Nina me acribilla a preguntas sobre las escenas del crimen. ¿Llevaba guantes? ¿Alguien me llegó a ver? ¿Se me cayó algo sin que me diera cuenta?

Parece satisfecha con mis respuestas. Ni una sola vez sugiere que abandone mi plan de matar al tío Dale. Cuando pregunta por cualquier cosa que me llevara de las escenas, vacilo, pero me derrumbo de inmediato bajo su mirada. Quiere saber exactamente dónde está cada cosa y empieza a murmurar entre dientes algo sobre megalómanos y haber visto demasiada televisión.

—Cuando esto termine, Millie, cuando Dale esté fuera del mapa, todo se acaba. ¿De acuerdo? Nada de venganzas ni más líneas telefónicas, ni ir por ahí protegiendo a los débiles del mundo. ¿Entendido? Si de verdad quieres ayudar, haz algo normal, por favor. Trabaja en un refugio para mujeres, únete a los samaritanos. Pero no vayas por ahí reventando cabezas con piedras.

—Entendido.

—Haz lo que dice tu hermana. Siempre te he dicho que debes afrontar el pasado y seguir adelante.

Es maravilloso que alguien tome las riendas por ti. Toda mi vida he estado yo al mando. Así debe de ser tener un padre o una madre. En su casa, con más té, discutimos el plan. Nina está dispuesta a estar a mi lado hasta el final, pero me niego en redondo. Ya está bastante comprometida; no voy a meterla en la boca del lobo.

Al final, quedamos en que estaría de guardia, lista para entrar si algo salía mal y yo necesitaba ayuda. Por supuesto, nunca le pediría que se metiera en una escena de asesinato, ni loca, así que asiento rápidamente y le prometo que la llamaré si hace falta.

Decidimos esperar a que anochezca y pasamos el resto del día planeando qué pasará en casa de Dale, qué hacer si las cosas salen mal, reuniendo todo lo necesario y actualizando sin parar las noticias de la BBC para ver si hay novedades sobre James. Pero nada. Su historia ha desaparecido.

La fuga de gas es sugerencia de Nina. Estuvimos a punto de pelearnos por mi insistencia en contarle por qué voy a matarlo, pero al final logramos un acuerdo con el que las dos quedamos más o menos conformes.

A las ocho ya ha oscurecido del todo. Mi mochila está lista, y Nina me mira preocupada, su fachada serena completamente desmoronada.

—Voy a estar aquí, pegada al teléfono, pensando en cómo arreglar todo esto para sacarte del lío, ¿vale, cielo? Tú solo entra, haz lo que tienes que hacer y sal. —Respira hondo, y de pronto grita como si dirigiera un ejército—: ¡Y ni se te ocurra hacer tonterías! ¡Nada de discursos! ¡Nada de explicaciones! Él lo sabrá perfectamente.

—Vale.

Mientras subo al coche y me despido con la mano de mi amiga —que permanece en la puerta con el rostro marcado por la preocupación y… ¿es orgullo lo que veo?— no puedo evitar maravillarme de lo mucho que ha cambiado mi suerte. Anoche me encontraba completamente sola, convencida de que estaba al borde de ser capturada, sin pista alguna sobre la identidad del hombre causante de todo. Menos de veinticuatro horas después, tengo a mi lado a la persona más increíble y brillante que existe, y voy de camino a la dirección correcta con un plan firme.

Saber que Nina está conmigo me ha dado fuerzas para seguir adelante y salir de esto. Quiero creerla cuando dice que no permitirá que ponga un pie en la cárcel. Si alguien puede lograrlo, es ella.

Pero primero, es hora de enfrentarme a Dale. Y acabar con esto de una vez por todas.

Capítulo 36

El tío Dale vive en las afueras de la ciudad, lo que resulta especialmente útil en lo que respecta a las cámaras de vigilancia. Nina y yo trazamos una ruta que las evita por completo, y aparco en una calle cercana con la sensación de que, hasta ahora, todo marcha sobre ruedas. Llevo una incómoda peluca castaña que me pica y ropa negra que me permite moverme con facilidad.

Tras debatir los pros y los contras, decidimos no ir a por la llave de repuesto de casa de mi madre. Presentarnos allí podría suscitar preguntas indeseadas, y entrar por nuestra cuenta hasta podría alarmar a Dale y hacer que llamara a la policía. Además, ¿qué hay de malo en que una sobrina llame a la puerta para saludar y presumir de su nuevo color de pelo?

El tío Dale vive en una casa aislada, sin ningún tipo de personalidad ni encanto: ladrillos rojos baratos, pequeñas ventanas cuadradas, una puerta de garaje gris y un jardín delantero que no es más que puro hormigón. Que yo sepa, nunca se ha casado ni ha tenido una pareja viviendo con él, y a la luz de todo lo que ahora sé, eso lo hace aún más sospechoso. No me malinterpretes, yo misma soy una persona solitaria. No hay nada malo en la vida de soltero. Pero, como también sé, te da más privacidad para dedicarte a aficiones que otros no aprobarían.

Al acercarme a la casa, veo su moto favorita aparcada en la entrada, lo que me indica que probablemente está en casa; menos mal, porque me doy cuenta de que no hay un plan B en caso de que Dale no esté, y no puedo permitirme el lujo de esperar. Lo he visto en casa de mi madre de vez en cuando, pero hace años que no vengo por aquí. Me armo de valor, subo hasta la puerta principal y llamo al timbre.

Me muevo inquieta en el umbral, mirando a mi alrededor con nerviosismo. Las casas vecinas no están pegadas, pero quedan lo bastante cerca para verme plantada en la puerta si alguien echa un vistazo por la ventana. Me aseguro de que la capucha me cubra casi toda la cara y separo un poco las piernas para disimular mi género lo mejor posible.

Al final, oigo movimiento al otro lado de la puerta y preparo una gran sonrisa, subiéndome la mochila al hombro. La puerta se abre con un chirrido y el rostro hinchado del tío Dale asoma por la rendija.

Dale comparte los ojos con mi padre, aunque siempre pensé que los suyos parecían más bondadosos. Ahora entiendo que esa idea fue un producto de las circunstancias, no de lo que realmente veía. Sus ojos están hundidos en un rostro enrojecido y flácido, fruto del paso del tiempo y la falta de cuidado. Tiene la cabeza completamente calva y lisa, y cuando se da vuelta, se le notan los pliegues de piel en la nuca.

Hay un momento de silencio confuso antes de que recuerde mi guion y me baje la capucha.

—¡Tío Dale! Soy yo, Millie. ¿Puedo pasar?

Me mira fijamente por un momento antes de que su expresión se suavice y sonría. Su sonrisa siempre marcó una gran diferencia con la de mi padre. Le daba un aire más alegre, más seguro. Hubo muchos días en mi niñez en los que desee que mi madre se hubiera casado con este hermano en lugar del otro.

—¿Millie? ¡Vaya! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Nuevo color de pelo? ¡Pasa, pasa, cielo! ¿Va todo bien?

Cruzo el umbral y suelto un suspiro de alivio; el primer paso ha salido según lo previsto.

—Sí, todo bien, solo quería pasarme a saludar.

—¿Quieres una taza de té? ¿Una cerveza? Déjame que te saque una cerveza.

—Genial, gracias.

Lo sigo a la cocina mientras parlotea, aparentemente encantado de verme. Lo más probable es que no reciba muchas visitas. La calva y el cuello grueso de Dale asoman por encima de una vieja

camiseta del Newcastle, y me estremezco al pensar en lo tonta que he sido, en cuánto tiempo perdido. ¿Cómo no lo vi antes?

—¿Seguro que no pasa nada, cielo? ¡No esperaba que aparecieras así! ¿Tu madre está bien? Estuve en su casa la otra noche para cenar. Vimos los fuegos artificiales que lanzaba un vecino. Lástima que no estuvieras.

Me tiende una botella de Peroni.

—Oh, sí, mamá está bien —digo, sentándome a la mesa de la cocina y abriendo la cremallera de la mochila. Con una oleada de repulsión, me doy cuenta de que su presencia, quizá con los estallidos de los fuegos recordándole la Nochevieja, debió de ser lo que impulsó a Katie a autolesionarse esa noche—. Solo quería hablar contigo de algo. Me temo que es un poco serio.

Se le ve alarmado, sus cejas se arquean sobre la frente calva, y su labio inferior sobresale con inquietud.

—¿Te importa sentarte? Es una historia un poco larga.

Le sonrío con dulzura. Nada desarma más que una mujer triste.

Dale se acomoda en un taburete alto junto a la isla de la cocina, con la misma expresión de inquietud. Da un sorbo a su cerveza, saca una caja de cerillas y va a encender un cigarrillo. Entonces, me inclino y le rocío los ojos con el espray de pimienta.

Nina no estaba del todo de acuerdo con este plan, lo admito. No es exactamente el método más sencillo de matar, que es lo que ella pedía. Quería una fuga de gas mientras él dormía: entrar y salir sin ser vista. Pero ¿dónde está la satisfacción en eso? Dale ni siquiera sabría que su hora había llegado. Acordamos que yo tendría una charla rápida y sincera, explicándole exactamente lo que iba a pasar, y luego provocaría una fuga de gas devastadora.

En eso consiste la familia: en llegar a acuerdos.

Dale grita y se agarra la cara, ciego y agonizante. Qué sustancia tan maravillosa, entiendo por qué Nina la lleva siempre encima. Con eficiencia y rapidez, le pongo las esposas de James en una muñeca, paso la cadena por la barra de la isla y cierro la otra.

Nina y yo pasamos cerca de una hora esta tarde practicando cómo esposar de manera eficiente, y ahora puedo decir con orgullo que el amarre ultrarrápido es uno de mis muchos talentos. Mañana por la

mañana tendré que volver para quitarle las esposas, y para entonces debería parecer que simplemente se desmayó por la fuga de gas mientras tomaba una cerveza. Con las tijeras y la cinta adhesiva en mano, mientras él grita y llora, le amarro los tobillos a las patas de su taburete y termino poniendo una tira en su boca, lo que de paso lo deja en silencio.

Miro el reloj y veo que solo han pasado cinco minutos y Dale está incapacitado y dolorido. Todo va bien.

Los sollozos ahogados de Dale se están calmando, y como no tengo todo el día, lleno un vaso de agua del fregadero, humedezco un trapo de cocina y le limpio los ojos. Los tiene hinchados y rojos, lo que da la impresión de que está a punto de estallar. Me mira fijamente con lo que supongo es miedo, aunque es difícil saberlo cuando alguien ha sido rociado con gas pimienta y tiene cinta adhesiva tapándole la boca.

—Hola, tío Dale. —Le hago un saludo alegre con la mano.

Ahora que el dolor remite, veo que su cerebro vuelve a la vida, procesando qué demonios le está pasando en esta noche de martes que parecía empezar de lo más normal. El momento en que ve las esposas es emocionante, y empieza a balancearse en el taburete.

—Si te caes te harás daño. Te sugiero que pares.

Se queda quieto. Es maravilloso tener tanto poder. ¿Lo has probado alguna vez? Te lo recomiendo.

Ahora que ha llegado el momento, con el hombre que causó tanto dolor y sufrimiento completamente bajo mi control, me siento abrumada. La excitación me recorre, pero la voz de Nina en mi cabeza me dice que no me deje llevar. «Nada de tonterías».

—No tengo toda la noche, Dale, así que seré breve. Puedes limitarte a asentir o negar con la cabeza. ¿Entiendes lo que te estoy haciendo?

Niega con la cabeza y pongo los ojos en blanco. No tengo paciencia para lidiar con idiotas.

—Obviamente, estoy aquí para matarte, Dale. ¿Lo entiendes?

Una pausa breve y un leve asentimiento. Mi teléfono vibra en el bolsillo, probablemente sea Nina diciéndome que me dé prisa.

—Bien. Ya hemos avanzado algo. ¿Y entiendes por qué estoy aquí para hacerlo? ¿No? ¿Seguro?

Recorre la habitación con los ojos, buscando ayuda o una salida. Lo dejo fantasear unos segundos, luego deslizo el espray de pimienta sobre la isla y el sonido atrae su mirada como un imán. Niega frenéticamente con la cabeza.

—¿No lo sabes? Bueno, hay varias razones, supongo. Pero, sobre todo, me gustaría ayudarte a recordar algo. ¿La pasada Nochevieja?

Su cuerpo, que no ha dejado de moverse, se queda inmóvil de repente, como si por fin hubiera mirado a los ojos de Medusa.

—Ahí está. ¿Lo recuerdas? Fuiste a casa de mi madre, ¿verdad? ¿A compartir unas copas con ella? ¿A rememorar viejos tiempos? Y Katie también estaba allí, ¿no? No sé por qué. Se suponía que iba a salir con unas amigas, pero quizá se sintió mal, o discutieron, o simplemente estaba cansada. Quizá volvió temprano. No lo sé. No importa. Pero estaba allí.

Nos miramos un momento, hasta que noto que el teléfono vibra de nuevo.

—Perdona, Dale, debería mirar si es importante. Tú sigue pensando por qué estás aquí.

Tengo un mensaje de Nina de hace tres minutos enviado a través de Telegram para que no se pueda rastrear:

Deberías haber salido ya.

Y algo más, que no tiene ningún sentido.

Un mensaje de voz. De James.

Miró la notificación lo que parecen horas, pero probablemente son diez segundos, enderezo los hombros y le doy a reproducir. Su voz suave y sedosa llena la cocina, resonando en cada rincón. Suena más ronca de lo habitual, pero mucho mejor que la de un muerto.

—Hola, Millie. Soy James. Probablemente no esperabas saber de mí. Me diste una buena paliza anoche, pero de alguna forma no causaste daños permanentes y me di el alta del hospital esta mañana. Conmoción y un brazo roto. Querían retenerme, pero insistí en irme. Porque creo que es importante que hablemos.

Suelta una risita. ¿Una risita?

—Fui a tu casa. Bonito gato. Lo bueno de ser policía es que es fácil conseguir la dirección de alguien. Pensé en pasar a saludar. ¡Quizá soy masoquista! ¡Ja!

Debe de ser la conmoción. No hay otra razón para que encuentre todo esto tan divertido.

—Bien, no estabas. Obviamente, sabes que no estabas. Pero encontré una cinta interesante sobre la encimera de la cocina.

Mierda. No quemé la cinta. Nina se va a enfadar… En mi defensa, debo decir que han pasado muchas cosas.

—Pensé en llevármela a casa y escucharla, y solo puedo decir… ¡Vaya! ¿Mataste a tu padre con un pastel*? Es épico.*

Definitivamente, está conmocionado. Los ojos rojos de Dale se salen de las órbitas ante las palabras de James y vuelve a balancearse en el taburete. Le lanzo una mirada severa y se queda quieto.

—Podría llevar esto directamente a la comisaría. Debería *llevarlo. Intentaste* matarme*, Millie. Me estaba enamorando de ti y trataste* de matarme*.*

El silencio tenso de la grabación nos envuelve por un momento, Dale y yo mirando el teléfono, esperando. Al final, oigo a James suspirar.

—Pero esa cinta también… En fin, me rompió el corazón. Lo que hizo tu padre. Las cosas que dijiste… Lo de anoche… Lo entiendo, de verdad. Pero no puedo dejarte hacer esto, Millie. Sé dónde estás. Probablemente vas de camino a casa de tu tío ahora mismo. ¿He acertado? Me alegro de que añadieras eso a la cinta. Soy detective de homicidios. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejarte matar a un hombre, por jodidamente malvado que sea. Lo sabes. No sé por qué te lo cuento. Supongo que porque me gustas. O porque me di un buen golpe en la cabeza. Quizá para darte una oportunidad…

»*Nos vemos pronto, Millie. Pero esta vez no bajaré la guardia.*

El mensaje termina. Sigo mirando la pantalla. ¿Cuánto tardará en encontrar la dirección de Dale? ¿Vendrá solo o traerá a toda la

policía? ¿Cuánto tiempo lleva movilizar a la policía en la vida real, no como en las series de televisión?

Una cosa es segura: no tengo tiempo para sentarme y escribir una tesis sobre el tema. Le envío a Nina un Telegram rápido informando sobre lo ocurrido, y preparándome para su bronca por lo de la cinta. Me responde inmediatamente con una ristra de signos de exclamación.

Por un momento casi olvido que Dale está delante, y me da la impresión de que cree que, si se queda callado, me olvidaré de por qué estoy aquí y me iré a hacer otra cosa.

—Mira, Dale, quería quedarme más, de verdad. Sé que no vengo mucho, así que es una pena que no hayamos pasado tanto tiempo juntos como había planeado. —Mientras hablo, busco el contacto de James en el teléfono y le doy a llamar. Un último intento. Responde al primer tono.

—Hola, Millie.

—James… Lo siento. Por lo de anoche. —Se queda callado, así que sigo—: Estaba aterrorizada. Lo entiendes, ¿verdad? Pero lo siento, ha sido… horrible. —Me sorprende sentir un nudo de verdad en la garganta. Oír su voz me resulta reconfortante. Casi siento su brazo alrededor de mí, como si siguiéramos paseando por aquel parque.

Dale me observa y solo oigo la respiración de James al teléfono. Me bajo del taburete y empiezo a caminar.

—Tenemos que hablar —digo al teléfono—. Estoy en un Airbnb en el campo. Estaba asustada y necesitaba alejarme. Si te doy la dirección, ¿vendrás?

Es un intento desesperado de enviarlo en la dirección equivocada, pero es todo lo que se me ocurre con tan poco tiempo. Dale hace un ruido a través de la cinta adhesiva, así que sostengo el espray de pimienta justo delante de sus ojos y se calla.

Por fin, James se decide a hablar:

—No soy idiota, Millie. Estás en el 38 de Middleton Road. La casa de tu tío. Voy para allá. No te muevas. Joder.

—¡Espera, James! No puedes hacer esto. Teníamos algo, ¿no? Tenemos algo. Yo… te quiero. Por favor. Te quiero.

Se queda callado de nuevo.

—Que te jodan, Millie.

El corazón se me cae al suelo, su respiración aún resuena en la línea.

—Quería razonar contigo —dice en voz baja—. Pero… ¿decir que me quieres? Eres capaz de utilizar cualquier cosa. Intentas manipularme.

—No, es verdad…

—¡Cállate! —Suena desquiciado—. Voy para allá. No hagas nada precipitado. Se acabó.

La línea se corta.

Cómo se atreve a pensar que haría algo precipitado.

Capítulo 37

Dejo a mi tío bien esposado a la isla de la cocina y doy dos vueltas completas por la habitación. Como siempre es bueno mantener al corriente a los compañeros, le mando a Nina un resumen del nuevo plan antes de abrir la puerta que lleva del interior de la cocina al garaje.

Dale intenta gritar pidiendo ayuda a través de la cinta adhesiva. Ojalá no lo hiciera, porque me parece patético y me da una vergüenza ajena tremenda. «Todos estamos estresados, Dale, solo que no todos nos quejamos».

Al encender la luz, un brillo molesto inunda la habitación, revelando el suelo de hormigón manchado de aceite. Tres motos ocupan la mitad del garaje, mientras que la otra está abarrotada con un cortacésped, una barbacoa, herramientas y un sinfín de basura. Aparto un rastrillo y una pala para empezar a buscar, pero no encuentro lo que necesito. Todavía puedo oír los gritos ahogados de Dale y cómo se balancea; si sigue así, acabará haciéndose daño. Pero antes de poder pensar más, un nuevo ruido atraviesa mi mente: el aullido distante de una sirena.

Ya vienen.

Desesperada, corro al otro lado del garaje, tirando una moto cara al suelo y apartando un casco y varios pantalones acolchados. Entonces los veo: tres bidones de gasolina, perfectamente alineados uno al lado del otro.

Están todos llenos, y los arrastro uno a uno hasta la cocina. Dale estira el cuello para ver qué hago, pero es mejor no estresarlo más. Está atado, pero no me gustaría que se cayera de la silla y quedara inconsciente antes del final de la fiesta.

En cuanto arrastro el tercer bidón a la casa, cierro de golpe la puerta del garaje. Me duelen los brazos por el esfuerzo, pero

empiezo a acercarlos a mi tío. Cuando los ve, reanuda sus gritos ahogados. La sirena se oye cada vez más fuerte, confirmando que no era cosa de mi imaginación. Destapo el primero y lo inclino para que un tercio se derrame en el suelo. Cuando puedo levantarlo, vierto el resto sobre la cabeza de mi tío.

El segundo bidón lo salpico por toda la habitación, asegurándome de empapar los muebles acolchados y la madera que arderá bien. Dale solloza ahora, y la sirena se oye aún más cerca. Me imagino esa escena de Thelma y Louise cuando se dan cuenta de que ya no hay nada que hacer. Parte de mí desearía que Nina estuviera aquí, agarrándome la mano. Aunque, claro, en realidad no. Ella tiene que vivir.

El último bidón lo salpico sobre mí misma. Me echo un poco en la cabeza, me mojo la chaqueta y los pantalones. Lanzo la última gota a Dale. Nos miramos, chorreando, con el olor penetrante picándome en los ojos. Siempre me ha gustado el olor a gasolina, pero nunca pensé que lo de acabar devorada por las llamas del infierno sería tan literal.

La policía está en camino, y James tiene pruebas suficientes para enviarme a la cárcel de por vida. No puedo enfrentarme a eso. Pasé dieciséis años de mi vida aterrorizada. Y luego casi otros tantos libre. Tuve amigos, corrí casi todos los días y sentí el viento fresco en la cara. Creé mi propio hogar, cuidé de mi gata, construí una vida dirigida por mí. No puedo cambiar eso por una vida entre rejas llena de chili con carne en lata y leche en polvo, talleres obligatorios de manualidades y cuchillos hechos con cepillos de dientes, puertas cerradas y miedo.

El tiempo se acaba. James tiene una grabación de mi confesión. Mi piso está lleno de objetos de las víctimas. No quedan minutos, ni opciones.

Me vuelvo hacia Dale.

—Violaste a mi hermana. Sabías lo de mi padre. Tú y él sois iguales, y merecéis arder en el infierno. Adiós, Dale.

Él sacude la cabeza, solloza, grita contra la cinta adhesiva.

—No mereces vivir. Y, en realidad, yo probablemente tampoco. —Río, y a la vez lloro. Katie se culpará, pero Nina cuidará de ella—. El

ciclo se repite, ¿eh? Me crie en la violencia y soy violenta. Tal vez sea bueno que yo también desaparezca.

Saco el teléfono y tecleo un mensaje en Telegram a Nina diciéndole que lo siento, gracias, y que la quiero. Ella merece una despedida, merece saber que esto ha terminado, para que pueda borrar cualquier rastro que la conecte conmigo. Le pido que se asegure de que Katie está bien, y le digo que se aleje de hombres como Hugh. Luego borro la aplicación para que, si encuentran mi teléfono, no la impliquen. A continuación, le envío un mensaje corto a Katie:

Te quiero. Lo siento.

Las cerillas de Dale están sobre la isla de la cocina.

—¿Alguna última palabra?

Grita contra la cinta adhesiva, se balancea, con los ojos hinchados y rojos llenos de lágrimas.

—Precioso.

Saco una cerilla y la froto contra el borde áspero de la caja, lista para acabar con nuestras vidas. Para acabar con el sufrimiento que causamos.

Mi teléfono vibra con una llamada entrante. Interrumpe mi momento dramático, y pongo los ojos en blanco. No hay un momento de paz, joder. La sirena suena tan cerca que sé que no nos queda mucho. El peor escenario sería que me salvaran justo a tiempo y me encerraran de por vida con la cara derretida. Pero, aunque intento ignorarlo, no puedo. Irritada, lo saco del bolsillo empapado. Es Nina.

Sin pensar demasiado, respondo a la llamada.

—Lo he arreglado. Sal ahora mismo. —Y cuelga.

Miro a Dale. Él me mira a mí. Las sirenas llenan mis oídos. La cerilla está en mi mano.

Capítulo 38

Mierda. Mierda. Mierda.

Me quito la chaqueta y la tiro en un charco de gasolina a los pies de Dale. Sin pisar el líquido que se extiende por el suelo, me descalzo los zapatos y los calcetines, y luego me bajo los pantalones. Por último, lanzo la peluca junto a la ropa, agradecida de que las fibras sintéticas baratas hayan protegido mi pelo de verdad. En el fregadero de la cocina, me enjuago las manos y los brazos lo mejor que puedo, salpicándome agua por todo el cuerpo.

Avanzo de puntillas hacia la isla, donde he dejado las cerillas, y luego hacia la puerta; no es fácil, porque he hecho un trabajo impecable empapándolo todo de líquido inflamable, como si estuviera preparando un bizcocho borracho.

De pie, en medio de la casa impregnada de gasolina, vestida solo con el sujetador, las bragas y una mochila, abro la puerta principal. Entonces, deslizo la cerilla contra la caja y se enciende una llama. Miro a mi tío, esposado a su ostentosa isla de cocina, y le grito un último adiós al hombre que arruinó la felicidad de mi hermana, el hermano del hombre que arruinó la mía. Bajo esta luz, con la cara hinchada, roja y surcada de lágrimas, se parece exactamente a su hermano. Dejo caer la cerilla.

El calor es instantáneo. Y más cuando estás prácticamente desnuda. El contraste con el aire frío resulta brutal, y los cristales de las ventanas estallan con un ruido ensordecedor. Las llamas irrumpen hacia el exterior. Monto a horcajadas la motocicleta Triumph de Dale, que espera en la entrada, meto la llave que he tomado del gancho junto a la puerta y la arranco de una patada, arañándome la piel del empeine contra el pedal. El estruendo me toma por sorpresa. El aire ya está cargado de humo, un aullido de sirena, el crepitar de las llamas que se alzan desde dentro, y ahora

el rugido de mi motor. Aún oigo los gritos ahogados de mi tío amordazado, pero en el fondo sé que debe de ser cosa de mi imaginación.

Me encantaría decir que arranco con la gracia y el estilo de Angelina Jolie en *Tomb Raider,* pero nunca he conducido un cacharro como este y tardo un segundo en entender los mandos. Al meter la primera, una luz azul me envuelve, y el aullido de una sirena junto con el chirrido de neumáticos me ensordecen. Un solo coche frena en seco en la carretera, con la puerta del conductor abriéndose de golpe.

James.

Una mezcla de azul neón y naranja parpadeante lo ilumina, oscureciendo sus ojos y marcando sus pómulos afilados. Pienso en el hombre que entró en Picture This, el flirteo casual al otro lado del mostrador, los dedos elegantes alrededor del bolígrafo. ¿Quién iba a imaginar que acabaríamos así?

Oigo más sirenas cerca, así que está claro que ha pedido refuerzos de camino, tal como amenazó con hacer. Sus ojos pasan de mí, sentada medio desnuda sobre la moto, a la casa, donde las llamas bailan tras las ventanas.

Toma una decisión, la única que un buen hombre podría tomar. Corre hacia la casa, y yo giro el acelerador, salgo disparada a una velocidad que casi me parte el cuello, y huyo de la escena.

Bristol ha sido siempre mi hogar. Mientras otros se iban, estudiaban en Edimburgo, Leeds o Londres, y regresaban para las vacaciones o algún que otro fin de semana largo, yo me quedé. Algunos incluso exploraron Asia durante su año sabático, cargando mochilas gigantes y egos aún más grandes. Pero yo nunca he cruzado mucho más allá de los límites de mi ciudad.

Aunque eso signifique que mi repertorio de anécdotas (aceptables) para fiestas sea bastante escaso, tiene la ventaja de que conozco este lugar como la palma de mi mano. Evitando las carreteras principales, zigzagueo por la oscuridad y rezo para que nadie mire por la ventana esta noche.

En un momento dado, freno en seco en un cruce y veo la cara deprimida de un adolescente tras el cristal, mirándome boquiabierto. Le guiño un ojo y acelero el motor; de todos modos, nadie le creerá.

Después de unos treinta minutos moviéndome por la ciudad, entro directamente en un pequeño parque cerca de la casa de Nina y apago el motor. Empujo la moto y a mí misma dentro de un arbusto, fuera de la vista, y por fin respiro.

Nina me metió en el baño en cuanto crucé la puerta, diciéndome que apestaba a humo. La policía aparecerá aquí tarde o temprano, pero no de inmediato. James solo sabe el nombre de pila de Nina. Tardarán en averiguar adónde ir después de registrar mi casa.

El vapor de la ducha era abrasador y desprendía un aroma desconcertante a eucalipto. La adrenalina aún corría por mis venas, bloqueando cualquier sensación de frío tras haber pasado tanto tiempo fuera, en ropa interior, una noche de noviembre. Me enjaboné de pies a cabeza con los productos lujosos de Nina y hasta me lavé el cabello, respirando el aroma sofisticado y caro de Aesop.

Abajo, Nina me esperaba en el sofá con la cabeza entre las manos. Al principio me preocupó, porque no suele alterarse con facilidad, pero al alzar la vista sonrió.

—Siéntate, cuéntame.

Así que, duchada y vestida con un pijama multicolor de Nina, ahora estamos en su salón, mirándonos con ojos desorbitados.

—Fue… un desastre total —empiezo.

—Estás aquí, ¿no?

—Sí, pero no sé por cuánto tiempo. Deben de estar en mi casa justo ahora. En algún momento encontrarán tu dirección. —Repaso las posibles formas en las que podría salir de esto; no hay muchas, y no son buenas. Nina es una gran abogada, pero no puede sacarme de esta. Presa del pánico, mis ojos empiezan a recorrer la habitación como si así pudiera encontrar una respuesta o una ruta de escape.

—Millie. Confía en mí. Tranquilízate. Cuéntame qué ha pasado.

Nina saca un cigarrillo y me estremezco al oír el chasquido del encendedor. Mientras la punta se pone roja, imagino el crepitar de

mi propia piel en las llamas. ¿Habría sido mejor que lo que me espera ahora? La cosa está empatada.

Apoyo la cabeza contra el cojín del sofá, cierro los ojos y respiro hondo. El olor de este lugar —la mezcla inusual de velas caras y comida asiática— me serena la mente. Cruzo mis piernas, que ahora siento demasiado largas y delgadas, torpes y casi transparentes, como las de una araña que te encuentras en un sótano. Mis brazos, débiles y lacios, carecen de sangre o fuerza.

—James se despertó.

Ella guarda silencio y yo suspiro hondo, expulsando todo el aire de mis pulmones, y todo lo que he estado conteniendo. Le di algo de información antes por Telegram, pero solo lo básico. Así que me tomo el tiempo de explicárselo bien: el mensaje de James, la necesidad de abandonar el plan de la fuga lenta de gas. La decisión, desesperada, de quemar la casa conmigo dentro.

—¿Por qué pensaste que era buena idea?

Habla con un suave tono áspero, como si le estuviera mostrando un jersey feo que pedí por Internet.

—Él estaba de camino. Había demasiadas pruebas contra mí, hundirme con el barco parecía la mejor opción en ese momento.

—Nunca pensé que acabarías desnuda en un arbusto con una moto tan chula.

—No. Eso fue… otro giro inesperado. —Dejé la moto en el parque, y ella me prestó el abrigo para cubrirme y protegerme de las miradas curiosas. Me rodeo el cuerpo con los brazos, temblando—. Se parecía tanto… a mi padre.

—¿Por qué nunca me hablaste de él? Quiero decir, suponía que algo así te había pasado. Nunca me has contado nada, y he visto las marcas en tu pierna que parecen quemaduras de cigarrillo. Siempre pensé que deberías hacer terapia para lidiar con el pasado… de otra forma. Pero podrías habérmelo contado. Podrías haber hablado conmigo.

—Lo sé. Tal vez debería haberlo hecho. Pero no es mi manera de lidiar con las cosas. Prefiero enterrarlas. Nunca he sido de quejarme de mis problemas, aunque, pensándolo bien, tal vez debería haberlo

intentado. En lugar de eso, he tratado de volcarme en ayudar a otros.

—Siento sonar como un póster motivacional de mierda, pero a veces tienes que ayudarte a ti misma primero.

—Parece que sí.

Nos sentamos en silencio mientras pienso en lo afortunada que soy. No todo el mundo tiene una amiga como Nina. A veces creo que el amor está repartido de manera justa, y que, como no recibí nada de mis padres, todo se volcó en Nina y Katie. Pero luego me recuerdo que debo madurar y dejar de pensar en estas cosas como si fueran cuentos de autoayuda barata.

—¿Quieres oír lo que he estado haciendo?

Me saca de mi ensoñación y abro los ojos de golpe. ¿Me estaba quedando dormida? Aunque parezco haber tenido el tipo de noche relajante que los *influencers* de autocuidado insisten en que todo el mundo debe tener regularmente, Nina parece la abogada siempre alerta. Está acostumbrada a trabajar hasta tarde y mantener la concentración, y ha abordado esto como cualquier otro caso. Aunque, en esta ocasión, del lado de la asesina. No sé cómo, pero su pintalabios rojo sigue perfecto, y me pregunto si se lo habrá retocado mientras yo quemaba la casa de Dale.

—Me gustaría, sí —digo en voz baja, casi tan ronca como la suya. Supongo que he inhalado mucho humo esta noche.

Nina sonríe, sus mejillas de manzana con hoyuelos la transforman de abogada feroz en niña adorable. Se sube las gruesas gafas al puente de la nariz, luego se quita la goma del pelo, que cae en una cascada negra alrededor de sus hombros. El reflejo brillante de su cabello en la oscuridad me recuerda al de la gasolina extendiéndose por el suelo de la cocina. Me estremezco de nuevo.

—Bien, después de que te fueras, conduje a tu casa en el Micra y recogí esos jodidos… trofeos, o lo que fueran. —Me estremezco otra vez. No eran trofeos propiamente dichos—. La cámara, la bufanda, el cuchillo, el EpiPen y la piedra. No te llevaste nada de la casa de David, ¿verdad?

—Nada. —No quería guardar ese asesinato conmigo.

—Bien. Lo metí todo en una bolsa de basura y lo saqué de la casa. No puedo creer que las guardaras. —Me fulmina con la mirada mientras apaga el cigarrillo en un cenicero rebosante.

—Parece que has vuelto a fumar.

—Cállate —me ordena, apuntándome con un cigarrillo nuevo—. Es culpa tuya. En fin, acababa de llegar a casa y me disponía a hacer la cena, quizá ponerme una mascarilla —mientras vigilaba el teléfono, claro— cuando recibí tu mensaje. James estaba de vuelta, corriendo como si nada, y fastidiando nuestro brillante y malvado plan.

Casi parece que Nina se divierte, contando la historia como un cuento para dormir. Aunque no puede ser, porque su mejor amiga está a punto de ir a la cárcel.

—Mis opciones eran limitadas. Como las tuyas. Estaba empezando a idear un plan cuando enviaste ese mensaje. —Arquea una ceja, como si mi despedida final le pareciera una tontería—. En serio, Millie. Te dije que estaría atenta para ayudarte. No tienes fe. Has estado a punto de volarte por los aires junto a ese idiota.

»Volví a subirme a tu Micra y fui a casa de James.

—Espera, ¿qué? —Me incorporo recta como un palo, con las piernas aún cruzadas como si estuviera meditando. La necesidad de dormir se ha evaporado—. ¿Cómo sabías dónde vivía? ¿Por qué fuiste…?

—¿Me dejas contarlo? Me diste su dirección cuando te lo tiraste. Está a unas pocas calles. Así que fui a toda velocidad a casa de James en tu cochecito, mientras él se dirigía corriendo hacia la de tu tío. La llave estaba debajo de una maceta, qué típico…, así que entré sin problema, llevando la bolsa de pruebas al hombro como un Papá Noel malvado.

—No habrás…

—… y la metí debajo de su cama. Luego hice una llamada anónima a emergencias.

—Dios mío…

—¡Policía, por favor! —continúa hablando con voz aguda y temblorosa—. Tienen que ir rápido a Middleton Road 38. Hay un hombre llamado James Khan que ha matado a varias personas y

está a punto de atacar de nuevo. Es policía, y me daba miedo acusarlo, pero ya no puedo seguir callando. No volveré a llamar.

Me sonríe con timidez, de pronto modesta con sus talentos para el engaño.

—Sabía que ya habrías salido de allí cuando llegaran. O, al menos, que tendrías más posibilidades si ellos sabían que él era el asesino, no tú, antes de que te llevara esposada a la comisaría.

—¿Y la cinta? —pregunto alterada—. Se llevó la cinta.

—Se ve que es tan descuidado como tú —dice guiñándome un ojo —. También la dejó a la vista sobre la mesa de la cocina. Quizá habríais hecho buena pareja, en otras circunstancias.

El silencio vuelve a reinar mientras intento comprender todo lo que ella acaba de decirme. Esto no puede funcionar… ¿o sí? James vive al lado de la primera víctima, estaba solo en casa cuando ocurrió el asesinato, justo cuando Imran fue a la tienda. ¿Y qué hay de los demás? ¿Tiene alguna coartada? Ha estado en cada escena del crimen y podría haber alterado las pruebas sin esfuerzo.

De repente, algo que dijo en el *pub* me viene a la mente: «Mi jefe incluso dijo que tengo una "obsesión enfermiza" con que no sean accidentes». Se lo creerán. ¿Y si no? Bueno, ¿qué tienen contra mí? ¿Su palabra y una foto borrosa sacada de una cámara de seguridad que podría ser cualquiera?

—¿Has incriminado a James?

Por primera vez, un destello de culpa cruza su rostro.

—Era él o tú, cielo. No había elección. Sé que te gustaba, pero…

—Nina. Basta. Eres… increíble.

Ella sonríe radiante.

Capítulo 39

La policía querrá hablar conmigo. Por supuesto que sí.

Al final de aquella fatídica noche, habíamos urdido una coartada a prueba de bombas y la repetimos una y otra vez, hasta que Nina me gritó por recitar las mismas frases en cada repetición.

—¡No! ¡Esto no puede sonar ensayado! Cada vez que te haga una pregunta, tienes que responder de forma distinta. Improvisada. Esto tiene que convertirse en la vida real, no en una historia. ¿Entiendes?

Resulta que Nina es potencialmente tan loca como yo.

Al final me dejó dormir, pero solo cuando quedó claro que apenas recordaba mi propio nombre.

Nina hizo unas llamadas y, a la mañana siguiente, la moto de Dale había desaparecido del parque. Supongo que en su profesión no solo haces amigos en las altas esferas. Es por la mañana, y estamos preparadas y a la espera.

Nina está lista para llorar cuando haga falta, todavía de luto por su novio recién fallecido, ha necesitado tener a su mejor amiga a su lado, y esta se ha quedado a dormir con frecuencia en la habitación de invitados. Muy oportunamente, en todas las fechas de los asesinatos. Por mi parte, he practicado el *shock* y la confusión de que me digan no solo que mi querido tío murió en un incendio, sino que podría haberlo provocado el hombre con el que salía.

Pero nadie viene.

Nos enteramos de las novedades al mismo tiempo que todos los demás: en las noticias locales de la mañana. Como no vi el momento en que Dale se fue al infierno, mi mayor preocupación era que de alguna forma hubiera salido vivo. Pero las noticias confirman que un incendio la noche anterior se cobró una víctima y que un agente de policía fue trasladado al hospital. Suspiro aliviada.

No hay más información sobre el estado de James, pero debe de estar grave. Si pudiera hablar, la policía ya habría llamado a la puerta: conoce a mi mejor amiga y no tardarían mucho en rastrear a la abogada de la familia. Nina podría intentar conseguir información a través de sus contactos en la policía, pero no quiere exponerse mostrando demasiado interés.

El café sale a chorros de la máquina Nespresso, espeso y oscuro, y tiramos una tras otra las cápsulas rosas desechables al reciclaje. Tras apurar otro expreso, Nina se va al trabajo, ya repuesta de su «gastroenteritis de veinticuatro horas» y sin querer llamar la atención innecesariamente, mientras yo vuelvo a casa.

Se me hace extraño estar aquí de vuelta, sola, sabiendo que ha entrado gente desde que me fui. No me importa que Nina haya rebuscado en mis cosas para recoger pruebas. Pero la idea de James sentado en mi cocina, aturdido por la herida en la cabeza y empeñado en detenerme, me provoca un escalofrío. Sentada a la isla de la cocina, lo imagino como en una película. Él entrando, acariciando a mi gata, curioseando. Después, divisando el sobre tentador, con el nombre de Nina escrito en rotulador.

Lo imagino tumbado en la *chaise longue* durante más de una hora, escuchando mi voz exhausta y ebria revelando mis confesiones más profundas, aunque recuerdo que en realidad se la había llevado a su casa. Seguro que sonaba vulnerable, y una chispa de rabia se enciende en mis venas. Sin embargo, ya no tengo energía para enfadarme de verdad. No como antes.

Mi madre es quien me da la siguiente actualización. Se ha enterado de la muerte violenta de Dale, y me la comunica nerviosa por teléfono. No lo había pensado hasta su llamada, pero ella debía de estar en la casa la noche del ataque a Kate. ¿Sabrá algo? ¿Hizo algo para detenerlo en su día? Lo dudo.

La conversación es breve y no especialmente dulce. Actuar requiere energía, y no es algo que quiera malgastar en mi madre. ¿Para qué? No va a delatarme si sospecha algo. Una y otra vez ha demostrado ser de las que miran para otro lado, sea cual sea el crimen. Así que, en lugar de fingir sorpresa o preguntar por la muerte de mi tío, le pregunto cómo se ha tomado Katie la noticia, y

hay una pausa incómoda en la línea que me dice que, aunque no sepa con certeza que Dale fue el hombre que hirió a Katie, al menos lo ha adivinado.

—Katie aún no lo sabe, cielo. Sigue en el hospital, y no quiero preocuparla demasiado. Aunque está bien, me lo ha dicho el médico.

—Se lo diré yo.

—¿Estás segura? —Su voz tiembla, de alivio, miedo o tristeza, no lo sé. Nunca he acabado de conocer bien a esta mujer.

Intento dormir más, y en un momento me quedo traspuesta. Pero el olor a gasolina en la nariz me despierta de golpe, y me pregunto si lo oleré el resto de mi vida. Cuando cierro los ojos, veo el parpadeo de las llamas y oigo el crepitar de la piel. El rostro se transforma entre el de Dale y el de mi padre. Siempre creí que los sentimientos eran algo claro y directo. Ira, tristeza, alegría, aburrimiento. Pero hoy siento algo distinto que no entiendo, y eso me inquieta. ¿Quizá sea una especie de cierre? Desde luego, lo que siento no es culpa.

Cuando me despierto de nuevo, es porque han llamado a la puerta. Es lo que esperaba, aunque más tarde de lo previsto. Me pongo unos vaqueros y una camiseta, me miro en el espejo para comprobar que el maquillaje sigue disimulando la falta de sueño y bajo trotando las escaleras, repasando mi historia con los dedos.

Pero cuando abro la puerta con una sonrisa, no hay nadie. Cuando era niña, los chavales jugaban a llamar y salir corriendo, disfrutando de interrumpir un poco la tarde de alguien. Pero eso era antes de los iPhones. Seguro que ahora tienen cosas mejores que hacer.

Mientras cierro la puerta con un escalofrío de temor recorriéndome la espalda, un sobre en la alfombrilla me llama la atención. Antes no estaba. Una gran parte de mí quiere ignorarlo y volver a la cama, destruirlo en la picadora o en una hoguera. No es el sobre rectangular blanco de una factura ni el color chillón de la publicidad. Y el cartero viene temprano, a las ocho como muy tarde. Esto lo han entregado en persona.

Pueden usarse muchas palabras para describirme: psicótica, valiente, lista, cruel, perezosa, fría, seria, divertida, aburrida. Todas podrían ser ciertas, supongo. Pero dudo que alguien me llamase cobarde. Así que lo recojo. El sobre no tiene ninguna seña, pero me siento en la cocina y lo abro.

Estimado vecino de Sean:

Quiero que sepas que el hombre que vive en tu calle —Sean Cannon— es un destructor de hogares que se ha estado acostando con mi marido. Si tú también tienes uno, asegúrate de que este hombre se mantenga bien lejos de él. Y no creas que libro de culpa a mi marido; además de abandonarlo, informaré a los vecinos, amigos, compañeros de trabajo y familiares de ambos *de lo que han hecho.*

Adjunto pruebas fotográficas.

G.

Debajo de la nota manuscrita, que solo puedo imaginar que ha sido entregada de forma similar a otras personas de la calle, hay una fotografía impresa. Me siento conmocionada y miro la imagen granulada de Sean, con su cara de gnomo, de pie en un dormitorio completamente desnudo. En la cama delante de él, mirando hacia arriba con deleite, hay un hombre que se parece a… Dios santo. ¿Es él? Sí… Es Daniel Craig.

No el actor, obviamente. Sino el marido infiel de Gina, Daniel Craig. Que, al parecer, se ha estado acostando con Sean.

Bueno, al menos ahora sé qué lo tenía paseando arriba y abajo por el jardín.

Tumbada en la *chaise longue* con el papel apretado contra el pecho, imagino a Gina al otro lado de la línea telefónica, amenazándolo con las grabaciones de la cámara. Exigiendo cosas que debía saber que él no podía cumplir. Cobrándose al fin su deliciosa venganza contra el hombre que le rompió el corazón y su nuevo amante. Vaya, vaya, vaya…, quizá Gina no me caiga tan mal después de todo.

Antes de darme cuenta, me echo a reír. Una risita lenta que pronto se convierte en una carcajada histérica. Las lágrimas corren por mis mejillas, y me doy palmadas en la rodilla como si fuera un personaje de dibujos animados en plena risa descontrolada. Río durante un buen rato, hasta que los músculos me duelen y mi mente se siente despejada. Mi gata parece asustada.

Pasan cuatro días antes de que la policía llame a la puerta, el lunes por la mañana. Dos agentes, un hombre y una mujer, aceptan una taza de té y se sientan a la mesa de la cocina. Me adelanto diciendo que ya estoy al tanto de la muerte de mi tío y de las terribles circunstancias.

—Morir en un incendio así —digo en un susurro horrorizado—. ¿Se lo imaginan? ¿Merece alguien morir de esa forma?

—Nos alegra que ya esté al tanto, señorita Masters, y sentimos su pérdida. Sin embargo, eh…, también tenemos que repasar con usted algunos otros detalles.

La agente Shah, creo que ha dicho que se llama, es claramente la subalterna de la pareja, y formula las frases como preguntas, subiendo el tono al final de cada una. Evita mirarme a los ojos, incluso al hablar, y da sorbitos al té para tener algo que hacer. Aunque suelo impacientarme con la gente tímida, hay algo en su actitud que me enternece. Los hombros se le encorvan de forma natural, como si intentara ocupar menos espacio, pero se nota que una voz interior le recuerda que se lo merece y debe reclamarlo, y de vez en cuando se endereza. Ser mujer, y además una mujer de color, dentro de la policía debe de ser realmente difícil, y necesita practicar para fortalecerse.

Su compañero, el agente Bauer, es menos simpático. Es alto, pálido y de hombros estrechos, con extremidades largas que me recuerdan a Slender Man.[10] Cuando no está poniendo esa expresión ensayada de falsa simpatía, su rostro adopta de manera natural lo que solo podría describirse como una mueca de burla. Y cuando se inclina hacia delante, me preocupa que la agudeza de sus codos puntiagudos pueda abollar mi mesa.

—Necesitamos saber dónde estaba la noche del incendio, señorita Masters. —Extiende los dedos sobre la mesa al hablar, y la agente Shah carraspea con discreción.

—Ah, vale. Supongo que se lo preguntan a todo el mundo. Aunque no sabía que se considerara algo más que un accidente. Dios mío, no estarán insinuando que fue intencionado…

—Eh, bueno… —empieza Shah.

—No estamos diciendo nada de eso, señorita Masters. Solo necesitamos saber el paradero de todos mientras llevamos a cabo la investigación.

La forma en que repite mi nombre me irrita. Estoy segura de que lo ha aprendido en algún curso: «Cómo mantener calmada a la gente mientras la acusas de asesinato».

—Pues, por suerte, sé exactamente dónde estaba, porque recuerdo que mi madre me llamó con la noticia justo después de llegar a casa al día siguiente. Estaba en casa de mi amiga Nina. Ha pasado una mala racha últimamente, así que he estado mucho tiempo con ella.

—¿Y ella podría confirmarlo?

—Claro.

—¿Qué hicieron esa noche?

—Vimos una película de Bond en Amazon Prime. Una de las últimas. Ella preparó pasta. —Lo habíamos acordado, y resulta que Nina hasta alquiló la película y la dejó reproduciéndose mientras yo estaba en casa de Dale esa noche, por si alguien lo comprobaba. La agente Shah asiente de manera casi imperceptible, claramente aliviada de que tenga una coartada. El agente Bauer suspira. Se me ocurre que quizá conozca a James.

—Tenemos que contarle algo más sobre esa noche, señorita Masters —dice con delicadeza—. ¿Conoce a un tal James Khan?

—¿Sí?

Entre los dos, me explican que James fue rescatado de la casa de mi tío en llamas y que se despertó en el hospital anoche. Me tapo la boca con la mano y sacudo la cabeza con suavidad, tal como he practicado en el espejo varias veces al día. Nina ya había oído por el boca a boca legal que estaba vivo y bajo custodia policial en el

hospital, pero me alegro de que James por fin esté despierto y pueda hablar. Los ojos se me humedecen con lágrimas de alivio. Él no merecía morir de verdad.

Tampoco merece pagar por crímenes que no cometió.

También supe a través de Nina que, mientras estaba inconsciente, la policía registró su piso y encontró múltiples pruebas que lo involucraban con los asesinatos de Karl Tarneburg, Steven Baker, Chris Drake, Hugh Chapman, John Towles (alias Romeo) y Paul Marques (alias el Fumeta). Pero aún no hemos llegado a eso.

—El señor Khan ha hecho algunas afirmaciones que la implican, señorita Masters, tanto en este como en otros crímenes.

—¿Que él qué? Lo siento, necesito un momento… Es demasiada información que asimilar.

—Claro —dice la agente Shah, enderezándose y frunciendo el ceño con preocupación. Está de mi lado. Es bueno saberlo.

—El señor Khan ha contado a la policía que usted provocó el incendio en la casa de su tío y que él llegó demasiado tarde para detenerla. ¿Tiene idea de por qué diría algo así?

Levanto la vista de mi taza de té fría y los miro, antes de hundir la cara en las manos y echarme a llorar.

—Dios… Vaya. No me lo puedo creer… —murmuro entre sollozos, con la cabeza entre las manos—. Es una larga historia. Hay cosas que debería contarles, pero… supongo que debería llamar a mi abogada.

En la comisaría, me siento sola en la sala de interrogatorios hasta que la puerta se abre de golpe y Nina entra en todo su esplendor. Vestida con un traje verde lima, adornado con botones dorados y hombreras, transforma por completo la lúgubre habitación. En ese momento me doy cuenta de que, con mi atuendo negro de siempre, casi me mimetizo con los tonos apagados de la estancia. Quizá, cuando todo esto acabe, le dé la razón a mi amiga y pruebe algo más atrevido, como una blusa roja.

Tras poner al día a Nina de mi conversación con los agentes, charlamos en general sobre lo que se avecina, aunque ya lo

discutimos todo días atrás: ella nunca cree que estas «reuniones privadas» en la comisaría lo sean de verdad.

Llegamos a la conclusión de que solo quedaba una opción si James despertaba y lograba hablar. Y Dale ya no es un problema: al final, cumplí con mi propósito.

Cuando la policía entra en la sala, empiezo a sentir el zumbido de las abejas en la sangre por el miedo, pero Nina tamborilea las uñas en la mesa y me calmo. Lo tenemos controlado.

Ha llegado el momento de mi confesión.

[10] Personaje ficticio surgido en 2009 que se ha convertido en un icono del terror en Internet. Representa una figura alta, delgada y sin rostro, con brazos anormalmente largos. Es conocido por acechar a sus víctimas, especialmente a niños.

Capítulo 40

Tres horas después, estamos sentadas en The Guinea tomando *gin-tonics*. Me noto aturdida, pero Nina lo lleva con total naturalidad. El camarero, el mismo que estaba la última vez que vine hace menos de una semana, lee el periódico *The Guardian* y el *pub* se va llenando con los clientes de la tarde. El mundo parece extrañamente normal. Me he bebido el primer trago demasiado deprisa y, al apurar el segundo, noto que la cabeza me da vueltas.

No hay pruebas que me relacionen con el incendio en casa de Dale, y tengo una coartada sólida. Hasta la vecina de Nina, que nos vio entrar juntas en la casa ese día, está dispuesta a confirmarlo. En cambio, a James, del que la policía había recibido un chivatazo anónimo, lo encontraron en el lugar de los hechos, con sus propias esposas sujetando a la víctima.

Después de responder a unas preguntas preliminares que me hicieron sentir como si estuviera en *Line of Duty,* conté mi historia entre lágrimas. Cómo había conocido a James en mi antiguo trabajo en Picture This —podían preguntarle a mi excompañera Gina—. Cómo habíamos salido unas cuantas veces —¿por qué no preguntar a la camarera de The Portcullis, donde nos habíamos emborrachado demasiado?—. Cómo había empezado a comportarse de manera un poco… rara. Intensa.

Puede que James no merezca ir a la cárcel por crímenes que no cometió. Pero él está dispuesto a encarcelarme, y solo hay una manera de luchar contra el fuego: con más fuego.

—¿Intensa en qué sentido?

—Oh, solo… ¿rara? No lo conocía bien, pero parecía obsesionado con su trabajo. En concreto, con esas muertes que estaban ocurriendo. Todas parecían accidentes, pero él no paraba de hablar de ellas. Empezó a darme mala espina.

Los agentes intercambiaron una mirada rápida.

—No soy una persona violenta. Hablar de muerte y asesinatos… No es mi idea de diversión. Así que empecé a alejarme de él. Y James… no se lo tomó bien.

Le lancé a la agente Shah una mirada del tipo «ya sabes cómo va esto», y ella me devolvió una sonrisa.

—Además, me pareció poco profesional. No sé si los detectives pueden hablar de escenas de crimen que acaban de visitar y cosas así.

Bauer frunció el ceño mirando su libreta.

—En su casa mencionó que tenía que contarnos algo —intervino Shah—. ¿Podría explicarlo, por favor? ¿Qué le rondaba por la cabeza?

Miré a Nina, la mujer asustada y llorosa que buscaba apoyo.

—Adelante —me animó en un susurro.

—Pues… todo explotó la semana pasada. El lunes por la noche. Insistió en que habláramos en persona. Me mandó como treinta mensajes seguidos. Así que vino a recogerme. A esas alturas ya me sentía… inquieta con él, así que ni siquiera le di mi dirección. Me recogió unas calles más allá. Pensé que iríamos a tomar algo, pero…

Ahogada por la emoción, me tapé la cara con las manos e inspiré hondo, como intentando recuperar la compostura.

—Pero él tenía otras ideas. Conducía muy rápido y no me decía adónde íbamos. Paró en un claro junto a una carretera oscura. Para entonces, yo estaba muy asustada. Empezó a exigirme que le explicara por qué lo evitaba, y le dije la verdad: que no creía que lo nuestro funcionara.

Shah abrió mucho los ojos, llenos de empatía. No está hecha para este trabajo. Bauer mantenía una expresión neutra ensayada, con su aspecto esquelético y vacío que lo hacía parecer un recipiente hueco o una forma de vida alienígena.

—Se enfadó. Muchísimo. Bajamos del coche y empezó a gritarme. A llamarme de todo. A amenazar a mi familia. ¡Oh! ¡Y luego debió de matar al tío Dale! ¡Es culpa mía! —Volví a taparme la cara con las manos y me dejaron allí sentada durante un rato hasta que me sentí lista para continuar.

—Pensé que podría hacerme daño de verdad, así que volví al coche y cerré las puertas. Eso lo empeoró todo. Golpeaba las ventanillas, gritando cosas. Creí que las rompería. Las llaves estaban dentro, así que…, bueno, intenté alejarme en el coche. —Puse cara de disculpa, como si hacer que un hombre violento se enfrentara a una larga caminata fuera mi mayor pecado.

—Iba a llamarle un taxi o algo. ¡De verdad! Pero en ese momento no supe qué más hacer. Intenté alejarme, pero todo era un caos y estaba oscuro, y él se metió en la carretera y… y…

—¿Qué pasó después, Millie?

Me irritó que Bauer usara mi nombre de pila. Era claramente el segundo paso de ese cursillo: «Cuando empiecen a abrirse, finge que eres su amigo».

—¡Se lanzó a la carretera! ¡Justo delante de mí! No pensé que lo hubiera golpeado con fuerza, pero estaba aterrorizada, más de lo que ya estaba. Así que seguí adelante. Pensé que no le había pasado nada. Al día siguiente, me dejó un mensaje de voz… Algo extraño, fuera de lugar, y lo llamé para saber qué pasaba. Pero no tenía sentido lo que decía. Aunque me aseguró que se encontraba bien, que no estaba en el hospital ni nada por el estilo. Así que asumí que todo iba bien.

Se hizo el silencio en la sala hasta que Nina intervino.

—Mi clienta les ha contado todo lo que hay que decir por ahora.

Después de eso, todo se resolvió bastante rápido. Me acusan de conducción temeraria, pero como actué en defensa propia, Nina está segura de que eso se resolverá pronto. Todo ha salido exactamente según lo planeado.

En cuanto a James, no estoy muy segura de qué pasará. Si tiene coartadas convincentes, podría librarse y que lo consideren un detective excéntrico que se obsesiona con las escenas del crimen y roba recuerdos de las víctimas, y que los asesinatos se reclasifiquen como suicidios y accidentes, salvo los del piso de Romeo.

Sin embargo, parece poco probable que escape de la culpa por el asesinato de Dale. Lo encontraron en la escena del crimen, con sus esposas en la víctima, mi denuncia de que amenazó a mi familia, una búsqueda de la dirección de Dale en su cuenta de trabajo. ¿Por

qué no pidió refuerzos si realmente sospechaba que iba a cometerse un asesinato? ¿Y qué motivos tendría yo para incendiar la casa de mi tío?

—¿Cielo? —dice Nina en voz baja, devolviéndome al aquí y ahora del *pub*—. Sabes que no puedes seguir con tu línea telefónica, ¿verdad?

—Lo sé. Se acabó. Cuéntaselo a M está cerrado.

—Aun así, ayudaste a mucha gente.

—Sí. Lo sé.

Bebemos en silencio. Pienso en esas chicas en el asiento trasero de mi coche, con su sombra de ojos con purpurina y sus faldas demasiado cortas. Pero no puedo estar ahí para todas. Estas últimas semanas he faltado tantas noches en Cuéntaselo a M, y el mundo ha seguido girando. Probablemente se haya detenido para algunas personas, pero ya no puedo ser responsable de todas ellas.

—¿Cielo? —dice de nuevo—. En cuanto nos libremos de este cargo… ¿Después qué?

—No lo sé —respondo simplemente. Porque es la pura verdad. No tengo trabajo, ni Cuéntaselo a M, ni novio. Vivo en una casa pagada por dos hermanos perversos. Dale me ayudó a comprarla con el dinero del seguro de vida de mi padre, que mi madre me ofreció, ya sea por sentimiento de culpa o por gratitud. Mi futuro… está en blanco—. Katie va a estar un tiempo en una institución, ¿te lo dije? Hablé con ella el fin de semana. Parecía… mucho mejor, Nina. Como si estuviera sanando.

—Necesitaba ayuda profesional. Ahora la tiene. Estará bien.

—Estará bien.

—¿Y tú? —me pregunta.

—Tal vez sea hora de que me vaya de esta ciudad. De dejar atrás los recuerdos felices…

—Sí, yo llevo un tiempo con ganas de un cambio.

Tardo un momento en darme cuenta de lo que sugiere y en notar que sonríe, pero evita mi mirada.

—Mi empresa va a abrir una nueva oficina en Edimburgo. Buscan gente para trabajar allí. Me han ofrecido más dinero. Y creo que ya he agotado el Tinder de Bristol.

—Dicen que allí hace frío.
—Bueno, siempre podemos prenderle fuego a algo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a muchísima gente por hacer que esta experiencia haya sido posible y, además, divertida. En primer lugar, un fuerte aplauso para Molly Walker-Sharp, a quien le debo gran parte de este proceso creativo… y que, además, tiene un pelo precioso. Algo muy importante en una editora. Siempre deberías elegir a tu editora por su pelo. Gracias, Molly, por apostar por mí en este proyecto y por guiarme con sabiduría, ingenio y entusiasmo. Todavía estoy enfadada contigo por haberte ido, pero al menos eso me permitió volver a meter un montón de palabrotas.

Y, en cualquier caso, me dejaste en manos de la brillante Elisha Lundin, así que gracias también a ti, Elisha. No siempre es fácil hacerse cargo de un proyecto a mitad de camino, pero tus comentarios incisivos y tu excelente dirección fueron inestimables. Millie es un personaje un poco menos horrible gracias a ti, y espero que los lectores lo sepan apreciar. Además, también tienes un pelo estupendo, lo que facilitó la transición editorial.

Y, por supuesto, Raphaella Demetris. Rella, tú has estado ahí desde el principio, y tus observaciones sobre la historia me resultaron muy útiles. Sé exactamente lo duro que trabajan las asistentes editoriales y las editoras junior, porque yo misma tuve ese puesto, y sé que haces miles de tareas en la sombra que son absolutamente esenciales para que un libro triunfe. Así que gracias a ti también. Por tu pelo puedo adivinar que algún día ocuparás un puesto muy importante.

Eso en cuanto a las editoras. Primero hay que halagar a las editoras, porque en general son gente sensible. Pero hay cientos de personas igual de brillantes en el equipo de Avon a las que me gustaría reconocer como parte de esto y darles las gracias por su

trabajo, aunque no haya llegado a conocerlas a todas en persona en el momento de escribir estas líneas.

Quiero expresar también mi gratitud a todo el equipo de Avon. Gracias a Samantha Luton, en el área de ventas; Maddie Dunne-Kirby, en *marketing*; Becky Hunter, en prensa; Molly Robinson, en audio; y Emily Chan, en producción. Mi reconocimiento igualmente para Vasiliki Machaira, Peter Borcsok, Emily Gerbner y Amanda Percival, del equipo internacional y de derechos, cuyo trabajo es tan esencial como discreto.

Por último, dentro de Avon, quiero hacer una mención especial a Thorne Ryan, aunque ya no esté allí. Gracias por echarme una mano, Thorne, te debo al menos treinta copas. Cuando la conocí era asistente, y ahora es la jefa. Se merece cada gramo de su brillante éxito.

Fuera de HarperCollins, gracias a mis padres, que por suerte no se parecen en nada a los de Millie. Siempre me han apoyado, animado y querido, y jamás podría agradecerles lo suficiente. Perdona por todas las palabrotas, mamá.

Gracias a mi novio Rob, a quien aún no he atropellado con un coche. Es uno de esos Hombres Buenos de leyenda, así que merece seguir vivo.

A mis tres hermanos, mis dos cuñadas y sus hijos: estoy atrapada con vosotros, así que menos mal que os quiero y os respeto a todos. Tener una familia de verdad, y además una gran familia, me hace sentir muy afortunada.

A mis amigos, que iluminan la vida y son un grupo de las personas más divertidas e inteligentes que he tenido la suerte de encontrar en los últimos treinta años.

A mi agente, Hannah Todd, a quien conocí después de firmar este contrato pero con quien espero contar durante toda mi carrera, porque es espectacular (¡y con un pelo estupendo también!).

Y, por supuesto, a mis perros, por ser mis mayores y más rizados fans.